



Año 2033. Tras una guerra nuclear devastadora, amplias zonas del mundo han quedado sepultadas bajo escombros y cenizas debido a la radiación. Los supervivientes se han refugiado bajo tierra, en las redes del metro. Gleb es un niño huérfano de doce años que ha pasado toda su vida en los túneles del metro de San Petersburgo. Pero su vida cambiará de repente, al unirse a un grupo de Stalkers y a un sacerdote de la nueva religión, «Éxodo», para emprender una peligrosa expedición a la superficie. Él y sus compañeros tendrán que recorrer parajes radiactivos plagados de terroríficos mutantes para llegar hasta la isla.



## Andrej Djakow

# Hacia la luz

Metro: Universo Metro 2033 - 4

**ePub r1.0 adruki** 17.07.14 Título original: К свету (К svety)

Andrej Djakow, 2010

Traducción: Joan Josep Mussarra Roca Diseño de cubierta: Animagic, Bielefeld

Editor digital: adruki ePub base r1.1

# más libros en espaebook.com

#### PRIMERA PARTE

## HACERSE MAYOR SIN QUERERLO

#### EL ACUERDO

La sombra negra atravesó, veloz como una flecha, el lúgubre cielo nublado. El pteranodonte surcó majestuosamente el aire con sus alas de piel de tres metros de envergadura y se cernió sobre las ruinas de la ronda de circunvalación. De vez en cuando, un escalofrío recorría su cuerpo tendinoso. Indudablemente, había llegado la hora de comer. Su cabeza deforme se movía, inquieta, hacia uno y otro lado, en busca de cualquier indicio de vida que pudiera detectar en tierra. De súbito, con un soplo del frío viento del invierno, el reptil se arrojó hacia el cauce seco del río Neva. Pasó de largo a toda velocidad sobre carcasas de automóviles, montones de basura, andamios herrumbrosos y columnas de puentes que se habían venido abajo: una jungla de hormigón creada por la mano del hombre, la herencia de los «señores de la vida» de antaño.

Un par de aleteos después, relampaguearon en tierra las vías del tren, que aquí y allá asomaban entre el musgo parduzco. El depredador tenía por costumbre hacer varias rondas seguidas sobre la estación de clasificación, con la esperanza de encontrar una presa de dos patas. En otro tiempo, las singulares criaturas habían aparecido a menudo por ese sitio para hurgar en la tierra helada. Pero el único recuerdo que había quedado de sus visitas eran las vías contrahechas, así como, perpendiculares a éstas, unos surcos regulares de contorno rectangular: hacía tiempo que alguien se había llevado las traviesas.

Tras echar una última mirada a la hilera de vagones de metal oxidado, siguió adelante, sobre las ruinas de la Prospekt Slavy.

Como las paredes de un cañón, las casas medio destruidas marcaban el

camino al depredador. Pese a las fuertes ráfagas de viento, se movía con seguridad por su ruta habitual. De pronto aceleró y se arrojó sobre el asfalto reventado: más adelante la calle pasaba bajo el puente Novo-Volkovski. Las hebras gruesas y pegajosas de una gigantesca red, tejidas por un desconocido depredador, cegaban el hueco debajo del puente. Como para burlarse, el pteranodonte aceleró todavía más y, profiriendo fuertes chillidos, atravesó el obstáculo. Las hebras desgarradas en torno al agujero recién abierto se agitaron con el fuerte viento, y, desde la parte inferior de la red, once ojos maliciosos observaron al saurio volador que se alejaba.

Amanecía sobre aquel mundo nuevo y enloquecido, un nuevo día en una vida nueva y trastornada...

Entretanto, la bestia había llegado a la plaza de Moscú y se detuvo sobre la gigantesca estatua para preparar el ataque. Se posó suavemente sobre la mano tendida del líder del proletariado mundial, encontró la posición más cómoda tras varios intentos, y aguardó, por fin, en inmóvil espera. Contemplaba atentamente la salida de la «cueva», el paso subterráneo derruido que conducía a la estación Moskovskaya. Eran varias las ocasiones en las que el saurio volador había avistado en aquel mismo sitio a criaturas que surgían de la tierra. Poco tiempo antes había logrado, incluso, hacerse con una de ellas, y quería probar suerte una vez más. El recuerdo del olor de su carne cálida y dulce provocó nuevos escalofríos en el cuerpo del reptil.

Al instante se oyó una ensordecedora detonación. El insólito estruendo retumbó por todo el lugar y arrancó ecos a las paredes agrietadas de las casas. La bestia, sin embargo, no pudo oír nada más... La cabeza del pteranodonte había estallado en trozos pequeños, y un grueso chorro de sangre brotó espasmódicamente de su cuello y se derramó sobre las losas de granito escarchadas del pedestal.

En una de las ventanas del séptimo piso de un edificio de época estalinista que se hallaba al otro lado de la plaza se vislumbró fugazmente la silueta de un hombre alto, con máscara de gas y un amorfo traje de protección contra armas químicas. Estaba atareado en desmontar un fusil dotado de visor óptico y de un formidable accesorio en la boca del cañón. Minutos más tarde salió por la puerta principal, miró en todas direcciones y cruzó poco a poco la plaza entre los gigantescos montículos de basura. El cadáver del pteranodonte estaba hecho un

guiñapo al pie del monumento. El cazador tomó un hacha de temibles dimensiones que llevaba colgada del cinturón y, con un golpe certero, seccionó una punta de hueso del ala del mutante. Después de guardarse el trofeo en uno de los bolsillos de su chaleco militar, empuñó el Kalashnikov que llevaba colgando al hombro y permaneció a la espera.

Entonces salió del paso subterráneo un grupo de seres humanos envueltos en andrajos de color gris. Iban provistos de ganchos y trineos. El Stalker se limitó a mirar mientras sus colegas arrastraban a toda prisa el gigantesco cadáver del monstruo hasta el vestíbulo de la estación. Luego, por última vez, echó una aguda mirada a su alrededor, y a continuación descendió bajo tierra. Los escasos rayos del sol que se colaban por las grietas del lúgubre techo de nubes iluminaban con timidez las ruinas de la Moskovsky Prospekt. Había amanecido un nuevo día sobre Piter...<sup>[1]</sup>

—¿Cómo es eso, huerfanito? ¿No vienes a saludar a los Stalkers?

Un muchacho flaco de unos doce años, con los pelos mal cortados en puntas, contempló a los jóvenes que se echaban a correr. Luego se puso en marcha, como si de pronto hubiera vuelto en sí, y se apresuró a ir tras ellos. No, no se sentía insultado. Por huerfanito se entendía un niño sin padres. Pero él sí tenía padres. ¡Y qué padres! Pero se habían ido al cielo. Antes, su papá le hablaba del cielo a la hora de acostarse. Allí había aire fresco, mucho verde y agua limpia, y el cielo era azul. Gleb se había imaginado muy a menudo la estación donde nació, la Moskovskaya, cubierta de patatales y de pozos de agua, y en el techo, en vez de hollín negro como el carbón, un color azul, muy azul, como el cielo.

Al llegar donde estaban los otros niños, Gleb se abrió paso entre la muchedumbre y se quedó al lado de Nata *la Coja*, la niña de los vecinos de la tercera tienda.

—¡Mira, Gleb, ya vienen! —La niña, de acuerdo con una costumbre ya antigua, se apoyó sobre el hombro que su previsor compañero de juegos le había ofrecido, y así su pierna atrofiada pudo descansar.

Más allá tenía lugar una escena fascinante y, a la vez, turbadora. De las chapas mal montadas que hacían las veces de esclusa surgió una nube de vapor. Aquel espectáculo tenía un nombre bonito y misterioso: «Desinfección». Al fin, la puerta se abrió, acompañada por un desagradable matraqueo. El tío Saveli entró en la esclusa, sacó la manguera de desinfección y se quedó a un lado.

Apareció en la puerta la imponente figura de un Stalker: botas gigantescas, cartuchera de impresionantes dimensiones sobre el torso, y manos igualmente gigantescas. A la sombra de la capucha apenas si se le veía la cara...

Gleb sentía curiosidad y miró de arriba abajo al recién llegado. Cuando éste se quitó la capucha, se oyó un murmullo entre las filas de los muchachos. El visitante no era, en absoluto, un monstruo; su cara tosca y mal afeitada no tenía cicatrices. Pero en la mirada del Stalker había algo extraño que inspiró malestar en todos cuantos se encontraban allí. Una sensación parecida a la que experimentamos cuando tanteamos a ciegas para tratar de encender una lámpara en una habitación a oscuras, y entonces, de repente, palpamos una cosa resbaladiza que se mueve y trata de atraparnos la mano. El Stalker irradiaba una fuerza indomable. Y, sin embargo, sus pesados andares comunicaban una especie de resignación. Como los pasos de un anciano cansado de la vida.

La multitud se apartó y lo dejó pasar. Al tenerlo cerca, Gleb sintió un estremecimiento. Le daba escalofríos y al mismo tiempo le inspiraba una turbadora fascinación. Gleb se abrió paso de costado entre los mirones que perdían el tiempo sobre el andén y buscó un lugar cerca de la hoguera central para escuchar la conversación.

—Bienvenido, Martillo. Ven aquí y siéntate junto al fuego. —Un anciano enérgico, de cabello gris, se acercó a una pequeña marmita y sirvió una generosa ración de sopa en una escudilla—. ¡Hoy la sopa está buenísima! Toma, buen hombre, saboréala. Tanta como quieras…

El hombre de cara adusta dejó en el suelo el fusil, se sentó sobre una caja de cinc y tomó de manos del anciano la escudilla con la sopa espesa y humeante. Abrió uno de los bolsillos del chaleco, sacó un contador Géiger en miniatura y lo arrimó a la sopa.

El anciano gesticuló como si alguien hubiera tratado de hacerle un corte en la cara con una hoja de afeitar. Pero permaneció callado y se contentó con una sonrisa tensa.

—Come, Martillo, no te preocupes. Todos los ingredientes son naturales y crecieron aquí. Las setas, las patatas… ¡Todo recién cosechado!

Otro de los habitantes de la estación emergió de las tinieblas. Calzaba unas botas de fieltro y una chaqueta acolchada que acumulaba ya muchas vivencias. Se sentó con los demás y empezó a relatar con alegría:

—Sachar y su tropa han empezado a sacarle las tripas al pajarillo. Tienes una puntería condenadamente buena, hermano. Te has cepillado a ese cabrón con un solo disparo. —Era un hombre de poca estatura. Se llamaba Karpat. Notó la mirada sombría del Stalker y cambió de tema al instante—. Vamos a venderles la bilis a los colillas —informó con entusiasmo. Los colillas eran un clan de seres humanos asilvestrados, degenerados, que se alojaban en un museo subterráneo cercano a la Moskovskaya—. Nos haremos botas con la piel. Y seguro que vamos a sacarle un quintal de carne.

Bueno, qué dices tú, abuelo: ¡Ese Messerschmitt no volverá a volar! — Puedes darle las gracias a Martillo. ¡Y deja de decir tonterías! —El anciano arrojó otro leño al fuego y se volvió hacia el Stalker—. Te damos las gracias, buen amigo, por tu ayuda. Tú mismo sabes que sin las expediciones a la superficie no sobreviviríamos.

Ahora mismo no se encuentra madera en las tiendas y tenemos que asomar la nariz una y otra vez...

El Stalker masticaba lentamente la comida y contemplaba la fogata.

- —Perdimos a Venya Yefimchuk por culpa de esa horrenda criatura. ¡Ése sí que era un hombre! —Sin duda alguna, el viejo Palych tenía ganas de recrearse con sus recuerdos, pero la confortable atmósfera desapareció al cabo de poco rato, cuando se presentó junto a la hoguera el flaco jefe de estación, Nikanor.
- —Como habíamos acordado —anunció con voz áspera, y dejó un saco muy grueso a los pies del Stalker.

Martillo deshizo sin prisas los apretados nudos y vació despreocupadamente su contenido sobre el suelo de hormigón. Así tomó forma un abigarrado montículo de pastillas, botellines y rollos de vendas, de donde el Stalker seleccionó varios objetos con aire de suficiencia y los dejó a un lado. Al cabo de un minuto de revolver el montón, volvió a meter en el saco la mayor parte de los medicamentos, se puso en pie, y se lo echó al hombro.

—Escucha, Martillo... —El anciano no se atrevía a mirar a los ojos al Stalker. Durante unos instantes vaciló y luego suspiró hasta lo más hondo—. Eso que llevas ahí son casi todos los medicamentos que nos quedan. Tal vez pudiéramos pagártelos con comida... o con alguna otra cosa.

Nikanor no se movió. Tan sólo los músculos de la cara se le marcaron con más fuerza en la piel.

—Comprádselos a los colillas —replicó bruscamente Martillo. Arrojó un par de cartuchos en la escudilla para pagarles la comida y el alojamiento, agarró el rifle y se marchó de la estación.

El desconcertado Palych dio una palmada de pura sorpresa, pero Nikanor, colérico, escupió en el suelo. Sus airados ojos se volvieron hacia Gleb.

—¡Y tú qué haces ahí mirando embobado, inepto! ¿Es que ya has terminado el trabajo de hoy? ¡Pues te voy a dar más!

Gleb corrió hacia una puerta lateral para escapar lo antes posible de la mirada del furioso jefe de estación. Se marchó a toda prisa por el estrecho pasillo, agarró una paleta que estaba junto a la pared y la empleó para limpiarse las botas militares, cubiertas por una capa de mugre reseca, y luego, como de costumbre, bajó a la cloaca. La emoción del encuentro con el temible Stalker aún tenía impresionado al muchacho.

Sin embargo, retirar la porquería de los demás era una ocupación más segura y tranquila.

—¡Hola! ¡Hola! —gritaba Nikanor con voz chillona por el auricular. La conexión con la Technoloshka<sup>[2]</sup> (así era como llamaban a la estación de metro de la Universidad Técnica) era tan mala como siempre. Pese a los ruidos de fondo, una voz lograba hacerse oír de vez en cuando desde el otro extremo de la línea, pero el jefe de estación no lograba comprender ni la mitad de las palabras.

—¡Se lo repito! Tienen que hablar con él en la Moskovskaya. Es terco como un buey. —Nikanor escuchó con atención por el teléfono, luego asintió enérgicamente con la cabeza—. ¡Sí, sí! Ya nos los puede enviar. Avisaré a la patrulla. Los esperaremos.

Nikanor arrojó el auricular sobre la horquilla, se dejó caer sobre un sillón gastado y encendió un cigarrillo liado a mano. El teléfono debía de ser el último indicio de civilización que aún perduraba en la Moskovskaya. Ni siquiera habían sido ellos quienes habían instalado el cable, sino los llamados «gasóleos». Los mismos que administraban la electricidad de las escasas e insuficientes lámparas que alumbraban miserablemente la estación. Exigían un precio abusivo por la luz, y por ello no eran queridos entre el pueblo. Nikanor no soportaba a aquellos arteros engendros, pero tampoco tenía ninguna posibilidad de hacer nada contra ellos.

Apagó la colilla y se levantó de la mesa. Había llegado el momento de

organizar la recepción de los huéspedes.

Clac. Clac. El sonido del Zippo que se abría y cerraba lo tenía hipnotizado. Sobre el pulido metal del mechero se distinguía con nitidez una figura en relieve de un águila con dos cabezas. A veces, en muy escasas ocasiones, Gleb se permitía hacer girar la ruedecita. Entonces contemplaba con entusiasmo la trémula lengua de fuego. Su padre le había dicho que había que ahorrar con el mechero y Gleb lo tenía bien inculcado. Durante todos los años que habían pasado desde la muerte de sus padres, el muchacho no se había separado ni un solo instante de su preciada alhaja de metal. Era el único recuerdo que le quedaba de la familia que había perdido. Y el Zippo todavía funcionaba, aunque cada vez peor, y por eso mismo Gleb lo encendía cada vez menos. El fuego del hogar. El muchacho comprendía tan sólo de manera muy vaga lo que podía significar esa expresión, pero creía con firmeza que en ese momento el guardián del fuego del hogar era él, y que sus padres estarían cerca mientras la llama del mechero proyectara su débil fulgor.

Gleb no se dio cuenta de que el sueño se apoderaba de él.

El mechero mágico se disparó. Un rostro apareció en la oscuridad. Le resultaba tan familiar... esos ojos entrecerrados y esos rizos rebeldes que olían tan bien... madre...

Alguien tiró con rudeza de la mano del muchacho y lo sacó de sus ensueños. Gleb levantó la mirada y vio al gordinflón Procha, conocido en la estación por pendenciero e intrigante. Procha le daba vueltas al mechero con sus gruesos dedos y contemplaba el botín. Algo más allá se habían apostado tres sucios individuos —sus secuaces— y contemplaban con sonrisa cruel los actos de su cabecilla.

- —Mirad esto —dijo el gordo, satisfecho, y enseñó el trofeo a sus camaradas.
- —¡Devuélvemelo! —Gleb se puso en pie de un salto y miró con odio a su contrincante—. ¡Es mío!
- —¡Pues ven a cogerlo! —El gordo sonrió con malicia y sostuvo en alto el mechero.

Gleb saltó sobre él y trató de quitárselo. Los muchachos lo miraron con sorna. El gordo le sacaba una cabeza a Gleb y era el doble de ancho. Gleb no tenía ninguna oportunidad. Procha sonreía satisfecho y se le veían los dientes podridos.

—Dame eso —se lamentaba Gleb, desesperado—. Es un regalo de mi padre. ¡Devuélvemelo ahora mismo!

El gordo se había hartado de jugar y lo golpeó en la cara con uno de sus puños rechonchos, y Gleb aterrizó violentamente en el suelo. Le salía sangre por la nariz y estaba a punto de llorar. Sintió tanta desesperación y tanta humillación que habría querido desaparecer. Que el suelo se lo tragara. Marcharse de aquel horrible sitio. Para volver a estar con sus padres.

—¡Ponte en pie y límpiate los mocos!

Gleb se aterró al oír las inesperadas y severas palabras. Al instante se dio cuenta de que ya conocía aquella voz masculina. La había oído poco antes.

Turbado, se dio la vuelta.

Ante él se erguía el gigantesco Stalker venido de otro lugar. Al parecer, había estado allí desde el principio y había contemplado la denigrante escena. Gleb no se atrevió a desobedecer la orden y se levantó como si lo hubiera picado una tarántula.

¿Cómo lo habían llamado? ¿Martillo?

—¿De qué tienes más miedo? ¿De que te peguen en la jeta o de quedarte sin tu juguete? —La mirada rabiosa de Martillo atravesó a Gleb, hasta el punto de que el muchacho no se atrevió a apartar los ojos—. Es tu propiedad. Te pertenece sólo a ti, y a nadie más.

El Stalker escupía estas duras frases como si las cortara con un hacha. Pero a medida que pronunciaba cada una de esas palabras se encendía en Gleb una furiosa resolución, que acabó con la desesperación y la angustia que había sentido poco antes. Los puños se le cerraron como por sí solos. Al instante, el muchacho se plantó frente al gordo y le enseñó los dientes como un depredador. Su cuerpo reaccionó por mero instinto. El muchacho se agarró con ambas manos a los grasientos cabellos de su contrincante y empleó todas sus fuerzas para golpearlo en la cara con su propia frente. El gordinflón retrocedió tambaleándose, se cubrió con las manos la boca herida y aulló con fuerza. El mechero cayó sobre el andén.

Gleb lo recogió y miró a los seguidores de Procha con ojos llenos de odio: ¿alguien más quería quedarse con su tesoro? Sin embargo, los camaradas del gordo no quisieron enfrentarse con él. Al cabo de unos pocos instantes desaparecieron.

El Stalker vio, sin intervenir, cómo Gleb se dejaba caer al suelo y estrujaba contra el pecho su preciosa joya. Había algo extraño en el muchacho. A primera vista parecía un adolescente como tantos otros que circulaban por las estaciones. Cabellos mugrientos e hirsutos, mejillas chupadas, bolsas bajo los ojos. Un muchacho sucio de nariz respingona. No tenía nada especial que lo diferenciara de otros chicos de su edad. Salvo su mirada despierta, extrañamente adulta. Y tampoco se hallaba en sus ojos la fatigada resignación que anidaba en la mirada de la mayoría de los habitantes del subsuelo.

Si bien con cierta renuencia, Martillo dio media vuelta y se marchó en dirección a la hoguera. Las inquietas llamas iluminaban el círculo de personas que rodeaba la fogata. Entre ellos había muchos conocidos, pero Gleb descubrió también un par de caras nuevas. Se guardó el mechero en el bolsillo de sus pantalones desgarrados y se acercó al fuego.

Los dos recién llegados se distinguían de las gentes del lugar por su ropa limpia y por unos curiosos cinturones anchos en los que no llevaban ningún arma, sino herramientas variadas: martillos, tenazas, destornilladores. Era obvio que la extraña pareja provenía de la Technoloshka.

Gleb había oído muchas historias maravillosas acerca de aquella estación. Se decía que allí había luz en todos los rincones, y cierto número de instalaciones técnicas y máquinas. Al parecer, no había granjas de cerdos ni cultivos. Los gasóleos obtenían toda su comida en otras estaciones. La cambiaban por armas y aparatos necesarios para su economía.

Gleb supo en seguida quién era el jefe. Era el de la barba y el rostro severo. El gasóleo carraspeó e intercambió una mirada fugaz con Nestor, que se sentaba junto a él, y se volvió hacia el Stalker.

- —Así pues, ¿tú eres Martillo? —El Stalker tendió ambas manos hacia el agradable calor de la fogata y fingió no haber oído la pregunta—. No has aceptado nuestra invitación. Por eso estamos aquí. Como se suele decir: si la montaña no va a...
- —¿Para qué me necesita la Alianza? —lo interrumpió bruscamente Martillo. El gasóleo se calló a media frase, pero retomó en seguida el hilo de lo que estaba diciendo:
- —Eres astuto, Stalker. Sí, somos representantes de la Alianza Primorski y tenemos un trabajo que encargarte.

- —No me interesa ningún trabajo.
- —Bien. —El barbudo lo miró con el ceño fruncido—. Pues entonces no será ningún trabajo... Necesitamos tu ayuda, Martillo. Es muy importante para la Alianza. Para todos nosotros.
- —¿Qué queréis exactamente? —El Stalker miró al gasóleo como a una mosca molesta.
- —No podemos hablarlo aquí mismo… pero te voy a decir lo siguiente: se trata de una expedición… Te consideramos el candidato más apropiado para guiar a la tropa…
  - —¿Hacia dónde?
  - —Bueno... —El barbudo contuvo la respiración—. Hacia Kronstadt. [3]
- El Stalker se incorporó en silencio y se encaminó hacia la salida de la estación. Los representantes se agitaron, intranquilos.
- —¡Te pagaremos con cartuchos, Stalker! ¡Todos los que te puedas llevar! Los habitantes de la estación escucharon los fútiles intentos de los huéspedes por convencerlo.
  - —¡Comida! ¡Medicamentos! ¡Armas!
  - —No te esfuerces, gasóleo —respondió Martillo sin volverse.
  - —¿Ésa es tu última palabra?
- —Vete al infierno. —Martillo se dio la vuelta y echó una maligna mirada al gasóleo.
- —Ésa sí que ha sido su última palabra —comentó Palych con una sonrisa irónica.
- El barbudo pareció hundirse, pero, al instante, se puso en pie y gritó con desesperación:
- —La Alianza te va a demostrar su agradecimiento. ¡Podrías pedirles lo que fuese, Martillo! ¡Tendrías todo lo que quisieras!
  - El Stalker se detuvo y reflexionó.
  - -: Todo?
  - —Todo lo que se encuentre en poder de la Alianza.

Poco a poco, como en un terrible sueño, el Stalker levantó la mano...

—Quiero a ese chico.

Señaló con el dedo a Gleb.

El muchacho se quedó paralizado. Un escalofrío de horror le recorrió el

cuerpo. Tenía la boca seca. Como a través de un velo de algodón, oyó que el jefe de estación cuchicheaba con los gasóleos. Nikanor agitaba las manos y sus gritos se volvían cada vez más fuertes, hasta que el muchacho oyó claramente lo que decían.

—¡Cómo se os ocurre siquiera proponerlo! ¡Diez kilos de carne de cerdo por un picaruelo! ¡¿Dónde se ha oído algo semejante?! —Nikanor miró al petrificado Gleb y volvió a apartar en seguida la mirada—. Dadnos como mínimo un peso equivalente al del crío. ¡De ahí no bajamos!

Gleb tan sólo recordaba vagamente lo que sucedió después, como si lo hubiera visto a través de una niebla. Las lágrimas le ardían en los ojos: lágrimas de humillación y de angustia. Fragmentos, cada uno de ellos más absurdo que el anterior, pasaron frente a él como en una película muda. El viejo Palych iba de Nikanor al gasóleo, del gasóleo a Nikanor, y les gritaba, unas veces a uno, y otras al otro. Nata, la chica de los vecinos, lloraba en los brazos de su madre y miraba asustada a Gleb. Nikanor discutió con la mirada baja los detalles del acuerdo con los gasóleos. Luego, la figura del Stalker se plantó frente a la del chico.

—Lo has oído todo, muchacho. Tus compañeros de estación son basura, el aire que se respira aquí es basura, y tu trabajo, por lo que he oído, es basura de la más fina. Aquí no vamos a encontrar mucho más. Nos marchamos.

Gleb se enjugó las lágrimas con una manga raída, echó una última mirada a la bóveda de su estación y siguió a Martillo con andares pesados. En lo más hondo de su alma presentía que no iba a regresar jamás a su antigua vida.

## LECCIÓN DE CAZA

La agradable penumbra de la estación quedó atrás. Martillo encendió la linterna y un brillante rayo de luz perforó la oscuridad. Gleb parpadeó sin poder evitarlo. Aquella luz era mucho más brillante que la de las lámparas de la Moskovskaya. El Stalker avanzaba sobre las traviesas con pasos seguros. Gleb lo seguía a pasitos y miraba con precaución todos los detalles iluminados por la linterna: las tuberías que rezumaban líquido, la maraña de cables enmohecidos, los armazones oxidados en las gigantescas paredes. Los viajeros no se dijeron ni una sola palabra, pero el silencio era engañoso. Además del constante goteo del agua y del silbido casi imperceptible de los conductos de ventilación, se oían también sonidos lejanos que Gleb no lograba identificar. Le resultaban inquietantes. Había entrado por primera vez en el túnel y no se sentía cómodo.

Más adelante se toparon con un pasillo lateral de techo bajo, con unos escalones pequeños que se adentraban en la oscuridad. Gleb hubiera querido pasar de largo lo antes posible, pero el Stalker lo obligó a entrar. La escalera resultó ser mucho más corta de lo que el muchacho había pensado. Anduvieron unos pocos metros más allá por un pasillo estrecho y entraron en una habitación pequeña abarrotada con todo tipo de cachivaches. Martillo buscó entre los trastos y rollos de cable hasta encontrar una pesada anilla y tiró de ella. Una trampilla se abrió ruidosamente. Un breve descenso por un pozo vertical los llevó hasta otro corredor, cuyo final era invisible en la lejanía.

—Más rápido. —El Stalker aceleró el paso y también la respiración.

Pasaron una bifurcación, y, de pronto, Martillo echó a correr. Llegaron a un nuevo pozo vertical que llevaba hacia arriba.

#### —¡Más rápido!

El muchacho, víctima del pánico, escudriñó la galería a oscuras que estaban a punto de abandonar. ¿De quién huían? ¿Cómo era posible que un Stalker armado huyera de ese alguien —o algo— como un diablo huiría del agua bendita? Pocos metros antes de llegar a la escalera, Martillo dio un traspié y se cayó al suelo. Una mueca de dolor apareció en su rostro y violentos espasmos sacudieron su cuerpo.

Gleb se quedó inmóvil, perplejo. ¡Estaba perdido! El temible guerrero yacía a sus pies arrebujado como un embrión, gimoteaba débilmente y todo su cuerpo temblaba. Martillo se mordió los labios y abrió torpemente el bolsillo donde llevaba los cartuchos. Una vieja funda se cayó de su interior y el contenido se desparramó sobre el hormigón. Un par de jeringuillas con un líquido turbio... El muchacho agarró una de ellas y se apresuró a entregársela al Stalker. Éste se la quitó con manos temblorosas y le dio una patada a su propio fusil de asalto, que resbaló por el suelo y fue a chocar contra los zapatos de Gleb.

—Controla... el pasillo... —logró decir el Stalker, y luego, con dedos rígidos, se clavó la jeringuilla en el antebrazo.

Gleb levantó el rifle con precaución y apuntó hacia la negrura del corredor. No le resultó nada fácil. Palpó el gatillo con el dedo. Al tener el arma en la mano se tranquilizó un poco.

El Stalker no se movía. El muchacho miró a su alrededor.

El aliento de Martillo se había vuelto más regular y sus músculos agarrotados se relajaban gradualmente. Al cabo de cinco minutos de tensa espera, el Stalker se puso en pie, le quitó el fusil de las manos a Gleb y empujó al muchacho hacia la escalerilla.

Treparon por la herrumbrosa escalerilla del pozo y salieron por una nueva trampilla. Gleb no se atrevía a preguntarle al Stalker por el súbito ataque que había sufrido, y más adelante no iba a tener ninguna oportunidad. Se oyó el chasquido de un interruptor y se encendieron varias lámparas. El muchacho se vio en una sala de dimensiones impresionantes. ¡Allí había de todo!

Junto a una de las paredes había literas sobre las que se acumulaba todo tipo de trastos. A lo largo de la otra había toneles, bidones, un par de pesadas

máquinas, así como un largo banco de trabajo con infinidad de herramientas. Algo más lejos, Gleb descubrió hileras de latas de conservas de los tipos más variados. Hasta aquel momento había pensado que la palabra «conservas» significaba carne enlatada. Mayor fue su sorpresa al descifrar las denominaciones que figuraban en las etiquetas.

- —Búscate algo... para comer —ordenó Martillo en tono cortante, y desapareció en el interior de la morada—. Y también algo para mí.
- —Me... lo... co... tón —silabeó lentamente Gleb. Sobre la etiqueta medio borrada había una imagen desconocida, de color amarillo. El muchacho se llevó aquel portento así como unas pocas latas adornadas con el dibujo, este sí familiar, de la cabeza de una vaca. Luego pasó a la habitación siguiente. El Stalker tenía allí su cocina.

Al cabo de poco, la leña crepitaba, y el agua caliente hervía en una olla de hierro colado.

Gleb se sentó con precaución en el inseguro taburete del rincón y se recostó contra la áspera pared. Las tensiones del día se hacían sentir. Echó una cabezada.

En esta ocasión soñó con su padre. Alto, flaco, y siempre bien afeitado. Incluso cuando regresaba del turno de noche, lo primero que hacía era sacar un trozo de espejo y una navaja de afeitar y se dirigía al lavamanos. Así lo recordaba Gleb.

En el día memorable en el que padre y madre habían emprendido el camino hacia la Sennaya, el muchacho no había pensado en absoluto que no volvería a verlos. Ese día sólo uno regresó a la Moskovskaya. La noticia tardó unos días en llegar a la estación: unos bandidos del Imperio de los Vegetarianos había asaltado los puestos de venta de la Sennaya. Los colonos vegetarianos que habían colonizado la línea verde habían querido introducir un nuevo sistema ecológico en el metro para volverse uno con la naturaleza. Se decía, incluso, que ya no eran verdaderos seres humanos. Pero, sobre todo, tenían mala fama por su crueldad. Palych fue el único que logró regresar a la estación y contó la horrenda matanza.

Un sonido áspero y metálico despertó a Gleb de sus sueños. Martillo empleaba con destreza un machete de paracaidista para abrir las dos latas de carne. Luego las vació en el puré que humeaba dentro de la olla. Removió cuidadosamente la sencilla comida con el gigantesco machete, sacó dos cucharas

de aluminio y le acercó la olla al muchacho.

—Cómetelo. ¿No habías probado nunca el puré de alforfón? Antes de la catástrofe se encontraba en todas las tiendas.

El muchacho miró de reojo al Stalker. Martillo tomó una cucharada de puré y se puso a masticar con apatía. Estimulado por el olor del sencillo y sustancioso plato, Gleb se puso a comer de inmediato. No era la primera vez que comía puré de cereal. Pero el alforfón que los colillas les proporcionaban a cambio de la madera no podía compararse con aquel exquisito manjar.

Luego les llegó al turno a los enigmáticos me-lo-co-to-nes. Gleb se dio cuenta en seguida de que aquella comida no sólo le calmaría el hambre, sino que le procuraría un indescriptible deleite. El muchacho cerró los ojos con placer y devoró de un tirón el contenido de una de las latas. Tan sólo por eso habían merecido la pena los esfuerzos de aquel día.

Gleb se sobrepuso a su timidez y logró que un «gracias» aflorase a sus labios.

—Recoge todo esto, pero no toques nada más. —El Stalker agarró su fusil—.
Tengo que marcharme durante un rato.

Ahíto y fatigado, Gleb se decidió a preguntar:

—¿Se encuentra usted mejor?

Martillo se detuvo en el corredor y miró con enfado al muchacho.

—No me hagas preguntas inútiles, chico. Si vuelve a ocurrirme, inyéctame la misma mierda. Acuérdate de que ésa es tu obligación más importante y que de ella depende tu inútil vida.

El Stalker desapareció por la puerta. La trampilla se cerró.

Gleb se quedó solo con sus preguntas y sus impresiones.

Al día siguiente no sucedió nada importante. Gleb exploró el «apartamento» de Martillo y contempló con interés los extraños aparatos, la maraña de tubos y las estanterías en las que se amontonaban armas de todos los calibres y para todos los gustos. Aquí y allá, sus ojos se detenían sobre pequeños carteles con enigmáticas inscripciones: Extractores de ventilación, Generadores, Válvula de calefacción... en cuanto su estómago empezó a refunfuñar, el muchacho emprendió nuevas investigaciones por el almacén de alimentos y se acostumbró a terminar todas sus comidas con una nueva porción del divino me-lo-co-tón.

También encontró, por fin, la salida principal de la cámara del tesoro: una

escalera que ascendía hasta una pesada puerta hermética. A juzgar por lo oxidado que estaba el cerrojo, el Stalker no empleaba aquella salida. Por otra parte, Gleb descubrió una puerta más pequeña en el otro extremo del almacén, junto a unas botellas de oxígeno. Tenía una ventanilla enrejada con un cristal opaco. Al otro lado reinaba la más absoluta oscuridad. En el suelo, al lado de la puerta, descubrió un cartel con un texto escrito en correcta letra de imprenta. El muchacho recorrió con los dedos su color desvaído y leyó: «Búnker n.º... El número era ilegible. Debajo: RESPONS. SAZONOV, V. P., LLAVE A CARGO DEL MÉDICO DE SERVICIO EN EL HOSPITAL N.º 20, TF. 371...». El resto también estaba ilegible.

El muchacho examinó concienzudamente el cartel y se sumergió en sus reflexiones. Entendió que ése era el motivo por el que Martillo no vivía en la estación. En aquella instalación subterránea de defensa antiaérea se vivía mucho más cómodamente que en una estrecha tienda. Y era evidente que al otro lado de la puerta empezaba un pasillo que enlazaba el búnker con el sótano del hospital. Por supuesto: ¿Cómo, si no, habría sido posible trasladar a los heridos y los enfermos?

El muchacho echó otra mirada por la ventanilla. Estaba helado. La oscuridad del otro lado de la puerta tenía algo de irreal, tan completa era su negrura. De pronto tuvo una idea: ¡Probablemente aún habría medicamentos en el hospital! Gleb se imaginó regresando a la Moskovskaya con un montón de pastillas y de vendas. Seguro que los suyos se iban a alegrar. Y quizá el tío Nikanor lo tendría en mejor concepto y lo aceptaría de nuevo.

El pensamiento complació de tal manera al muchacho que, presa del entusiasmo, corrió de un lado a otro por el búnker para hacerse con todo lo necesario. Se apresuró a ponerse la máscara de respiración, arrancó el seguro del cartucho de filtro, agarró una imponente linterna del banco de trabajo y se dirigió, resuelto, hacia la pesada puerta. Las bisagras estaban bien engrasadas y no crujieron. El Stalker sí empleaba aquella salida. El muchacho se detuvo en el lindar y escuchó. No oyó nada, salvo su propia respiración al pasar por la máscara de gas. No había ningún peligro. Gleb se tranquilizó y encendió la linterna. Ésta centelleó un par de veces e iluminó el pasillo con un pálido rayo de luz. No importaba, sería suficiente. Le bastaría con un instante. Para ir y volver una sola vez.

Pero a Gleb no le resultó nada fácil cruzar la frontera entre la luz y la

oscuridad. Las piernas, traicioneras, le temblaban y no querían obedecerlo. Ah, pero lo iba a conseguir. Era ridículo... Primero hasta el final del pasillo, y luego ya vería lo que se encontraba más adelante.

Al fin, Gleb logró dominarse y avanzar. El pálido rayo de luz se adentraba tan sólo unos pocos metros en la oscuridad. El muchacho creía sentir que la oscura nada se defendía del minúsculo rayo de luz que llevaba en la mano. Casi a cada paso, Gleb se volvía hacia la puerta iluminada, que se hacía cada vez más pequeña en la lejanía. El pasillo lo llevaba hacia el corazón de las tinieblas. Una angustia pegajosa le recorrió el cuerpo desde los dedos de los pies y subió lentamente, cada vez más arriba, hasta anidarle en la nuca.

Más adelante se oyó inequívocamente un crujido. Gotas de sudor afloraron a la frente de Gleb. Como en trance, avanzó poco a poco y trató de encontrar el origen del ruido. Presa del temor, no se atrevió a dar la vuelta y correr hacia la luz salvadora del búnker.

No habría sido capaz de dar la espalda a lo desconocido. Tan sólo quería una cosa: ver lo antes posible lo que tenía delante. Y convencerse de que era el conducto de ventilación que agitaba las hojas esparcidas por el suelo, o ratas que buscaban comida. No podía ser otra cosa. ¡Imposible!

Los contornos de una esquina tomaron forma en la oscuridad. El muchacho iluminó lo que había al otro lado. Un nuevo pasillo que no conducía a ninguna parte. Gleb echó una última mirada a la lejana puerta del búnker y desapareció tras el recodo. Parecía que era allí donde empezaban los sótanos del hospital. Techos bajos de hormigón, montañas de cristales rotos en el suelo, armazones de camas herrumbrosos que encontraba de vez en cuando... En algún sitio debía de haber una escalera que condujera a la planta baja. Después de registrar varias habitaciones repletas de trastos, Gleb llegó al umbral de una sala más grande, cuya pared opuesta desaparecía en la penumbra.

Una vez más: el crujido. En esta ocasión lo había oído mucho más cerca. Nervioso, Gleb se puso a iluminar todos los rincones con la linterna para descubrir qué era lo que se movía. El pálido círculo de luz capturó por unos instantes una figura grande y borrosa, pero no se detuvo allí. El muchacho había visto a duras penas a la criatura, y, por pura inercia, había enfocado la linterna en la dirección opuesta. La luz titilante y pálida distorsionaba el perfil de los objetos y arrojaba sombras maravillosas sobre las paredes. Gleb no habría sido capaz de

reconocer la borrosa figura que tenía delante. Recordaba a un niño castigado a quedarse de pie en el rincón, con la cabeza oculta bajo un harapo informe. Una fea joroba adornaba su espalda. El muchacho dio un paso hacia la criatura. Y luego otro. Por un instante le pareció que la figura se había movido. Tal vez fuera la linterna la que había oscilado a causa del temblor de su mano.

Otro paso... La figura tenía contornos cada vez más precisos. Un poco más, se decía Gleb, y desaparecería el producto de su imaginación, y descubriría que tan sólo se trataba de un inocuo montón de cachivaches como los que había por todo el sótano. ¡Qué iba a ser, si no!

De repente, la linterna se apagó. Fue tan repentino que el muchacho se quedó inmóvil, sin atreverse a respirar. En aquella absoluta quietud, oyó un crujido frente a él. Una terrible escena se desarrolló en la imaginación de Gleb: la pesada figura se incorporaba lentamente, se daba la vuelta, arrojaba al suelo los harapos a medio pudrir y tendía hacia él sus manos largas y nudosas, con garras afiladas como navajas de afeitar.

El muchacho jadeó de puro espanto y retrocedió. En aquella absoluta oscuridad, creyó ver una sombra que se plantaba frente a sus ojos. Se cayó de espaldas, agitó las piernas y se arrastró por el suelo polvoriento con el cuerpo convulso.

Un aullido prolongado y ensordecedor se hizo oír en el gigantesco sótano. Se le erizó el cabello. Una gélida oleada de terror inundó su conciencia. No acababa de entender que era él mismo quien había aullado de miedo. Gleb trató de escapar y, en la negrura, se estrelló una y otra vez contra la interminable pared de la bóveda subterránea. Comprendió, en su desesperación, que si no tenía luz no encontraría jamás el camino de vuelta, perdió totalmente el control y dio traspiés y chocó contra un montón de muebles rotos. Uno de los costados le ardía a causa del golpe, se le cortaba el aliento. Por un instante, Gleb llegó a pensar que se le había estropeado la máscara de gas, porque no lograba inspirar el aire con olor a goma.

Respirando con dificultad, a punto de ahogarse, el muchacho buscó a tientas por el suelo algún objeto que le sirviera como arma. La mano le entró, como si tuviera vida propia, en el bolsillo de los pantalones. El contacto con el metal liso del mechero le tranquilizó un poco. Tomó aire hasta el fondo, sacó el encendedor del bolsillo e hizo girar la ruedecita. La oscuridad cedió ante el pequeño fuego

que el muchacho sostenía con la mano en alto. Gleb echó a andar por el intrincado complejo subterráneo, con la trémula llama que le iluminaba el camino, hasta que por fin encontró el corredor que buscaba. Reconoció desde lejos el contorno desdibujado de la puerta del búnker. El muchacho corrió por el pasillo, pasó al otro lado, cerró la pesada puerta y, ya sin fuerzas, se dejó caer al suelo. La tensión le provocó estremecimientos por todo el cuerpo. Dejó a un lado la húmeda máscara de gas, se abrazó al mechero que tanto amaba, y se puso a sollozar.

El Stalker regresó al segundo día, sucio y malhumorado. Contempló su propia cueva con enojo. Bebió con afán media tetera de agua y llamó a Gleb.

—Desnúdate.

El muchacho, azorado, no hizo otra cosa que apoyarse primero sobre un pie y luego sobre el otro mirando al suelo.

—¡Te he dicho que te quites esos andrajos! —bramó Martillo, y desató los nudos de la mochila.

Mientras el muchacho se despojaba con torpeza de su camisa raída y llena de agujeros, el Stalker sacó un fardo tras otro de su gigantesca mochila. ¡Prendas de ropa, y algunas de ellas parecían totalmente nuevas! Con los ojos como platos, Gleb se admiraba de los montones de calcetines, camisetas y pantalones. Al fin, Martillo sacó unas botas impecables, con suelas estriadas y cordones hasta la rodilla.

—Para ti, para ti —respondió el Stalker a la muda pregunta de Gleb—. Pero lávate. Todo el cuarto huele mal por culpa tuya.

Resultó que en el búnker había incluso un cuarto de baño. Gleb, descalzo, tanteó las baldosas del suelo durante un buen rato sin encontrar el plato de la ducha. El Stalker se dio cuenta por el ruido que hacía y entró a explicarle cómo funcionaba todo. El muchacho tan sólo conocía los baños de la Moskovskaya, donde no había otra posibilidad que echarse por encima cubos de agua fría y turbia, y por ello los chorros de agua caliente que bajaban desde el techo le parecieron el paraíso. El deleite, sin embargo, fue breve, porque Gleb no tardó en oír la brusca voz del Stalker. Salió al instante de la ducha y se secó.

—Vístete y cocina algo para comer. —En ese instante, el Stalker examinaba con detenimiento un traje aislante contra armas químicas. Suspiró profundamente y se lo llevó a su taller.

Pasó allí la mayor parte de la noche. Hacía ruido con las herramientas y trabajaba sin cesar. De vez en cuando salía como un oso de su cueva y entraba en la cocina para comer un bocado. El muchacho, entretanto, no paraba de probarse ropas distintas. Empezaba ya a aburrirse cuando por fin el Stalker salió de su taller con un voluminoso fardo en la mano.

#### —Pruébate esto.

Una verdadera maravilla se desplegó ante Gleb: ¡un traje protector impermeabilizado! Con placas blindadas en el tejido elástico para proteger los órganos vitales. ¡Un verdadero traje protector de Stalker, pero de la talla de Gleb!

El asombroso traje estaba cubierto de enigmáticos bolsillos y estuches para instrumentos. Debajo del mentón había un pequeño contenedor del que salían dos tubos. Éstos pasaban por encima de los hombros y terminaban en una mochila plana y estriada que llevaba a la espalda. En el antebrazo izquierdo tenía adosada una vaina de cuero de la que sobresalía la empuñadura de una daga.

El traje protector modificado le encajaba como hecho a medida. Finalmente, el Stalker le puso a Gleb un pesado casco con una abertura en la boca para el sistema de respiración. Tras conectar la entrada de oxígeno, dio un paso hacia atrás y examinó el resultado de su trabajo.

—¡Maldita sea, si pareces Darth Vader! —Martillo sonrió con cierto mal humor y bostezó—. Ya está. Quítate el traje, astronauta. Mañana por la mañana nos pondremos en marcha. Me voy a dormir.

Gleb necesitó cierto tiempo para comprender los peculiares cierres. Luego colocó cuidadosamente el traje sobre una silla y se marchó de puntillas hacia su catre. Una vez allí, dio vueltas de un lado para otro, pero no logró dormirse. Un súbito impulso lo hizo incorporarse a medias sobre el codo. Martillo dormía más atrás, en su propio catre, de cara a la pared. «¿Por qué yo?», cavilaba el inquieto Gleb, y sin darse cuenta murmuró en voz baja la sencilla pero crucial pregunta.

—No te hagas el loco, muchacho. —Fue como si el Stalker, a pesar de estar dormido, lo hubiera oído—. Tienes fuerza dentro de ti. Quédate a mi lado. Puede que así no mueras.

Tras pronunciar tales palabras, el Stalker bostezó de buena gana, y al cabo de unos instantes Gleb lo oyó roncar.

Había agua por todas partes. No importaba adónde mirase, no había nada

salvo agua. Oleadas gélidas y paralizantes se arrojaban sobre él y le sumergían la cabeza. A duras penas se sentía las piernas, una terrible fatiga se había adueñado de su cuerpo. Mudo como un pez, abrió la boca, pero en vez del aire salvador, tan sólo tragó agua. Por última vez, pugnó con brazos fatigados para no hundirse, pero una nueva oleada se abatió sobre él, y la luz que se abría paso entre las poderosas olas empezó a perder fuerza.

Gleb despertó y sufrió un ataque de tos. El corazón se le había acelerado y sus pulmones sufrían espasmos al respirar el aire estancado del búnker. Había sido tan sólo un sueño. Una pesadilla. Gleb no había visto tanta agua junta en toda su vida. Y dudaba de que pudiese llegar a verla nunca. Por supuesto que el muchacho había oído hablar de la inundación de la Gorkovskaya, pero en su sueño había mucha más agua de la que podía caber en una estación.

Gleb se frotó los ojos y trató de olvidarse del sueño. Salió de debajo de la manta y se vistió. Martillo trasteaba en la cocina con los platos. Sobre la mesa humeaba un cuenco de sopa con un aroma exquisito.

Mientras Gleb engullía su ración, Martillo empaquetó sus cosas. A continuación ayudó al muchacho a ponerse el traje protector. Gleb se dio cuenta de que el traje se había vuelto más pesado. Llevaba una pistola de fuego rápido de la marca Pernatch, una gran cantidad de cargadores de repuesto y todo tipo de equipamiento para la marcha.

—¿Sabrías manejarla? —preguntó el Stalker, y él mismo desenfundó la pistola que Gleb llevaba en el traje. Al ver la mirada de desconcierto del muchacho, Martillo cargó la pistola y le dio una breve explicación—: Tiene dos modos de disparo, uno a uno y automático. El conmutador para cambiar de modo se encuentra aquí. Los cargadores tienen veintisiete disparos. Es bastante pesada, pero no importa, ya te acostumbrarás. Y esto lo tendrás que proteger como si fuera las niñas de tus ojos. —El Stalker le entregó una cartuchera enrollada de la que asomaban unas jeringas metálicas parecidas a cigarrillos.

Gleb hizo acopio de valor y le preguntó:

- —¿Es usted... yonqui?
- El Stalker sonrió con malicia, se acercó a la mesa y se sentó en el taburete.
- —¿Has oído hablar del diablo de los pantanos?
- Gleb recordaba que Palych le había contado algo, pero no sabía muy bien...
- —Es un insecto. Una mosca mutante. —En los ojos del Stalker brilló la ira

- —. Su picadura no mata en seguida, pero es mucho más nociva para la sangre que la cerveza sin alcohol que te dan los inmigrantes moscovitas<sup>[4]</sup> de la Mayakovskaya. Al principio tuve fiebre. Un virus. No hay manera de destruirlo. Se le puede llamar con todo derecho «diablo». He probado todo tipo de medicinas. Los únicos que pudieron ayudarme fueron los vegetarianos.
- —¡Pero ésos son enemigos nuestros! —gritó Gleb, y apretó los puños—. Fueron por mis padres y los….

El muchacho se interrumpió. No llegó a pronunciar la terrible palabra. Si la hubiese dicho, habría pronunciado una sentencia definitiva y hubiera tenido que abandonar toda esperanza.

—Por supuesto, esos vegetarianos chupan sangre. Pero incluso el más endiablado criminal puede ser un buen socio cuando se lo trata como hay que tratarlo y se toman medidas de precaución. Y todavía más en nuestro apestoso hormiguero que lleva con orgullo el nombre de Ferrocarril Metropolitano. Fíjate en esto, muchacho. —El Stalker sacó de la cartuchera una de las jeringas. Estaba repleta de un líquido marrón—. No tengo ni idea de lo que han metido ahí, pero este extracto atenúa los ataques. Así pues, tienes que actuar con rapidez la próxima vez que sufra uno.

Gleb se guardó el medicamento en la riñonera. Le quitó el seguro a la pistola, la metió en la funda y cruzó con el Stalker la misma puerta por la que había pasado durante la escapada de la noche anterior.

El Stalker cerró la puerta por fuera y condujo al muchacho por el largo pasillo. Gleb había dejado de sentir angustia, porque estaba en compañía de Martillo y porque llevaba un arma en el cinturón. Ni tampoco el sótano del hospital le causó el mismo temor bajo la luz brillante de la linterna que ahora llevaba adosada a la frente. Descubrió que en el infausto rincón no había nada más que una alfombra enrollada y apoyada en la pared. El muchacho, avergonzado, se acordó de lo que había vivido la noche anterior. Al subir por la escalera cruzaron otras varias bifurcaciones. Una rata rechoncha pasó corriendo junto a sus pies sin hacer ningún ruido. Más adelante, por el resquicio de una puerta entrecerrada, se colaba la luz del día.

De repente, Gleb se alarmó.

—¿Vamos a salir a la superficie?

Martillo entreabrió la puerta cubierta de arañazos y echó una ojeada al

exterior. Luego salió al patio del hospital. Igual que el día anterior, el muchacho se hallaba en la frontera entre la luz y la oscuridad. Pero en esta ocasión vaciló en cruzar el umbral y abandonar su mundo envuelto en penumbra.

—Ven, muchacho. Nos queda poco tiempo. Tendrás que aprenderlo todo sobre la marcha.

Gleb dio unos pasos torpes y parpadeó bajo la intensa luz. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos. Levantó la cabeza y, entre gimoteos, cayó al suelo y se quedó a cuatro patas. Ya no había techo. Ni siquiera había un techo mucho más arriba, como había llegado a imaginarse... No, simplemente no había nada. El cielo interminable, cubierto de nubarrones de lluvia, abrumó al muchacho. Quiso agarrarse con ambas manos a la tierra, oprimir el cuerpo contra ella para no desaparecer en aquella nada de color azul grisáceo.

—¡Ponte en pie! —El Stalker estaba irritable y tenso—. Acostúmbrate a esto. ¡Venga, camina!

Gleb caminó, tambaleante, tras la poderosa figura del Stalker. Sufría un mareo terrible. Sintió que las náuseas le subían por la garganta. Tropezó y se cayó sobre la hojarasca podrida del otoño. Una vez más, el Stalker se dio la vuelta, pero tan sólo un momento, y luego siguió adelante con largas zancadas. Gleb se colocó bien la máscara de gas y corrió detrás de él. Uno, dos, uno, dos... se concentró en el movimiento de sus propias piernas y eso, poco a poco, lo tranquilizó. La tierra dejó de dar vueltas y ya no veía doble.

—¡Mira por dónde andas! ¡Ten cuidado! —Martillo aceleró sus pasos.

Gleb no estaba acostumbrado a caminar tan rápido y le fue difícil seguirle el paso al Stalker. Pasaron de largo frente a edificios gigantescos de paredes grises y agrietadas. A la derecha había un terreno amplio sin edificar, excavado por varios sitios, que recordaba a una tarta con masa de copos de avena. Al otro lado de la plaza había más edificios.

- —¿Qué es todo eso?
- —Ten los ojos bien abiertos, muchacho. Leer sí que sabrás.

Era verdad: en la pared de la izquierda había un cartel cubierto de polvo en el que se leía: Av. Y. Gagarin. La avenida Gagarin.

- —¿Y qué es esa tierra?
- —Han sido los topos. Antes de la catástrofe eran unos animalitos simpáticos. Pero ahora se han vuelto enormes. Y desde luego que no les falta el apetito. Este

bulevar es su territorio. Por suerte, sus galerías no son profundas, porque, si no, habrían invadido hace tiempo el metro entero.

Gleb miró de reojo los montones de tierra, y para sentirse más seguro se puso a caminar cerca de las casas, tan lejos como pudo de los enormes hoyos.

Habían dejado atrás varios bloques de pisos. Al otro lado de la calle, tras una verja, crecía una frondosa selva de árboles extraños cuyas ramas se enmarañaban entre sí. Más a la derecha se encontraban las ruinas de un gigantesco edificio redondo.

Gleb se acordó de un dibujo que había visto en un antiguo libro ilustrado y dijo con emoción:

- —El Coliseo.
- —¿Disculpa? ¿Qué has dicho sobre el Coliseo? —Se notó por la voz del Stalker que la observación le había hecho gracia—. Eso es el Centro para Deportes y Conciertos Lenin. En otro tiempo se hacían competiciones en este lugar.
  - —¿Como en el Coliseo?
  - —Sí, por qué no. Como en el Coliseo. ¡Quédate detrás de mí!

Giraron hacia la izquierda y anduvieron en dirección paralela a la jungla sin separarse de las casas. El viento transportaba los prolongados gritos de los animales y los chillidos de aves desconocidas desde el antiguo parque. Gleb miró en todas direcciones y le preguntó al Stalker:

- —¿Hacia dónde vamos?
- —Hacia la estación de metro Park Pobedy.
- —Pero ¿por qué vamos por la superficie? Un túnel sin obstáculos llega hasta allí desde la Moskovskaya.
- —Muchacho, soy yo quien te guía. Mejor que te preocupes de cuidar de ti mismo. No voy a tener tiempo de hacerlo yo durante el camino.

Al fin, la espesura a su derecha terminó bruscamente. Tras algunos árboles se perfilaba con contornos irregulares el edificio bajo de la entrada del metro. Faltaba un buen trozo de edificio, como si un gigante le hubiera pegado un mordisco. A modo de migajas del extraño «festín» habían quedado tan sólo unos enormes cascotes de hormigón en el cruce entre Moskovsky Prospekt y la calle Basseynaya. Los viajeros treparon sobre los escombros y se dirigieron a la boca del metro.

A sus espaldas se oyó un sordo gruñido.

El Stalker no había terminado de darse la vuelta cuando ya empuñaba el Kalashnikov.

Un lobo salió lentamente de detrás de uno de los bloques de hormigón. Los hombros de la bestia debían de hallarse a un metro de altura. Le brillaban los ojos, las patas tenían una longitud antinatural y su pelaje era moteado. Gleb se escondió tras las espaldas del Stalker, pero un crujido que oyó más atrás hizo que se volviera. Varios congéneres del depredador emergieron de la espesura y empezaron a rodear a los viajeros. Del segundo piso de una casa medio destruida salió la sombra de un nuevo animal... el más grande. El gigantesco lobo igualaba en altura a un hombre adulto. Saltó sin dificultad sobre los escombros y aterrizó suavemente al lado del primer animal. «El que va en cabeza», pensó Gleb.

—Una loba y su camada. Bestias malvadas. —El Stalker levantó el seguro del arma—. Quédate ahí.

El Stalker disparó al aire a modo de advertencia y apuntó a la loba con el cañón del arma. Ésta enseñó con inquietante ferocidad sus colmillos amarillentos, pero no se decidía a atacar. Luego gruñó débilmente, y entonces sus crías se reunieron a su alrededor. Reinaba una calma tensa.

De pronto, Gleb notó que algo le tocaba por la espalda. Antes de que tuviera tiempo de pensar, el Stalker lo agarró por el cuello y le dio un empujón hacia adelante. El muchacho cayó en el asfalto, frente a la jauría. Se volvió hacia Martillo. Éste tenía el arma baja y observaba a las bestias sin mover una pestaña. Gleb volvió a sentir que lo invadían la rabia y el miedo, pero no tenía tiempo para sentimientos. Un joven lobo se destacó de la jauría. Su madre le había dado unos golpecitos con el hocico para que se adelantara.

Era la hora de la lección de caza.

El aterrorizado Gleb se arrastró hacia el Stalker, pero éste lo detuvo con un grito brusco:

—¡O te mata él, o te mato yo! Tú eliges.

El muchacho, desesperado, se volvió hacia el depredador, desenfundó la pistola y disparó. No había esperado que el retroceso fuera tan fuerte: el cañón se volvió hacia un lado. De pronto el lobo saltó y cayó sobre su víctima.

El violento choque con el pesado animal expulsó todo el aire de los

pulmones de Gleb. El muchacho rodó sobre los adoquines. La pistola quedó a un lado. Aparecieron sobre él unas fauces babeantes con largos colmillos. Pero el casco impidió que el depredador le mordiese la garganta. Gleb se echó boca abajo, lanzó un grito incomprensible y tendió el brazo hacia el Stalker. Éste, impasible, contemplaba el enfrentamiento sin intervenir. Los dientes del depredador se cerraron sobre la pierna del muchacho. Las láminas de kevlar le protegieron los músculos, pero el robusto animal, al retroceder, sacudió su cuerpo de un lado para otro.

El cielo y la tierra daban vueltas ante sus ojos, el lobo sacudía a Gleb como a un muñeco. En algún momento, el dolor de la pierna se le hizo insoportable y el muchacho gritó. El animal se detuvo un instante y Gleb lo golpeó en los ojos con el talón. Sus mandíbulas se abrieron y Gleb sintió que el dolor se calmaba en cuestión de segundos. El lobo retrocedió y se agachó, a punto para iniciar un nuevo ataque.

—¡Mátalo! —rugió de pronto Martillo.

En ese momento Gleb no estaba seguro de que el grito del Stalker se hubiese dirigido a él. Y ésa fue la gota que colmó el vaso. La rabia hervía en su interior. Rabia contra el Stalker que lo había arrojado como un hueso a los mutantes para que lo devoraran.

Gleb sacó el machete que llevaba en la cintura. Se puso en pie a tiempo para frenar el ataque de la bestia enloquecida. Los dientes le crujieron por la violencia del golpe y su brazo izquierdo se retorció dolorosamente, pero Gleb logró mantenerse en pie y, con un grito salvaje, hundió la ancha hoja en el vientre del animal. El mutante se estremeció, sus mandíbulas parecieron aflojarse. Gleb lo apuñaló otra vez, y otra. Poco a poco, la bestia resbaló hasta el suelo: una masa de carne convulsa. El muchacho se arrojó encima del animal y lo acribilló a puñaladas al azar. El lobo se revolvía en espasmos agónicos. Gleb se levantó tambaleante del viscoso charco de sangre humeante y avanzó con mirada de loco hacia el Stalker. De la punta del machete caían gotas púrpura que dejaban un rastro sinuoso sobre el asfalto. Cuando estuvo cerca de Martillo, quiso arrojarse sobre él, pero el Stalker le agarró el brazo con un movimiento apenas perceptible y se lo retorció. El machete cayó al suelo. Martillo sujetó al muchacho con mano férrea y recogió el machete, limpió la hoja en la manga y volvió a meterlo en la funda incorporada al traje de Gleb.

La loba olisqueó el cadáver, se dio la vuelta y se marchó, seguida por el resto de su camada. Al cabo de un minuto los viajeros volvían a estar solos. Martillo se puso en marcha en dirección a la entrada del metro. El muchacho aún jadeaba con fuerza y miraba al Stalker con furia. Pero, poco a poco, la rabia cedió su lugar a una apática serenidad y a un infinito cansancio.

—Puede que éste no muera —oyó Gleb que decía Martillo en voz baja. Como si lo hubiera devuelto a la realidad, se apresuró a recoger la pistola, que había quedado cerca de allí, y corrió en pos de su maestro.

Había conocido el mundo exterior.

### UN ZOO SOBRE RUEDAS

La estación Park Pobedy recibió a los viajeros en tenso silencio. Pasaron por la puerta hermética y vieron la austera decoración del andén. Había quedado sumido en la oscuridad. En un extremo de la estación había chozas apiñadas, montadas con lo que habían podido encontrar por allí. Sus escasos habitantes estaban apretujados en torno a un par de débiles fogatas. Era una de las estaciones con separación entre el andén y las vías, pero prácticamente ninguna de las puertas seguía en su lugar. A la entrada de los pasillos se amontonaban mercancías sencillas, como en la tienda de un trapero: carne seca de rata, vestidos mal cosidos, rollos de cable, cuchillos...

Se oyeron unas pisadas lentas procedentes del túnel que llevaba a la Elektrossila.<sup>[5]</sup> Gente que entraba en la estación. Sus habitantes lo dejaron todo, corrieron hacia los puestos de venta y se pusieron a llamar a los viajeros.

Martillo llevó a Gleb hasta el centro de la estación, donde había una escalera que bajaba hacia las instalaciones de mantenimiento. Al lado de la escalera había un centinela de mirada siniestra, con un fusil de cañón liso. Cuando vio al Stalker, se asomó por la baranda y silbó con fuerza. Un muchacho no mucho mayor que Gleb salió del interior del andén.

—Llévalo donde Batya —le susurró, y miró de reojo a Martillo. Gleb habría querido seguir al Stalker, pero el centinela lo detuvo con la mano—. Éste se queda aquí.

Martillo le hizo un gesto con la cabeza a su pupilo para que obedeciera y desapareció escalera abajo. Gleb se quedó esperando.

Miró a su alrededor y comparó inconscientemente aquel lugar con la Moskovskaya. Cuanto más tiempo empleaba en ello, más evidente se le hacía la diferencia entre ambas estaciones. En el lugar donde se encontraba, la vida transcurría en su nivel más primitivo.

Ni siquiera tenían luz eléctrica. Desde abajo le llegaba la algarabía de niños peleando y mujeres insultándose. Olía a carne quemada.

- —¿Y de dónde vienes tú?
- El hombre de poca estatura que empuñaba el fusil estaba visiblemente aburrido y le apetecía charlar.
  - —De la Moskovskaya.
- —Vosotros sí que tenéis una estación bonita. —El centinela suspiró hasta lo más hondo—. Cuentan que allí las mujeres también están muy bien. He pensado en irme a vivir allí. Batya nos ha reducido una vez más las raciones. Ha perdido totalmente los papeles…
  - —¿Y dónde vivís vosotros? ¿Abajo?
- —¡Sí, por supuesto, abajo! En esta estación entra quien quiere. Las puertas quedaron todas abiertas y no hay servicio de guardia que pueda con eso. ¿Qué otra alternativa nos queda? Arriba hay un parque. Por allí merodean todos los animales imaginables. Tampoco podemos emprender expediciones por la superficie. A duras penas vivimos de lo que comerciamos.

Un chiquillo de unos cinco años se acercó a Gleb y contempló con temor las armas que llevaba. Se quedó mirando la culata del revólver que sobresalía de la funda.

—¡Oye, Stalker, dame un cartucho!

En un primer momento, Gleb no se dio cuenta de que el crío le hablaba a él. Pocos días antes, el propio Gleb había mirado a Martillo con los mismos ojos desorbitados que el mocoso. Era un recuerdo ya lejano. Como si proviniera de otra vida. Gleb abrió el bolsillo donde llevaba los cartuchos, sacó uno y se lo dio al niño. Reflexionó durante unos instantes, agarró la mochila y buscó un terrón de azúcar. Los ojos del chiquillo se iluminaron de alegría. En cuanto tuvo el regalo en sus menudos puños, se marchó brincando hacia los puestos de venta.

- —¡Mamá, mamá, mira lo que tengo!
- El centinela lo siguió con los ojos y dijo en voz baja:
- —No eres como Martillo. Te voy a dar un consejo, muchacho: apártate de él.

Márchate corriendo tan rápido como puedas. Ese monstruo camina sobre cadáveres sin que se le mueva una pestaña. Todo lo que tenía de humano ha desaparecido.

Un violento golpe en la espalda detuvo el torrente de revelaciones. El centinela se estremeció.

—Habla por ti, perro. —El Stalker le echó una mirada lúgubre al centinela —. A vuestros niños se les hincha el vientre de hambre y tú estás aquí con el culo bien asentado. Te lo has montado muy bien, rata.

Gleb corrió en pos de Martillo. Bajaron a las vías, pasaron una vez más entre los puestos de venta y desaparecieron en el túnel. Gleb aún tenía en los ojos la mirada de gratitud de la madre del chiquillo. Salieron de la estación.

Llegaron a la Elektrossila sin incidente alguno. Tan sólo en una ocasión tropezaron con un extraño desfile: gentes tristes cargadas con palas. Tan pronto como vieron llegar a Martillo y a Gleb, se apartaron a un lado y les dejaron el camino libre.

- —¿Adónde van ésos?
- —A la estación Kaputchino. Allí se está cavando un túnel que tendría que llegar hasta Moscú.
  - —Pero si Moscú está muy lejos...
- —Sí. Pero a esos zumbados les da igual. Quieren alcanzar la redención. La esperanza es peligrosa, muchacho. Aún más terrible que la estupidez humana.

Más adelante vislumbraron el fulgor de una hoguera. Alguien dio el alto a los viajeros. Al reconocer a Martillo, el centinela los dejó entrar en la estación. Estaba mucho mejor iluminada. Las lámparas alumbraban las tiendas dispuestas en hilera. A un lado del andén había un convoy de metro. Las ventanas conservaban las cortinas y reflejaban la agradable luz. Los habitantes de los vagones, gentes que habían alcanzado un cierto bienestar, habían instalado allí su pequeño mundo. En el andén reinaba un ajetreo como el de un hormiguero que ha sufrido alguna agitación. Comerciantes de toda suerte iban arriba y abajo por la estación y por todas partes se negociaba animadamente. En un rincón alejado, aislado con chapas de hojalata, se oían gritos de borrachos y estentóreas risas.

- —Pentágono —Gleb había leído el cartel de la entrada y, a modo de pregunta, miró al Stalker sin decir nada.
  - —Aquí, en la superficie, hubo en otro tiempo una fábrica —le explicó

Martillo—. Se llamaba Elektrossila. Al sonar la sirena de alarma, todos los que estaban allí se refugiaron en el metro. Y en el búnker de la fábrica. No está lejos de aquí. En aquella época, los trabajadores llamaban Pentágono al edificio de administración, porque era el centro de mando, como en Estados Unidos. El nombre se mantuvo. La vida entera se organiza en torno a ese bar. Y aquí es donde podremos calibrar nuestras posibilidades.

Dejó la mochila en el suelo y se dirigió al bar.

—Espérame aquí. Y vigila las cosas.

Gleb miró alrededor y descubrió a un sujeto curioso, ataviado con una túnica larga de color claro. El desconocido agitaba un libro delgado frente a la muchedumbre y clamaba con voz cantarina: —¡Ese día está a punto de llegar y las puertas del paraíso se abrirán! ¡Llega el día en el que aparecerán los mensajeros del mundo nuevo! ¡Un Arca divina llegará a la orilla y conducirá a los mártires hasta la Tierra Prometida! ¡Podéis estar seguros, hijos de Dios! ¡Se acerca el día del gran éxodo! ¡Falta poco para la Redención! ¡Uníos a Éxodo, hermanos, y se os revelará la verdad! ¡Éxodo está aquí! ¡Éxodo está con todos vosotros!

Gleb no pudo oír más. El desconocido de ojos febriles desapareció entre la multitud.

Aunque el muchacho se esforzara por no llamar la atención, su extraño uniforme atraía las miradas de los transeúntes. Poco a poco se formó a su alrededor un corro de curiosos. Dos tipos musculosos en uniforme de camuflaje, atraídos por el alboroto, se abrieron paso entre el gentío.

—¡Eh, chico, saca de en medio tus cosas! —le gritó uno.

El muchacho bajó la cabeza, pero no se movió de donde estaba.

Le habría dado mucho más miedo desobedecer la orden de Martillo. Los desconocidos miraban su armamento de reojo, con codicia.

—¿Es que estás sordo o qué? —El hombre pisó la mochila con una bota de caza raída—. Aquí no damos limosna. ¡Lárgate!

El tipo se inclinó sobre el estuche del que sobresalía el fusil de fuego rápido de Martillo y, de repente, se quedó paralizado. La fría boca de una pistola se había apoyado en su sien.

—Lárgate tú —respondió Gleb en voz baja, y le quitó el seguro a la Pernatch.

—Te has pasado de rosca, muchacho. —El hombre se levantó poco a poco y le lanzó una mirada hostil—. ¡Cómo puedes ir con el arma en la mano por la estación!

Le dio un fuerte golpe en la mano a Gleb y el arma cayó al suelo. Siguió otro golpe, esta vez en la barriga. Gleb cayó al suelo y tuvo que esforzarse por respirar. Una bota se acercaba a toda velocidad. El muchacho la esquivó. La mitad derecha de la cara le ardía de puro dolor. Gleb hubiera querido agarrar la pistola, pero la bota de cazador le aplastó la mano contra el suelo. El muchacho chilló y apretó los dientes.

De pronto, el tipo cayó al suelo; su compañero aún tuvo tiempo de mirar al Stalker con ojos desorbitados, y luego éste le propinó una patada tan fuerte que perdió el conocimiento.

—¿Cómo es que quieres llevarte una propiedad ajena, cabrón? —Martillo aplastó al primero de los atacantes contra una columna rota. Luego le asestó un golpe que lo dejó con la cabeza bamboleándose sin fuerzas a un lado—. ¿No has sabido ganarte nada por ti mismo?

Después de unos cuantos puñetazos, el desgraciado se marchó cojeante entre la multitud mientras se secaba la sangre del rostro retorcido por el dolor.

—¡Ponte en pie! —Martillo se quedó mirando mientras Gleb se levantaba poco a poco, y luego le puso el machete en la mano—. Ha tratado de robar, y en el metro no tenemos contemplaciones con los ladrones.

El Stalker se arrojó sobre el otro que aún estaba en el suelo, le retorció el brazo y apretó la mano contra el áspero hormigón.

—¡Córtale los dedos! —El pobre diablo chilló y se dio la vuelta. Pero Martillo lo retuvo con brazos de hierro—. ¡Te he dicho que se los cortes!

Gleb miraba al Stalker con horror. Respiraba pesadamente y le temblaban las manos.

- —No...
- —¡Hazlo de una vez!
- —No, no pienso hacerlo.
- —¡Córtaselos, mocoso, si no quieres que haga carne picada con tu cadáver! Gleb aguantó la severa mirada de su maestro, y luego, lentamente, le acercó el machete.
  - —Pues hágalo. Seguro que es el mejor en eso. Pero deje marchar a éste.

Se había reunido una turba de curiosos en torno a ellos. En el reducido espacio que ocupaban reinaba un silencio de muerte. Los mirones escuchaban cada palabra que se decía. Martillo se puso en pie y dejó que el ladrón se marchara. Durante un instante, Gleb creyó ver en los ojos de su maestro un destello de satisfacción.

—¡Márchate de aquí, inútil! —El Stalker le dio una patada al sujeto—. Hoy has tenido suerte.

Gleb tomó aliento y sintió que le abandonaban las fuerzas. Volvió el traicionero temblor a sus piernas. Martillo y él cargaron con las mochilas, tomaron en silencio sus armas y se dirigieron a la entrada del área técnica de la estación.

Allí los esperaba un muchacho joven y espabilado, de unos veinte años, cuya inquieta mirada parecía estar dotada de vida propia.

Llevó a los viajeros por la zona de calderas y luego hasta una cámara húmeda donde despedazaban a los cerdos recién sacrificados.

Bajo la mirada atenta de los habitantes de la estación, pasaron por la zona del matadero y llegaron por un estrecho corredor hasta la fosa séptica. Después de vadear unos cien metros de caldo pestilente, treparon por una escalerilla herrumbrosa, abrieron una trampilla en el techo y entraron en uno de los corredores circulares del búnker de la fábrica. Gleb había renunciado a aprenderse el camino. En aquel sitio habría sido imposible llegar muy lejos sin un guía. Después de pasar por una puerta de seguridad abierta de par en par, el avispado muchacho los llevó por un breve laberinto de pasillos y finalmente salió con ellos al edificio de la fábrica.

—Tendréis que subir. —El joven señaló con la mano el terraplén donde estaban instaladas las vías—. Esperad donde el ferrocarril; va a llegar dentro de poco.

El joven se cubrió la boca con la manga de la camisa y se marchó a toda prisa por la puerta. Gleb se ajustó la boca del sistema de respiración y sintió un escalofrío. No se habría arriesgado jamás a salir al exterior así como así, sin equipamiento.

Martillo caminaba hacia el trecho de vías con la metralleta a punto para disparar. Se oían truenos a lo lejos. Empezó a caer una fina llovizna. Los viajeros pasaron por un mercado de abastos ya saqueado y llegaron a la vía. A la derecha

se encontraban las ruinas de un puente. En la brecha dejada por éste se hallaban los restos de varios vagones que bloqueaban la Moskovsky Prospekt. En cambio, las vías que iban hacia el oeste parecían intactas. Gleb se dio cuenta de que en algunas de las traviesas había tuercas nuevas. Era evidente que el ferrocarril aún funcionaba.

De súbito, Martillo empujó al muchacho terraplén abajo. Ambos rodaron por la cuesta y se quedaron tendidos en la zanja. Una imponente sombra pasó a toda velocidad a ras de tierra. El Stalker siguió con la mirada el vuelo del depredador y obligó a Gleb a esperar unos minutos antes de incorporarse.

—¿Vosotros dos tenéis billete o qué?

El muchacho se volvió hacia la voz y se quedó atónito ante lo que se les acercaba. Sobre las vías avanzaba una dresina con una jaula de gruesos barrotes de hierro colado sobre la plataforma. En la parte de arriba había una escotilla cuadrada, protegida con barrotes idénticos a los demás.

- —¡Hola, Martillo! —Un tipo extraño, de cabellos apelmazados en mechones largos y grasientos y una sonrisa sin dientes, los miraba a través de los barrotes de la jaula. Tenía el rostro cubierto por varias capas de costras, hasta el punto de parecer deforme. Sobre el ojo derecho le había crecido un voluminoso lobanillo.
- —El tren expreso partirá de acuerdo con el horario. ¡Se ruega a los acompañantes que abandonen los vagones!
- —Sería mejor que te pusieras la máscara para respirar, Caronte. —El Stalker ayudó a Gleb a subirse a la dresina—. Aunque con esa jeta que tienes logras asustar a todos los mutantes.
- —¡Como si me hicieran alguna falta vuestros artilugios! —El monstruo agarró la palanca de acción y les sonrió nuevamente con sorna—. A mí la radiación no me hace nada.

Martillo echó una ojeada a la aguja del contador Géiger y arrugó la frente. La dresina arrancó con dificultad y avanzó sobre las vías.

- —¿Por qué «Caronte»? —Gleb se puso en cuclillas al lado de su maestro y contempló a través de los barrotes el desolado paisaje de la ciudad destruida.
- —Es un apodo. Los antiguos griegos tenían un personaje que se llamaba así. Llevaba las almas de los muertos al otro lado de la laguna Estigia.
  - —¿Y este Caronte de aquí también transporta a los muertos?
  - --Claro que sí. --El Stalker suspiró hasta lo más hondo---. Estamos todos

muertos desde hace veinte años. Nos hemos sepultado a nosotros mismos y erramos por el subsuelo como espíritus que no han hallado reposo. Buscamos unas cosas y otras, nos organizamos el día a día... y todo es en vano. Estamos muertos. No existimos.

Se oyó un aullido prolongado en los garajes. Sombras grises y difusas corrían de un lado para otro y saltaban de tejado en tejado.

Indudablemente no eran perros... pero tampoco seres humanos.

Tenían los hocicos largos, las orejas enhiestas, el pellejo hirsuto; en vez de patas delanteras, unos brazos humanos musculosos... con garras. Y espaldas de una anchura que no era natural. El Stalker empuñó el Kalashnikov que llevaba colgado al hombro.

—Maldita sea, esto es igual que en el zoo. Nos ven como si fuéramos papagayos en una jaula.

Martillo disparó una ráfaga breve y ensordecedora. Uno de los monstruos contrajo sus patas deformes y se precipitó en la zanja.

Los demás siguieron persiguiéndolos con los dientes desnudos, gruñendo. Gleb sacó la pesada Pernatch, apuntó y disparó dos veces.

Otra de las criaturas se alejó cojeando hacia los edificios en ruinas.

—¡Venga, hermano, no se lo pongamos fácil! —Martillo estaba al otro lado de la palanca de acción.

La dresina cobró velocidad. Los hombres-perro se quedaron atrás, excepto uno de ellos, desacostumbradamente grande, que los perseguía tenazmente. De repente, tomó impulso y saltó sobre el techo de la jaula. Gleb se llevó tal sorpresa que se quedó tendido de espaldas.

A través de los barrotes lo miraban dos ojos ardientes.

—Pero ¿tú a qué esperas, maldita sea? ¡Cárgatelo!

El muchacho necesitó unos instantes para salir de su aturdimiento. Pero entonces le quitó el seguro a la pistola, apuntó y disparó una enérgica descarga contra el cuerpo peludo. Algunas de las balas se estrellaron contra los barrotes y les arrancaron chispas. El mutante se estremeció una vez, y otra. Trató de agarrar al muchacho con su zarpa de cuatro dedos, pero la siguiente bala le dio en la cabeza. Una sangre espesa y oscura se derramó por toda la dresina. El hombreperro no se volvió a mover. Caronte estalló en carcajadas y se enjugó la sangre de su rostro deforme. Martillo maldijo entre dientes. Gleb estaba tendido de

espaldas, sostenía con el brazo extendido la pistola, ya descargada, y temblaba desde la cabeza a los pies. No tenía fuerzas para apartar la mirada del cadáver descabezado que seguía en lo alto.

La pistola que empuñaba con manos insensibles había dejado de ser un juguete vistoso. El muchacho contempló las gotas de sangre espesas como brea que caían desde los barrotes y se dio cuenta, por fin, de que lo que tenía en sus manos era un arma. Un arma de verdad, y la había empleado para quitarle la vida a otra criatura. Gleb sintió náuseas.

—Conduces un expreso muy divertido, Caronte. —El Stalker sacó un puñado de cartuchos—. ¿Aún no te has cansado de estos viajes? —Tú tienes tu oficio, Martillo, y yo tengo el mío —respondió Caronte. De repente, su estúpida sonrisa había desaparecido—. Ya hemos llegado. Bajad.

Habían llegado al Prospekt Statchek.

Los viajeros pagaron y salieron de las vías. Avanzaron por la calle en breves etapas. Gleb descubrió unas letras muy grandes en la pared de un edificio gigantesco en cuyas ventanas ya no había cristales: fbrakro.

- —¿Es la fábrica Kirov?
- —En efecto. Sólo nos queda cruzar otra calle y llegaremos al metro.

Gleb había visto a menudo el plano de la red de metro.

- —¿Por qué no hemos ido por la Technoloshka? —preguntó—. Abajo está mucho más tranquilo.
- —Digamos que hemos tomado un atajo. Por otra parte, no nos habrían dejado pasar con las armas. Y tanto tú como yo vamos cargados como un árbol de Navidad. —El Stalker se echó de nuevo a andar a su ritmo normal y dio un rodeo en torno a un cráter. El contado Géiger empezó a crepitar—. Aquí hay mucha radiación... Camina detrás de mí. Y no se te ocurra decir ni una palabra sobre ese trecho de vía de ferrocarril. Es una conexión secreta. No hay otra manera de llegar hasta el centro desde la fábrica Kirov. Los gasóleos no quieren hampones. Pero no se espera que lleguen desde la Frunzenskaya. Se cuelan por allí.

Gleb se dio cuenta de que, mientras charlaban, habían llegado a la entrada del metro. Varias columnas del edificio se habían venido abajo y cegado en parte la entrada. Los viajeros se abrieron paso entre los escombros y accedieron al vestíbulo. A su alrededor tan sólo había devastación. Como si una horda de

mutantes hubiese dado rienda suelta a su ira. Un cadáver con la cabellera arrancada colgaba de medio cuerpo de una de las ventanas de la garita de vigilancia.

- —¿Quién ha hecho esto? —preguntó Gleb en voz baja.
- —Sólo existe un animal que mate por placer.
- —¿El ser humano?
- —Al menos los bastardos que forman parte de esa especie. Vete acostumbrando. Vamos a llegar a una estación poblada por gente de ese calibre.

Martillo dejó atrás los cascotes de hormigón y bajó por la insegura escalera mecánica. Toda la estructura se puso a temblar de manera inquietante, pero el Stalker descendió sin vacilar, si bien con la prudencia de evitar las grietas. Gleb lo siguió pegado a sus talones. Cuando estuvieron un poco más abajo, encendieron las linternas. Los viajeros se adentraron nuevamente en la penumbra del subsuelo, pero Gleb, por el motivo que fuera, no se alegró. Durante el breve espacio de tiempo que había pasado fuera, la luz natural y el cielo en lo alto habían cobrado una importancia vital para él.

Al llegar a la puerta hermética, Martillo llamó con el puño. Los golpes resonaron en el corredor. Por un momento, Gleb tuvo la impresión de que la luz que les llegaba desde arriba había desaparecido en parte tras una extraña sombra. Llevó la mano a la pistola... Pero no, mejor que no. Entonces se dio cuenta de que había adquirido la costumbre de sacar el arma.

Entretanto, la puerta empezó a chirriar. Apareció en el umbral un hombre de aspecto desastrado, alto, con barba, vestido con una chaqueta acolchada. Llevaba una escopeta de cañones recortados en las manos.

- —¿Qué queréis?
- —Pasar la noche aquí. Y hablar con el jefe.

El hombre de aspecto desastrado lanzó a los huéspedes una mirada penetrante, les cobró el peaje, se apartó a un lado y los dejó pasar. Al instante, los pulmones de los viajeros se llenaron de un aire muy cargado, de una absurda mezcla de punzante humo de tabaco, olor a orina y a gases de escape de un motor diésel. Gleb no pudo evitar la tos. En la columnata se alternaban linternas de escasa potencia y antorchas humeantes. En el andén reinaba el caos. El suelo había desaparecido bajo una gruesa capa de basura, cristales rotos y porquería. Los que allí vivían se habían echado entre las montañas de basura y bebían

cerveza turbia sin alcohol, jugaban a las cartas y hacían sus necesidades allí en medio.

Gleb miró a su alrededor con agobio. En cambio, era evidente que Martillo no se metía por primera vez en aquel «reino de los cielos». Agarró al muchacho por la manga y lo llevó hasta la mitad del andén. Un puente de madera tendido sobre las vías llevaba hasta la pared opuesta y terminaba en una amplia abertura de contorno rectangular. El revestimiento decorativo de madera que en otro tiempo había ocultado aquella entrada había caído sobre las vías. Los viajeros entraron en una sala espaciosa, a lo largo de cuyas paredes había estantes a diferentes niveles.

—En otro tiempo tenían aquí su despensa —le aclaró Martillo.

Pero, en aquel momento, los poco sociables habitantes de aquella estación de forajidos dormían en los estantes como si hubieran estado en un vagón de literas de tercera clase. El Stalker guió al muchacho por senderos estrechos, entre cuerpos ebrios y montones de excrementos, hasta llegar a una puerta con revestimiento de hierro sobre la que un desconocido gracioso había garabateado las pretenciosas palabras: HOTEL PLAZA KIROV.

Un rostro apergaminado se dejó ver por la mirilla. El viejo reconoció a Martillo, pero miró con recelo a Gleb.

- —¿Ese de ahí es tuyo?
- —Sí.

El viejo sonrió con astucia.

- —Entonces te va a costar el doble.
- —¡Abre de una vez, viejo usurero!

El cerrojo herrumbroso se abrió con un desagradable chirrido y los viajeros entraron. Detrás de la puerta había una mesa que había conocido tiempos mejores. Obstruía en parte el acceso a un pasillo oscuro con varias puertas. Sobre la mesa había un hornillo de petróleo y una caja de madera contrachapada repleta de hojas de papel.

El viejo se apresuró a ponerse las gafas —uno de cuyos cristales estaba agrietado—, se sentó a la mesa y tomó un lápiz ya muy usado.

- —Nombres, apellidos, año de nacimiento —dijo, listo para escribir en una hoja de papel amarillenta.
  - —Oye, viejo, ¡¿es que te has vuelto loco?! —gritó el Stalker, enfurecido.

El viejo carraspeó, sin inmutarse, y miró a los visitantes por encima de las gafas.

—¿Objeto de vuestra estancia? ¿Para cuántas noches vais a necesitar la habitación?

Martillo arrojó un paquetito de aspirinas sobre la mesa.

- —Una suite de lujo hasta mañana a primera hora. Y deja ya esta mascarada.
- El viejo, molesto, arrugó la frente, arrancó un trozo de papel, escribió algo, y se lo entregó a Martillo.
  - —Esto es el cupón para el desayuno. El comedor se encuentra al final de...
- —Métete los cupones donde te quepan. —El Stalker recogió la mochila que había dejado en el suelo—. Llévanos hasta la habitación, capullo burócrata.

La habitación resultó ser un frío cuarto entre paredes de hormigón, de tres metros por cinco, con dos camastros hundidos, una mesa que no se aguantaba de puro vieja y un par de taburetes. En un rincón encontraron un lavamanos de esmalte muy deteriorado y un recipiente de arcilla repleto de agua turbia. Alguien había tenido la precaución de apoyar la mesa contra la pared, porque, por el motivo que fuese, le faltaba una pata. La pálida lamparilla titilaba sin ton ni son... consecuencia, sin duda alguna, de un generador que no daba para más, pero era suficiente para no estar a oscuras.

—Ponte cómodo. —Martillo dejó la mochila en el rincón y el Kalashnikov y el rifle apoyados contra la pared—. Y no hagas ruido. Aquí estarás a salvo. Por seguridad, voy a cerrar la puerta cuando salga. Yo soy el único que tiene llave.

Martillo salió por la puerta. Se oyó cómo echaba el cerrojo. Gleb se despojó del traje aislante y se quitó los zapatos húmedos. Sintió una fatiga insoportable, sus propios pensamientos se desdibujaban. Se dejó caer sobre el camastro y se envolvió con la vieja frazada. En el agradable silencio se oía tan sólo el tenue rumor de la lámpara. El muchacho contempló la temblorosa luz y gozó de una cierta sensación de seguridad. Por fin había terminado el día. Se durmió con el mechero en la mano.

# LA HABITACIÓN

Fall fulgor irregular de las antorchas jugueteaba sobre las caras de los hombres. El eco del vocerío resonaba entre los elevados arcos y se fundía en un único y monótono rugido. Los miembros de la comunidad habían cerrado los ojos y tendían las manos hacia arriba, unidos en una especie de éxtasis, hacia un pedestal cubierto de terciopelo negro sobre el que se erguía un hombre ataviado con una bata blanca. Sus finos cabellos ondeaban bajo la casi imperceptible corriente de aire del túnel, sus manos sostenían un cáliz lleno de agua, pero miraba hacia la lejanía, hacia un punto que se encontraba más allá del primitivo centro de oración, más allá del túnel oscuro y húmedo, más allá de las capas de tierra irradiada. Miraba hacia la superficie.

—¡Escuchad, hermanos! Se acerca el día en el que nuestras almas pecadoras hallarán la salvación. ¡Se acerca el día en el que nuestras familias serán libres de la prisión del mundo subterráneo! —La voz del aquel mesías era cada vez más fuerte, ofuscaba e hipnotizaba a la multitud—. Hoy, el siervo del Éxodo nos ha dado una vez más una señal. ¡Allí, en las Aguas Grandes, se ha puesto en pie, sin prestar atención a los peligros del mundo emponzoñado, y se le ha revelado la luz resplandeciente! ¡La luz del Arca, que ha anunciado ya su llegada! ¡Falta poco para la Redención! ¡Éxodo guiará a todos los dolientes hasta el Arca y nos llevará a orillas de la Tierra Prometida! ¡Éxodo cree en la salvación! ¡Éxodo reza por vosotros! ¡Rezad vosotros también, hermanos y hermanas! ¡Se acerca el día del Gran Éxodo! ¡Falta poco para la Redención!

—¡Se acerca el día del Gran Éxodo! —dijeron al unísono los miembros de la

comunidad, sumidos en un éxtasis común—. ¡Falta poco para la Redención!

El mesías en vestidura talar colocó cuidadosamente el cáliz sobre el pedestal. La multitud contempló un barquito de juguete que se mecía sobre las aguas. La luz de una vela delgada que se hallaba en el centro del barco capturó sus miradas. El tumulto de voces subió de intensidad.

—¡Falta poco para la Redención! ¡Éxodo está a punto de llegar!

Martillo regresó sin que Gleb lo oyera. Al despertar por la mañana, el muchacho se encontró con que su maestro dormía plácidamente en el otro camastro. El estómago de Gleb refunfuñaba por culpa del hambre, pero el muchacho dudaba en levantarse por miedo a despertar al Stalker. La situación se solucionó por sí misma cuando el «encargado de recepción» del día anterior llamó a la puerta. El astuto anciano había ido con la clara intención de obligar a los huéspedes a marcharse o pagar una segunda noche. Martillo se puso en pie y, entre maldiciones, hizo pasar otro paquete de pastillas por debajo de la puerta.

Curiosamente, no iban a quedarse una sola noche en la estación. Era evidente que Martillo esperaba algo, o a alguien, pero en ningún momento le reveló a Gleb cuáles eran sus planes. Después de un desayuno espartano, el Stalker se dedicó a la instrucción de su pupilo: le ordenó a Gleb que hiciese flexiones de rodillas y de brazos hasta derrumbarse... con la mochila a la espalda. Durante las breves pausas, le enseñó el manejo de las armas. Hacia el mediodía, Gleb dominaba hasta cierto punto la pesada Pernatch y sabía cargarla en pocos instantes. Luego, Martillo le enseñó al muchacho los fundamentos de la lucha con arma blanca. En las experimentadas manos del Stalker, el machete de paracaidista que llevaba Gleb se movía con la delicadeza de una mariposa. Por supuesto que no le exigió a su pupilo que hiciera lo mismo, sino que se contentó con enseñarle los métodos más efectivos para matar o inmovilizar a un contrincante. Gleb llegó a sentir náuseas por todo lo que le explicó sobre tendones y arterias. Sin embargo, escuchaba con mucha atención a su maestro, porque cada vez que hacía algo mal éste le propinaba una sonora bofetada.

Hacia la noche, el muchacho maldijo en silencio al Stalker. Sus músculos estaban rígidos y lo torturaban con un dolor sordo; la cabeza le zumbaba por exceso de información. Martillo miraba insistentemente el reloj y tenía el oído puesto en el pasillo.

Hacia la medianoche, una vez más, alguien se acercó a su puerta. Pero en

esta ocasión la puerta retembló y crujió terriblemente a causa de los golpes que recibía. Martillo abrió... y Gleb gritó de asombro; se cayó de la cama y la vieja mesa se le cayó encima. En el dintel de la puerta había un monstruo. Un gigante de espaldas anchas, de más de dos metros de estatura, con un rostro deforme y carnoso, y una sonrisa torcida, se inclinó torpemente y miró dentro de la habitación, como si estuviera esperando que lo invitaran. Tenía la piel enferma, verdosa. Un mutante.

El monstruo se inclinó ante ellos y logró meterse dentro. Ocupaba casi la mitad de la habitación.

- —Me llamo Gennadi —se presentó con ronca voz de bajo, y le tendió al Stalker su gigantesca zarpa—. «Humo» para los amigos. Y supongo que tú debes de ser Martillo.
- —Encantado. —El Stalker le estrechó la mano al gigante y señaló al muchacho—. El chico se llama Gleb.

El muchacho se asombró de nuevo. En esta ocasión por las palabras de su maestro. Estaba claro que sabía su nombre. ¡Quién lo hubiera dicho!

—Es un placer —dijo la atronadora voz de bajo de Gennadi.

El muchacho asintió, aunque inseguro, y salió de debajo de la mesa. Sentía una terrible vergüenza por lo que había sucedido. En un intento por salir un poco más airoso de su situación, preguntó:

—¿Por qué Humo?

El mutante señaló con el dedo la colilla que sostenía entre los dientes.

—Un vicio antiguo. —Humo jugueteó con el cigarrillo entre las comisuras de sus gigantescos labios, y añadió—: La puerta al final del pasillo. Os esperamos. Pasad por allí.

El mutante cruzó el umbral con precaución y cerró la puerta con dos dedos al salir. El portazo fue sonoro. La puerta vibró. Una vez en el pasillo, el gigante maldijo en voz baja y abrió de nuevo la puerta.

—Disculpadme. —Gennadi dejó sobre el umbral el pomo de la puerta que acababa de arrancar y se marchó.

Gleb lo siguió con la mirada, estupefacto. La cortesía del misterioso visitante no cuadraba para nada con su temible apariencia. El muchacho miró con disimulo a Martillo. De pronto, el Stalker ya no le parecía tan terrible, ni tan extraño.

—¿A qué esperas? Pongámonos en marcha.

Mientras se ataba los zapatos, Gleb se acordó de un viejo cuaderno con ilustraciones que en cierta ocasión había hojeado junto con Nata. Era uno de esos que la gente llama «comics». Y en aquel cómic había una figura idéntica a la de Gennadi. Igualmente verde y cuadrado. Pero no tenía tanto tacto. Y enseñaba los dientes.

Tras cerrar la puerta con llave, Martillo y Gleb se dirigieron al lugar que les habían indicado. En la espaciosa estancia —aquel espacio no habría podido llamarse, ni siquiera con la mejor voluntad, habitación— pululaban los trajes de protección militares con colores de camuflaje. Aparte del gigantesco Humo, el muchacho contó a siete adultos que se habían repartido por la sala. Había también otra persona que estaba en cuclillas en un rincón, envuelta en un capote impermeable.

Gleb no tuvo ningún problema para identificar al líder entre los presentes: un hombre alto, de aspecto siniestro, con camiseta y pantalones militares. Estaba sentado frente a una mesa de madera y estudiaba un plano amarillento con cara de concentración e interés. Gleb observó con disimulo al luchador.

Tenía el cabello oscuro, los pómulos muy marcados y rasgos angulosos. Llevaba sobre el hombro derecho un tatuaje hecho con esmero: el emblema de la Alianza Primorski. En resumen: un Stalker de manual.

Martillo se sentó frente al luchador, al otro lado de la mesa. Se acomodó en la silla y el respaldo crujió sospechosamente.

- —¿Cóndor?
- —Sí, soy yo. Y tú debes de ser Martillo. —Gleb notó que la mirada del luchador era tensa, incluso hostil—. Me han contado muchas cosas sobre ti, Stalker. Si tan sólo la mitad es cierta, tienes un lugar entre mis hombres.
  - —Siempre trabajo solo.
- —¿Quién es ese mocoso? —Cóndor echó una mirada por encima del hombro de Martillo y observó con escepticismo al muchacho.
- —Gleb. Es mío. —La voz del Stalker era monótona, como siempre, sin variación alguna, y apenas se notaba el movimiento en sus pómulos.

El luchador miró hacia la sala e hizo un gesto con la cabeza en dirección a sus subordinados.

—Chamán. Ksiva. Belga. Okun. Farid. Nata.

Al oír un nombre que le resultaba tan familiar, Gleb se estremeció y estiró el pescuezo. Entonces se dio cuenta de que uno de los Stalkers era una mujer joven. Ésta se bajó la capucha de la trinchera, se frotó el cuello, que debía de tener rígido, y miró de mal humor a los huéspedes. Cabello corto, guantes con púas. Tenía el porte orgulloso y una mirada penetrante adornada con largas pestañas. En sus movimientos severos, y a la vez armoniosos, se reconocía la gracia y el poder de un depredador salvaje; movimientos reposados pero, al mismo tiempo, prestos en todo instante para arrojarse contra quien fuera, aun cuando se tratara del más temible de los adversarios.

—Ya conocéis a Humo. —Cóndor se volvió hacia la figura solitaria envuelta en el capote—. Y a ese camarada de allí nos los han endosado los sectarios. Seguro que habéis oído hablar de Éxodo. ¿Cómo te llamas, amigo?

El desconocido se incorporó y se acercó a la mesa.

- —Soy el hermano Ishkari, servidor de la nueva fe. Querría comentarles que Éxodo no es ninguna secta, sino el mensajero de la Redención, y que solamente quienes crean...
- —¡Basta! —lo interrumpió Cóndor—. Sólo llevas un día aquí y ya nos duelen los oídos por culpa de tus prédicas.

El joven sectario enmudeció al instante y regresó a su rincón.

- —¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Martillo.
- —Ha habido un hundimiento en la Baltiskaya. Tuvimos que esperar hasta que el camino estuvo despejado de nuevo. Chamán, hazles un bosquejo de la situación a nuestros huéspedes.

Cóndor se movió hasta el extremo de la mesa y empezó a desmontar un pesado fusil ametrallador Pecheneg.

Entonces se sentó a la mesa un hombre menudo, bien alimentado, de mediana edad. Era el único entre los presentes que parecía mayor que Martillo.

Tenía los cabellos largos, con mechones grises, cuidadosamente recogidos sobre la nuca. Llevaba una complicada toca que le sujetaba una lente sobre el ojo izquierdo. Chamán le hizo señas con la cabeza a Martillo, entrelazó los dedos de sus manos nervudas y acercó los mapas.

—Hace unos días, los Stalkers de la Vasiliostrovskaya emprendieron una expedición. Hicieron un alto sobre uno de los promontorios de la orilla. — Chamán indicó un lugar sobre un plano de San Petersburgo—. Justo aquí, detrás

de la Primorskaya, vieron una luz. Más o menos en la dirección de Kronstadt. De acuerdo con todas las apariencias, se trataba de un faro de señales. Sin embargo, las señales eran tan borrosas que no lograron descifrarlas. Los zumbados de Éxodo piensan que hay un barco en el golfo de Finlandia. De acuerdo con sus creencias, piensan que es el salvador que tiene que venir desde Vladivostok.

—¡Sí, exacto! —El sectario se puso de nuevo en pie—. ¡El Redentor que viene de la Tierra Prometida!

—¡Cállate, imbécil! —Chamán se dirigió de nuevo a Martillo—. En resumen: no sé de dónde habrá sacado Éxodo esa información, pero piensan que Vladivostok escapó del holocausto nuclear y que allí se encuentran los únicos supervivientes de todo el país.

Se hizo una larga pausa en la sala. Cada uno se entretenía con sus propios pensamientos.

—Parece una ingenuidad —siguió diciendo Chamán—, pero, como se suele decir, en el momento de la desesperación todo el mundo se agarra a un clavo ardiendo. Tan sólo los muchachos de la Technoloshka han sabido darnos otra versión. Cuentan que en el recinto de los astilleros KMOLS de Kronstadt había un búnker a prueba de explosiones nucleares. Dicen que era bastante espacioso. Y si pensamos que en esos astilleros se trabajaba para el Ministerio de Defensa... podemos imaginar que tendrían almacenados gran cantidad de recursos y tecnología. En resumen: los gasóleos están seguros de que las señales proceden de un grupo de supervivientes. Y piensan que tenemos que contactar con ellos sea como sea. No han encontrado un reflector con potencia suficiente para que su luz llegue hasta Kronstadt y por eso han recurrido a la Alianza. Y la dirección ha decidido organizar una expedición para aclarar todo esto. Pero ¡qué situación más estúpida! Entre nosotros no hay nadie que haya salido nunca de la ciudad.

—Tú nos ayudarás durante el viaje —intervino Cóndor—. Pero te lo advierto: no nos crees problemas. Tendrás que obedecer mis órdenes sin rechistar.

Martillo no había parpadeado siquiera mientras los escuchaba. Entonces levantó los ojos hacia el cabecilla y lo miró con aquella mirada que siempre le ponía la piel de gallina a Gleb.

—No lo voy a hacer.

Todos los que estaban allí se volvieron al mismo tiempo hacia la mesa y se acercaron con movimientos imperceptibles. Se hizo otra larga pausa.

—¿Y cuál es el motivo?

Martillo apoyó el codo sobre la mesa.

—Si quieres, puedes dar órdenes a tu cuadrilla de payasos durante las pausas. Pero cuando estemos de camino seré yo quien tenga el mando. Y no habrá nadie que respire si yo no lo autorizo. Si es que para entonces todavía respiráis.

Por unos instantes, ambos se midieron con la mirada. La tensión crecía por momentos y amenazaba con terminar en una violenta pelea.

- —¡No sabes lo que dices, Stalker! Tu papel en esta misión que ha propuesto la Alianza...
- —¡Yo no estoy en vuestra Alianza! Si pensáis que voy a jugarme el pescuezo por las estupideces que se le hayan ocurrido en plena borrachera a un idiota senil...

Cóndor había dejado de escucharlo. Su puño gigantesco golpeó hacia arriba como si fuera una maza. Martillo se apartó a un lado y saltó sobre la frágil mesa. Sin despegar los labios, Gleb contempló los movimientos, veloces como el rayo, de ambas máquinas de luchar. Ataque y defensa se sucedieron en rápida alternancia. Una vigorosa patada arrojó contra la pared una silla que se rompió en varios pedazos. Un terrible puñetazo arrancó un buen trozo de revoque de la pared. La lucha cuerpo a cuerpo de los dos maestros del pugilato fue enconada y breve. Con un imperceptible movimiento, Martillo agarró por el brazo a su adversario y lo arrojó con inmensa fuerza al otro extremo de la habitación. Cóndor gimoteó al estrellarse contra el suelo. Una pesada bota oprimió su cabeza contra el áspero hormigón mientras una mano le retorcia dolorosamente el brazo detrás de la espalda. Cóndor enmudeció y se dio por vencido. Los Stalkers miraron estupefactos a su comandante derrotado.

El hermano Ishkari abandonó una vez más su rincón.

- —La violencia es el destino de los débiles. De los débiles de espíritu. ¡Tan sólo la humildad muestra el camino hacia la Redención, hermanos! La humildad y la virtud.
- —Cierra el pico. Nos marchamos, Gleb. —Martillo soltó a su adversario y se dirigió hacia la puerta.
  - -Espera. -La voz que había hablado era la de la joven-. Cóndor ha

tenido una reacción excesiva. ¿Verdad que sí, Cóndor?

Cóndor torció la boca y se puso en pie. Escupió sangre y arrojó una mirada lúgubre al Stalker. Asintió con la cabeza.

- —Saldremos mañana a primera hora. —Martillo iba a agarrar el pomo de la puerta, pero entonces, como si lo hubiese golpeado un rayo, se desplomó en tierra y todo su cuerpo se puso a temblar. Sus pies se agitaban sobre el hormigón y tenía los ojos en blanco.
- —¿Qué le pasa? —Cóndor iba a agacharse frente al Stalker, pero Gleb se había puesto delante de su cuerpo tembloroso para protegerlo. La boca de su pistola apuntaba con firmeza a la frente del luchador.
- —¡Atrás! —gritó el muchacho con una voz que no era la suya—. ¡No lo va a tocar nadie!

Los Stalkers se pusieron en pie y echaron mano de sus armas. Sin perderlos de vista, Gleb se agachó al lado de Martillo y sacó una jeringuilla con la mano que tenía libre. La aguja, acompañada por un sordo roce, se clavó en el hombro del Stalker.

—¡No hagas ninguna estupidez, pequeño! —Chamán levantó la mano para tratar de calmarlo.

El muchacho, nervioso, iba apuntando con el arma hacia uno y otro lado.

- —Que nadie se mueva. Y tú, palurdo, ya puedes dar dos pasos para atrás. ¡Venga!
- —Este pequeño tiene arrestos... —Cóndor retrocedió hacia la pared, como le había ordenado.

Gleb enseñaba los dientes como una rata acorralada en un rincón. La pistola que llevaba en la mano temblaba de manera peligrosa. Entretanto, Martillo tuvo un acceso de tos y gimió.

—Parece que se está recuperando. —Chamán miró con curiosidad a la extraña pareja—. Nuestro guía es un pozo de sorpresas.

Cóndor negó con la cabeza, preocupado.

—Esto pinta cada vez mejor. Procura que el epiléptico de tu compañero pueda volver a ponerse en pie en seguida. Mañana por la mañana nos pondremos en marcha. Con él o sin él. Pero ahora nos vamos todos a dormir.

Gleb ayudó a su maestro a incorporarse y lo llevó tambaleante hasta la «habitación». Ambos se acomodaron en sus camastros sin quitarse la ropa. El

muchacho miraba las manchas de humedad de la pared y trataba de acallar sus propios miedos. La lucha enconada. Lo que les habían dicho sobre la expedición. No lograba quitarse de la cabeza las palabras de Ishkari sobre la misteriosa luz. Deseaba con tanto anhelo que fueran ciertas...

Gleb trataba de imaginarse a sí mismo en la cubierta de un potente navío que lo llevaría hasta un país secreto donde las aguas eran limpias y el aire fresco. A lo mejor sería el mismo sitio del que le habían hablado sus padres. El muchacho cerró los ojos y empezó a soñar.

—Gracias... Gleb —oyó entonces.

Las palabras le parecieron casi irreales, a duras penas lograron abrirse camino en el silencio. El cronómetro de Martillo hacía tictac sobre la mesa. El agua que se había condensado en el techo irregular goteaba sobre el suelo ya húmedo. En la cabeza del muchacho rugía una tormenta.

—Martillo... ¿cuál es su verdadero nombre?

El muchacho aguardó sin moverse. De pronto sintió un gran deseo por conocer la respuesta. Si hubiera sabido el nombre del Stalker, tal vez no habría sentido la inexplicable angustia que éste le inspiraba y habría dejado de odiarlo.

—¿Y qué importa eso? Mi nombre pertenece a mi antigua vida. Me llamo Martillo. Duerme.

Se oía un tremendo estrépito en un conducto de ventilación cubierto por una gruesa capa de polvo. Un gigantesco ventilador crujía aparatosamente y empleaba sus últimas fuerzas en insuflar aire en el interior de la estación. Un técnico manchado de aceite industrial cuidaba del eje que daba vida a la antiquísima máquina. Era el último sistema de ventilación que aún funcionaba y lo cuidaban como a la niña de sus ojos. El aire de la estación Kirovski Savod apestaba cada día más a los gases de los generadores diésel que habían metido allí. Sin el ventilador, aquel sitio habría sido inhabitable.

Al terminar la inspección de rutina, el hombre se limpió las manos sucias con un trapo. De repente se fijó en una luz de un color rojo incandescente. Se inclinó sobre el aparato, miró al interior del pozo y se quedó petrificado. En la pared interior parpadeaba la minúscula luz roja de un explosivo. El pobre diablo apenas tuvo tiempo de tragar saliva cuando el diodo dejó de centellear y el color rojo permaneció fijo. Entonces, un estridente estallido se lo llevó por delante. La detonación se prolongó cual oleada de fuego por el pozo de ventilación, se

precipitó por el túnel y lamió como una lengua abrasadora a un grupo de personas que vivían allí y se dirigían a la estación.

El estruendo de la explosión y los hombres envueltos en llamas que entraron gritando en la estación arrastraron a todos los demás al pánico. La Kirovsky Savod bullía como un hormiguero agitado.

Nuevamente, unos golpes violentos en la puerta arrancaron a Gleb del reino de los sueños. Se oían en el pasillo las voces del «administrador». El viejo irrumpió en el cuarto pegando gritos y lanzando miradas de desesperación.

—¡Esto se ha acabado, muchachos! ¡Tenéis que marcharos! Algún canalla ha hecho saltar por los aires el ventilador. El jefe está que trina. ¡Piensa que lo han hecho Martillo y sus secuaces! ¡No tiene ninguna duda de ello!

Martillo le arrojó la mochila al muchacho.

—¡Mete dentro todas tus cosas! ¡Date prisa!

Recogieron en poco tiempo todo el equipo que llevaban.

—¡Sé muy bien que no serías capaz de hacernos esa cerdada! —siguió diciendo el viejo—. ¡El jefe ha llamado a sus muchachos! Ha dicho que quería tu cuero cabelludo. ¡Al oírlo, he venido de inmediato a avisarte!

Nada más salir al pasillo se encontraron con el grupo de Cóndor.

- —Estoy al corriente de lo sucedido —exclamó el luchador mientras corrían
- —. Me gustaría saber quién es el cerdo que ha tratado de llevarnos al matadero.

Corrieron todos juntos por pasillos y zonas de acampada, entre los habitantes de la estación, que gritaban al verlos, y las montañas de cristal roto. Mientras iban por el andén, Martillo se dio cuenta de que no podrían llegar a las escaleras mecánicas. Un grupo de ruidosos matones bloqueaba la salida con escopetas y fusiles. No parecían guerreros temibles, pero los superaban ampliamente en número. Martillo agarró a Gleb por la manga y saltaron a las vías.

—¡Están allí! ¡Dad su merecido a esos miserables!

Hubo disparos. Los hombres corrían de un lado para otro y gritaban. Los esbirros del jefe de estación disparaban sin cesar contra la cuadrilla. Los luchadores de Cóndor se distribuyeron por el andén, se parapetaron detrás de los montones de basura y respondieron al fuego enemigo con breves ráfagas. Algunos de los bandidos se desplomaron, segados por disparos certeros. Saltaban esquirlas de hormigón peligrosamente cerca de los viajeros. La escaramuza amenazaba con terminar en una catástrofe irreparable.

Martillo se llevó la mano al cinturón y sacó una granada de humo que arrojó sobre el andén. Brotó un humo espeso que separó al Stalker de los bandidos. En respuesta a un gesto de Martillo, Cóndor ordenó la retirada. Cubriéndose los unos a los otros, llegaron por fin a un extremo del andén y escaparon por el túnel.

—¡¿Es que te has vuelto loco, Martillo?! ¡Nos hemos metido en una trampa! ¡Vamos en dirección a la Avtovo!

Gleb se estremeció. Sabía que era una estación abandonada. El abuelo Palych le había contado que se hallaba a tan sólo catorce metros de la superficie. En otro tiempo había llegado a estar habitada. Hasta que la radiación se había infiltrado junto con las aguas subterráneas. En el momento presente tan sólo la habitaban la muerte y la desolación.

—¡¿Pues qué quieres que hagamos, gilipollas?! ¡¿Que volvamos atrás y nos acribillen?! —Pasó silbando una bala que se estrelló contra una de las vigas del túnel. Y luego otra—. ¡Hablando del diablo! ¡Seguimos adelante!

Los Stalkers contuvieron a sus perseguidores con disparos aislados y se adentraron cada vez más en el túnel. Los bandidos les disparaban sin cesar, pero no apuntaban bien. Farid se desplomó sobre las vías. Con el rostro contraído por el dolor, se arrastró hasta la pared, se palpó el traje aislante e indicó con gestos que no le pasaba nada. Humo habría querido empuñar el Utyos de gran calibre que llevaba al hombro, pero Cóndor le ordenó que no lo hiciese.

—¡Deben de ser como mínimo cien! ¡No nos detengamos!

La cuadrilla siguió adelante por el túnel hasta que divisaron a lo lejos la forma rectangular de una puerta hermética cerrada. Delante de ella había un montón de planchas sueltas de metal y otros materiales. También vieron una vagoneta herrumbrosa sobre las vías. Seguramente la habían empleado para llevar todo aquello hasta allí.

—Hemos llegado —comentó Belga, un luchador pequeño con los cabellos negros como la brea.

Martillo inspeccionó la barrera y echó una ojeada a la aguja del contador Géiger.

—Todavía se puede aguantar.

Cóndor arreó una patada a los metales apilados.

-Por eso habrán cerrado la puerta. Para que la radiación no escape de la

#### Avtovo.

—No sólo la han cerrado, sino que han traído hasta aquí plomo de la fábrica.
—De pronto, Martillo agarró una de las planchas y la arrojó sobre la vagoneta—.
El plomo protege de la radiación. ¡A qué esperáis!

Por unos instantes, Cóndor contempló con mirada confusa al experimentado Stalker, pero entonces él también lo comprendió.

—¡Belga, Farid: vosotros nos vais a cubrir! ¡Chamán, Nata: a la puerta hermética! ¡Debe de tener una palanca de apertura manual! Ksiva, Humo, nosotros vamos a despejar el camino.

Los viajeros se distribuyeron cada uno en su lugar. Cubrieron los lados y el fondo del espacioso vehículo con varias planchas de plomo. También apuntalaron otras planchas en los costados, a modo de improvisada protección. Entretanto, el mutante había logrado despejar el acceso a la puerta hermética. Con sus gigantescas zarpas había apartado a ambos lados todos los objetos que lo bloqueaban. El mecanismo de cierre chirrió. Poco a poco, la puerta hermética empezó a moverse.

### —¡Todos a la vagoneta!

El hermano Ishkari miró a su alrededor con cara de espanto y se instaló tras la carrocería. Los luchadores se reunieron detrás de la vagoneta y empezaron a empujar. Las ruedas se movieron, la vagoneta avanzó sobre las vías y tomó velocidad. Martillo agarró a Gleb por el cuello y lo arrojó dentro. Como si se tratase de un trineo, los Stalkers saltaron uno tras otro al interior de su medio de transporte. El vehículo cobró más velocidad.

—Ahora la radiación es más fuerte. ¡Poneos las máscaras! ¡Métete dentro, Humo!

El gigantesco mutante apoyó todo su peso en la trasera del vehículo y lo aceleró. Los músculos de sus robustas piernas se hincharon, su enorme pecho bombeaba aire como el fuelle de un herrero. La vagoneta avanzaba ya con la velocidad deseable.

—¡Estás recibiendo demasiada radiación! ¡Métete dentro de una vez, maldita sea! —bramó Cóndor.

Humo gruñó, siguió corriendo hasta unos metros más allá, y entonces hizo un esfuerzo más tremendo todavía y saltó dentro de la vagoneta. Gleb oyó el crujido de la plancha de plomo que protegía el vehículo. El ataúd metálico circulaba a toda velocidad sobre las vías. El chirrido de las ruedas resonaba en las paredes del túnel hasta volverse ensordecedor. Al cabo de unos segundos pareció que el horroroso estruendo se alejara y se disolviera en un espacio más amplio. Atrapado entre los cuerpos de los Stalkers, Gleb no veía nada. Probablemente era mejor así: con toda seguridad, tan sólo les quedaban unos pocos instantes de vida. El muchacho sentía una angustia inexpresable. Cerró con fuerza los párpados y casi se olvidó de respirar.

El contador Géiger acoplado al traje aislante se puso a crepitar como si se hubiera vuelto loco. Los viajeros habían entrado en la estación Avtovo.

### LA PRIMERA ETAPA

leb recordaba tan sólo a duras penas el momento del choque. El crepitar del contador Géiger, las estruendosas sacudidas que padecía la vagoneta al pasar por encima de algún objeto abandonado sobre las vías, las vehementes maldiciones de los Stalkers, que se apelotonaban unos sobre otros como arenques en la lata... toda esta cacofonía se interrumpió de golpe. La vagoneta se estrelló con gran estrépito contra una segunda barrera y descarriló. Los Stalkers rodaron sobre las vías. La cabeza del muchacho rebotó dolorosamente sobre un riel. Todo daba vueltas a su alrededor. El casco se le había salido de su lugar. Puntitos brillantes le retozaban en las pupilas.

La luz de las linternas perforó la oscuridad. Según pudieron ver, la vagoneta había llegado casi hasta el final de la estación y había volcado poco antes de volver a entrar en el túnel. Gleb echó una mirada furtiva a su alrededor, pero no logró distinguir ningún detalle concreto entre las sombras. Se acordó, de pronto, de que Palych le había dicho que era la más hermosa de todas las estaciones.

—¡En pie, blandengues! ¡Venga, venga! ¡A paso ligero... en marcha! — Cóndor se puso a repartir patadas para estimular a sus hombres.

Martillo se puso en cabeza. Sus botas chapoteaban en el agua estancada entre las vías. Se adentraron de nuevo en el túnel y echaron a correr. El sonido de su rítmica respiración traspasaba el filtro de las máscaras. Los segmentos de túnel que tenían más adelante se hacían inacabables. Humo, por el contrario, fumaba un cigarrillo sin inmutarse. Al descubrir la mirada de Gleb, le guiñó alegremente un ojo.

—No se preocupe usted, Gleb, vamos a llegar en seguida al otro lado. Tu compañero es un hombre inteligente. ¡Ha tenido una idea muy buena con lo de la vagoneta!

El muchacho se animó a empezar una conversación y le preguntó:

- —Gennadi, ¿por qué no se pone usted la máscara de gas?
- El mutante expulsó una nube de humo y sonrió con sorna.
- —Tendrías que encontrarle una boquilla que encajase en su cara, pequeño dijo entonces Ksiva.

Los Stalkers echaron a reir estentóreamente.

—Él ya no tiene ninguna necesidad de protegerse —añadió Belga, riéndose por lo bajo—. La dosis que se tomó nuestro cocodrilo Gena<sup>[6]</sup> ya le basta para toda la vida. No te creas que está tan verde porque sí.

Una vez más, el grupo entero estalló en carcajadas. La atmósfera tensa que hasta entonces había reinado entre ellos desapareció a medida que los compañeros se alejaban de la Avtovo.

- —¡A usted, mi honorable Belga, le ha faltado tacto en un grado catastrófico! —Humo apagó el cigarrillo sobre el casco de su amigo.
  - —¿Y por qué lo llaman Belga? —quiso saber Gleb.

En vez de responderle, el luchador empuñó su fusil de asalto y lo sostuvo bajo el rayo de luz de la linterna.

- —Es un FN F2000 belga —susurró Ksiva—. ¡El único de todo el metro!
- —¡Basta de charla! —los interrumpió Cóndor—. Todos quietos.

La cuadrilla se detuvo. Cóndor sostuvo el contador Géiger, se fue acercando a cada uno de ellos y les midió la radiación.

- —Es soportable. En esta ocasión hemos tenido suerte. Martillo, ¿qué sabes sobre la estación Leninski Prospekt?
- —En mi vida he estado allí. La salida al exterior está cegada. Un buen trecho de calle se vino abajo y el paso subterráneo quedó lleno de escombros. Tampoco tendría ningún sentido ir hasta la estación Prospekt Veteranov. Ambas estaciones se encuentran a una profundidad de ocho o nueve metros. Están a tope de radiactividad y no son un buen camino de salida. Así que tendremos que andar un buen rato por el exterior.
  - —¿Y cómo lo haremos?
  - —A continuación de la Avtovo hay una vía que conduce hasta unas cocheras

en la superficie.

- —Entonces tendremos que volver atrás. Hasta la salida de la estación.
- —De eso nada. Éste es el túnel que tenemos que seguir. Nos falta poco para llegar a la salida.

Cóndor maldijo con voz apenas audible y miró de reojo a Martillo.

—Pero qué astuto eres, tío. ¡Ponte en cabeza!

La cuadrilla entera siguió a Martillo. Gleb sintió un agradable hormigueo: ¡Iba a contemplar de nuevo la luz del día! En compañía de los Stalkers armados hasta los dientes se sentía casi seguro.

¿Qué habría dicho su padre si hubiera visto a su hijo en compañía de tan temerarios guerreros en la superficie? Gleb no pudo evitar una sonrisa al pensarlo... Suerte que nadie lo veía en la oscuridad.

Poco más tarde, los Stalkers se acercaron con precaución a la salida. El túnel terminaba de pronto, pero las vías seguían adelante, hacia la cochera. Un retazo de cielo turbio hizo que el corazón de Gleb se acelerara. La superficie se hallaba muy cerca. Seductora, pero también peligrosa y traicionera, como daba a entender la gran cantidad de huesos y jirones de piel que iban encontrando.

De pronto, Martillo se adelantó y derribó a Belga de un rudo puntapié en las piernas.

- —¡Pero qué te pasa, tío, es que te has vuelto loc…!
- —¡Quédate en el suelo y calla!

Se detuvieron en el umbral exterior del camino de salida. Fue entonces cuando Gleb se fijó en la sustancia transparente que pendía del alero del edificio de hormigón. Como si alguien hubiera colgado un chal tejido con el hilo más fino. El ligerísimo paño se agitaba al viento sin que apenas se notara y sus extremos casi rozaban a los Stalkers tendidos sobre las vías. Martillo se fijó en el momento en que la sustancia se contraía de nuevo, se levantó bruscamente de las vías y arrastró detrás de sí al otro luchador. La enigmática cortina se estiró hacia ellos, pero ya era demasiado tarde, y al instante se contrajo de nuevo.

—¿Esa cosa está viva? —Belga hizo una mueca de asco; por fin, la adrenalina le había inundado las venas—. Pero ¿qué es?

Martillo miró a su alrededor. Agarró un cadáver de rata medio podrido que encontró junto a la pared y lo arrojó en dirección a la salida. En un primer momento pareció que saliera disparado hacia fuera sin más, pero entonces el

«tejido» descendió nuevamente del alero, capturó a su presa con la velocidad del rayo y la envolvió en varias capas.

—Podemos pasar —murmuró el guía, y miró a Cóndor.

Éste asintió en silencio. Los viajeros salieron a la superficie, y en ese mismo instante la cuadrilla sufrió una transformación: los luchadores se pusieron en tensión, empuñaron las armas y se distribuyeron hábilmente por el terreno a fin de explorarlo. En un instante se acabaron todos los chistes y toda la cháchara. Reinaban tan sólo la calma y la más extrema concentración.

Gleb miró de reojo a Ishkari. Éste se encontraba a su lado. Era evidente que el sectario no se sentía a gusto dentro de su propia piel. Miraba de un lado para otro como si se sintiera acorralado y ajustaba una y otra vez la boquilla de la máscara de respiración.

Martillo debió de aguardar en pie durante un minuto, como si estuviera escuchando a su propia voz interior, y luego se decidió y avanzó a paso ligero. Los demás lo siguieron. Treparon en fila india sobre una barrera de hormigón de gran altura y salieron de las cocheras. Unos cien metros más hacia la izquierda había un enorme boquete en la pared. ¿No habría sido posible salir por allí? Pero el maestro de Gleb seguía su propia lógica, que tan sólo él conocía. Sin detenerse ni un solo instante, Martillo animaba a la cuadrilla a seguir adelante. Pasaron frente a un terreno grande, abierto, lleno de restos herrumbrosos de camiones, y frente a un gigantesco edificio cuyo tejado se había venido abajo. Siguieron adelante hasta que el muchacho descubrió una imagen fascinante: un imponente desierto sin edificar, una superficie desnuda, casi interminable, que desaparecía en la lejanía, entre las casas que se hallaban a un lado y los árboles gigantescos del otro.

- —¿La Prospekt Statchek? —preguntó Cóndor—. Vamos a morir, en terreno abierto. Sería mejor que pasáramos por los patios.
- —Aquí abundan los hombres lobo —le replicó Martillo, sin detenerse—. En los patios podrían acorralarnos y quedaríamos atrapados. Si vamos por la avenida podremos intimidarlos. Llevamos muchos fusiles.

Los Stalkers avanzaron a paso ligero por el asfalto resquebrajado, con la respiración acompasada, entre restos de coches que se habían hundido en tierra, carteles publicitarios torcidos y cables eléctricos arrancados. Lo único que preservaba el recuerdo del poder desaparecido del hombre eran los grandes

edificios, aunque abandonados y deprimentes. Por todas partes había huellas de animales desconocidos, montones de excrementos y vegetación exuberante... en cambio, las ruinas de los edificios parecían fuera de lugar y antinaturales. Gleb era incapaz de imaginar que en otro tiempo los humanos hubiesen dominado en aquellos parajes. Aún le resultaba más difícil de imaginar que en otro tiempo había sido posible bañarse en las aguas y que por los parques de la ciudad habían paseado parejas de enamorados y no criaturas implacables. ¿Y si Palych se lo había inventado todo?

Más adelante encontraron un campo cubierto de frondosa maleza en el que convergían varias calles asfaltadas y anchas.

- —Esto es la plaza de Kronstadt. —Cóndor se había cerciorado de ello después de comprobar el plano—. ¡Una buena señal! Puede ser que por aquí logremos llegar a Kronstadt.
  - —No grites, jefe —le recriminó el canoso Chamán.

Al pasar frente al edificio destrozado del Maxidom, el Stalker al que habían llamado Okun se detuvo.

- —Esperad... si ya hemos llegado, ¿no sería mejor que hiciéramos un reconocimiento? Seguro que encontraremos algo que podamos aprovechar.
  - —No —lo interrumpió lacónicamente Martillo.

Cóndor le echó de reojo una mirada hostil y se volvió hacia el antiguo hipermercado.

- —Vamos a mirar ahí dentro.
- —¿Para qué?
- —¡Vamos a mirar ahí dentro! —El luchador, nervioso, empuñó el fusil de asalto con más fuerza todavía.

Durante unos momentos intercambiaron miradas hostiles, y luego Martillo cedió. A todas luces, no quería cuestionar en aquel momento la autoridad del obstinado Stalker. Los viajeros se dirigieron al edificio en ruinas envuelto por una maraña de plantas trepadoras. No le pasó inadvertido a Gleb que Martillo sostenía el AK-74 más cerca del cuerpo que de costumbre, y que no apartaba los ojos de las negras fauces de la entrada. Los luchadores apagaron las linternas que llevaban adosadas a la frente y anduvieron con mucho cuidado entre los carritos de la compra abandonados en absoluto desorden.

Los rayos de luz alumbraron estantes tumbados, así como montones de papel

de embalar, cajas y celofán. Todo había quedado cubierto por una gruesa capa de porquería de color blanco. Al mirar con más detenimiento, Gleb se dio cuenta de que aquella costra no era una masa uniforme. Estaba formada por millones de... como el estiércol en la jaula donde Nata, su amiga en la Moskovskaya, criaba a su mascota, un pequeño gorrión gris.

Una terrible suposición impulsó a Gleb a apuntar hacia arriba el rayo de luz. Su maestro parecía haber llegado a la misma conclusión, porque en ese mismo instante iluminó el techo con su propia linterna. En lo alto se agitaba un mar de cuerpos aceitosos y negros como la brea, semejante a una alfombra viva.

Martillo se puso a gesticular con vehemencia para llamar la atención de los Stalkers. Los luchadores, horrorizados, retrocedieron... sin hacer ruido, callados. Faltaban tan sólo unos metros para la salida cuando el grito de terror y angustia de Ishkari puso fin al silencio.

Al instante se hizo el caos. La alada horda de murciélagos se soltó y voló hacia fuera como una única y densa masa. Los Stalkers salieron del hipermercado aullando maldiciones. La masa vacilante de cuerpos alados escapaba por la salida y se elevaba hacia lo alto. El estrépito era infernal. La mancha negra se disgregó nada más llegar al cielo. Los luchadores disparaban a ciegas y sólo pensaban en alejarse lo antes posible del monstruoso nido.

De pronto, la bandada descendió en picado.

Los cuerpos tendinosos de los bebedores de sangre se fundieron en una compacta nube gris. Gleb sufrió un fuerte empujón en la espalda y rodó por el suelo. Por unos momentos, unas fauces repugnantes, con largos colmillos, le impidieron ver el cielo. Martillo apartó a la criatura con una fuerte patada y luego le disparó a quemarropa.

—¡No te duermas, mocoso! ¡Corre!

El muchacho se puso en pie de un salto y corrió tras su maestro. Se oían por todas partes vehementes maldiciones y disparos atronadores.

—¡Atrás! ¡Atrás, os digo! ¡Pegaos a la pared!

Los Stalkers obedecieron. La cuadrilla retrocedió hasta el hipermercado y dio la vuelta en torno al edificio. Los cuerpos negros aleteaban sobre sus cabezas, pero como no tenían espacio suficiente para maniobrar, arañaban con sus alas membranosas el armazón metálico del edificio. Los luchadores, sin detenerse, se marcharon corriendo por la Korabelka. [7] A juzgar por las marcas

en las paredes, debía de haber habido un tremendo incendio en la antigua Universidad Naval. En aquel momento tan sólo el viento jugueteaba con sus restos carbonizados. Pero el edificio, incluso después de su «muerte», prestó un buen servicio a los seres humanos. La cuadrilla avanzó a lo largo de la pared hasta que se hubo alejado lo suficiente del lugar donde anidaban las bestias.

Los luchadores hubieran querido detenerse para tomar aire, pero la naturaleza que reinaba en la superficie de la Tierra les recordó que allí no cabía la posibilidad de relajarse. Varias criaturas especialmente insistentes bajaron aleteando desde una ventana, apartaron a Nata del resto del grupo y arrastraron sobre el asfalto a la muchacha mientas ésta daba puñetazos al vacío. Al instante descendieron otros murciélagos, como piedras caídas del cielo, que habían divisado la presa desde lejos. Humo y Cóndor corrieron en auxilio de Nata, mientras que los demás abrieron fuego contra los atacantes que venían por el aire. Por fin, Gleb logró salir de su estupor y se puso a disparar junto con los demás. El estruendo de los disparos era ensordecedor. Belga estaba de espaldas a la pared, al lado del muchacho. Parecía que la mira del fusil formara parte de su cuerpo, y disparaba ráfagas breves y muy certeras con su maravillosa arma. También Farid y Okun diezmaban a la bandada con sus eficaces fusiles Kalashnikov. Chamán les protegía las espaldas y cubría con su arma las ventanas de la universidad.

Por fin, las criaturas se dispersaron sin orden alguno. Docenas de chupadores de sangre yacían en tierra y agonizaban. El ataque por aire podía considerarse frustrado. Gleb miró con emoción en derredor. Cóndor estaba rescatando a la joven de entre un montón de cadáveres que había apilado el mutante. Humo aún daba vueltas como una peonza de hojalata, arrojaba cuerpos muertos sobre el asfalto, profería gritos roncos y despedazaba con ambas manos los cadáveres reventados.

—¡No os quedéis quietos! ¡En marcha! ¡En marcha! —Martillo exhortaba a los Stalkers a seguir adelante.

Al cabo de unos diez minutos, los viajeros empezaron a caminar a un ritmo más pausado. Los murciélagos, por fin, los habían dejado en paz y se habían quedado más atrás. Durante un rato se oyeron los penetrantes chillidos de las irritadas bestias... Luego enmudecieron. Los luchadores, fatigados e inquietos, reanudaron su camino.

A partir de entonces, Cóndor ya no trató de imponer sus decisiones y acató las órdenes del guía. Martillo siguió adelante tras echar una ojeada al contador Géiger. Bordearon la espesura del parque Poleshayev, las ruinas de la Perla del Báltico —el Chinatown de San Petersburgo, que en su momento no se llegó a terminar—, las corrosivas emanaciones del estanque de la Sergiyevskaya Sloboda. [8] Los árboles tenían una apariencia de lo más singular. Una tremenda fuerza había retorcido y desfigurado sus troncos nudosos. En sus ramas muertas no quedaba ni la hoja más menuda, ni una pizca de verde. Una niebla densa de color gris amarillento, suspendida cerca de la tierra emponzoñada, completaba el cuadro. En medio de la horrenda desolación había un estanque envuelto en sombras. De pronto se oyó un aullido profundo, sordo y vibrante que provenía de allí.

Martillo miró alarmado en derredor.

Los Stalkers dieron un buen rodeo para evitar aquel paraje tan extraño y temible. Llegaron a la carretera de San Petersburgo. A una gran plaza en cuyo centro, en orgullosa soledad, se erguía un imponente edificio.

Gleb sintió curiosidad y le dio un tirón en la manga a Martillo.

—Es la Makarovka —explicó este—. La Academia de la Marina.

El sordo aullido se repitió. Gleb sintió un escalofrío en la espalda, y también los otros luchadores parecieron estremecerse.

- —Pongámonos a cubierto —decidió Martillo, y señaló con la cabeza en dirección a la academia—. Un momento —ordenó—. Podría ocurrir que esa cosa saliera de pronto.
- —Hay algo que se mueve tras las ventanas. —Belga observaba el edificio a través de la mira de su FN F2000—. No tengo ni idea de lo que puede ser. Casi parece una persona.
  - —Las personas no me dan ningún miedo.

Martillo empuñó el Kalashnikov que llevaba al hombro y, decidido a encontrar un sitio donde pudieran ponerse a cubierto, anduvo hacia el edificio. Los Stalkers lo siguieron. A medio camino, el silencioso tayiko Farid se apartó de pronto a un lado.

—¡Shaitan!<sup>[9]</sup> Jefe, vuelve aquí. ¡Mira!

De la tierra sobresalía una flecha. En efecto: una flecha de verdad, larga y con plumas en su extremo.

- —¿Un indio, o qué? —Ksiva disparó una ráfaga contra el edificio de la academia.
- —¡Ahorra cartuchos! —le ordenó Cóndor—. Adelante. Y tened los ojos bien abiertos.

Cubriéndose entre sí, los Stalkers llegaron al vestíbulo. Se encontraron con la habitual escena de devastación y podredumbre, de cúmulos de basura y paredes agrietadas. En el lúgubre silencio se distinguía un roce de pies. Cóndor y Chamán siguieron el sonido por el pasillo, se metieron por una puerta abierta y llegaron al hueco de una escalera. Sobre los escalones, entre la porquería, se veían las huellas de pies humanos desnudos. Descendieron varios rellanos y llegaron a un pasillo ancho que conducía a las salas subterráneas. Pero una puerta hermética entreabierta los alertó. Cóndor indicó a los demás que esperasen fuera. Luego, entró acompañado de Chamán.

Gleb y Martillo regresaron al vestíbulo a fin de observar los alrededores. El muchacho se puso bien la boquilla del aparato para respirar. La piel le transpiraba bajo la goma y sentía insoportables picores. El desolado paisaje que alcanzaba a divisar desde la ventana destrozada no le inspiraba ya ningún entusiasmo. Después de tanta marcha forzada, las piernas le pesaban como si fueran de plomo y su estómago vacío gruñía.

- —¿Cómo estás, chico? —El hermano Ishkari se agachó a su lado y se masajeó las fatigadas pantorrillas.
  - —Todo bien —murmuró Gleb.

No tenía ningunas ganas de iniciar una conversación con el sectario medio loco. Al muchacho le interesaban mucho más los misterios escondidos en los subterráneos del edificio. Sin embargo, Ishkari no pareció darse cuenta del tono de voz desagradable con que le había respondido Gleb. Buscó entre los pliegues de su chaqueta y sacó una fotografía amarillenta. El muchacho no pudo evitar un grito de sorpresa. En la foto se veía agua. Mucha agua. Hasta el horizonte. El mar. Tal vez el océano. Entre las olas se erguía con orgullo un barco de hierro, en cuyo casco estaba escrito 011 con cifras grandes y blancas.

- —Es el lanzamisiles *Varyag* —susurró Ishkari con respeto—. La nave enseña de la flota rusa del Pacífico. El Arca que nos va a llevar hasta la Tierra Prometida.
  - -Martillo dice que hace tiempo que todos nosotros podemos darnos por

muertos. Y que no merece la pena abrigar esperanzas. ¿Cree usted de verdad que habrá vida en otras ciudades lejanas? —El muchacho miró con incomodidad al sectario.

—Sí, lo creo, muchacho. Son muchos los que dicen que Éxodo no es más que un puñado de fanáticos ciegos que no queremos reconocer ni aceptar la realidad. ¡Sí, nos mantenemos inconmovibles en nuestra fe! —Ishkari se acercó más a Gleb, lo miró fijamente a los ojos y siguió susurrando—: Nuestra fe se sustenta en hechos. La terrible radiación y las destrucciones que provocó el ser humano han dejado el mundo inhabitable. Pero quedan lugares que han escapado del codicioso abrazo del caos. ¡Los hay! ¡Éxodo lo sabe, Éxodo cree en ellos! ¡Cree tú también, chico!

Martillo interrumpió el apasionado discurso de Ishkari y lo obligó a marcharse al rincón opuesto. La foto amarillenta quedó en manos de Gleb. El muchacho escondió con disimulo la hoja de papel en un bolsillo del uniforme. Las palabras del sectario resonaban con fuerza dentro de la cabeza de Gleb: «Quedan lugares que han escapado del codicioso abrazo del caos... quedan lugares...»

Gleb también quería creerlo.

Debían de quedar lugares en la tierra donde los seres humanos aún podían vivir sin máscaras de gas, sin contadores Géiger, en la superficie, bajo la luz del sol, ¡una vida igual que la de antes! Donde la hierba todavía era verde y blanda, como en las ilustraciones de los libros infantiles, y el cielo azul, el agua limpia y la comida abundante. En algún lugar debía de existir un mundo como ése, el mundo del que le había hablado su madre cuando era niño, cuando lo ponía a dormir.

—Tengo que encontrar ese lugar. —Gleb había hablado en voz alta sin darse cuenta.

—¿Qué? —Martillo se volvió hacia su pupilo—. ¿Qué has dicho?

El muchacho pareció confuso y negó con la cabeza.

Entretanto, los Stalkers habían vuelto por el pasillo. Cóndor y Chamán llevaban consigo a un hombre cubierto de sucios andrajos. El desconocido forcejeaba, profería sonidos inarticulados y enseñaba los dientes. El pobre diablo llevaba una piel de lobo embadurnada en torno a las caderas y un collar de rabos de rata secos en la garganta. La frente hundida y los ojos demasiado juntos

contribuían al singular aspecto del salvaje.

- —¿Habías visto algo semejante en toda tu vida, Martillo?
- —No había encontrado nunca a un ser humano en la superficie. Un hermano espiritual, podríamos decir…
- —¿Es mutante o qué? —preguntó Ksiva, pero se calló y miró azorado a Humo.
- —Ahí abajo hay un búnker en ruinas. Huesos, jirones de piel, carne seca. A juzgar por lo que he visto, deben de ser bastantes los que viven allí. —Cóndor apartó a un lado al desconocido—. Sólo que nuestro Neandertal no tiene ganas de decirnos dónde se han metido sus compinches.
  - —A mí me parece que ni siquiera os comprende.

El guía se acercó al desconocido. Lo miró a los ojos, como si quisiera escudriñar su alma. El salvaje dejó de lloriquear.

—¿Quieres comer?

El salvaje volvió a la vida. El interés brilló en sus ojos. Martillo le dio un bizcocho empaquetado de producción militar que llevaba con sus propias provisiones. El salvaje abrió el envoltorio de un mordisco y devoró el bizcocho con fruición. El Stalker aún tenía en la mano una porción, pero la apartó de él. El desconocido tendió tímidamente su mano sucia y se acordó con gran esfuerzo del lenguaje de los hombres. Logró pronunciar tan sólo una palabra:

- —Da... dame...
- —¡Bueno, hemos logrado hacerlo hablar! —Cóndor se inclinó ante el vagabundo—. Dónde. Otros. Cómo tú.
- —No… —El salvaje pensó y buscó con gran dificultad las palabras—. S-se fueron… hace mucho… estoy… solo… hace mucho…

Martillo le dio el bizcocho al salvaje.

- —Dejadlo en paz. Es inofensivo. Dentro de unos quince años nosotros también estaremos así.
  - —¡No seas tan pesimista!

Dejaron marchar al vagabundo. Los luchadores silbaron y gritaron insultos mientras el hombre semidesnudo se marchaba a toda prisa cojeando, porque tenía una pierna más corta que la otra y cubierta de bultos.

Un aullido largo y tenso resonó por todo el lugar. Procedía de las marismas, y junto con él se levantaron vapores venenosos.

Chamán se santiguó.

- —¿Y si pasamos aquí abajo la noche? No tengo ganas de andar a tientas en la oscuridad como un cachorrillo ciego.
- —Este lugar tampoco me gusta. El palacio de Constantino no está lejos de aquí. Los sótanos de ese edificio estaban aislados y tendrían que estar secos. Podemos pasar allí la noche. —Martillo salió bajo la lluvia.
  - —¿A qué esperáis? ¡Andando! —ordenó Cóndor a los Stalkers.

Salieron de la Academia Makarov. Gleb siguió a su maestro. El encuentro con el hombre deforme lo había turbado. ¿Y si los habitantes de la lejana ciudad habían corrido la misma suerte? ¿Y si en vez de sus antiguos moradores tan sólo había salvajes estúpidos y degenerados en sus barrios miserables? El muchacho se atormentaba con tales pensamientos.

Pero en el bolsillo, junto con el mechero, llevaba la vieja foto. Y esa foto le exigía a Gleb que no abandonara la búsqueda.

# EL SIMBIONTE

- I palacio de Constantino recibió a los visitantes con gélida indiferencia. Sus fríos sótanos los protegieron contra el mal tiempo, pero, en contraste con las «zonas tropicales» de la red de metro, no eran un lugar adecuado para el descanso. Gleb había hecho una bola con todo el cuerpo para protegerse del frío y escuchaba la conversación de los adultos.
- —Sí, antes de la catástrofe ese tío había trabajado en las obras del metro explicaba Ksiva—. Una vez pilló una borrachera y me contó una buena: me dijo que había trabajado aquí mismo, en el subsuelo, en un búnker del gobierno. Según parece, eran muchos los que se dedicaban a ello. Hacían tres turnos para excavar las galerías. Sin pausa. Y su jefe era…
- —¡Chorradas! —lo interrumpió Cóndor—. Aquí no hay ningún búnker. En cuanto hayamos regresado, mandaré que busquen a ese charlatán y lo cuadraré.
- —Claro, yo pienso lo mismo; ese perro miente... —Ksiva, confuso, cambió de tema—. Dime, jefe, ¿no te parece que tendríamos que buscar una embarcación pequeña? Así nos ahorraríamos un montón de problemas. Subimos, ponemos en marcha el motor... ¡y en un momento llegamos a Kronstadt!
- —Tú te piensas que eres muy listo, ¿verdad que sí? —Chamán colocó una lata de carne sobre el hornillo—. Hemos hecho varias salidas de reconocimiento, siempre sin resultado. Sólo maquinaria herrumbrosa y podrida. Se nos ocurrió buscar en los diques secos. Llegamos hasta los astilleros del norte y vimos que los diques ya no existían... todo estaba en ruinas. Como si una horda de rinocerontes hubiera pasado por encima. No tengo ni idea de qué sucedió allí,

pero no quedaba nada que nos pudiéramos llevar.

—Habríais tenido que buscar en el Almirantazgo —dijo Ksiva con mucha seriedad.

Chamán se encogió de hombros.

- —¡Cuidado con lo que dices! Los astilleros del Almirantazgo son territorio prohibido. Una maldición pesa sobre ellos. ¡Una cuadrilla de tíos competentes murió allí! Y hasta el día de hoy nadie ha sabido por qué.
- —Corre el rumor de que la gente se vuelve loca nada más pasar por la garita del portero... —El rostro de Cóndor reflejaba la luz de las llamas y titilaba con un aire misterioso.
  - —¿Tú no has oído nada de todo eso, Martillo?

Gleb se volvió hacia su maestro. Éste se había recostado contra la pared y había cerrado los ojos. Tras un breve silencio respondió:

—Allí malviven los locos...

Hubo un momento de silencio. Los Stalkers miraban extrañados a su guía. Por fin, Nata exclamó:

- —¿Cómo? ¿Qué locos son ésos? Es la primera vez que lo oigo.
- —Esperemos que sea también la última —le respondió Martillo, se volvió y se echó a dormir.

Aquella noche, Gleb tuvo que montar guardia por primera vez en su vida. Cóndor pensó que aquel lastre en forma de niño podría servirles para algo y le indicó al muchacho que relevara a Okun. Gleb se había recostado contra un radiador cubierto de herrumbre y bostezaba de buena gana. La guardia nocturna se debía tan sólo a una cuestión de principio, porque los Stalkers habían tenido buen cuidado de levantar una barricada tras la puerta del sótano. Para que el tiempo le pasara más rápido, Gleb se decidió a entrar en las salas adyacentes. Llevado por la curiosidad, el muchacho agarró uno de los aparatos de visión nocturna. Era un juguete muy caro y pertenecía al comandante, pero Gleb no se había atrevido nunca a pedirle que le enseñara el maravilloso dispositivo. Cóndor no paraba de llamarlo «mocoso».

Gleb se puso el aparato de visión nocturna y se adentró en el laberíntico subterráneo. Los cristales crujieron bajo sus botas: buena parte del suelo había quedado cubierto de botellas hechas añicos. A lo largo de las paredes había una especie de casillas hexagonales, pero se habían salido de su lugar y estaban

medio podridas. También encontró cierta cantidad de recipientes de madera rotos y haces de paja seca de color parduzco. Martillo había dicho el día anterior que aquellas salas se habían empleado en otro tiempo para almacenar vino, pero no le había explicado a Gleb qué era el vino. El Stalker se había contentado con entornar los ojos, como si estuviera hablando de algo tremendamente agradable.

Gleb llegó al último de los almacenes que se encontraban en el sótano. En el rincón estaba todo igual que en la primera visita. Había un rollo de cable en el suelo. Alguien había garabateado un tosco dibujo en la pared de enfrente: una calavera con las órbitas de los ojos pintadas de negro. Cóndor había aventurado la posibilidad de que hubieran pasado por allí salvajes como el de la Academia Makarov. Sin embargo, el aparato de visión nocturna descubrió algo muy significativo que anteriormente había pasado inadvertido a la luz de las linternas. Gleb descubrió un resquicio en el suelo de hormigón, medio oculto por el rollo de cable. Llevado por la curiosidad, se acercó al enorme carrete, hizo acopio de fuerzas y lo apartó a un lado.

Entonces quedaron a la vista una trampilla redonda y una anilla de metal. Con febril impaciencia, el muchacho sujetó la anilla y tiró con todas sus fuerzas. La pesada tapa se movió al primer intento. Pero el esfuerzo era tan grande que Gleb se puso a jadear. Por fin, logró abrirla del todo. Quedó al descubierto un pozo. Su linterna iluminó los peldaños metálicos de una escalerilla de metal. El muchacho se agachó sobre el pozo, pero por mucho empeño que pusiera en ello no lograba ver lo que había en el fondo. Le llegó a la nariz cierto olor a podredumbre, a duras penas perceptible. El muchacho sintió tal horror que los dientes le castañetearon. El vago presentimiento de un peligro inexplicable le provocó un agudo dolor en la nuca.

Tenía que despertar a los Stalkers y advertirlos. Aun cuando pudiera cerrar el acceso a la guarida, ésta debía de tener otras salidas. ¡Allí no había ningún lugar seguro!

Gleb estaba a punto de regresar cuando el mechero se le cayó del bolsillo. Trató de agarrarlo, pero el metal se le escurrió entre los dedos. El mechero tintineó brevemente en el borde del pozo y luego cayó al interior. El muchacho, desesperado, se asomó a la negrura. Entonces oyó un sonido lejano: el mechero había llegado al suelo. Faltó poco para que Gleb aullara. ¡Cualquier cosa menos eso!

El muchacho necesitó un minuto para reflexionar. Luego volvió a ponerse el aparato de visión nocturna, se ajustó la máscara de gas y entró con mucha cautela en el pozo. Sentía los latidos del corazón en la garganta, las manos le temblaban, pero descendió sin vacilar. Estaba a punto de llegar al fondo cuando uno de los oxidados peldaños cedió bajo su peso. El muchacho cayó al fondo del pozo a tal velocidad que no tuvo tiempo de asustarse.

El aterrizaje no fue nada suave. La violencia del choque dejó sin aliento a Gleb; en vez de un grito, lo único que escapó de su garganta fue una respiración ronca y doliente. El muchacho se incorporó y tanteó a la desesperada el suelo de granito en busca de su mechero. ¡Estaba allí! Se guardó su tesoro, se frotó los codos que se había contusionado e inició el ascenso. Pero llegó un momento en el que Gleb no encontró un peldaño al que agarrarse. Calculó la distancia hasta el siguiente y llegó a la conclusión de que no lo alcanzaría. Le daba vergüenza gritar para pedir ayuda, pero no le quedaba ningún otro remedio. El muchacho estiró el cuello y trató de gritar, pero entonces, en lo alto, la pesada tapa empezó a moverse. La trampilla se cerró con gran estrépito.

«Y yo que quería atarla a algo para que no se cerrara», pensó con tardía intuición. Gleb se consoló con el pensamiento de que, tarde o temprano, los demás iban a encontrarlo. Habían cegado la salida, y por lo tanto lo buscarían dentro del sótano. Pero no por ello fue menor su angustia. El muchacho reprimió un ataque de pánico, se puso en pie, quitó el seguro de la Pernatch, se colocó el aparato de visión nocturna y miró a su alrededor.

Descubrió un pasillo largo y recto que partía de allí en ambas direcciones. Reinaba en él la más absoluta quietud. Ni un roce, ni una corriente de aire, nada. Absoluta oscuridad y un desnudo corredor de hormigón que no se sabía adónde podía llevar.

Gleb no se contentó con quedarse allí sentado y aguardar pacientemente a que llegara la ayuda. Tal vez lograse encontrar otra salida. Empuñó la pistola con ambas manos y avanzó. Diez metros. Veinte. El pasillo terminaba en una robusta puerta de hierro. La mirilla de cristal estaba protegida con una reja herrumbrosa. No se alcanzaba a ver nada al otro lado. La rueda con la que se accionaba el cerrojo no se movía: era obvio que la puerta llevaba mucho tiempo sin abrirse.

El muchacho volvió hasta el pozo y siguió en la dirección contraria. Al cabo de diez metros, el corredor se desviaba ligeramente y quedaron a la vista varios

pasillos laterales. Con todas las medidas de precaución necesarias, Gleb pasó por varias salas más grandes, repletas de todo tipo de objetos, así como por varias cámaras pequeñas. Aparte de los escombros que habían quedado por el suelo en absoluto desorden, estas últimas estaban vacías. Encontró una impresionante herramienta apoyada en una de las paredes. ¿Un taladro? ¿Un martillo neumático? Un grueso cable partía de la máquina, atravesaba la sala entera y desaparecía en el pasillo.

En el techo había guirnaldas de bombillas, escasas de todos modos, instaladas con descuido por todas las salas. La improvisada iluminación y la ausencia de una verdadera instalación eléctrica daban a entender que aquella parte del edificio no había llegado a terminarse. ¿De dónde podía venir la electricidad? Gleb siguió el cable que se prolongaba por el pasillo y, finalmente, desaparecía tras una esquina. En un pequeño nicho, tras un tabique de separación, había un generador diésel. Detrás de éste y de los contenedores de combustible, había otro pasillo estrecho que descendía.

Una escalera de peldaños desiguales conducía hacia abajo. Pronto comprobó que no eran muchos.

Abajo se oían ruidos incomprensibles.

El muchacho se agachó a la entrada de una sala, echó una mirada precavida al interior... y se estremeció. La imagen que se ofreció a sus ojos no se podría describir. Una escena de locura, una pesadilla hecha realidad. Paralizado por el horror, incapaz de volverse, el muchacho contempló lo que allí estaba pasando...

Entonces comprendió lo que había ocurrido con los hermanos del salvaje de la Academia Makarov. Entre numerosas cajas y paquetes se debatían criaturas medio humanas y medio cadáver. Tenían las barrigas hinchadas más allá de toda medida y hacían un ruido chasqueante. Sus rostros habían quedado desfigurados por la máscara de la demencia. Moviéndose torpemente, con los dedos ensangrentados, los barrigudos devoraban febrilmente latas de carne en conserva, cereales medio podridos y grumos de una sustancia húmeda, probablemente harina. Gleb sintió arcadas pero no dejó de mirarlos, observó cómo uno de los infortunados se llenaba la boca de arroz mohoso y, al mismo tiempo, hurgaba en un montón de trastos, sacaba otra lata de conservas y trataba de abrirla golpeándola contra un contenedor de hojalata.

¿Qué locura se había adueñado de las personas que se hallaban en aquella

despensa, cuyas provisiones, visiblemente, estaban allí desde antes de la guerra? El muchacho trató de conservar la sangre fría frente a aquellas criaturas casi humanas que se debatían en las tinieblas, pero, poco a poco, se adueñó de él una angustia irracional. Además, las imágenes que le mostraba el aparato de visión nocturna habían perdido resolución.

Gleb notó cierta intranquilidad en la sala e hizo girar la rueda de ajuste del aparato... y en ese preciso momento el visor dejó de funcionar.

El muchacho encendió la linterna que llevaba en la frente. El rayo de luz alumbró el rostro hinchado y lívido del más cercano de los salvajes. La criatura cerró los ojos con fuerza y luego los volvió a abrir con el rostro transido de dolor. Por un instante, un destello de inteligencia brilló en sus ojos.

—¡Máaa... ta...! —berreó el panzudo. Sus ojos rasgados delataban el dolor que debía de sentir—. ¡¡Máaa... taaa... me...! ¡Mátaaaa meeee...!

«Quiere morir. Por Dios bendito…», pensó Gleb.

Gleb apuntó con la linterna al interior de la sala... y finalmente lo vio. Por una amplia grieta del techo, una masa intestinal de color oscuro se cernía sobre los cuerpos de los infortunados. Un espasmo sacudió aquella especie de tentáculos, y entonces vio cómo succionaba la sangre del cuerpo de los condenados. La desconocida criatura empleaba a los seres humanos de una manera perversa, como si hubieran sido vacas lecheras: sus terminaciones nerviosas se adherían al cerebro de los infortunados y estimulaban las partes que regulan el hambre. Y los humanos comían como animales. Engullían el alimento corrupto y tanteaban el suelo en busca de algo para seguir comiendo. Su cuerpo se movía en la frontera entre la vida y la muerte; ya no los guiaba la razón.

Sin pensarlo, y casi sin apuntar, el muchacho disparó contra el panzudo, que seguía frente a él y balbucía como si estuviera rezando. Su cuerpo se agitó y cayó pesadamente al suelo.

Un inconcebible, inimaginable resultado de las circunstancias en las que tenían que vivir. Brutal, repugnante, pero en definitiva, eficaz. ¿Cómo lo llamaban? Simbiosis.

Y aquello era una granja.

Fue en ese momento cuando el muchacho se fijó en las ratas con el cuerpo reventado que se encontraban por el suelo en gran cantidad. Cadáveres de ratas gordas, cebadas, con heridas abiertas en los costados. Ratas que la diabólica

criatura había arrojado a modo de cebo para presas más grandes... Entonces, de pronto, Gleb comprendió el significado del dibujo que habían visto en el sótano. Era una advertencia de un salvaje que había escapado con vida.

Gleb sintió arcadas al contemplar aquella escena irreal. Habría querido marcharse lo antes posible de aquel horrible lugar.

El golpe que sintió en la mandíbula fue repentino y desmesuradamente fuerte. El muchacho se cayó por la escalera. La Pernatch se le escapó de las manos y desapareció en la oscuridad. La linterna que llevaba en la frente se hizo añicos contra el canto de un peldaño.

«Gracias a Dios que llevo la máscara», pensó Gleb. Tenía los dientes intactos.

Entonces sintió que algo se movía sobre la máscara.

La linterna que llevaba en el bolsillo de la pechera..., ¡rápido!

El rayo de luz alumbró un tentáculo húmedo que, frente a sus mismos ojos, se había adherido al disco de material sintético transparente que le cubría el rostro. Gleb, horrorizado, trató de conseguir aire, se arrancó la máscara de la cabeza y cortó el tentáculo con el machete. Luego buscó a tientas la pistola por el suelo y trató de subir por los escalones. Este segundo intento tampoco tuvo éxito. Gleb quedó tumbado de cara arriba. Gritó ante la angustia de quedarse a solas con la desconocida criatura en total oscuridad.

Por extraño que parezca, ese sentimiento obligó a su cerebro a pensar en la dirección correcta.

—Si esto funcionara... si esto... ¡Venga, trasto viejo, ponte en marcha!

Los largos turnos de noche en los generadores de la Moskovskaya no habían sido en vano. El muchacho habría sabido poner en marcha un motor diésel con los ojos cerrados. En ese preciso momento sus habilidades le fueron muy útiles. Aunque cueste creerlo, el viejo generador se puso en marcha de verdad. Durante unos segundos, su herrumbrosa vida interior zumbó sin ninguna finalidad definida, pero a continuación cobró fuerza y empezó a resollar. Un luz pálida se impuso gradualmente a la oscuridad que había reinado en el pasillo. Gleb se quedó como de piedra. A su lado se hallaba una de las hinchadas criaturas, que abría sus ávidas fauces y extendía el brazo hacia él. Como por sí mismas, las enseñanzas del maestro despertaron en el cerebro de Gleb. Por puro reflejo, el muchacho retrocedió y tiró del gatillo. Los disparos levantaron ecos apagados

por todo el lugar. Las balas le destrozaron el costado al gordo. Como si se hubiera tratado de un saco repleto de agujeros, un intestino de color gris parduzco se desparramó por el suelo junto con grumos de comida a medio digerir. El pobre diablo seguía en pie y miró estúpidamente su propio estómago. Una sonrisa imbécil afloró a su rostro. Luego, el panzudo se arrancó un puñado de vísceras de su propia herida y se las metió en la boca.

—No eres humano —dijo Gleb en voz alta, para imponerse a su propio espanto y olvidar la visión de pesadilla—. No eres humano…

El segundo disparo hizo pedazos el cráneo del panzudo. De pronto, el tentáculo soltó el cadáver y volvió a esconderse en la cueva donde se hallaba el resto del cuerpo de la criatura. Gleb se sobrepuso a su angustia y avanzó. Sin perder de vista la grieta del techo, sacó el arma. La Pernatch cobró vida en sus manos y obsequió con el último reposo a los no muertos que aún seguían en pie.

Tan sólo cuando hubo terminado con el último, Gleb se fijó de repente en que el tentáculo había desaparecido. No era visible ni siquiera en el interior de la grieta maldita.

Sin embargo, oyó un chirrido en el pasillo principal. Gleb se volvió lentamente y la vio. La criatura.

Colgaba del techo. Se había adherido con sus tentáculos al hormigón del falso techo. Era un monstruo repugnante, imposible, increíble. Un híbrido de pulpo y de mantis religiosa. ¿De qué pantano habría surgido la criatura? ¿Cuál era el catalizador que había hecho nacer a aquel error de la naturaleza? Los instrumentos masticadores de su boca se movían rítmicamente, sus ojos oscuros y convexos miraban al muchacho sin moverse. El entendimiento de Gleb se negaba a percibirla como algo real.

Pero la bestia no pensaba desaparecer. Colgaba en medio del pasillo, sin moverse, y difundía un olor repulsivo e insoportable.

Gleb se quedó quieto como si hubiera echado raíces en el suelo, incapaz de hacer otra cosa que mirar a la cara a su propia muerte. Sintió algo cálido y húmedo que le bajaba por las piernas. La pistola se cayó de su mano temblorosa. Un cansancio traicionero lo obligó a ponerse de rodillas. El muchacho se rindió al destino y agachó la cabeza.

—¡Al suelo!

Como disparado por un resorte, Martillo salió de pronto de detrás de un

rincón, empuñó en alto el Kalashnikov y tiró del gatillo. Pero el ruidoso fusil se le escapó de las manos y los disparos se perdieron en el vacío. El monstruo había resultado ser un enemigo extremadamente preciso y astuto, capaz de darse cuenta del peligro que representaba el arma. Martillo retrocedió. La extraña bestia lo siguió sin prisas y trató de capturarlo con una ventosa. El arma estaba demasiado lejos como para que Martillo pudiera recuperarla.

El Stalker echó a correr por el pasillo para forzar al mutante a salir de su madriguera. No vio venir el nuevo ataque de la criatura. Un violento golpe en la pierna lo hizo caer al suelo. El monstruo tomó impulso nuevamente y arrojó un tentáculo sobre el hormigón desnudo. El Stalker logró a duras penas saltar a un lado. Cobró fuerzas de nuevo, saltó al otro lado de la puerta y arrojó una granada de mano a sus espaldas. Tuvo lugar una ensordecedora explosión; un fragmento de hormigón saltó por los aires y lo golpeó en el costado. Se levantaron nubes de humo y de polvo en el pasillo.

El Stalker respiró hondo, se puso en pie y buscó la pistola que llevaba al cinto. El animal se arrastraba entre el humo y se agarró con los tentáculos al marco de la puerta. El cuerpo de la bestia estaba carbonizado por varios lugares. Algunos de los tentáculos colgaban como látigos en llamas, pero eran muchos más los que habían resultado arrancados. Martillo abrió fuego. Una y otra vez, las deslumbrantes explosiones iluminaron la pared. Los cartuchos de nueve milímetros que vomitaba la Nossorog levantaron cascadas de granito. El monstruo no habría podido sobrevivir a aquel infierno si no se hubiera apartado. El Stalker no vio hasta que fue demasiado tarde las sombras que se precipitaban sobre él. Un cuerpo humeante lo derribó, y ambos contrincantes se debatieron en el suelo entre gritos. Mientras se esforzaba por liberarse de las fauces castañeteantes de la bestia, Martillo arrojó a un lado el revólver ya descargado, echó mano del machete y hundió con todas sus fuerzas la hoja de metal en el cuerpo del monstruo. Sin embargo, la dura y viscosa criatura se agarró con más fuerza todavía a su presa con los restos de sus tentáculos y trató de llegarle a la garganta. El Stalker la apuñaló una vez más... y otra. Trató de atravesarle el cráneo, pero la hoja resbaló y no hizo nada más que arañar la cabeza del animal. Se le acababan las fuerzas. Las mandíbulas del monstruo castañeteaban con impaciencia frente a su rostro. El repulsivo hedor le impedía pensar bien.

Gleb se arrastró hasta allí temblando de horror. Sus pies a duras penas

rozaban el suelo y su cuerpo se negaba a obedecerle, pero el muchacho, en su desesperación, reptó con las manos ensangrentadas hacia su maestro. La Pernatch había quedado atrás, no sabía muy bien dónde.

Martillo sacó fuerzas de flaqueza, gruñó por el esfuerzo y alejó de sí a la bestia. En cuanto estuvo en pie, cortó con el machete los trozos de carne que no paraban de moverse. Una y otra vez. La criatura no quería morir. Azotaba la coraza del Stalker con los muñones de los tentáculos y castañeteaba con sus fauces. Al retroceder ante un nuevo ataque, el Stalker resbaló sobre un lago de sangre y el monstruo lo atrapó una vez más. Su mano tocó frío material sintético. Con rostro desencajado y lloroso, Gleb había puesto el taladro en la mano a su maestro. La máquina que los constructores del edificio habían dejado allí. ¿Habría sido la providencia? ¿El destino? ¿La suerte? No era momento para hacer conjeturas.

Martillo atrajo el taladro hacia sí. Por motivos imposibles de saber, se dio cuenta al instante de que funcionaría. Empleó todas las fuerzas que le quedaban, oprimió contra la pared a la convulsa criatura con los talones de sus botas militares y pulsó el botón de puesta en marcha. La máquina empezó a aullar y el taladro largo, de gran calibre, giró a gran velocidad. La criatura se estremeció y trató de liberarse, pero el taladro se le había metido ya en la boca, desgarraba trozos de carne y, al final, se le hundió en el cerebro.

—¡Muérete! ¡Muérete! —gritaba el Stalker con los ojos cerrados—. ¡Muérete!

Cuando todo hubo terminado, se quedaron allí los dos, callados, sin fuerzas, contemplando el techo con mirada hueca. Fue el muchacho quien puso fin al silencio. Sollozando débilmente, se acurrucó, hundió el rostro en el hombro del Stalker, y se entregó al reconfortante sentimiento de protección. En aquel mismo instante, Gleb se dio cuenta de que algo había cambiado en la relación entre ambos. La tensión que en todo momento había atenazado al muchacho había desaparecido. Todo el miedo y la hostilidad que Martillo le había inspirado desaparecieron de pronto.

# SEGUNDA PARTE PÉRDIDAS

# LA JUNGLA

Tienes claro que has abandonado tu puesto? —Cóndor iba de un extremo a otro de la formación de luchadores y le hacía reproches al causante del «desastre» con una voz que asustaba por su misma suavidad—. ¡Todos los que estamos aquí podríamos haber muerto por tu culpa, mocoso!

- —Habría sido bonito descansar todos en la misma tumba —le susurró Okun a Farid, y sonrió.
  - —Como un panteón familiar —añadió Ksiva al otro extremo de la hilera.
- —¡Basta de cháchara! —Cóndor se plantó frente a Gleb—. Escúchame con atención, muchacho. No voy a repetirlo. Como vuelvas a desobedecer una de mis órdenes, te sacaré el cerebro del cráneo a puñetazos. No pienses que voy a tener reparos.

Agitó un imponente puño frente a la cara del muchacho. Gleb, inseguro, miró a su maestro, que no tardó en hablar:

—Y yo volveré a meterte los sesos dentro y te los volveré a sacar.

La paliza de primera hora de la mañana no había logrado que Gleb perdiese el buen humor. Seguía con vida, y eso, por sí solo, ya era sensacional. El ojo morado recobraría la normalidad. Le hubieran podido arrear mucho más fuerte por la avería en el aparato de visión nocturna.

El grupo hizo todos los preparativos para la marcha y se puso en camino por la carretera de San Petersburgo. Un viento ligero con nevisca se arremolinaba sobre los restos del asfalto y arrastraba hojas caídas y arena fina. Los Stalkers avanzaron en formación por el salvaje y desconocido territorio. La vegetación

que los rodeaba era cada vez más densa. Gigantes verdes de hoja ancha se alternaban con frondosas espesuras de arbustos mutantes, en las que se oían los aullidos de depredadores desconocidos. Al llegar a las cercanías del antiguo parque de Mikhailov, Martillo les ordenó que saliesen del camino. El trazado del cual era casi irreconocible. Los contadores Géiger crepitaban con fuerza cada vez mayor, por lo que el guía de la expedición los hizo desviarse cada vez más hacia la izquierda, hasta que el grupo llegó a una hilera de casas de dos pisos que parecían haberse hundido en una alfombra de hierbas altas y espesas

—Esto es la Mikhailova. En otro tiempo fue un área residencial para la élite.
—El guía examinó el plano—. Vamos a atravesarla.

La zona que se encuentra al otro lado no está edificada... Era un campo de golf.

Los Stalkers pasaron con gran precaución entre las casas unifamiliares dispersas, ya a punto de venirse abajo. Gleb trató de imaginarse cómo había podido ser la fuerza que había arrancado los tejados de unos edificios que a primera vista parecían muy resistentes. Se maravilló de que los extraños edificios estuvieran separados. En el metro, lo más práctico y seguro era vivir en las estaciones pobladas del centro, lo más cerca posible de las cocinas y de la guardia. Las estaciones que estaban abandonadas, o en la periferia de la red de metro, tenían como únicos habitantes a los que no podían establecerse en el centro. La gente que había vivido en ese lugar tenía que haber sido muy pobre para verse obligada a instalarse tan lejos de la ciudad.

«Luego tendré que preguntar qué es lo que significa "élite"», pensó Gleb.

Perdido en sus cavilaciones, no se dio cuenta de que habían dejado atrás el área residencial. A su alrededor tan sólo había un campo sin límites, cubierto de hierbas altas. Durante unos instantes, el resplandeciente astro solar se asomó entre las nubes y bañó todo el paisaje con una luz refulgente, una luz anhelada desde hacía mucho tiempo. Los viajeros miraron a su alrededor, estupefactos, y gozaron del paisaje sereno, tan bello que resultaba irreal.

- —¿A ti qué te parece, Martillo? —preguntó Cóndor, interrumpiendo el silencio.
  - —Mal sitio. Demasiado tranquilo.

Farid fue el primero en percatarse del surco que atravesaba la tierra. Martillo ordenó al grupo que se detuviera. Los luchadores obedecieron y miraron

expectantes a su guía. Al cabo de un minuto de inmovilidad, éste apoyó una rodilla en el suelo y acercó el oído a tierra.

- —Vamos a volver atrás. Buscaremos otro camino.
- —¿Con qué nos sales ahora, Stalker? ¿Qué otro camino? Estamos muy lejos de la costa —le objetó Cóndor—. Aquí no hay ni un alma humana. Tú mismo puedes verlo.
  - —¡Vamos a volver atrás!
- —No te pongas histérico, Martillo. No dudo que seas un hombre muy experimentado, pero a veces…

Ninguno de los que estaban allí se vio en posición de reaccionar de manera racional cuando, de pronto, la tierra empezó a moverse y un hocico gigantesco y alargado, cubierto de piel lustrosa y gris, emergió a la luz del sol. Los luchadores se apartaron entre gritos y, al instante, el Kalashnikov de Farid empezó a disparar. El furioso Humo se arrancó la cartuchera, porque se le había enredado. Cóndor gritaba órdenes entremezcladas con maldiciones.

—¡Pero ¿qué mierda es eso?! —aulló Ksiva, y miró en todas direcciones.

Alrededor de él la tierra explotó, arrojó chorros de mugre, se agitó con tremendos espasmos. De su interior surgía un estrépito sordo y rítmico que poco a poco ganaba intensidad.

—¡Son topos! —gritó Martillo bajo la máscara de gas, con el cuerpo en tensión extrema—. ¡Todos quietos! ¡Que nadie se mueva! ¡Quietos, maldita sea!

Los Stalkers comprendieron por fin y se quedaron inmóviles en el lugar donde se hallaban. Por el agujero que se había abierto en la tierra, quizá a unos siete metros del grupo, se abría paso enérgicamente el voluminoso cuerpo del voraz animal. Sus patas eran gigantescas y estaban provistas de garras. Volvió hacia los visitantes sus fauces abiertas y olisqueó ruidosamente, primero una vez, y luego otra. El gigantesco topo ciego volvía hacia uno y otro lado el hocico como si se tratara de una sonda y avanzaba a trompicones.

—No disparéis. No os mováis. Esos animales no ven.

El monstruo se detuvo a pocos metros de Belga y movió el hocico hacia un lado y luego hacia el otro. El luchador aguardaba en su sitio, más muerto que vivo. Agarraba el fusil con visible crispación.

—No temo a la oscuridad de mi propio corazón —murmuraba el hermano Ishkari con voz trémula, y se agarraba fuertemente con manos temblorosas a un

libro de oraciones—. La desgracia no alcanzará a los seguidores de Éxodo. Porque tengo fe.

Otro topo se acercaba entre las hierbas altas. El primero olió a su rival, profirió un grito breve y abrió las fauces. Fue demasiado para Belga: levantó el arma y empezó a disparar. Las balas alcanzaron el hocico hirsuto de la bestia y atravesaron su piel callosa. El topo bramó y se apartó a un lado. Sin embargo, el segundo gigante siguió a ciegas el sonido. Humo saltó en plancha a un lado y logró esquivar a la vivaz criatura. El Utyos que sostenía con sus enormes manos se puso a vibrar como un taladro de aire comprimido, y sus implacables proyectiles incendiarios hicieron pedazos al coloso.

—¡No! ¡No disparéis! —Martillo trataba de imponerse a los luchadores con sus gritos, pero la infernal algarabía impidió que se oyera su voz. El grupo entero se puso a disparar contra los nuevos monstruos que iban emergiendo a la superficie.

Durante unos instantes lograron frenar la acometida de las furiosas criaturas, pero de pronto, la tierra que tenían bajo los pies se vino abajo y se resquebrajó por varios puntos hasta formarse una red de hendiduras. Los luchadores se alejaron a toda prisa entre una densa polvareda. Gleb corrió en pos de su maestro, siempre en zigzag, para evitar los gigantescos agujeros que se abrían en el suelo. Vio a su izquierda a Belga, pero, de repente, la tierra desapareció bajo los pies de su compañero, el fusil se le escapó de las manos y cayó en una profunda zanja. No muy lejos de él emergió una nueva criatura. El topo se abría paso enérgicamente por la tierra blanda y se acercaba con vigorosas zancadas a su víctima.

Todo sucedió muy rápido. Mientras Gleb aún llamaba a los Stalkers y empuñaba la Pernatch, Belga recobró el FN F2000 que se había caído a la zanja. Se oyó el gatillo, pero el sofisticado fusil había tragado demasiada porquería y ya no funcionaba. Una zarpa se abatió sobre Belga y lo golpeó. Se oyó un repugnante crujido... Las gigantescas mandíbulas, veloces como el rayo, le habían lanzado un mordisco al abdomen.

### —¡Sanya! ¡Sanya-a-a!

Okun, que había acudido a toda prisa, iba a saltar al interior del hoyo, pero Humo logró agarrarlo cuando ya se hallaba en el borde. Tiró de Okun hacia arriba, lo sujetó con fuerza y no lo soltó.

—¡Ya es demasiado tarde, hermano! ¡Déjalo! ¡Ya no puedes ayudarlo!

Okun forcejeó frenéticamente en un intento por librarse de los brazos del mutante, pero luego cayó al suelo sin fuerza alguna y empezó a lamentarse:

—Ya le había dicho a ese idiota: tira a la basura esa mariconada de importación. El Kalashnikov es el mejor. Pero ese gilipollas estaba empeñado en que quería uno...

El muchacho no se enteró. Mientras el animal se agitaba en el subsuelo y devoraba a su presa, Gleb gritaba maldiciones y disparaba histéricamente, aunque supiese muy bien que no le iba a servir de nada. Y mientras disparaba contra el topo lo asaltó el sentimiento, largamente olvidado, de haber perdido a uno de los suyos... aun cuando hiciera pocos días que había conocido a Belga. Entonces su maestro emergió de la polvareda y lo obligó a marcharse con él.

—¡Venga, tenemos que seguir adelante!

Regresaron a la carretera de San Petersburgo en un tramo cercano al Peterhof. El grupo avanzaba en completo silencio. Incluso el parlanchín de Ksiva tenía la boca cerrada. Cóndor y Martillo habían vuelto a discutir. Gleb aún tenía en los oídos su irritada conversación. Como siempre, las duras palabras del maestro lo habían incomodado.

—Si hubiese hecho lo que yo decía aún estaría vivo. Lo que le ha ocurrido, le ha ocurrido por decisión suya. Una lección para los demás.

Duras, pero justas. Tal vez fuera por eso por lo que los Stalkers estaban tan silenciosos y seguían al pie de la letra las instrucciones de su guía. Al avanzar hacia la ciudad tuvieron que acelerar el paso. A lo largo de aproximadamente un kilómetro, la carretera se transformó en una simple vereda que atravesaba un bosque frondoso. Entre los restos del asfalto sobresalían nudosas raíces de árbol. Ramas verdes y venenosas les azotaban los cascos. Constantemente había algo que se agitaba en la densa maleza, extrañas sombras que pasaban a toda velocidad por su lado. Gleb se sentía cada vez más inquieto. Se pegaba a los talones de su maestro y miraba sin cesar en todas las direcciones.

Finalmente abandonaron la espesura y se encontraron frente a un edificio. Mejor dicho: lo que quedaba de éste. La vegetación había penetrado en su interior por todas partes; la ciudad era idéntica a las ilustraciones de un libro sobre los indios mayas, propiedad de Nata, la amiga coja que Gleb tenía en la Moskovskaya. Al cabo de un rato, Martillo ordenó un alto y desapareció en el

hueco de la escalera de una casa cercana. Entretanto, los viajeros, de acuerdo con las instrucciones que les había dado, siguieron adelante a paso lento. Unos minutos más tarde, Gleb divisó a su maestro sobre un tejado. El Stalker atornillaba el largo cilindro de un silenciador a su fusil de precisión. Gleb miró a su alrededor, pero no vio nada que le pareciera peligroso. Un fuerte ruido que se oyó en el tejado del edificio vecino hizo que los luchadores empuñaran sus fusiles de asalto. Al cabo de un instante, el cadáver acribillado de un hombre lobo cayó a los pies del hermano Ishkari. El sectario saltó a un lado, aterrorizado, y se puso a gimotear.

El muchacho miró hacia atrás. Martillo apuntó de nuevo. La poderosa arma se estremeció una vez, y otra. Entonces, el Stalker desapareció por una ventana que daba al tejado. El maestro regresó con el grupo, que, entretanto, se había apostado en una profunda zanja que atravesaba la avenida.

—Era un explorador —le explicó a Cóndor—. Si no se los mata, luego acude la manada entera. Así quizá podremos pasar sin que se den cuenta de nuestra presencia.

Siguieron adelante hasta que apareció a su izquierda una edificación alta y portentosa, que sobresalía con orgullo de la lujuriante vegetación. Era la primera vez que Gleb veía una maravilla semejante. Cuatro torres pequeñas flanqueaban una más grande que se hallaba en el centro. Tres de ellas conservaban incluso la cúpula, aunque su revestimiento dorado se hubiese oscurecido con el paso del tiempo. Pese a la capa de mugre que recubría las paredes, los solemnes colores verdes y rojos del edificio aún atraían las miradas.

- —La catedral de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. —Martillo miró hacia lo alto con respeto—. Sobrevivió a la guerra contra los alemanes. Y luego también a la catástrofe. En verdad, es un lugar sagrado.
  - —¿Qué es un apóstol? —preguntó Gleb en voz baja.

Ishkari cobró vida de repente y se acercó a él.

- —El hermano Saveli es el apóstol de la nueva fe, la fe en el Éxodo...
- —¡Cierra la boca, blasfemo! —Martillo, fuera de sí, agarró al sectario por el cuello y lo levantó en el aire.

Al darse cuenta de que Cóndor lo miraba, volvió a dejar en el suelo a Ishkari. Éste se escondió tras las espaldas de los otros Stalkers.

—¿Tan antigua es esa catedral? —trató de cambiar de tema Nata.

—Su piedra angular se puso en el tiempo de los zares. —El guía contempló una vez más el edificio—. Durante la Gran Guerra Patriótica<sup>[10]</sup> sufrió serios daños. Tuvo que aguantar multitud de disparos, porque un explorador alemán espiaba desde allí nuestros barcos, y también Kronstadt.

Se hizo una larga pausa. Cóndor y Martillo se miraron y, sin decir nada más, se dirigieron hacia la entrada. Gleb fue tras ellos. Cóndor ordenó que los demás aguardaran abajo.

No pasó mucho tiempo hasta que encontraron la escalera que llevaba a la columnata. La reja que en otro tiempo había cerrado la entrada yacía sobre los peldaños polvorientos. Mientras subían cada vez más arriba, Gleb tocó precavidamente con los dedos las paredes de la majestuosa casa de Dios. El antiguo poder que emanaba del edificio era casi palpable. ¿Qué secretos debían de esconder sus silenciosas paredes? ¿Cuánto dolor humano iba a experimentar todavía aquella casa de Dios? En un trecho de pared del que se había desprendido el revestimiento, Gleb vio unas líneas que alguien había escrito con letras pequeñas y torcidas.

«...hubo un gran terremoto, y el sol se volvió negro como un saco de pelo de cabra, y la luna se tornó toda como sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra como la higuera deja caer sus higos sacudida por un viento fuerte, y el cielo se enrolló como un libro que se enrolla, y todos los montes e islas se movieron de sus lugares. Los reyes de la tierra, y los magnates, y los tribunos, y los ricos, y los poderosos, y todo siervo, y todo libre se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes».<sup>[11]</sup>

Lo que venía después estaba ilegible. Aunque el muchacho contemplara la áspera superficie de la pared para saber algo más sobre los terribles días de la catástrofe, la casa de Dios no se lo revelaba.

Gleb había intentado varias veces que Palych le explicara lo que había sucedido. Pero el viejo se había escudado siempre en el silencio, y tan sólo en una ocasión había logrado que dijera unas pocas frases sobre las sirenas, los gritos, el pánico, sobre las gentes que se apiñaban durante la evacuación, el hambre y las privaciones de los primeros meses bajo tierra. Palych no quería pensar en ello. Tal vez le doliera demasiado pensar en su hogar perdido, o quizá tuviese otra razón. En cambio, hablaba a menudo sobre los seres humanos.

Hablaba de los que habían llevado al mundo al borde de la catástrofe con sus

riñas y sus ambiciones, o de los que, llevados por el pánico, habían pasado sobre las cabezas de otros para refugiarse en el seno de la red de metro. Hablaba con dureza, con ira..., como si le guardase rencor al mundo entero. Después de las conversaciones de ese tipo se refugiaba siempre en su rincón para emborracharse.

Martillo llamó a su pupilo. Gleb obedeció y siguió a los Stalkers, subiendo los escalones siempre de dos en dos. Una vez llegó arriba, el muchacho se quedó sin aliento al contemplar las abrumadores imágenes que se ofrecían a sus ojos desde la terraza. Los interminables horizontes de aquel mundo abandonado entusiasmaron a Gleb, pero al mismo tiempo el muchacho percibió con amargura la soledad y la falta de vida. ¡Cuán inmensos debían de haber sido el odio y la irracionalidad de los hombres, que fueron capaces de sacrificar toda vida... la naturaleza, las aguas, la tierra...!

Al mirar en otra dirección, no pudo creer en lo que veían sus ojos: igual que en sus sueños, se extendía, más allá de los árboles...

- —El mar.
- —Más o menos. Eso es el golfo de Finlandia. —Martillo señaló a la lejanía
  —. Y ese trocito de tierra que ves allí es Kronstadt.

Cóndor sacó unos prismáticos y contempló con detenimiento la otra orilla.

- —¿Qué es lo que se ve?
- —Todo está tranquilo y en calma. No reconozco ningún tipo de señal.

Cuando se hubo hartado de contemplar la resplandeciente superficie de las aguas, Gleb fue hasta el otro extremo de la galería. Vio desde allí un lago empantanado. Su superficie embarrada emitía gases. Los vapores blanquecinos que se elevaban desde las aguas ocultaban dos islas pequeñas, cubiertas de exuberantes matorrales, que se hallaban en el centro. Al mirar más de cerca, el muchacho descubrió que algo se movía. Llamó a su maestro.

- «¿Y si allí hubiera seres humanos? —pensó Gleb—. En la Moskovskaya se van a quedar boquiabiertos cuando sepan que precisamente yo…»
- —Allí. —El experimentado Stalker descubrió algo por medio de la mira de su arma—. Unos viejos conocidos. Han llegado hasta el estanque de Olga.

Cóndor corrió hacia allí. Miró por los prismáticos y profirió una maldición. Gleb, consumido por la curiosidad, se los quitó de las manos sin contemplaciones y miró a su vez. Entre la vegetación de la orilla se movían las

cabezas grises de los hombres lobo. Por un instante le pareció a Gleb que uno de los rostros lo observaba. El mutante echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido prolongado. Entonces aparecieron entre los arbustos las anchas y encorvadas espaldas de sus hermanos de raza. Como si hubiese estado esperando la llamada, la masa gris se puso en marcha y avanzó hacia el puentecillo que unía ambas islas.

—¿Qué vamos a hacer, Stalker? ¿Esperar? ¿Escondernos? —Cóndor hablaba cada vez con mayor nerviosismo, al tiempo que miraba cómo los hombres lobo, dando largas zancadas, iban hasta la otra isla. Los más veloces habían saltado al puente que llevaba hasta la orilla del estanque.

#### —Largarnos.

Por así decirlo, volaron escalera abajo y salieron al exterior. Los demás empuñaron al instante sus armas y corrieron tras ellos.

El ritmo que marcaban las pesadas botas sobre el pavimento tranquilizó a Gleb. Sentía una desagradable picazón en la piel que le había quedado bañada en sudor bajo la máscara de goma.

- —No hacemos más que correr y correr —se oyó que decía Humo—. Tengo la sensación de haberme convertido en un antílope de Mongolia. Tendríamos que matar a tiros a esos chuchos y dar esto por terminado.
- —¿No te ha bastado con lo de Belga, Gena? ¿Es que aún no has visto lo suficiente? —le respondió su cáustico comandante—. ¡Más rápido, Nata, más rápido!
  - —¡Al parque! —gritó Martillo.

Humo, sin detenerse, se arrojó con todas sus fuerzas contra la puerta de hierro forjado. Con lastimero estrépito, los batientes se abrieron, y uno de ellos se salió de sus goznes. Los Stalkers corrieron por el Parque Alto, rodearon las ruinas del palacio y treparon por los anchos escalones de la Gran Cascada. Sus perseguidores aún no les habían dado alcance.

Al pie de la cascada, Gleb vio una estatua: un hombre desnudo y musculoso luchaba él solo contra una extraña criatura.

- —¿Quién es ése?
- —Sansón.
- —¿También es Stalker?
- —¡Y vaya uno! —exclamó entonces Ksiva, riéndose para sus adentros—. No

quiso llevar nunca traje antirradiación. Por una cuestión de principios.

Los otros Stalkers le pusieron mala cara. No estaban de humor para bromear... el recuerdo de la muerte de Belga aún estaba demasiado fresco. Tan sólo el hermano Ishkari quiso seguir estúpidamente con los chistes, pero la risa se le heló cuando el grupo se acercó a la estatua. La fuente, ya seca, en la que se alzaba la estatua de Sansón estaba cubierta hasta arriba de restos de cadáveres humanos. Huesos que con el tiempo y el polvo se habían oscurecido, en los que aún quedaban jirones de ropa maltratada por la intemperie. Lúgubres calaveras que sonreían.

—¡Maldita sea! Cómo hay que odiar la vida para esto... —A Chamán le temblaban los labios.

Gleb había visto cadáveres de vez en cuando. En una ocasión había llegado a contemplar un esqueleto humano. Un año antes, un tío raro de la Moskovskaya se había emborrachado y se había dormido en un túnel de enlace no muy lejos de la estación. Lo habían encontrado al cabo de pocos días: tan sólo quedaban los huesos. Las ratas los habían dejado exquisitamente limpios.

Pero aquello... Qué podía suceder en la conciencia de los hombres para que se transformaran de un día para otro en...

—Bastardos...—dijo Martillo.

El muchacho se volvió hacia su maestro, que en aquel momento estaba a su lado.

- —¿Cómo es posible que unos seres humanos hayan hecho eso? ¿Por qué se han matado los unos a los otros? Aquí ha sucedido algo terrible.
- —El odio humano tiene muchas máscaras —respondió con su típica cantinela el hermano Ishkari en lugar del Stalker—. Eso que vemos ahí es tan sólo un ejemplo.
  - —Pero esto no está bien. No puede ser igual en todas partes.
- —¿Y cómo puedes estar tan seguro, Gleb? —respondió Martillo, e hizo un gesto de abatimiento con la cabeza—. Hace veinte años que este mundo no está bien.
- —No lo sé. Me gustaría creer que también hay alguna otra cosa. Algo bueno. Gente normal, una tierra sin contaminación... —El muchacho cerró los ojos, perdido en sus ensueños—. ¡Tengo que encontrar un lugar donde todo sea distinto!

El Stalker sonrió.

- —¿Y cuál es el problema? ¡Búscalo!
- —Pero ¿dónde? —Gleb miró a su maestro—. ¿Y cómo?

Entonces Martillo se puso muy serio.

—Eso no tiene ninguna importancia. Si te decides a hacer algo, tienes que dar el primer paso. Y no sentir ningún miedo por el segundo. El único error que podrías cometer es el de no hacer nada. Lo único importante es que tengas siempre los ojos puestos en tu meta... Olvídate de todo lo demás.

Las palabras del Stalker llegaron hasta lo más hondo del alma del muchacho. A menudo había imaginado en sueños cómo debían de haber sido las ciudades antes de la catástrofe. En ese momento tenía muy claro lo que deseaba por encima de todo. Mientras le quedaran fuerzas, buscaría un lugar en la Tierra que estuviera intacto. Aunque sólo fuera por el recuerdo de sus padres, que siempre habían soñado en ello, y que le habían contado con voz trémula las cosas más sorprendentes de aquel mundo perdido.

Gleb miró directamente a los ojos a Martillo.

- —Gracias.
- —¿Por qué? —le preguntó el maestro, no sin ironía.
- —Por haberme elegido.
- —Bueno, poco a poco lo vas entendiendo —observó el Stalker, y se volvió hacia Cóndor—. Sería demasiado peligroso quedarse aquí. Tenemos que seguir adelante.

Cóndor asintió con la cabeza.

—¡Venga, muchachos, que hacéis ahí parados! ¿Es que no habíais visto huesos en toda vuestra vida? ¡Vamos!

Volvieron otra vez a las marchas forzadas. El grupo, guiado por Martillo, se alejó de la cascada. Se abrieron paso por la jungla de la orilla, donde, de vez en cuando, tuvieron que esquivar lugares en los que la radiación era más fuerte.

—Esto es la calle de Abajo. —Por el camino, Martillo le enseñó el plano a Cóndor—. Vamos a pasar primero por la depuradora de aguas y luego seguiremos por la carretera de Oranienbaum. Aquí es donde giraremos en dirección a la orilla. Una vez allí, tendremos que recorrer tan sólo otros quinientos metros hasta Raskat.<sup>[12]</sup>

Una vez más, una palabra desconocida. Gleb tomaba nota mental. Era

evidente que la jornada de viaje estaba a punto de terminar. Al pensar en la posibilidad de un descanso, Gleb se dio cuenta de que aquel día lo había dejado exhausto. El muchacho siguió adelante con un único deseo: que nadie más se interpusiera en su camino.

Al parecer, el mundo hostil de la superficie se había decidido a conceder una pausa a sus huéspedes no invitados. La cuadrilla recorrió sin más problemas la ruta que se habían propuesto. Entre las copas de los árboles nudosos divisaron la punta de una torre de hierro muy alta. Cuanto más se acercaban a la orilla, más grandes e imponentes parecían las columnas de color gris rojizo. En lo más alto, la torre tenía un remate cilíndrico con ventanas desde las que se podía mirar en todas direcciones. En el revestimiento de acero de sus fundamentos quedaban a la vista unos surcos profundos y paralelos..., como la firma de un desconocido depredador.

- —¿Qué es esa torre? —le preguntó Okun al guía.
- —Es Raskat, la central desde donde se dirigía el tráfico marítimo.

Si queda alguna instalación de radio desde la que podamos retransmitir, estará ahí. Merece la pena intentarlo por lo menos una vez.

- —¿Con eso quieres decir que…?
- —Con eso quiero decir —lo interrumpió Martillo, al tiempo que le lanzaba a Gleb una rápida mirada— que puede ser que allí obtengamos algunas respuestas.

## RASKAT

La esperanza es un sentimiento extraño. Lo contrario del sano entendimiento. Nos insufla nuevas fuerzas, pero a veces también nos impide ver el mundo de manera objetiva. Recurrimos a ella para justificar actuaciones irreflexivas y la rechazamos cuando puede interferir en una decisión seria. A veces, una estimación objetiva nos dirá cuán ilusoria puede ser una determinada perspectiva, y, sin embargo, no por eso renunciamos a la esperanza. Puede darse el caso de que abandonemos la esperanza que habíamos depositado en algo y capitulemos, tan sólo para recaer en los mismos anhelos un momento después. ¿Y cómo es que la pérdida de la esperanza conduce a algunos hasta la desesperación y para otros es tan sólo el camino del conocimiento? ¿El cumplimiento de nuestros deseos depende de la intensidad de nuestras esperanzas? Son muchas preguntas. Cada uno las responde a partir de su propia experiencia. Pero hay algo que es seguro: la esperanza es un sentimiento extraño.

Gleb acompañó a su maestro en el registro del edificio de dos pisos que se hallaba al lado de la torre. Pensaba en lo realista que podía ser la esperanza de recibir desde allí las señales de las personas presuntamente atrapadas en Kronstadt. ¿Cuál era el motivo por el que Éxodo confiaba tan ciegamente en la ayuda de una ciudad mítica que no había sufrido daños? ¿Y qué buscaba la Alianza Primorski? ¿Por qué los había mandado a tan peligrosa expedición?

En una habitación contigua se oyó ruido de muebles y una contenida maldición de Ksiva.

—Aquí no hay nada interesante.

- —¡Está todo vacío!
- —¡No hay nada! —informaron los luchadores desde los distintos extremos del edificio.

Finalmente se reunieron en el pasillo que conectaba el segundo piso del edificio con la torre. Al final del corredor encontraron una puerta de hierro con un ojo de cerradura apenas visible en el centro.

- —¿Alguno de vosotros ha tenido alguna idea? —les preguntó Cóndor.
- —¿Por qué charlamos tanto? —gruñó Gennadi, y le dio una patada a la puerta con todas sus fuerzas.

El eco resonó de un extremo a otro del pasillo, pero la hoja se mostró tenaz.

—No quieras ir tan de prisa, Humo. La descerrajaremos y...

Pero el mutante había dejado de escuchar. Herido en su amor propio, clavó los ojos en la puerta, retrocedió, tomó carrerilla brevemente y, con el hombro por delante, arrojó sus doscientos kilos de peso contra la puerta de hierro. La construcción no soportó el golpe y se desplomó hacia dentro junto con todo el marco. Se elevó una nube de polvo blanquecino y trozos de la pared de hormigón salieron volando por el aire.

—Si no hubieras actuado de esa manera tan violenta habríamos podido hacerlo mejor. No tienes sentido de la estética... —Cóndor pasó por encima del bruto tendido en el suelo y contempló el interior de la torre—. Farid, saca los garfios. Esto va a ser como una excursión por la montaña.

También Gleb miraba con curiosidad. En otro tiempo allí debió de haber una escalera, pero, en cualquier caso, ésta ya no existía. Tan sólo habían quedado restos de granito y rejas oxidadas acumulados en el fondo. No era impensable que alguien se hubiera esforzado por impedir que huéspedes no deseados llegaran al piso superior de la torre.

Entretanto, Farid había desenrrollado una cuerda delgada con garfios en la punta. Luego sacó de la mochila un complicado aparato que recordaba a una ballesta. El mecanismo en tensión emitió un seco chasquido y el garfio de escalada salió disparado hacia una abertura en el techo. Farid tiró varias veces de la cuerda, le sujetó un puño bloqueador de aluminio y trepó hacia arriba.

—Okun, Ksiva, vosotros volveréis al edificio y vigilaréis los alrededores. Tú nos ayudarás, Humo. —Martillo se colgó el Pecheneg a la espalda y siguió al tayiko.

Gracias a su eficiente equipo de escalada, no les costó llegar hasta arriba. Nada más recobrar el aliento, Gleb miró en derredor. Un musgo blanquecino recubría por todas partes la espaciosa área circular. Como una gruesa alfombra, crecía en el suelo, subía por las paredes, hacía bolitas sobre las mesas y se había depositado cual masa impenetrable sobre el tablero de controles. Las ventanas de la sala circular habían sido meticulosamente cegadas con todo tipo de materiales: mesas, tablones de anuncios y linóleo que alguien había arrancado del suelo. Junto a una pequeña escalera que conducía a una estrecha plataforma de vigilancia exterior había un solitario rifle de cazador. Un cadáver reseco y momificado colgaba del techo al extremo de un largo cable eléctrico. Era obvio que el desconocido que en otro tiempo había vivido allí había decidido, un bonito día, poner fin a su vida. Debía de haber... perdido la esperanza.

- —Martillo, ¿esa cosa tiene algún peligro? —quiso saber Nata, y señaló el musgo aterciopelado.
- —Salvo en el mundo de los muertos, hay que actuar con todo como si de un amante se tratara, querida mía. Cuando uno no está seguro, lo mejor es anticiparse a lo que pueda ocurrir. Cuando no se conoce bien a alguien, lo mejor es no precipitarse.

La mujer se partió de risa, pero no tocó el musgo. Entretanto, Chamán se afanaba de un lado a otro de la sala en busca de una instalación de radio que estuviera intacta. Sus ojos centelleaban.

—Este musgo está por todas partes —se quejaba—. ¡Lo ha pringado todo! Esto es como un invernadero.

El Stalker de cabellos grises agarró un trozo de escobillón y empezó a pasarlo por los estantes. De esa manera eliminó varias capas blanquecinas adheridas a las cajas. No paraba de encontrar nuevos artefactos, cajas de plástico con enigmáticos botones e interruptores, cartas de navegación laminadas y libros de contabilidad medio podridos.

Gleb contempló a Chamán mientras el otro registraba la sala, y luego la atravesó él mismo. Entretanto, los exhaustos Stalkers se habían quitado las máscaras de gas para dar un respiro a sus rostros sudorosos. El gigantesco Humo estaba en cuclillas junto a la pared y examinaba su fusil ametrallador. El muchacho se fijó en un aparato muy interesante: un marco de hierro, dos ruedas con un gran número de radios muy finos, y un cable. Junto a ese aparato había

un bloque acumulador. El muchacho reconoció en seguida el aparato, porque tenían uno parecido en la sala de generadores de la Moskovskaya. Invariablemente, cuando los gasóleos cortaban la electricidad, se encendía en la sala de generadores una lámpara que recibía la corriente de un artefacto semejante. Karpat y él mismo habían trabajado horas y horas a la luz de aquella lámpara para darle nueva vida al generador dañado por el paso del tiempo.

—¡Anda, es una dinamo! ¡De una bicicleta! ¡Vaya una cosa! —exclamó Chamán con entusiasmo—. ¡Nuestro suicida no lo tenía mal montado! Si hago unos pocos arreglos con los electrólitos, tal vez pueda…

Gleb no entendió ni una palabra de lo que murmuró a continuación el viejo mecánico.

- —Oye, ¿ése es gasóleo? —le preguntó a Nata.
- —No, Gleb. —Nata le sonrió—. Pero su mundo es la mecánica. Cuando se tratan cuestiones técnicas, se siente como un pez dentro del agua. Gentes como él valen su peso en oro para la Alianza. A veces construye aparatos nuevos y nadie entiende cómo se le han podido ocurrir.

Farid había despejado un área pequeña en el centro de la sala para montar el campamento nocturno. Un cazo de hojalata con agua hirviendo humeaba sobre el inestable hornillo... Nata preparaba té. Algo más tarde, Ksiva y Okun volvieron de su expedición de reconocimiento. Cóndor llegó a la conclusión de que allí arriba no los amenazaba ningún peligro y se decidió por no organizar ninguna guardia nocturna.

Descolgaron los restos mortales del anterior habitante de la torre y los arrojaron al vacío desde el balcón. Aquello fue brutal, desde luego, pero en su situación no podían hacer otra cosa. No podían ponerse sentimentales. Al fin y al cabo, no se hallaban en el metro.

Mientras los luchadores se organizaban en la sala, Chamán les asignó algunos encargos. En primer lugar necesitaba una antena, y Farid, con la ayuda de Humo, trepó hasta lo más alto de la torre para sujetar allí un cable. Luego le tocó el turno al sectario. Chamán llevó al hermano Ishkari casi a patadas hasta la bicicleta para que cargase el acumulador. El pobre diablo soportó la fatiga de tan importante misión con estoica serenidad y pedaleó con denuedo hasta que el mecánico se apiadó de él.

Los viajeros se sentaron en círculo en torno a la hoguera. Charlaron durante

largo rato sin decir nada en concreto, mientras que Chamán, sin prestar atención al alegre corro, seguía trabajando sin descanso con los restos de los aparatos.

Gleb se había sentado junto a Martillo y había extendido sus piernas fatigadas. Atento a las fábulas que contaban los Stalkers, casi había olvidado su lata de carne humeante. Pero después de que su maestro le lanzase una expresiva mirada se apresuró a tomar la cuchara, aunque no dejara de escuchar la conversación.

- —Y entonces está esa otra historia... —Por supuesto era Ksiva, quien, como de costumbre, tenía que exhibir sus artes oratorias—. Aquella vez iba de camino con Sergey Domkrat, porque habíamos salido a procurarnos revistas.
  - —¿Revistas?
- —Sí, claro, revistas. Las muchachas que estaban con nosotros podían contarse con los dedos... —Okun estalló en carcajadas al mismo tiempo que servía el té. Nata hizo una mueca de asco, pero se guardó el comentario mordaz que había llegado a tener en la punta de la lengua—. Revolvimos el almacén de una librería, llenamos las mochilas hasta arriba y regresamos. Poco antes de llegar a la entrada del metro vimos en el cruce a un tío que llevaba puesta una túnica de penitente. Estaba en medio de la calle, inmóvil como una columna. Era imposible, totalmente imposible, ver el rostro oculto bajo la capucha. Lo llamamos: «Hermano, ¿de qué estación eres?» ¡Y él permanecía callado como un muerto! ¿Qué podíamos hacer? Lo dejamos allí. Ya casi habíamos llegado al metro. Yo iba el último. De pronto sentí una gran angustia y me di la vuelta. ¡Y vi cómo ese tío raro se subía de un salto hasta el tejado de uno de los edificios!
  - —¡Cuéntale ese cuento a otro!
- —¡Juro que es cierto! —Ksiva se inclinaba y gesticulaba como loco—. ¡Se puso en cuclillas tan sólo un momento y luego pegó el salto! ¡Pasó sobre el alero del tejado y luego desapareció!
  - —Todo eso son cuentos chinos...
- —¡Que me mate la radiación si miento! ¡Pregúntale a Martillo! Oye, Stalker, seguro que tú has visto alguna vez a un personaje como ése.

Martillo pareció pensativo y luego respondió:

—Nunca he visto a ninguno.

Okun sonrió con sorna. Nata arrugó las cejas y asintió con la cabeza, como queriendo decir: «No pasa nada, muchacho, puedes inventarte lo que quieras».

Pero a Ksiva no le gustó. La actitud de sus compañeros lo mortificaba.

—¡Vosotros no tenéis ni idea! Tuve tanto miedo que estuve a punto de ensuciarme los pantalones. Aunque el metro estuviera muy cerca y aquel tío no quisiera nada de nosotros. —Parecía que Ksiva mirara a través de sus compañeros de conversación. Su mirada era la de un hombre abatido y, a la vez, confuso—. Estaba allí y de pronto pegó el salto. Fue de locura.

Los luchadores no decían nada y contemplaban la pequeña llama del hornillo.

—Martillo, ¿tú has sentido miedo alguna vez? —preguntó repentinamente Nata.

Por un momento habían llegado a pensar que el Stalker dormía. Pero no era así. se movió, levantó la cabeza y miró a la muchacha, cansado y, a la vez... tenso.

- —Sí, he sentido miedo. Con esta vida que vivimos, habría que ser idiota para no sentirlo nunca.
  - —¿Y en qué momentos lo has sentido?

Gleb estaba inmóvil y escuchaba todas y cada una de sus palabras. El maestro callaba, con la mirada fija en un punto. Sus dedos temblaban, delataban su nerviosismo. El muchacho estaba seguro de que el Stalker iba a mandar al diablo a la joven. Pero, para sorpresa de Gleb, Martillo empezó a contar una triste historia.

—Esto sucedió el año en el que terminé mi período de servicio. Regresé a Piter. Los amigos y conocidos me invitaban a menudo. Para ellos era un honor tener como colega a un soldado profesional, y todavía más si había servido en zona de guerra. Estábamos siempre de fiesta. Me gasté en seguida el dinero que había ganado en cinco años. Tuve que buscar trabajo, pero ¿qué podía hacer un hombre sin experiencia laboral? Al final me aceptaron como guardia de seguridad en un hospital. Por un sueldo de hambre que a duras penas me alcanzaba para el alquiler del piso.

»Entonces el jefe médico me asignó una tarea suplementaria: tenía que encargarme de arreglar el refugio antibombardeos que tenían en el sótano. Así que me encargué de renovarlo. Al principio el trabajo se me hacía extraño, pero no tardé en acostumbrarme. Aprendí a limpiar, a pintar, a trabajar la madera. El refugio me quedó muy bien y le dieron su aprobación. El jefe médico quedó tan

contento que me autorizó a vivir en él hasta que pudiese ahorrar dinero suficiente. Más tarde cerraron el hospital entero, también por renovación. Y yo me quedé a trabajar allí como una especie de guardia.

El Stalker se interrumpió unos instantes, echó un trago de su cantimplora y suspiró.

—En aquel tiempo tenía novia. Era guapa... como tú, Nata.

Aquel día teníamos planeado ir hasta el centro y pasearnos por la Nevski. Yo la esperaba en la Moskovskaya. El sol brillaba, los pájaros trinaban. Un día soberbio. Entonces, de repente, aullaron las sirenas. Seguro que habéis visto los megáfonos en los tejados. Se activaron todos a la vez. Las gentes se detuvieron y se miraron entre sí. Los muchachos hacían bromas y se reían entre dientes. Pero las sirenas no dejaron de aullar. Había abuelitas que gritaban y se dirigían a los pasos subterráneos, y entonces, de pronto, todo el mundo empezó a ponerse nervioso. Primero fueron individuos aislados, y luego eran grupos los que empezaron a entrar en el metro.

Un coche de la policía de tráfico frenó a la entrada del metro y los polis que iban dentro saltaron a la calle y entraron corriendo por la bocana. Y entonces el resto de la gente pareció despertar de pronto. Hubo un griterío y todo el mundo echó a correr hacia el metro.

»Saqué al instante el teléfono móvil. En aquel tiempo todo el mundo llevaba teléfonos móviles. Saqué, pues, el teléfono móvil para llamar a Oxana. Mientras esperaba a que me respondiera, vi que la gente acudía de todos lados para refugiarse en los pasos subterráneos. Los que iban en coche tuvieron que frenar bruscamente, porque, en un instante, la calzada se había llenado de gente. Un autobús se desvió hacia un lado y se estrelló violentamente contra una floristería. Las dos vendedoras murieron en el acto. Se oían gritos y chillidos por todas partes. Todos corrían, se rompían las piernas en los escalones. El tumulto que había en los pasos subterráneos era demencial. Los críos chillaban y lloraban. Todo el mundo se había vuelto loco. Se empujaban, se golpeaban, se pegaban, a veces incluso con botellas. Todo el mundo quería salvar la vida. Un hombre agarró a una muchacha que había quedado atrapada entre el gentío. Estaba inconsciente. Yo pensé, «excelente, bien hecho, ha ido a salvarla». Pero el muy cabrón la arrojó sobre la hierba y empezó a desnudarla. Entonces no pude más.

Sólo recuerdo que lo golpeé en la mandíbula hasta que la mano me dolió.

»Entonces vi a Oxana. La pobre cojeaba porque se le había roto un tacón. Estaba totalmente fuera de sí, con los ojos desorbitados. Al verme, se alegró visiblemente y me hizo señas. Al instante, la multitud la engulló y la arrastró sobre el asfalto. Se la llevó consigo. La pisoteó...

»No sé cómo pude abrirme paso hasta ella. Había cadáveres por todas partes. Los heridos sollozaban. El suelo había quedado cubierto de sangre y estaba resbaladizo. Y todo había sucedido en unos pocos minutos. Mi chica estaba en el suelo con los ojos muy abiertos y miraba hacia el firmamento. Había muerto.

»La arrastré fuera del caos, pero las piernas dejaron de sostenerme. Me dejé caer sobre el asfalto, en el mismo lugar donde me encontraba. No recuerdo durante cuánto tiempo estuve sentado allí.

No podía hacer otra cosa que quedarme sentado allí y mirarla. Se veía tan indefensa... tan frágil... Todavía puedo ver su rostro desconcertado. Me quedé con la sensación de haber estado allí durante una eternidad. En realidad fueron cinco minutos, ni uno más.

»Se oían gritos en los pasos subterráneos: "¡Han cerrado las puertas! ¡Ya no se puede entrar en el metro!".

»Hubo una explosión en la lejanía. La luz fue tan intensa que los que miraban en aquella dirección tuvieron que cubrirse el rostro con las manos. Se frotaban los ojos y doblaban el cuerpo. Me sentí tan mal que olvidé al mundo entero. A toda la gente, incluso a mi amada...

»Mientras corría hacia el hospital se produjeron más explosiones. Pero, gracias a Dios, siempre en la lejanía. Mientras estaba de camino no paraba de encontrarme con otras personas. Todas ellas corrían hacia el metro. Una mujer prácticamente arrastraba a sus dos niños detrás de sí. Los pobrecitos ya no podían seguirle el paso. Tropezaban sin cesar y lloraban.

»No me detuve. No se me ocurrió que tal vez habría podido salvarlos. El miedo me había hecho perder la razón. Mientras pude, no dejé de correr. Quería salvar mi propia piel. En el mismo momento en que trataba de abrir el cerrojo del refugio, empecé a oír nuevas explosiones a mi espalda. Primero fueron débiles. Lejanas. Luego, cada vez más fuertes. Las manos me temblaban tanto que en un primer momento no logré meter la llave en la cerradura. Luego, por fin, entré en el refugio, cerré la puerta hermética, y entonces me dejé ir. En lo alto se oía un estruendo indescriptible, todo temblaba, el revestimiento de las

paredes se desprendía. Y yo me había echado en el suelo y daba gritos; había perdido todo control sobre mí mismo...

Martillo enmudeció y tomó otro trago. Todos callaban. Nata estaba pálida y era incapaz de seguir con la conversación. Gleb, conmovido, miraba a su maestro con los ojos como platos. Era la primera vez que Martillo hablaba de manera tan prolongada.

- —Yo sólo tenía dos años —dijo Cóndor para poner fin al silencio—. No me acuerdo de nada. Siempre le preguntaba a mi viejo por aquel día. Una idiotez por mi parte.
- —Esas pruebas nos fueron enviadas desde lo alto —dijo tímidamente Ishkari
  —. Tan sólo los que son constantes en su espíritu alcanzarán la salvación.
  Tenemos que creer en...
  - —¡Cállate! —le gritaron varias voces a la vez.

Silenciosos y atormentados, los luchadores contemplaban la hoguera. La conversación había llegado, en cierta medida espontáneamente, a su fin.

De pronto se oyó un murmullo en los altavoces polvorientos que Chamán había instalado sobre un montón de cajas. Los Stalkers se volvieron hacia allí. El mecánico, cubierto de polvo grisáceo e inmóvil como una estatua, se erguía entre los aparatos ya montados y atornillados, enredado en una maraña de cables.

—¿Qué me dices, Kulibin?<sup>[13]</sup> ¿Hay vida en Marte?

Chamán no reaccionó. Sin embargo, el murmullo que se oía en los altavoces era cada vez más fuerte. Entonces, el murmullo se interrumpió y en el atronador silencio se oyó con nitidez:

—¡... arriba, hasta ocultar el cielo!

Entonces el receptor empezó una vez más con los crujidos y murmullos.

—¡Espera! ¡Hazla girar en dirección opuesta! ¡Dale más volumen! — gritaron todos los luchadores a la vez, y acudieron a su lado.

Chamán tenía la mirada fija en el tablero de controles y sujetaba con dedos sudorosos la ruedecita de selección de canales. Tenía el rostro perlado de gruesas gotas de sudor. Sus ojos seguían atentamente los indicadores por el cuadrante.

- —¡Hazlo de una vez, Chamán! ¡Hazlo! —Nata bailoteaba con impaciencia a la espalda del mecánico.
  - —Venga, tío, hazla girar en la dirección opuesta —exclamó Ksiva.
  - —¡Callaos! ¡Dejad de gritar, maldita sea! —bramó Chamán. Al instante, los

luchadores callaron, y el mecánico se inclinó una vez más sobre los aparatos.

Poco a poco, una voz se abrió paso entre el ruido de fondo. Gleb escuchó extasiado el ronco murmullo, pero por mucho que se esforzara no entendía ni una sola palabra. Chamán seguía manipulando los aparatos. La voz monótona que se oía a duras penas en el altavoz parecía de una persona segura de sí misma. Pero ¿qué era exactamente lo que…?

Entonces, un golpe violento sacudió el techo de la sala de control, y luego otro. El desagradable crujido del metal les chirrió en los oídos. El edificio entero retembló. Se oyó en lo alto un grito sordo y prolongado.

—¡Apagad las linternas! ¡Y también el hornillo!

Los viajeros se quedaron inmóviles y escucharon mientras el desconocido animal se debatía en lo alto y tanteaba con unas garras gigantescas el tejado de la sala de control. Arrancó estrepitosamente una de las ventanas. Una garra arqueada de metro y medio de longitud apareció en el marco vacío.

—Ya la tenemos liada. —Ksiva se guareció bajo el tablero de controles.

Farid le susurraba plegarias a Alá. Cóndor se afanaba por volver a tender la cuerda hasta el piso inferior. Martillo se había tumbado de espaldas y apuntaba al techo con la boca de su fusil de asalto. Humo mordía nerviosamente el cigarrillo mal liado que aún no había encendido.

El muchacho estaba tumbado en el suelo, medio muerto de miedo, y contemplaba el techo con pavor, mientras empezaban a abrirse imponentes hendiduras. Si hubiera conocido las plegarias de Farid, habría rezado con él. Sentía estremecimientos por todo el cuerpo. Ni siquiera la cercanía de su maestro lo aliviaba.

Se oyó un golpe tremendo, y entonces la torre empezó a moverse y se oyó el aleteo de unas alas gigantescas. El monstruo se había marchado volando. Paralizados por el terror, los Stalkers aguardaron algún tiempo en absoluta quietud, hasta que se oyó la voz malhumorada de Chamán.

- —¡Ese cabrón…! ¡Ese barrigudo con plumas ha arrancado la antena!
- El Stalker corrió hacia el receptor e hizo girar las manivelas, tocó varios aparatos por dentro... pero fue en vano. Los altavoces crepitaron, pero no logró recuperar la enigmática voz.
  - —Vamos. —Martillo recogió la mochila del suelo.
  - -¿Te has vuelto loco? -Ksiva se levantó del suelo, dubitativo-. Está

anocheciendo, ¿adónde quieres que vayamos?

—Tiene razón. Tenemos que salir de aquí. —Cóndor, que aún sostenía la cuerda con la mano, se quedó escuchando—. ¿No sientes la vibración?

Como para reforzar sus palabras, más abajo se oyó un estrépito que no presagiaba nada bueno. La torre se tambaleaba. El estrépito se volvió más fuerte.

—Está a punto de caerse —dijo Humo en voz baja. El mutante de piel verde palideció y su color se volvió como el de una hoja de col en escabeche.

Los luchadores bajaron precipitadamente hasta el piso inferior. Al hermano Ishkari le aleteaban los bajos del abrigo durante el descenso. Cóndor se disponía a seguirlo cuando de pronto se fijó en Chamán. El mecánico hacía gestos de desesperación con la cabeza y se afanaba con los cables.

- —¡Chamán! ¡Baja en seguida! ¡Esto se hunde!
- —No, no... —murmuraba Chamán—. Tengo que localizar dónde estaba ese canal... para que luego podamos captar sus señales...

Cóndor agarró al mecánico y lo arrastró hasta la abertura. Con la ayuda de Martillo obligó al Stalker a bajar hasta el fondo, pese a todos sus forcejeos. Mientras los últimos miembros del grupo saltaban al piso de abajo, la construcción se tambaleó de manera agónica. Al cabo de un instante, la torre de hierro se ladeó y cayó con un estruendo terrorífico, y toneladas de mugre acumulada se transformaron en polvareda.

Cóndor contempló durante largo rato los resultados del pequeño apocalipsis. Luego escupió al suelo y gritó una maldición.

—¡Poneos las máscaras y comprobad el estado de vuestras armas! ¡Vamos! ¡En marcha!

La esperanza es como un reflejo en el agua. Primero está allí y luego desaparece bajo las ondas de acontecimientos posteriores que agitan la superficie. Pero aunque se desvanezca en un instante, siempre deja tras de sí un aroma apenas perceptible, se consume en algún rincón escondido en lo más hondo de la consciencia, y al cabo de un tiempo su forma inconstante aparece de nuevo en la apacible superficie de nuestras inquietudes nocturnas. En esos instantes nos acomete la maravillosa sensación de recuperar lo que se perdió hace mucho tiempo. Lo que podríamos perder en cualquier instante. Y lo mismo nos ocurre una y otra vez.

Gleb contempló las ruinas del Raskat. Pensó tristemente en el receptor

destrozado, pero su corazón temblaba de alegría al pensar en lo que habían descubierto: «No estamos solos».

La esperanza es un sentimiento extraño.

# SIETE NO ESPERAN POR UNO

La naturaleza había necesitado varias décadas para recobrar el territorio del que anteriormente se había adueñado el hombre. Al hombre, en cambio, le habían bastado unas pocas horas para destruir los logros y éxitos de varios milenios. En un breve instante todo desapareció por culpa del más peligroso de los pecados que aquejan al alma humana: la codicia. Ésta fue la causa de que a lo largo de los siglos las ciudades ardiesen y las civilizaciones se derrumbaran. El hombre no se detuvo nunca por ello. Alimentó, cultivó y preservó metódicamente su mayor pecado. Ni quería confesar su culpa ni era capaz de compartir nada con nadie. Pero sí había aprendido a sentir envidia. La codicia cegó al hombre en aquel día memorable.

La codicia restará para siempre junto al cadáver mordisqueado de la humanidad mientras quede vida en los últimos túneles de metro.

La fatigada luz del cielo que desapareció tras el horizonte entregó las regiones costeras del golfo a las criaturas de la noche. Los gritos de depredadores hambrientos surcaban el aire frío. Su sencilla y monótona vida había abandonado su ritmo habitual por culpa de los extraños que habían emergido del bosque. Olían de manera extraña, se movían —todavía era más extraño— sobre dos miembros y cazaban con absoluta desvergüenza en territorios que ya habían sido repartidos hacía tiempo. En una palabra: forasteros.

Diez figuras cautelosas avanzaban por la selva ocultas en la penumbra. Al final de la hilera iba un individuo que se distinguía visiblemente de los demás

por su llamativa estatura. Cada cierto tiempo se detenía, miraba en torno a sí y recorría con la boca de su pesado fusil ametrallador la espesura que crecía al borde del camino.

- —No tengo ni idea de qué puede ser… —Humo hizo una mueca—. Huele a podrido.
  - —Eso está claro —corroboró Ksiva—. Como si alguien hubiera muerto.

Era cierto: el olor a podredumbre penetraba cada vez con mayor fuerza por sus filtros de respiración. Gleb arrugó la frente y trató de reducir a la mitad la frecuencia con la que tomaba aire..., pero fue en vano. El repugnante olor le daba arcadas.

—Vuelve a consultar el plano, jefe. ¿Qué nos espera más adelante? — Chamán estaba tenso y miraba al frente.

Cóndor desplegó el plano de bolsillo.

- —El parque Sergiyevka. Y aquí tenemos una anotación a mano: IIB...
- —Instituto de Investigación Biológica. —Martillo no prestaba atención al hedor y caminaba animadamente sobre la estrecha franja de asfalto—. Dentro de poco tendremos que tomar un sendero, y a la izquierda, sobre una elevación, veremos los edificios del instituto.
- —Sí, eso es lo que dice el plano. —Ksiva miraba de un lado para otro con nerviosismo—. Quién sabe lo que encontraremos después de tantos años…

El luchador calló a media frase. El bosque terminaba de pronto y entonces apareció ante sus ojos un sorprendente paisaje. Un camino ancho, sin asfaltar, atravesaba el que ellos seguían: por la derecha continuaba hasta la orilla del golfo de Finlandia, a la izquierda ascendía hasta el esqueleto de un antiguo edificio. A lo largo de su breve viaje, Gleb había visto en muchas ocasiones ruinas semejantes, pero no fue el edificio lo que llamó la atención de los viajeros. De un extremo a otro, el sendero rebosaba de unas plantas extrañas: tallos de un color amarillo grisáceo, de un palmo de alto, rematados por unas pequeñas caperuzas de las que rezumaba un moco de color marrón. Cubrían toda la superficie de uno a otro margen del camino. Gleb llegó a creer por un instante que aquellas asquerosas criaturas se movían levemente.

- —Falos perrunos, no cabe duda. —La joven se agachó frente a ellos y contempló de cerca un espécimen de la insólita criatura que habían descubierto.
  - —¿Un falo qué?

- —Es un tipo de seta. Pero no se puede comer. Son iguales que en el libro. Pero un poco más grandes.
- —¿Son setas? —Ksiva se agachó a su lado—. No tenía ni idea de que fueras tan experta...
- —Cierra el pico. ¿Y yo qué le voy a hacer si mi familia tenía un solo libro? Una enciclopedia botánica. —Nata siguió examinando las feas y apestosas criaturas que se habían extendido por todo el claro.
- —¿No serán alucinógenas? ¿Y si nos llevamos un par de kilos para los colillas?
  - —¡Serías capaz de venderte el alma, Okun! —Farid le sonrió.
- —Depende de lo que me dieran a cambio... —Okun le guiñó un ojo a su amigo—. Entonces, el hedor procede de esta seta.
- —Lo emplean para reproducirse. —Nata empujó con el pie el espécimen más cercano—. Ese olor atrae a las moscas y son ellas las que transportan las esporas.
  - —Qué criaturas más repugnantes. —Ksiva hizo una mueca Entretanto, Martillo también se había acercado y miraba de cerca las setas.
- —Si sólo atraen a las moscas, no pasa nada. Pero tengo la sensación de que...

Como para confirmar sus sospechas, un leve aroma se extendió por el claro cubierto de setas, y entonces se oyó un zumbido cada vez más fuerte y molesto. El aire que poco a poco se iluminaba con la primera luz del alba se enturbió con decenas de millares de diminutos insectos.

—Diablos de los pantanos —gimió desesperado el guía.

Los luchadores lanzaron una mirada interrogante al Stalker. Éste retrocedió poco a poco, sin perder de vista a la bandada de moscas cada vez más densa que revoloteaba sobre el claro. Gleb fue el primero en reaccionar. Saltó al camino, arrastró tras de sí a su maestro y corrió hacia el margen contrario, donde volvía a empezar el bosque. Los demás los siguieron.

—¡Esto cada vez me parece menos divertido! —murmuró Gennadi mientras corrían—. ¡¿Es un déjà vu, o es verdad que volvemos a correr?! ¡Esto no es ninguna marcha! ¡Es una verdadera maratón! Los luchadores llegaron al otro lado del claro, y fue entonces cuando se dieron cuenta de que faltaba alguien. Al darse la vuelta, vieron al sectario. Ishkari no los había seguido. Sufría un ligero

temblor y miraba como fascinado a la peligrosa bandada de moscas.

—¡Qué haces ahí parado, idiota! ¡Ven corriendo! ¡De prisa!

El hermano Ishkari no reaccionaba. No apartaba los ojos del libro de oraciones, que, a saber cómo, había vuelto a sus manos.

Martillo estaba a punto de correr hacia él, pero entonces, a su espalda, se oyó un fuerte grito de advertencia.

—¡No des ni un paso más!

La mano de Cóndor se había posado sobre su hombro.

- —¡Me da igual, de todos modos ya me han picado!
- —¡Eso no tiene nada que ver! Ahí las hay a millones. ¡A ti te han chupado un cero coma casi nada de sangre! —El luchador sujetó a Martillo con ambos brazos—. Eres demasiado importante para esta expedición como para que corras riesgos por ese… por ese imbécil.

En el claro, mientras tanto, había sucedido algo extraño. Ishkari se había quitado la máscara de gas, había juntado humildemente ambas manos y se había puesto a rezar con fervor. La voz del sectario era cada vez más fuerte y segura.

—¡Alabado sea Éxodo! ¡Alabada sea Tu virtud! ¡Que el hijo nacido de Tus entrañas no tema a la maldad terrena! ¡Que las plagas y privaciones no recaigan sobre Tu siervo, porque creo en Ti, Éxodo! ¡Creo en la Redención! ¡Verdadera es la fe del doliente!

El sectario siguió rezando y, por increíble que pudiera parecer, las moscas no se le acercaban. El estupefacto Gleb vio que Ishkari avanzaba sin turbación alguna hacia el interior de la nube de insectos. Una especie de halo había creado un espacio protegido en torno a él, y, por algún motivo incomprensible, los peligrosos insectos no podían superar aquella barrera. Ante las miradas de los atónitos Stalkers, el sectario cruzó el último trecho de sendero y se reunió con el resto de la cuadrilla. De repente, la nube de moscas se detuvo, como si no se atrevieran a alejarse de las setas. Ishkari se guardó el libro de oraciones, como si todo aquello no hubiera tenido ninguna importancia, e, infatigable, siguió murmurando palabras de gratitud para con el Éxodo que veneraba.

—Ya está... Vuelve a ponerte la máscara. —Cóndor se echó a andar de nuevo, como a desgana. Miraba con recelo a Ishkari—. ¿Y vosotros qué hacéis ahí? A caminar.

Durante aquella breve expedición —tan sólo unos días—, Gleb había llegado

a odiar las marchas a pie. Parecía que Martillo sintiera un placer perverso en aprovechar cualquier oportunidad para dar prisa a los demás. El muchacho entendía por qué: cuanto más rápido avanzara el grupo, más difícil le sería a la fauna local cercar a los extraños visitantes y atacarlos. Por lo demás, los trajes de protección contra la radiactividad no daban para unas largas vacaciones en la superficie. Por ello, los luchadores caminaban a toda marcha tras las huellas de su guía, rodeaban los restos destrozados de los coches y saltaban sobre postes eléctricos que habían caído al suelo.

Pasaron frente a una gasolinera. Sobre el tejado herrumbroso aún se leía, escrito en letras desiguales, salvadme. Gleb quiso detenerse, pero Martillo le ordenó que no lo hiciera.

—Aquí ya no queda nadie a quien podamos salvar. Han pasado veinte años.

En ese mismo instante apareció un lobo entre los arbustos de enfrente de la gasolinera. El encuentro con los mortales fue totalmente inesperado para el animal. Okun se disponía a acribillarlo con el fusil de asalto, pero Humo se lo impidió.

- —No es necesario. Es un animal normal. Bueno, quizá un poco más grande.
- —Pero podríamos llevarnos su piel. Seguro que nos pagarían mucho por ella.
- —Puede ser. Ya quedan pocos de ésos. De los normales. Mejor que te guardes los cartuchos para los mutantes.
  - —¿Para ti, tío verde? —Ksiva no había podido reprimir el comentario.

Los luchadores se echaron a reír. Humo le mostró su gigantesco puño al graciosillo. El lobo tenía el vientre pegado al suelo y, con el cuerpo tenso, seguía a los viajeros con la mirada. Momentos después, se incorporó y se adentró de nuevo en el bosque.

Entretanto, habían llegado a unos parajes muy distintos. En vez de los habituales árboles contaminados de copa verde y deslucida, encontraban con frecuencia cada vez mayor simples troncos carbonizados. Aún se distinguían en el suelo las huellas del incendio que en otro tiempo había ardido con furia. Los lugares donde la tierra había quedado ennegrecida sin más eran pocos en comparación con los trechos en los que había quedado oculta bajo una costra carbonizada en la que se había abierto una telaraña de hendiduras. Se notaba que la vegetación evitaba tales lugares y que no penetraba en lo que parecían gigantescas manchas de lepra.

El grupo se acercaba a la ciudad de Lomonósov. Se dieron cuenta en seguida de que había sufrido mucho durante la catástrofe. La mayoría de los edificios se habían visto reducidos a sus cimientos. Entre los montículos de cascotes de hormigón y los miserables hierbajos que los habían recubierto, se conservaba tan sólo un arco, también de hormigón. Contra toda previsión razonable y todas las leyes de la física, se había mantenido en pie.

—Esto era la entrada de la ciudad —explicó Martillo—. Si no encontramos nada más adecuado, pasaremos la noche aquí.

Sin embargo, el destino les fue favorable. Al pasar, Martillo vio un cartel y les llevó a la calle Kronstadtskaya.

—Después de la plaza de Kronstadt, ahora la calle Kronstadtskaya. Un buen augurio —observó Cóndor.

Los Stalkers llegaron a la estación de tren. El edificio se había conservado visiblemente mejor que los demás. Aunque las paredes de los pisos superiores tuviesen enormes boquetes e incluso le faltara una parte del techo, el edificio parecía ofrecer un refugio confortable para la noche.

Tras un breve reconocimiento por los alrededores, los luchadores entraron con muchas precauciones en el edificio. Pasaron unos minutos de tensión hasta que hubieron explorado sus salas desiertas. No había nada que descubrir, salvo unas pocas cajas con botones que habían quedado cubiertas de polvo en el sótano.

- —¿No sería mejor que siguiéramos adelante? —dijo Cóndor mientras examinaba el plano—. Parece que hay una especie de puerto.
- —Ir a tientas por la oscuridad podría salirnos muy caro —le replicó Martillo con firmeza—. Vamos a pasar la noche aquí.

Mientras los luchadores se instalaban, Gleb le dio un discreto tirón en la manga al Stalker.

- —¿Qué es eso de allí?
- —Máquinas tragaperras. —Al ver el asombro que se pintó en el rostro de su pupilo, Martillo le explicó—: Son máquinas de juego. En otro tiempo servían para pasar el rato. Para jugarse el dinero. Ahora me llevaría demasiado tiempo explicártelo.

Por mucho que se esforzara, Gleb no logró entender lo que le había querido decir con tan extrañas palabras. ¿Cómo era posible que una caja de hierro se

tragase a una perra? Y la expresión «máquina de juego» tan sólo le evocaba los fusiles de madera con los que corrían arriba y abajo los críos de la Moskovskaya cuando jugaban a los Stalkers.

- —¿Y qué es el dinero?
- —Una especie de cartuchos. Pero no servían para disparar. Tan sólo para intercambiarlos.
  - —Pues entonces, ¿a quién podían interesarle?
- —Antes de la catástrofe... a todo el mundo. No te puedes llegar a imaginar cómo lo utilizaba la gente, muchacho. Pero luego desapareció. De pronto. Durante un tiempo lo sustituimos por latas de conservas. En algunas estaciones se pagaba con agua. Al principio fue difícil... Habíamos vuelto al intercambio de productos básicos. Al trueque.
  - —¿Al trueque? ¿Y qué es eso?
  - —Basta ya, Gleb, la lección ha terminado. Quiero dormir.

Perdido en sus reflexiones sobre las palabras de su maestro, Gleb no se dio cuenta de que el hermano Ishkari se le había acercado. El rostro del sectario expresaba paz de espíritu, pero no paraba de darle tirones a la mochila.

—No seas malo y devuélveme la fotografía, muchacho —le dijo.

Gleb buscó dentro del bolsillo y sacó la foto manchada. Entristecido, miró por última vez el majestuoso barco y luego le entregó la fotografía al sectario.

—Gracias, Gleb. —Ishkari se alejó y se sentó junto a Okun.

Este último contempló la fotografía con vivo interés. Charlaron a media voz. Gleb trataba de oír qué decían, pero no logró entender de qué iba la conversación. ¿De qué podía hablar el sectario? Del Arca, del Éxodo, de su salvación... lo habían oído hablar varias veces de todo eso. Gleb aguantó durante un rato, pero, al fin, el cansancio se cobró su tributo. Se acomodó junto a su maestro sobre una lona fría y escuchó medio dormido las órdenes de Cóndor: —Habrá relevo de guardia cada dos horas. Chamán y Ksiva: vosotros dos vais a ser los primeros. Luego me despertaréis a mí.

Martillo, tú montarás guardia con Farid. Luego, Nata y Humo. Okun e Ishkari van a ser los últimos. ¡Y ahora echaos a dormir!

En un primer momento se sintió mareado. Se notaba la boca seca. Tomó un trago de agua de la cantimplora. Al principio, el líquido que le bajó por el esófago calmó el ardor que sentía por dentro. Pero entonces unas desagradables

náuseas le subieron por la garganta. El sudor le perló la frente, se le metió en los ojos y se condensó en gruesas gotas sobre los cristales de la máscara. Se encontraba mal.

Algo se movió frente a él y desapareció al otro extremo del sótano. No logró distinguir nada a través de los cristales de la máscara. Cada vez le costaba más respirar.

Tiró hacia arriba del conducto de respiración y se quitó la máscara. El aire fresco entró en sus ardientes pulmones. Por un breve instante, el dolor de cabeza desapareció.

El fusil de asalto le pesaba tanto que cargó con él sobre el hombro. A la mierda el peligro. No podía detenerse, tenía que caminar. Izquierda... e izquierda, uno, dos tres...

Se daba cuenta de que si se detenía un solo instante le sería dificilísimo volver a andar.

La botella de agua estaba vacía y la tortura de la sed se le hacía cada vez más insoportable. Un dolor lacerante le palpitaba en las sienes y le impedía pensar. Tenía que caminar a toda prisa...

Una espesa niebla flotaba sobre las aguas tranquilas. Lo cubría todo cual sudario blanco e impenetrable, y dejaba al descubierto tan sólo una pequeña parte de la superficie acuosa. Instintivamente, Gleb tensó los músculos, porque sabía lo que iba a ocurrir. Una ola se le acercó. Y otra. El muchacho iba a ahogarse. No sentía el frío, ni el miedo, sino que pataleaba con ambas piernas, fatigado. Fueron vanos sus esfuerzos por resistirse a aquella fuerza invencible, que guiaba inexorablemente su cuerpo hacia el fondo del mar.

Gleb cerró con fuerza los ojos, pero el deslumbrante fulgor se le coló incluso a través de los párpados. Alguien lo agarró por el brazo y lo llevó resueltamente hacia las aguas. En un primer momento, el muchacho pensó que era su maestro, pero lo último que vio en el sueño que ya terminaba fue el rostro del hermano Ishkari. Presa de una extrema agitación, gritaba sin parar:

## —¿Dónde está? ¿Dónde está?

Gleb se despertó, se frotó los ojos y miró a su alrededor. Las mochilas y las latas de conserva vacías estaban tiradas por el suelo sin orden ni concierto. Los Stalkers se habían reunido en círculo en torno a su comandante. Éste tenía sujeto contra la pared a un asustado Ishkari y lo sacudía con fuerza.

- —¡¿Dónde está Okun?! ¡Habla, hipócrita! ¡¿Dónde está mi luchador?! —El sectario se bamboleaba en los brazos de Cóndor, lo miraba con pavor y murmuraba palabras incomprensibles—. ¡Más alto!
- —Te repito que estaba dormido. No sé dónde se habrá metido —decía el sectario entre lloriqueos. El terror le impedía hablar con las frases rebuscadas y afectadas que solía emplear—. Tan sólo me ha dicho que durmiera y que él se encargaría de montar guardia.
  - —¡Anda ya! ¿De qué hablabais ayer por la noche?
- —¡Del Arca! Me dijo que no había visto barcos nunca en su vida. Le hablé del *Varyag*.

Cóndor soltó al sectario y se volvió hacia sus camaradas.

- —Ese hijo del diablo habrá ido al puerto. Siempre busca cosas para vender. ¡Recogedlo todo! Puede que aún logremos encontrarlo.
- —Sí, claro, seguro que lo encontramos. También es posible que muramos todos. Hace mucho que se ha marchado —murmuró Ksiva a media voz mientras enrollaba su raído saco de dormir.

Estas últimas palabras encolerizaron a Cóndor.

—¿Qué? ¡¿Qué tonterías estás diciendo?! —El comandante agarró al luchador por la solapa—. Creo que no te he oído bien: ¡Estabas hablando de tu compañero! ¡De tu compañero!

Chamán intervino al instante.

—Déjalo, tan sólo ha dicho una estupidez. A todos nos ocurre de vez en cuando.

Cóndor soltó un excabrupto.

—¡Vale, ya lo he entendido! —Ksiva se zafó de Cóndor—. Haz el favor de calmarte.

Los luchadores se perforaban los unos a los otros con la mirada. Finalmente, Ksiva agachó la cabeza, se volvió y empezó a meter las cosas dentro de la mochila.

El sañudo Cóndor se embutió en el pesado traje aislante.

—Belga ha dejado una hija de un año en el metro. Okun tiene mujer y un niño pequeño. ¿Qué les voy a decir? ¿Mira, lo siento, pero es que han caído? ¿Buscaos otro marido y otro padre? —Los luchadores terminaron de recoger sus cosas en silencio—. Esta vida es una mierda. Y este mundo también. Miremos

donde miremos, lo único que vemos es muerte. ¡Y la muy puta se lleva siempre a los mejores! ¡En cambio, si ve a un tío patético como ése —Cóndor señaló al sectario con el dedo—, se marcha a otra parte! ¡Ni entendimiento ni fuerza! Ni siquiera las moscas se molestan en cepillarse a un tío como ése.

—No corras tanto, jefe. Pienso que estás enterrando a Okun antes de tiempo. Puede que aún lo encontremos.

No tuvieron que buscar durante mucho rato. Nada más abandonar el edificio de la estación, oyeron unos pasos inseguros al otro lado de una esquina. Okun se acercó al grupo. Respiraba pesadamente. No llevaba la máscara puesta. El rostro lívido del Stalker estaba perlado de sudor. Se tambaleaba. Cóndor empezó a correr en ayuda de su hombre, pero Okun levantó de repente su fusil de asalto y apuntó al comandante.

- —¡No te me acerques! ¡No te me acerques, te digo!
- —¿Es que has perdido el juicio? —el perplejo Cóndor retrocedió—. ¿Dónde te habías metido? ¿Y cómo es que no llevas puesta la máscara?
  - El Stalker echó una mirada culpable a sus camaradas y bajó el arma.
- —He... he ido hasta el puerto. Se me había ocurrido que podía ir hasta allí y ver si el ferry de Kronstadt aún estaba entero. Y pensé que tal vez encontraría algo interesante por el camino. En los almacenes. Martillo no habría permitido que nos apartáramos de nuestro camino. Mientras iba hacia allí, todo me parecía normal. Había unos barcos fantásticos. He dado unas vueltas por si encontraba algo. Y me he sorprendido de que todo estuviera tan tranquilo. Y entonces, de pronto, me he dado cuenta: «Okun, acabas de meterte en un buen lío». He oído de repente una vocecita que me lo decía. He consultado el contador Géiger... y no estaba activado. Le he quitado la tapa mientras rezaba a todos los dioses. Lo he visto en seguida: la batería se había salido de su lugar. He vuelto a cerrarlo, lo he activado... y el aparato de mierda se ha puesto a crepitar como un loco. He regresado a toda velocidad. En pocas palabras, jefe, ya estoy muerto. ¿O no?

Okun miró a sus camaradas con un destello de esperanza en los ojos. Luego se encorvó y vomitó los restos de la cena sobre el asfalto. Nata chilló. El luchador se tambaleaba.

- —Ya estoy muerto —logró decir Okun, y se secó el sudor con la manga.
- —Seryosha... —Cóndor hablaba con voz temblorosa—. ¿Cómo has podido ser tan imbécil, Seryosha? Tan imbécil...

- —¿Cuánto rato has pasado fuera? —intervino Chamán.
- —Una hora y media, más o menos. —Cóndor soltó una maldición. Chamán se acercó al luchador y, sin dudarlo, a pesar de sus protestas, le clavó una jeringa en el hombro—. Como si eso me fuera a ayudar. Esta dosis no me servirá de nada, hermano.
  - —Te calmará el dolor —le replicó Chamán con voz quebrada.

El grupo siguió adelante por la carretera principal... pero no a la misma velocidad de antes. Okun cerraba la marcha y pugnaba por no desplomarse. El luchador había expresado su deseo de seguir adelante con sus compañeros mientras le quedaran fuerzas y Martillo se había encogido de hombros. Cóndor trataba de ayudar a Okun, pero cada vez que lo intentaba, éste se enfadaba y obligaba al comandante a alejarse. Parecía como si temiera que la muerte invisible que lo acechaba pudiese atacar también a los demás. Por desgracia, el bosque que los rodeaba se llenó de nuevo con todos los ruidos y voces imaginables. Los depredadores acechaban, como si olieran la debilidad del Stalker.

Gleb miraba alrededor de él cada vez con mayor frecuencia. Okun hacía eses. Resollaba y tosía, fatigado, pero seguía arrastrándose, aunque a duras penas lograse poner una pierna delante de la otra.

La situación era desalentadora. Los aullidos de los animales salvajes eran cada vez más osados e impacientes. Humo fue el primero en perder los nervios. Se volvió, dejó atrás a Okun y disparó una ráfaga preventiva contra la espesura. El Utyos se sacudió rítmicamente en sus manos y segó capas enteras de vegetación.

—¡Vamos, aquí tenéis algo para comer! ¿Queda alguno que quiera partir hacia el otro mundo? ¡Comed, criaturas!

Ésa fue la gota que desbordó el vaso. El resto de luchadores también se volvió. Sus Kalashnikov crepitaron al unísono con el fusil ametrallador del mutante. Para Okun, el tiroteo fue como una tristísima salva de honor. Una salva de honor por una incursión irreflexiva y estúpida. Una salva de honor por la codicia humana.

Una granada salió volando hacia los arbustos. Cúmulos de tierra y muñones de raíces saltaron por los aires con la explosión. Entonces los disparos se detuvieron. En el silencio que se hizo a continuación, oyeron que los menudos

grumos de tierra se posaban suavemente sobre la alfombra de hojarasca que se había acumulado durante los últimos años.

—Qué, ¿ya os habéis desahogado? —Martillo se había quedado aparte y sostenía el arma cruzada sobre el pecho—. ¿Ahora os sentís mejor?

Se acercó a Okun y le puso en la mano la fría empuñadora de su Nossorog.

- —No vas a salir de ésta. Sé hombre y hazlo tú mismo. No nos obligues a decidir por ti.
- —¡Apártate de mi luchador! —Cóndor trató de agarrar a Martillo por el hombro y éste se volvió bruscamente. Las miradas de ambos chocaron.

Gleb daba por sentado que los dos irreconciliables rivales se enfrentarían de nuevo cuerpo a cuerpo. El rostro de Cóndor estaba contorsionado por la ira. Martillo, en cambio, parecía tranquilo, y tan sólo en sus ojos centelleaba un fuego no habitual, un fuego que abrasaba por su misma frialdad.

—Basta —se oyó la voz de Okun—. Nuestro guía tiene razón. No quiero que todos vosotros muráis por mí... Una cosa, jefe. Hazme un favor... Cuando volváis a casa, cuida de mis seres queridos. Compénsalos por...

Sus ojos empezaron a moverse de un lado para otro. El luchador estaba como alelado y las palabras no le salían. Luego, resignado, negó con la cabeza y se alejó. Cóndor hubiera querido responderle algo, pero no sabía muy bien el qué. Todas las frases y palabras de despedida imaginables le daban vueltas en la cabeza, pero sin excepción le sonaban estúpidas e hipócritas.

Los luchadores callaron. Ni siquiera el hermano Ishkari supo qué decir para consolar al Stalker. Pero para qué hablar... todo estaba muy claro. Okun iba cuesta abajo. Su marcha había terminado.

Okun se volvió y se sentó sobre el asfalto agrietado de la carretera. Todos los demás se alejaron titubeantes. El último fue Cóndor. Se detenía una y otra vez y miraba hacia atrás. La razón lo arrastraba hacia adelante, pero una pesada roca le oprimía el alma. Sentía asco de sí mismo.

Se alejaron más y más, hasta un sitio donde el bosque se aclaraba y la carretera hacía un recodo al llegar al dique. El viento arrastraba incansablemente nubes de arena que se arremolinaban en espiral o descendían sobre el asfalto y trazaban extrañas figuras. Pero con el siguiente soplo del viento de otoño desaparecía aquella efímera creación de la naturaleza, y las pequeñas tormentas de arena seguían rugiendo en busca de otros lugares a orillas de la bahía.

Nueve figuras insignificantes siguieron por las ruinas del viaducto hasta el rompiente. Sobre el telón de fondo de las interminables masas de agua, parecían detalles menudos, totalmente inadecuados, dentro de un cuadro imponente. Los viajeros contemplaron el juego de las olas y callaron en su desaliento. Las despedidas nunca son fáciles. Pero... de repente, todos ellos se estremecieron: habían oído un disparo en la lejanía.

#### סו

# A TRAVÉS DE LAS AGUAS

La carretera atravesaba en un trazo resuelto y rectilíneo la bahía del Neva y desaparecía a lo lejos. Los Stalkers avanzaron por el dique<sup>[14]</sup> sin dejar de mirar al agua con ojos recelosos. El viento penetrante les agitaba la ropa. Las olas espumeantes se estrellaban sin cesar contra la barrera erigida por la mano del hombre. Por encima del borde de la mole se alzaban de tiempo en tiempo salpicaduras espumeantes como fuegos artificiales. Los elementos estaban furiosos, como si quisiesen expulsar a sus huéspedes no invitados

Los viajeros llegaron a una extraña edificación que recordaba a un puente. Una hilera de torres de planta rectangular, totalmente cubiertas de herrumbre, sobresalía por la izquierda.

Martillo echó una ojeada al plano.

- —Es el Drenaje D-1. Después hay otro. Tenemos siete kilómetros de camino por el dique hasta llegar a la isla. ¿De dónde dices que provenía la luz?
- —Y yo qué sé. De alguna parte de Kronstadt. —Cóndor examinó la construcción—. Escuchadme bien: a partir de aquí, vamos a tener que estar pendientes de los detalles más nimios. Nuestros «contactos» podrían encontrarse muy cerca. Seguramente tendríamos que hacer también una batida por estas instalaciones. ¿Qué piensas tú, Stalker?

Martillo se encogió de hombros. Los luchadores recorrieron el techo de hormigón del drenaje y examinaron todas sus grietas y recovecos. Luego levantaron una de las tapaderas y descendieron al interior de la instalación. Tinieblas, humedad y el estruendo del agua... fue todo lo que los Stalkers

descubrieron en el curso de su precavida exploración por el interior del drenaje. Iban ya de camino hacia fuera cuando tropezaron con un cuarto repleto de trastos muy deteriorados: latas vacías, herramientas, rollos de cable...

Gleb había entrado en la habitación para echar una ojeada, y entonces pisó una cosa blanda y elástica. La cosa emitió un penetrante silbido bajo sus pies. Martillo reaccionó al instante. Obligó al muchacho a retroceder y apuntó al suelo con el cañón de su arma. A la luz de la linterna vieron una manguera de goma que salía de una semiesfera de color negro.

El Stalker gruñó una maldción y bajó el Kalashnikov.

- —No pierdas el suelo de vista. Esto no es ningún paseo.
- —¿Qué es eso? —Gleb miraba con pavor desde detrás de la espalda de su maestro.
- —¿Es que nunca has visto nada semejante, amiguito? Es una bomba de aire. Si la bloqueas con el pie, se llena de aire.

Una bomba de aire... ¿No había unas que eran de agua y que se utilizaban para sacar la que se metía en la estación? El muchacho contempló con interés su hallazgo. Se acordó de lo complicado que había sido siempre calentar las viejas estufas de la Moskovskaya. Pensó que con un aparato como ése habría sido posible aventar los carbones para que prendiese la llama sin necesidad de agacharse. ¡Cuántas cosas útiles se habían inventado en tiempos pretéritos!

El grupo regresó al camino. Llegaron hasta el otro drenaje sin ningún incidente. Farid era el único que se empeñaba en mirar de reojo las olas, y por ello tropezó en varias ocasiones.

Por supuesto, Ksiva no pudo mantener cerrada la boca.

—¿Qué es lo que miras?

El tayiko suspiró pesadamente y señaló con la cabeza hacia el otro lado, hacia los edificios que a duras penas se perfilaban en el horizonte.

- —Ahí está el metro. Mi hogar.
- —¿Tu hogar? Yo pensaba que no eras de San Petersburgo.
- —No viví allí durante mucho tiempo, casi ni me acuerdo. Hace mucho que estoy aquí. Ésta es mi casa.
  - —¿Cómo viniste a San Petersburgo?
- —Tenía diez años. Vine para visitar a mi tío. Para ver la ciudad. Era hermosa. —Farid se calló durante unos instantes—. Entonces *Shaitan* hizo

temblar la tierra. Fue horrible. Mi padre murió, y también mi tío. Sólo yo quedé con vida.

Martillo iba en cabeza y caminaba más despacio que antes. La niebla que se cernía sobre el dique era cada vez más densa. Una bruma de color azul grisáceo envolvía el trecho de camino que se hallaba más adelante. Los viajeros pasaron poco a poco frente a las torres puntiagudas ya familiares que coronaban el siguiente drenaje. Entonces, el contador Géiger se puso a dar señales.

- —Vaya. Esto indica valores elevados. Justamente ahora.
- —Aún se puede soportar. —Martillo echó una ojeada al cuadrante—. Prosigamos, pero con precaución.

Avanzaron poco a poco, siempre adelante, a través de la niebla, hasta un lugar en el que la carretera se interrumpía de pronto. Se vieron frente a un barranco de bordes irregulares, producto de un derrumbe. Oyeron el agua que chapoteaba unos nueve metros más abajo. Las piezas de hormigón armado se habían roto, despedazadas por la desconocida fuerza que había abierto aquel boquete gigantesco. La niebla ocultaba el lado opuesto del abismo.

- —Tremendo. —Cóndor se agachó en el borde de la brecha y miró hacia abajo—. Me gustaría saber cómo se cargaron esto. Parece que hubiera habido un bombardeo.
- —De eso nada. —Martillo le señaló los bordes deformados de los puntales —. ¿No ves en qué dirección iba la onda de choque? Colocaron minas bajo los soportes. Provocaron una explosión. El resto lo ha hecho el agua.
  - —¿Un sabotaje? Pues me gustaría saber quién lo organizó.
  - —No lo vamos a saber jamás.
  - —¿Y ahora qué hacemos, Martillo?
  - —Lo mismo que otras veces...: vamos a pasar al otro lado.

Cóndor miró con incredulidad al agua.

- —¿Y cómo lo haremos?
- —A nado. ¿Verdad que todos nosotros sabemos nadar?

Los luchadores miraron estupefactos a Martillo. Gleb se estremeció. No pudo evitar acordarse de la pesadilla de la noche pasada.

- —Sí, claro, dentro del metro todo el mundo aprende a nadar. ¿Qué es lo que tienes en la cabeza, Stalker?
  - —Yo sí puedo —dijo Farid en voz baja—. Ha pasado mucho tiempo, pero

aún recuerdo cómo se hacía.

- —Yo también —dijo Chamán.
- —Hum, esto no es ninguna maravilla. —Martillo miró con escepticismo al destacamento. Su mirada se entretuvo en los fusiles de asalto, en los chalecos militares con los bolsillos llenos, en las mochilas de los Stalkers—. Entonces vamos a tener que hacer acrobacias, como se suele decir.

Dio un par de zancadas frente al abismo y luego llamó a Gleb.

—Pásame eso. —El maestro tomó la bomba de aire que el muchacho había atado a su mochila—. Acabo de darme cuenta de que te habías llevado un *souvenir*.

Gleb estaba a punto para aguantar la bronca, pero no parecía que el Stalker tuviera prisa por pegársela.

- —Dime, ¿no habrás visto una mochila así de grande al lado de la bomba de aire? —Martillo abrió de manera cómica los brazos—. ¿O un fardo, una bolsa...?
- —Sí, había una mochila. —El muchacho miró con cautela a su maestro—. Y a su lado había dos palas.
- —Perfecto. Has hecho bien, muchacho. Tengo que alabarte por tu atención a los detalles. —Martillo dio una palmada en la espalda a su pupilo y se volvió hacia Cóndor—. Vamos a retroceder hasta el primer drenaje. A menos que queráis aprender a nadar…
  - —¡Venga, venga, no seas haragán! —Chamán no dejaba descansar a Ishkari.

El sectario miró con desagrado al mecánico y siguió hinchando la lancha. La rítmica entrada de aire hacía que los costados de la embarcación fuesen cada vez más redondos. La goma, cubierta de manchas de moho, olía a humedad, pero no parecía que eso molestara en absoluto a Chamán. Sus ojos brillaban, como siempre que se le presentaba una oportunidad de emplear medios técnicos anteriores a la guerra.

- —¡Y eso no son palas, muchacho! —El entusiasmado Chamán comprobaba la lancha por todos lados—. ¡Eso son remos! —le dijo a Gleb—. ¿Nunca habías visto ninguno? Y esto de aquí son los toletes. Sirven para sujetar los remos.
- —Déjalo en paz. —Humo empezó a fumarse un nuevo cigarrillo con fruición
  —. ¿No ves que el muchacho está muerto de cansancio? Gleb no podía apartar la mirada de la negra superficie de las aguas. Su interminable corriente penetraba

por la brecha. Súbitamente, de manera incomprensible, la sensación de ahogo pasó del sueño a la realidad. Sintió el deseo de arrancarse la máscara y de respirar con la boca muy abierta. De meter en su interior el aire frío del otoño, de tragárselo, de emborracharse con él. Un río de sudor descendía entre sus hombros. El mundo empezaba a dar vueltas a su alrededor.

—¡Eh, ten cuidado! —Martillo agarró a su pupilo y lo apartó del borde del abismo—. Empieza por sentarte y respira con calma. Bien. Mira hacia el suelo. ¿Qué hacías con la máscara? Póntela bien. Sí, así. ¿Puedes respirar? Aspira... espira... bien.

La cabeza de Gleb dejó de dar vueltas, el temblor se había calmado. El muchacho se puso en pie. Su fugaz instante de debilidad lo avergonzaba. Sobre todo porque los Stalkers se habían dado cuenta. Miró de reojo a su maestro. ¿En cuántas ocasiones Martillo se había visto obligado a cuidar de él como de un mocoso indefenso? El muchacho recordaba cómo había quedado atrapado en el búnker y que Ksiva se había reído de él.

- —¿Ya te encuentras mejor?
- —Sí. —Gleb se frotó con amargura los cristales de la máscara.
- —No te preocupes por lo que te ha sucedido. No estás acostumbrado. Después de una vida entera en el subsuelo, todo esto te resulta extraño. Martillo se volvió hacia los demás—. Vamos. Nos esperan.

Los Stalkers arrojaron la lancha al agua. Farid ya se había sentado y sujetaba el cabo.

- —No podrá llevar a más de tres a la vez. —Cóndor se encaminó hacia la lancha—. Martillo, tú vendrás con nosotros en el primer viaje.
  - —Llevad a Gleb.
  - —No. Tú conoces el camino, así que ven ahora conmigo. Te voy a necesitar.

Martillo bajó detrás de Cóndor por la brecha. Gleb se sentó prudentemente en el borde y miró mientras los Stalkers descendían por la cuerda. La lancha pareció doblarse bajo los tres pesados cuerpos, pero en seguida encontró su equilibrio sobre las aguas. Un momento más tarde, su silueta desapareció entre la bruma de color lechoso. Los que se habían quedado atrás escucharon en tensa espera. Parecía como si el mismo aire se hubiera vuelto más denso. Más denso y más viscoso. Los envolvía y los aplastaba.

—Esto no me gusta. —Ksiva se movió, nervioso, y empuñó el fusil de asalto

más cerca del cuerpo—. Habría sido mejor zarpar desde la orilla. Allí la niebla no es tan densa y tampoco habríamos tenido que bajar por estos hierros.

—Las orillas están empantanadas —le explicó el mecánico—. Allí hubiéramos encontrado todas las porquerías imaginables. Quizá algas, quizá también otras cosas. Martillo dice que es mejor no acercarse por allí.

Oyeron que Farid los llamaba desde abajo. Sujetaba el cabo con la mano y les decía que bajaran a la lancha.

—Parece que ésos ya han llegado al otro lado. —Chamán inició el descenso
—. Nata, sosténme el Kalashnikov. Esta porquería se me cae.

Como se había quedado con su fusil de asalto, Nata fue la siguiente en bajar, de modo que Gleb tampoco pasó esta vez. Entonces necesitaron al robusto Humo en el otro lado. No lograban sujetar algo, y las confusas explicaciones del joven Farid no fueron suficientes para comprender el qué. Gennadi se tumbó sobre la lancha, con los ojos muy abiertos, y no se atrevió a moverse. El tayiko logró colocarse a su lado y volvió a remar. La sobrecargada lancha desapareció de nuevo entre las brumas.

Ya sólo quedaban tres. Gleb miraba con nerviosismo a Ksiva. Aquel tío raro cambiaba de humor unas treinta veces al día. Tanto podía contar chistes como contestarte mal. El muchacho no sabía lo que podía esperar del veleidoso Ksiva, y por esa razón permaneció cerca del hermano Ishkari. Por lo menos, en el caso de este último estaba muy claro lo que se podía esperar de él.

- —¡Por fin! —Nada más ver la lancha, Ksiva inició el descenso—. Eh, tú, exodiano, baja detrás de mí.
  - —¿Y yo? —Gleb ya se dirigía a agarrar la cuerda.
  - —¿Qué más da, muchacho? Ishkari no lleva ningún arma. Espérate ahí.

Entre violentos resuellos, el sectario desapareció tras el borde de la brecha. El muchacho se quedó solo. Ser consciente de ello lo asaltó igual que el frío que se cuela por debajo de una colcha mal puesta. Inexorablemente, la angustia penetraba en su interior, se imponía a su buen criterio, por mucho que tratara de librarse del vergonzoso sentimiento. ¿Qué podía temer? Gleb miró a su alrededor. La niebla, el camino. No se veía ni un alma. De súbito, una racha de viento arrastró jirones de niebla blanquecina y dejó al descubierto una silueta solitaria y extraña sobre el asfalto. Estaba inmóvil a cierta distancia.

Gleb sacó la pistola a la desesperada y apuntó. Su propio aliento le retumbó

como un trueno en los oídos, el corazón se le aceleró. De pronto se acordó de la extraña historia que les había contado Ksiva: «...de pronto vimos en el cruce a un tío que llevaba puesta una túnica de penitente. Estaba en medio de la calle, inmóvil como una columna. Era imposible, totalmente imposible, ver el rostro oculto bajo la capucha... ¡Se puso en cuclillas tan sólo un momento y luego pegó el salto! ¡Pasó sobre el alero del tejado y luego desapareció!» El muchacho se echó a temblar. Los dedos se le agarrotaron en el gatillo, pero el buen juicio se impuso a tiempo. Los pensamientos se apelotonaban dentro de su cabeza: «¿Una ilusión óptica? ¿O no? Ah, da igual. será mejor que no me precipite». Gleb apuntaba en una dirección con la pistola, y luego en otra, y escudriñaba a través de la niebla. No vio nada.

Oyó a su espalda el chapoteo de los remos. El muchacho retrocedió hasta el borde del abismo, enfundó el arma con un movimiento tenso, agarró la cuerda y se obligó a sí mismo a bajar. Se dio impulso con los pies para alejarse de los travesaños de metal e inició el descenso. De pronto, el rumor de las aguas se había vuelto mucho más fuerte, y, una vez más, el mundo empezó a dar vueltas a su alrededor. Gleb pasó con prudencia entre las piezas de armazón metálico que sobresalían. Echó una rápida mirada hacia arriba: se encontraba muy lejos del borde y a duras penas alcanzaba a verlo entre el manto de niebla. ¿Eran los irregulares contornos de la brecha los que podían adoptar formas extrañas? ¿O lo había visto de verdad? ¿Era el desconocido con la capucha que se había inclinado sobre el abismo y observaba a Gleb?

Por un instante, sintió que las manos le flaqueaban. Soltó la cuerda. La agrietada pared de granito pasó por su lado a una velocidad vertiginosa. Se estrelló contra el fondo, en un remolino de aguas heladas. Gleb abrió los ojos. A ambos lados se alzaban los firmes costados de la lancha.

- —¡Shaitan! —Farid lo miraba con ira desde su puesto—. ¿Es que te has vuelto completamente loco? ¿Por qué has saltado? ¡Me has dado un susto de muerte!
- —Disculpa. —Gleb se incorporó de medio cuerpo y se sentó de manera más cómoda—. He resbalado.

El tayiko se aplicó a los remos. Las anillas que los sujetaban crujieron rítmicamente, y la lancha se deslizó de manera acompasada sobre las aguas. Gleb miró por última vez hacia arriba. No importaba ya si había alguien o no, y

decidió no contarle nada a Farid. Los hombres no habrían hecho más que burlarse de él.

A medio camino, la corriente se volvió más fuerte. El luchador remó con más fuerza, siempre hacia la izquierda. Cuanto más se alejaban del borde de la brecha, más aliviado se sentía Gleb. El fatigado muchacho había apoyado la espalda en la borda de la lancha, y entonces sintió un golpe violento bajo el fondo de la embarcación. Gleb se puso en pie como si lo hubiese picado una tarántula. En el mismo instante algo le arrancó de las manos el remo derecho a Farid y se llevó por delante también la anilla que lo sujetaba.

El tayiko se quedó mirando al agua, boquiabierto, hasta que, de pronto, una mano de color verde oscuro con tres dedos se agarró a la borda. Farid gritó y, dejándose llevar por sus reflejos, empujó con el otro remo. Los dedos volvieron a esconderse en las aguas oscuras y dejaron un rastro de limo en la borda. El tayiko se puso de pie en la proa y empezó a remar desesperadamente con el remo que le quedaba. El agua burbujeaba y espumeaba a su alrededor.

Por un instante emergió la joroba verde azulada de una extraña criatura. El muchacho, llevado por el pánico, se agarraba a la maroma que circundaba la borda. Tuvo que ser el grito de Farid lo que lo sacara de su estupefacción:

—¡Haz algo, pequeño! ¡Dispara!

Gleb empuñó la Pernatch e hizo unos disparos estruendosos. Las balas se hundían en el agua y levantaban pequeños surtidores. Como en respuesta, la superficie del agua se puso a borbotear y a llenarse de cuerpos alargados y flexibles que nadaban alrededor de la lancha. Una criatura turbadora, que recordaba vagamente a un hombre, se alzó en el vacío chorreando aguas espumeantes. El muchacho no sabía qué era. Tan sólo sus largas extremidades, semejantes a patas de animal, relucieron a la luz de su linterna. Gleb le disparó de muy cerca y el anfibio retrocedió. El cuerpo del mutante se hundió pesadamente en las aguas y dejó en la superficie unas manchas parduzcas de sangre.

—¡Viene por detrás! —gritó Farid, que se había vuelto en el momento justo.

Gleb se dejó caer instintivamente en el fondo de la lancha y levantó ambos brazos. Sintió un crujido en el casco que llevaba puesto. Unas fauces muy abiertas, provistas de dientes pequeños y afilados, pasaron sobre él. El resbaladizo monstruo no alcanzó su objetivo y volvió a caer al agua por el otro

lado de la lancha. El muchacho le disparó a la espalda. Luego se arrodilló y miró a su alrededor.

Divisó entre la niebla la otra pared de la brecha. Al lado de ésta, los restos de una pequeña embarcación volcada flotaban sobre las olas. Nata y Martillo se hallaban sobre su masa oxidada. Ambos habían divisado con la mira óptica la lancha que se acercaba. Tan pronto como un nuevo y repugnante cráneo emergió a la superficie, lo hicieron añicos con un par de disparos simultáneos. Entonces se oyó el estampido de armas de fuego en lo alto: los Stalkers disparaban sobre los mutantes desde el dique. Al ver a su maestro, Gleb recobró el coraje. Aquello iba a terminar. Faltaba poco.

Otro anfibio emergió de las aguas y se arrojó sobre la espalda de Farid. El luchador gritó, dejó caer el remo en el agua y trató de sacudirse a la bestia de encima.

Gleb soltó la pistola y fue a ayudarlo. En cuanto vio que no lograba arrancar al resbaladizo monstruo del cuerpo del tayiko, sacó el machete y hundió la hoja de metal en el cuerpo escamoso. El anfibio siseó y se dejó caer por la borda con el cuerpo convulso. Farid se desplomó sin fuerzas sobre la lancha. El traje aislante del Stalker estaba rasgado por varios puntos de la espalda y sangraba abundantemente. La veloz corriente arrastraba la lancha hacia un lado.

### —¡Agarra eso!

Le arrojaron desde arriba un cabo que se desenrolló en el aire. Como por un milagro, Gleb aún no se había caído al agua. Agarró el cabo, tiró de él y lo ató a una abrazadera de la proa. La lancha dio una sacudida y volvió a acercarse lentamente al dique. Una vez más, reinaba a su alrededor un estruendo infernal. Los Stalkers disparaban contra la turbia superficie de las aguas a fin de mantener en jaque a los mutantes. Las aguas se habían teñido de púrpura. Aquí y allá flotaban repulsivos cadáveres escamosos. Farid gimió mientras trataba de arrodillarse. Gleb sostenía la Pernatch en alto y la recargaba con movimientos frenéticos. Entretanto, la proa de la lancha había chocado contra la quilla de la barcaza naufragada. Nata acudió para ayudar al muchacho a sacar de allí al tayiko.

—¡Hacia arriba, de prisa! —Martillo disparaba ráfagas aisladas contra el agua, que se había transformado en una espesa sopa de pescado.

Cargaron con Farid hasta un cúmulo de cascotes de hormigón, resultado del

derrumbe, que emergía de las aguas. Nata sujetó un gancho en el cinturón del luchador y tiró de la cuerda para asegurarse de que no se soltara. El cuerpo del herido empezó a ascender lentamente.

—¡Ahora tú! —Nata empujó a Gleb hacia los restos del dique—. Eso de la derecha es una reja. Trepa por ahí. Yo os cubro.

El muchacho trepó por las planchas de metal destrozadas y saltó desde allí hasta la reja de refuerzo por la que tendría que ascender.

Nata lo siguió. La reja temblaba y se balanceaba bajo sus pies. Gleb se detuvo un momento y la joven lo instó con desagradables gritos a seguir adelante. El muchacho vio a su maestro con el rabillo del ojo. Martillo se sujetaba el gancho de la cuerda en el cinturón mientras que los demás se llevaban del borde del abismo al herido Farid. Al fin, apareció en lo alto una mano que agarró al muchacho por el cuello del uniforme y tiró de él sin contemplaciones.

Entonces se oyó un estrépito, se levantó una polvareda y, de súbito, como en cámara lenta, la reja de refuerzo crujió terriblemente y empezó a desprenderse de la pared. Abajo se oyó un grito de espanto. La joven estaba agarrada con las manos a la reja y se dio la vuelta en su desesperación.

—¡Nata! —gritó el comandante—. ¡Vuelve a bajar!

La estructura metálica sufrió una sacudida y se soltó un poco más. La joven descendió tan rápidamente como le fue posible. La enorme reja se venía abajo a una velocidad cada vez mayor y habría aplastado a Nata si la joven no hubiera saltado sobre el montículo de granito y hubiese rodado hacia un lado. La gran masa de metal se precipitó hasta el fondo e hizo saltar por los aires columnas de agua y cascotes de hormigón.

—¡Ve hacia la lancha, Nata! ¡Hacia la lancha!

La polvareda no permitía ver lo que sucedía allá abajo. Entonces, de pronto, una figura solitaria emergió de la nube de polvo y saltó sobre la borda de la lancha.

—¡Tira! —gritó Cóndor.

Humo agarró el cabo, la enrolló varias veces en torno a su poderosa zarpa y tiró con todas sus fuerzas. La lancha subió bruscamente hacia arriba por encima de los restos de hormigón. Nata, desesperada, se agarraba con ambas manos al asiento de madera.

—¡Allí! ¡Están allí! —gritó Gleb, que no había dejado de mirar las aguas.

La superficie del mar bullía de nuevo. Cuerpos ágiles saltaban fuera y se arrojaban con todo su peso contra la lancha. La mayoría de los anfibios rebotaba contra sus elásticos costados y luego se hundía de nuevo en las profundidades, pero algunos se aferraron a la goma con los dientes y quedaron peligrosamente cerca de Nata. Se oyó el silbido del aire al escapar de uno de los costados, que empezaba a deshincharse. Las criaturas colgaban como un racimo de ambos lados de la lancha y tiraban de ésta hacia abajo simplemente por el peso. Humo gimoteaba, gritaba, abría largos surcos en el suelo con los pies, pero, al fin, no pudo seguir. La fuerza que tiraba de la cuerda en sentido opuesto era demasiado fuerte.

—¡Qué hacéis ahí parados! ¡Ayudadlo! —gritó Cóndor.

Los luchadores rodearon a Humo y lo ayudaron a tirar. Una y otra vez fracasaron en su empeño, pero, al fin, la lancha empezó a subir. En ese mismo instante, la cuerda tocó el borde afilado de una viga de hormigón y se partió. Los Stalkers rodaron sobre el asfalto.

La lancha y las bestias aulladoras cayeron al mismo tiempo sobre los cascotes de hormigón. Humo se puso en pie y gritó, tomó carrerilla y saltó al abismo. Gleb miró boquiabierto cómo el gigantesco cuerpo caía al vacío sin dejar de mover nerviosamente las piernas. Estuvo a punto de parársele el corazón cuando los doscientos kilos del barrigudo se estrellaron contra la quilla de la barcaza que emergía de las aguas. El casco de la embarcación resonó como una campana. El muchacho cerró con fuerza los párpados, pero la curiosidad se impuso. Humo se incorporaba poco a poco. Por increíble que pudiera parecer, los huesos del mutante habían aguantado el impacto sin sufrir ningún daño. El gigante desenvainó un enorme machete y se arrojó sobre los restos de la lancha. Los anfibios se encogieron bajo sus despiadados tajos. Brazos y rabos seccionados volaron en todas direcciones. Humo anduvo por la orilla dejando un rastro de cadáveres resbaladizos, pero no vio por ninguna parte a la joven. Regresó a la barcaza volcada y se esforzó por encontrarla en las turbias aguas.

### —¡Humo!

Por fin, el mutante vio a Nata, y respiró aliviado. La joven se hallaba sobre un reborde de hierro a unos cuatro metros de la superficie. Nadie sabía cómo había logrado saltar hasta allí desde la lancha. Pero Martillo también la había visto y bajó con la cuerda para rescatarla. Humo profirió un grito triunfal y levantó hacia el cielo sus gigantescas manos. Entonces, la herrumbrosa barcaza tembló bajo sus pies y empezó a hundirse en el agua. Las repugnantes criaturas salieron de todas partes para arrojarse sobre el luchador. Los Stalkers abrieron fuego, pero todo fue en vano. En cuestión de segundos, el mutante desapareció bajo las aguas, sepultado por una montaña de cuerpos resbaladizos. Gleb apretó los puños hasta que le dolieron y gritó junto con todos los demás. Dejaron de disparar. Los Stalkers contemplaron con horror las aguas revueltas y gritaron al aire su impotencia.

El rostro de Martillo apareció en el borde del abismo. El guía se agarró a una plancha metálica, se apoyó en ella y trepó hasta arriba. Llevaba a Nata cogida a su espalda, aferrada con manos y pies al cuerpo del Stalker. La joven se deslizó hasta el áspero hormigón y empezó a sollozar.

—Déjalo, todo ha terminado. No puedes hacer nada. Deja de llorar. — Cóndor la abrazó y trató de calmarla, aunque él mismo no se sintiera mucho mejor.

Ksiva gritaba maldiciones. Arrojó una granada al vacío. La violencia de la explosión agitó fuertemente las aguas.

—¡Basta ya! —Cóndor se puso en pie y contempló a los suyos con mirada severa—. Agarrad al mocoso. Cargad con Farid. Seguimos adelante. ¡Tú nos guías, Martillo!

La carretera atravesaba en un trazo resuelto y rectilíneo la bahía del Neva y desaparecía a lo lejos. Los Stalkers avanzaron por el dique sin dejar de mirar al agua con ojos recelosos. El viento penetrante les agitaba la ropa. Las olas espumeantes se estrellaban sin cesar contra la barrera erigida por la mano del hombre. Los elementos saludaban con su espuma a los generosos huéspedes. Habían aceptado su dádiva.

# EL RUBICÓN

ay algo que motive más que el miedo? ¿Algo que influya en la misma medida en nuestros actos? ¿Qué significa el miedo para cada uno de nosotros? El miedo es inconstante y veleidoso. Ingenioso y artero. A menudo nos hace las cosas más extrañas. Por él lloramos y reímos, nos sometemos y nos volvemos traidores, sentimos miedo y vergüenza. Por él acusamos a otros de alarmismo, a la vez que llamamos «lógica prevención» a nuestros propios temores.

¿Tendríamos que avergonzarnos por nuestro miedo? ¿Combatirlo? ¿O más bien tratarlo con indulgencia? El miedo tiene, en verdad, un gran poder. Sin él, la vida es demasiado tranquila, incluso aburrida, y con él, puede volverse insoportable. Puede hacer que la vida se vuelva pálida y sin valor, o, al contrario, luminosa y rica.

¿En qué forma aparecerá? Eso depende tan sólo de él. Pero existe una regla igualmente válida para todo el mundo: no podemos tolerar que el miedo nos asalte con demasiada frecuencia. Mejor no atraerlo hacia nosotros. No dejarlo entrar en nuestra alma. Porque jugar con el miedo es peligroso. Y la apuesta que implica es demasiado elevada.

- —¿Todavía falta mucho?
- —Casi hemos llegado. Cuando hayamos dejado atrás esa curva, tendremos que bajar a un túnel. Si no está inundado, podremos recorrerlo hasta su otro extremo y salir a la isla.

Martillo echó una ojeada al plano.

—¿Y qué es lo que hay ahí encima? —Ksiva miraba con recelo las

ingeniosas construcciones.

- —Es la salida para barcos S-1. Esos grandes arcos son las puertas de una esclusa flotante. La utilizaban para cerrar el canal cuando las tempestades amenazaban con provocar una inundación.
- —Sí, en aquella época la ingeniería estaba muy avanzada. —El mecánico contemplaba con arrobo la maravilla técnica que había aparecido ante sus ojos —. Pienso que merecería la pena estudiar esa construcción. Puede que nos enviaran las señales luminosas desde allí.

Cóndor miró de reojo a Farid. El comportamiento del luchador había sido admirable, aunque era evidente el gran esfuerzo que estaba haciendo. Tendrían que hacer una pausa para recuperar el aliento.

- —Vamos a hacer lo siguiente: Chamán, tú y yo iremos arriba mientras los demás exploran el túnel. En cuanto nos hayamos asegurado de que no hay peligro, bajaremos para reunirnos con vosotros.
- —¿Es que vamos a pasar la noche debajo del agua? —le preguntó Ksiva, nervioso.
- —¿Tienes miedo de que se te mojen los pies? —le respondió Martillo en tono cortante—. A tu compañero no le importó.
- —¡... no le importó! —repitió Ksiva imitando su tono de voz—. Porque pensó con el miembro que no correspondía. No tendría que haberse dejado llevar por el romanticismo.

Nata dio media vuelta, colérica, y le pegó con todas sus fuerzas. El luchador cayó al suelo, se cubrió con la mano los labios lastimados y lanzó una mirada siniestra a la joven.

- —Cierra el pico. —El rostro de Nata había palidecido, las aletas de la nariz le temblaban por el enojo.
  - —Escucha... donde no hay humo, tampoco hay fuego.

Cóndor dejó de mirar por los prismáticos y se los guardó en el mismo bolsillo donde llevaba los cartuchos. Mientras lo hacía, contemplaba al luchador con cara de estupefacción. Ksiva bajó la cabeza y se volvió hacia otro lado.

—Tienes razón. El fuego de Humo se ha extinguido... para siempre.

Los Stalkers se separaron. Chamán y Cóndor desaparecieron tras un muro. Martillo guió a su grupo por el túnel por el que antiguamente habían circulado los automóviles. Al final de una rampa de acceso inclinada en suave descenso, la

carretera se dividía en dos túneles anchos y oscuros. El guía se detuvo en la frontera entre la luz y la oscuridad.

—Tened las armas a punto. Encended las linternas.

De pronto, Ishkari hincó una rodilla en el suelo, tembló de cuerpo entero y empezó a murmurar fervientemente un galimatías. Nata trató de conseguir que el sectario se levantara, pero éste la rechazó y la miró con ira.

—Contempla tu propia alma, doncella, y descubre si estás preparada para pasar el Rubicón. Preguntaos, hermanos, si en vuestros corazones perviven las impurezas del mundo, porque tan sólo la fortaleza de espíritu y de entendimiento alcanzará la Redención, mientras que a los débiles les aguarda el olvido.

Los Stalkers lo miraron, dubitativos, y contemplaron la oscuridad cada vez más negra que los aguardaba.

- —Basta de parloteo, zumbado. —Sin pensarlo más, Martillo señaló la entrada de la derecha—. Vamos a ir por allí.
- —Vaya, Stalker, ¿todavía estás cagado de miedo de que te pongan una multa?

El tayiko sonrió mostrando los dientes que el dolor le hacía apretar en exceso.

—Los hábitos son mala cosa, Farid. Hace una eternidad que no me siento tras un volante, pero todavía sueño con policías —le respondió con humor el guía.

Entraron en el túnel y trataron de localizar ruidos en la oscuridad. Al fin, Ishkari fue tras ellos dando traspiés: el miedo a quedarse solo lo había derrotado. Los pasos del grupo resonaron en la bóveda de hormigón del túnel. Bajo sus pies crujía la arena. Descubrieron un cochecito de bebé calcinado. Algo más tarde vieron los restos de un todoterreno volcado, con las puertas arrancadas. Por todas partes había huesos... con toda la apariencia de ser humanos. Los Stalkers siguieron avanzando con precaución. Cuanto más se adentraban en el túnel, mayor era la frecuencia con la que encontraban coches medio devorados por la herrumbre. Gleb se imaginó que mucha gente, llevada por el pánico, debía de haber conducido hasta allí tras ver la luz resplandeciente en el cielo. Que debían de haberse metido en aquella madriguera de hormigón con la esperanza de salvarse. Al contemplar aquellas deprimentes ruinas de un tiempo pasado, Gleb sintió una profunda tristeza. Aquel lugar olía a desolación, emanaba de él una

frialdad más propia de una tumba.

- —Una cripta... —parecía que Ksiva le hubiese leído el pensamiento—. Un lugar de muerte. Marchémonos de aquí.
- —Haz el favor de dominarte. —Martillo siguió carretera abajo sin dejar de mirar en todas direcciones.

El desnivel había terminado. Gleb se imaginó que debían de hallarse hacia la mitad del túnel. Debía de haber agua sobre la bóveda de hormigón. El muchacho tiritaba de frío. Lo asaltaban pensamientos siniestros... las paredes no le inspiraban ya ninguna confianza. Gleb comprendió entonces por qué Ksiva había organizado tanto escándalo sobre el lugar donde acamparían para pasar la noche.

El guía se había quedado en un punto del que partían dos corredores laterales.

—Ese de la izquierda conduce hasta el túnel paralelo. Y el de la derecha debe de ser lo que buscábamos.

Pasaron por un pequeño almacén y llegaron a una sala con paneles de control para la instalación eléctrica. Al fondo había un voluminoso ventilador y una entrada de aire. Martillo echó una mirada a los Stalkers, y éstos, sin decir nada, lo comprendieron. Farid suspiró, aliviado, y se recostó contra la pared. Ksiva dejó el fusil de asalto, examinó todos los rincones con su contador Géiger y acto seguido se quitó con satisfacción la máscara. Nata buscó dentro de la mochila y sacó un paquete de biscotes y conservas.

- —Eres una mierda, Nata. —Ksiva se tanteó con la lengua las encías hinchadas—. Me has hecho saltar un diente.
- —Lástima que no te los haya hecho saltar todos —le respondió ella en tono mordaz—. La próxima vez, piénsalo bien antes de abrir la boca.

Gleb se dio cuenta de que el tayiko tenía problemas para sacarse el traje aislante. Se acercó a él y lo ayudó a quitarse el desagradable tejido de goma. Entretanto, la joven depositó un botiquín sobre el suelo y lo abrió.

—Cuidado... así está bien. ¿Qué tenemos aquí? —Nata sacó la venda empapada en sangre que llevaba el tayiko y le examinó la espalda—. No tiene tan mala pinta. La costra está casi seca. Las heridas casi no se han inflamado. Has tenido suerte, Farid.

El tayiko sonrió y le guiñó un ojo a Gleb. Nata le inyectó la vacuna del tétanos, desenrolló su propio saco de dormir, se metió dentro y se arrimó a la

pared. Nadie tenía ganas de hablar. Durante el camino habían pensado en otras cosas —la marcha les había exigido toda su concentración—, pero había llegado el momento de pensar en la muerte de Humo.

Cóndor y Chamán regresaron de su ronda de exploración y encontraron al grupo entero sumido en el mal humor y el silencio. El guía había oído los ecos de sus pasos en el túnel, les había salido al encuentro y los había acompañado hasta la pequeña cámara. Martillo y Cóndor deliberaron y luego bloquearon la salida con un pesado transformador.

—No hay nada. —El mecánico había leído la muda pregunta en la mirada de su compañero y se sentó al lado de Farid—. No se ve un alma por ninguna parte. Incluso las ratas se han escondido.

Los Stalkers enmudecieron. Miraban al vacío como alelados. La llama del hornillo perdía fuerza. El tayiko se acercó como pudo para prepararse un té.

- —¿Cómo te encuentras, Farid? —le preguntó Cóndor.
- —Esto se va a curar pronto, jefe. ¡Lástima por el traje aislante! *Shaitan* ha querido que se estropeara. Habrá que coserlo.
- —Nosotros lo remendaremos. Y a ti también, no te preocupes. ¡Todo irá bien hasta el día de la boda! ¿Ya tienes con quién?

El desconcertado tayiko dio unos golpecitos en el suelo con la taza y sonrió, perdido en sus sueños.

- —Sí, tan pronto como regresemos de esta expedición me casaré con ella.
- —En el caso de que regresemos. —Ksiva tomó su propia taza de té y se la llevó a los labios, pero faltó poco para que se los escaldara—. No sé por qué, no tengo mucha fe en ello.
- —¡Basta de hacer el cenizo! —le ordenó Cóndor—. Hemos llegado hasta aquí, de modo que también podremos continuar el viaje. Tan sólo tenemos que encontrar a los que hicieron esas señales.
  - —No le es dado a todo el mundo contemplar la luz del Arca.

Tan sólo a los Elegidos se les mostrará el camino hacia la Tierra Prometida... Gleb se asustó al oír aquellas lúgubres palabras, pero el sectario había vuelto a callar. Estaba claro que la extraordinaria situación también lo había

impresionado a él.

—Ven, Nata, este té es para ti. —Cóndor estaba en pie con una taza en la mano.

—Déjala que duerma, jefe. Necesita un descanso.

Cóndor le tendió la taza a Ishkari. Éste seguía sentado. Se agarraba una rodilla con las manos y los hombros le temblaban de frío, pero negó con la cabeza para rechazar el té.

—Bebe, maldito chiflado. Tienes que entrar en calor y reunir fuerzas. Debes de estar destrozado después de la caminata... Te digo que bebas. Es una orden.

El sectario tomó de mala gana un trago de la bebida caliente. En las tinieblas cada vez más densas se hizo de nuevo un sordo silencio. A nadie le apetecía conversar. Sólo se oían de vez en cuando los sollozos de Nata. La joven lloraba en sueños.

- —Este lugar es malo. No hay nada como la destrucción y el peligro —dijo Ksiva por fin. Reflexionó brevemente y sacó una cantimplora del bolsillo del pecho—. No importa. El vodka limpia la radiactividad y eleva el ánimo.
- —Deja eso —le ordenó Cóndor—. Esconde la botella. O todavía mejor, dásela al... al mocoso. Si la guarda él, estará más segura.

Ksiva arrugó la frente, pero cumplió la orden y le entregó la cantimplora al muchacho. Escupió irritado y se envolvió en su cazadora.

- —Tendríamos que montar guardia.
- —¿Para qué? Si alguien se mueve por el túnel, sin duda vamos a oírlo. Cóndor miró a la joven, y luego se volvió hacia Ksiva y le habló en susurros—: Dime, por favor, ¡¿por qué diablos has arrojado esa granada?!
- —¡Porque se lo habían comido, tío! ¡Estaba colérico! He pensado que así por lo menos equilibraría la balanza.
- —¿Has pensado, dices? —lo interrumpió el comandante—. ¡Te aseguro que no lo has hecho, maldita sea! ¿No se te ha ocurrido que tal vez lo haya matado la explosión?

Ksiva enmudeció, desconcertado. La acusación lo había pillado por sorpresa.

- —¿Piensas que lo he...?
- —Quizá sí, quizá no. ¡Tienes que poner en marcha primero la cabeza, y únicamente después los reflejos! Escúchame bien, Ksiva: ¡Otra metedura de pata y te corto en pedazos! ¡Lo que necesito es un equipo, no una cuadrilla de psicópatas que se disparan entre ellos! Gleb apenas se enteraba de la discusión de los Stalkers. Los pensamientos avanzaban con dificultad por su cerebro. La tensión nerviosa empezaba a ser evidente. Hizo un torpe intento de darse la

vuelta y golpeó una de las tazas de té con el pie. El líquido se derramó por el suelo. Pero Ksiva lo miró tan sólo un instante y le hizo un gesto tranquilizador. El muchacho respiró aliviado.

- —Estas pruebas provienen de lo alto. —El hermano Ishkari empezó de nuevo con su letanía—. Mediante las privaciones y la necesidad alcanzan la Redención los fuertes, pero los débiles y los confusos se verán arrastrados por el pecado y la muerte.
- —¿Qué es eso que farfullas, sectario? —Ksiva lanzó una mirada desafiante a Ishkari—. ¿Ahora quieres jugar conmigo? ¿De qué pecados me hablas?
- —Quien es débil de espíritu lo es también de entendimiento. Sus actos influyen como ninguna otra cosa en el destino de su prójimo. —El sectario siguió con la prédica sin prestar atención a la hostilidad del luchador—. Sólo los dignos pasarán el Rubicón, mas a los otros los aguardan la perdición y la putrefacción… la putrefacción y el olvido.

En esta ocasión nadie trató de calmar al enloquecido siervo de Éxodo. No les quedaban fuerzas. Su voz monótona y adormecedora logró que Gleb conciliara el sueño. Cada vez le pesaban más los párpados. El hornillo se apagó, pero nadie le prestó la menor atención. La pequeña estancia quedó sumida en la más absoluta oscuridad. El sectario dejó de murmurar y suspiró profundamente. Al otro lado de la puerta se oía el débil silbido de la circulación del aire por el túnel. Por un instante le pareció a Gleb que en el rumor de las hojas que el viento arrastraba sobre el asfalto se formaban palabras y frases. Ese susurro a duras penas perceptible, ese susurro incomprensible lo agobiaba, no le permitía pensar con claridad. Oyó la voz de Ksiva como si proviniera de la lejanía:

- —Yo soy el culpable de todo. Sólo yo. Sentía envidia de Belga. Admiraba su arma. Yo le dije: «¿Para qué quieres un Kalashnikov si llevas un arma como ésa en la mano?» Y él me escuchó. Dejó el Kalashnikov.
- —No insistas con eso —dijo entonces Cóndor—. Fue él quien decidió. Todo el mundo comete errores.
- —No, no... —Las palabras del comandante no habían convencido a Ksiva
  —. La salida de Okun también fue por culpa mía. Fui yo quien lo empujó a ello.
  Yo le decía que cómo podría fundar una familia si era pobre como una rata de cloaca. Siempre se reía, pero en el fondo eso lo afectó. Por eso siempre quería pillar algo. Ishkari tiene razón. El poder de las palabras es muy grande.

—Tonterías —le respondió Cóndor con voz apenas audible. Entonces bostezó y se volvió hacia el otro lado. La conversación no daba más de sí y el Stalker se durmió.

Gleb no se movía porque no quería llamar la atención de ninguna manera a Ksiva. No porque tuviera miedo del impulsivo luchador, no: simplemente no quería tenerlo como único interlocutor. En algún lugar, arrimado a la pared de enfrente, Ksiva jadeaba, y luego, de pronto, su jadeo dejó de oírse y las suelas de sus botas se arrastraron por el suelo.

—¿Eh? ¿Quién está ahí? Por qué... ¡Yo no lo sabía! ¡No quería!

El muchacho lo oyó, medio dormido. Ksiva hablaba en susurros, febrilmente, con otra persona, y la rechazaba una y otra vez. Parecía que el pobre diablo estaba totalmente fuera de sí.

A Gleb ya no le quedaban fuerzas para meditar las palabras de Ksiva... A duras penas lograba formular pensamientos claros. Al oír la respiración acompasada del Stalker, se dejó llevar por la corriente que había arrastrado a todos los demás después de aquel difícil día. El muchacho respiró más hondo, más lento. La frontera entre el sueño y la vigilia se desdibujó, se disolvió en un vaho nebuloso que le envolvió la conciencia y liberó del dolor sus músculos exhaustos. Poco a poco, su cuerpo se volvió ligero e ingrávido, y el muchacho comprendió que se había dormido. Gleb constató con asombro que su conciencia se había vuelto transparente como el cristal. En cuanto se hubo acostumbrado a esta nueva forma de percepción, trató en primer lugar de mover una mano, y luego la otra. Precavidamente, se puso en pie, sin sentir para nada el peso habitual de su cuerpo, y miró hacia abajo. Las piernas no estaban allí, todo su cuerpo había desaparecido. Estaba suspendido a medio camino entre el suelo y el techo, y entonces se dio cuenta de que, a pesar de la negra oscuridad que tendría que haberle impedido ver nada, podía reconocer las figuras de los Stalkers dormidos. El muchacho miró a su alrededor. Sus ojos se detuvieron en la puerta, por debajo de la cual se colaba una delgada línea de luz.

Gleb se calmó a sí mismo diciéndose que todo era un sueño y nadó hacia la salida, sin que su nueva situación le provocase ninguna incomodidad. El sentimiento de absoluta libertad lo embargaba. Sin el menor asomo de miedo, Gleb se dirigió hacia la puerta y salió flotando al túnel. Una luz irregular surgía del pasillo opuesto. Voló hacia allí, recorrió el estrecho pasillo de enlace y llegó

por fin al túnel de la izquierda.

Al instante lo asaltaron los sonidos: susurros nerviosos, sollozos, maldiciones. Por todas partes había gente, mucha gente. En el túnel refulgía una luz brillante y estaba abarrotado. La gente salía de sus coches, se quedaba quieta y escuchaba, asustada, los truenos lejanos. Gleb les pasó por encima de la cabeza y contempló sus rostros pálidos y temerosos. Su mirada se detuvo en una mujer que sostenía una niñita en brazos. La madre la miraba con pavor, apretaba el cuerpo de la niña contra el suyo. En sus ojos se veía el pánico. La niñita también tenía abrazado un osito de peluche contra el pecho y lloraba sin cesar.

Una luz deslumbrante resplandeció en las salidas más lejanas. El túnel retembló y aquellas gentes cayeron sobre el asfalto. Se oyeron gritos de terror. Los focos centellearon brevemente y luego se apagaron, la turbia luz del sistema de emergencia se encendió y los rostros aterrorizados quedaron bañados por la escasa iluminación. Entonces se oyeron truenos aún más fuertes y se levantó un viento que transportaba un aullido formado por muchas voces. En un abrir y cerrar de ojos, el túnel se llenó de una mezcla de arena y de basura.

Hubo quien trató de cubrirse el rostro con la chaqueta, otros volvieron a meterse dentro de los coches para guarecerse de las nubes de polvo. Gleb sintió que el calor aumentaba. En cuestión de segundos, la temperatura del viento subió, empezó a quemarles la piel. Los chillidos de dolor se entremezclaron en un murmullo turbador, un murmullo que no quería terminar. A lo lejos resplandecía una luz cegadora. El calor era insoportable. Las gentes empezaron a correr en todas direcciones. Algunos se dirigieron a la salida. El rugido era cada vez más poderoso. El túnel vibraba cada vez con más fuerza. El revestimiento de la bóveda se agrietó y empezó a caerse.

En un desesperado intento de salvar a su hija, la mujer trató de meterse en el coche más cercano. Sus pasajeros dejaron entrar a la niña y luego levantaron las ventanillas. La niñita golpeaba el cristal y miraba a su madre, pero ésta se quedó allí, como ausente, miró por última vez a su hijita y sonrió. Quería creer que con aquella medida desesperada había protegido a su niña de la inminente catástrofe.

Otras explosiones iluminaron el rostro de la mujer... y una ola de fuego recorrió el túnel. Hacía un instante que la mujer estaba frente al automóvil, pero entonces las llamas abrasaron su sonrisa y terminó por desaparecer. Así, de golpe, los gritos enmudecieron, desaparecieron bajo el fragor de las llamas. La

onda de choque reventó los cristales, los coches giraron por los aires, chocaron unos contra otros y se estrellaron contra la pared. El fuego que había invadido el túnel sin ninguna misericordia, como una ola voraz que todo lo engullía, abrasó en un solo instante a todas aquellas personas, con sus miedos, sus ruegos y sus problemas insignificantes.

Al cabo de unos minutos enloquecedoramente largos, todo terminó. El fragor de las llamas se acalló, la pared de fuego siguió adelante en su recorrido y perdió fuerza. El túnel entero, desde la bóveda hasta el suelo, se inundó de un humo corrosivo; el hollín dejó negras las paredes. Los esqueletos metálicos de los vehículos crujieron y se fueron enfriando lentamente. Las brasas deformes que aún se consumían y que poco antes habían sido seres humanos emitían calor de manera regular.

Gleb quería despertarse. Desesperado, trató de abrir los ojos, de cerrarlos con fuerza para no tener que ver aquel horror, pero frente a ellos permanecían las demenciales escenas de la tragedia que había tenido lugar, y no querían desaparecer. Llevado por el pánico, el muchacho trató de llegar al pasillo que conducía hasta el otro túnel, pero por todas partes encontraba paredes sin ninguna abertura.

Entre los ecos ensordecedores del silencio, crujió una puerta.

Gleb se volvió. En un automóvil cercano se exfoliaban grumos negros de materia carbonizada. La puerta se abrió ligeramente y un piececito de niña, embutido en una sandalia de colores, pisó el suelo. Quedó a la vista un vestidito infantil, y entre las volutas de humo apareció la niñita de antes... No tenía quemaduras por el cuerpo, ni hollín en sus mejillas rosadas. Sostenía con las manos un carbón humeante que poco antes había sido su oso de peluche.

Caminó entre las escasas llamas que aún ardían aquí y allá y le hizo un gesto a Gleb para que la siguiese. El muchacho la siguió como en trance por el largo túnel. Al llegar a la salida, se detuvieron. La niñita levantó su mano rechoncha y le señaló, sonriente, un cadáver abrasado e informe.

Gleb, atónito, contempló los restos carbonizados, hasta que se dio cuenta de que sus cenizas ocultaban una pieza de metal. Bajo los rayos del sol de poniente, vio la figura en relieve de un águila de dos cabezas. Su mechero.

La niñita, con la voz de Martillo, le dijo: «Estamos todos muertos desde hace veinte años. Nos hemos sepultado a nosotros mismos y erramos por el subsuelo

como espíritus que no han hallado reposo. Buscamos unas cosas y otras... y todo es en vano. Estamos muertos. No existimos».

—No, no, eso no puede ser... —gimió Gleb, y negó con la cabeza. No quería mirar, no quería oír, no quería creer—. Eso no puede ser.

El mundo empezó a dar vueltas a su alrededor como un tiovivo a toda marcha, las imágenes que tenía frente a los ojos se desdibujaron, se volvieron borrosas. Cuando Gleb volvió en sí, había oscurecido. Buscó el mechero y le dio una vuelta a la ruedecilla. A la luz de la pequeña llama vio el rostro inquieto de Nata.

—¿Qué es lo que murmurabas? ¿Tenías una pesadilla? —La somnolienta joven se desperezó, encendió la linterna y la acercó al reloj—. ¡Dios mío! ¿Y todos ésos siguen durmiendo? ¡Si casi es mediodía!

Nata se puso en pie y despertó a los luchadores. Éstos se levantaron torpemente, como si hubieran despertado de una borrachera. En la pequeña habitación hacía un calor agobiante, opresivo. Gleb sintió la necesidad de ir en busca de aire fresco.

—¡Qué absurdo, siento un zumbido en la cabeza! —Chamán se incorporó con dificultad.

Gleb se ató los zapatos con los dedos entumecidos.

—El aire se ha ido cargando durante la noche. —Cóndor se puso en pie con torpeza—. Como no hay ninguna abertura, tampoco entra aire fresco. Se ha acumulado el dióxido de carbono. ¿Verdad que tú también lo has notado, mocoso? Recoged vuestras cosas, llevamos demasiado tiempo aquí.

Los Stalkers buscaron entre su equipamiento. Estaban tan atareados que nadie se fijó en la puerta. Alguien había apartado la caja del transformador.

—¿Dónde está Ksiva?

Los rayos de sus linternas recorrieron las paredes de hormigón, iluminaron todos los rincones de la sala, pero no encontraron nada.

—¡Ah, maldita sea! ¡¿Es que se han puesto todos de acuerdo?! —Cóndor empuñó el fusil ametrallador que llevaba colgado al hombro y salió al túnel.

Los Stalkers siguieron precipitadamente sus pasos. Gleb iba detrás de su maestro. Tuvo un mal presentimiento. Cada vez costaba más avanzar, el túnel ascendía en una larga pendiente. La luz del día entraba por el recuadro que dibujaba su salida. Sobre el telón de fondo del cielo grisáceo reconocieron la

silueta de un hombre sentado en el suelo. El grupo se acercó con cautela a la solitaria figura. Ksiva estaba sentado de espaldas a la pared, sin moverse, con el rostro vuelto hacia la salida. Sus brazos reposaban sin fuerza sobre las rodillas.

—En pie, Stalker —dijo Cóndor con voz trémula—. ¡En pie te he dicho!

Gleb, aún aturdido, contempló el cuchillo manchado de sangre que había quedado sobre el asfalto. Entonces se fijó en que el luchador tenía unos cortes profundos en las muñecas y volvió el rostro hacia otro lado.

- —¡Ponte en pie! —Cóndor temblaba de la cabeza a los pies.
- —Cálmate. —El mecánico se agachó, poniendo cuidado en no pisar el charco de sangre, y le dio la vuelta a la cabeza flácida de Ksiva.

Una mirada vidriosa. Labios finos, sin sangre, cerrados hasta formar una línea recta.

Chamán lanzó una mirada de reproche al comandante.

- —¿Por qué le saliste con lo de la granada? Este tío ya tenía un par de tornillos flojos. La pasada noche no hacía más que hablar en voz baja pidiendo perdón por sus pecados.
- —¡No puede ser que Ksiva haya cometido semejante estupidez! Tanto él como yo habíamos sobrevivido a muchas otras cosas. —Cóndor contemplaba con los puños cerrados el cadáver del luchador, como si no acabase de creer lo que estaba viendo—. ¿Cómo es posible, hermano?
- —Quien es débil de espíritu, también lo es de entendimiento —dijo Ishkari, suspirando—. El túnel se ha apoderado de él.
- —El túnel... —Cóndor se agachó sobre el cadáver de su camarada y le cerró cuidadosamente los ojos—. No sé qué querías conseguir, Ksiva, pero te has equivocado. Te has equivocado del todo. Adiós.
  - —Tendríamos que enterrarlo —dijo la voz de Farid.
- —Es asunto vuestro. Yo montaré guardia. —Martillo se cubrió con la capucha, sostuvo el fusil de asalto pegado al cuerpo y trepó por un terraplén arenoso que se encontraba al lado de la rampa de acceso al túnel.

El prudente Chamán sacó una pala plegable que llevaba con sus cosas. Farid, Nata y él mismo buscaron un lugar tranquilo en la hondonada y se pusieron por turnos a cavar una tumba. Al cabo de unas pocas horas, todo hubo terminado: la torpe despedida, las breves palabras de los luchadores. Cóndor fue el único que no dijo nada. Gleb se fijó en lo chupada que se le estaba quedando la cara al

comandante durante los últimos días. Parecía reflejar en ella el dolor por cada uno de los muertos.

El grupo, ostensiblemente más reducido, abandonó el túnel y avanzó poco a poco por el montículo de arena. Gleb tardó en olvidar el rostro aterrado de Ksiva. Nubes de tormenta cubrieron el cielo como un manto grueso e impenetrable. De vez en cuando aparecía una luz resplandeciente entre las nubes, presagio de tempestad. No tardaron en oír el primer trueno. Después, de súbito, empezó a soplar el viento. Como si se hubiese liberado de pronto de su prisión. La naturaleza permaneció inmóvil mientras aguardaba la rebelión de los elementos.

Mientras ascendían por el montículo de arena, los Stalkers, inquietos, volvieron a elevar la mirada hacia el cielo plomizo. Tenían ante ellos la Isla de Kotlin. A lo lejos, a mano derecha, se divisaban los vagos perfiles de las ruinas de Kronstadt. Sin embargo, las miradas de los viajeros se volvieron hacia el otro lado. Cerca de la orilla, a la izquierda del dique, reconocieron, a pesar de la niebla, la silueta de un barco de grandes dimensiones.

#### 12

## EL ARCA

Pl ver la silueta del coloso de hierro, los Stalkers aceleraron el paso. Ninguno de ellos gritó ni demostró su alegría, porque tenían miedo de que les trajera mala suerte. Contemplaron con fascinación el perfil del crucero, que les recordaba el de un animal de presa. Se elevaba con orgullo sobre las aguas de la bahía. Las piernas les llevaron como por sí solas hasta el maravilloso hallazgo. Al fin, no pudieron contenerse y echaron a correr. Incluso el hermano Ishkari caminó más rápido. Mientras iban a toda velocidad por la orilla, olvidaron por completo su fatiga.

Gleb habría querido correr tras ellos, pero su maestro lo sujetó por la manga.

—¿Adónde vas con tantas prisas? ¿Olvidas todo lo que te he enseñado?

Martillo empuñó con firmeza aún mayor el AK-74 y observó la orilla. Maestro y pupilo se acercaron poco a poco sin perder de vista los alrededores. A pesar de las advertencias de su maestro, el muchacho contemplaba con fascinación aquel barco colosal. Lentamente se aproximaron a él. De todos modos, las brumas ocultaban gran parte del bajel e impedían admirarlo en toda su majestuosidad y grandeza.

La alegría se adueñó de Gleb. Todos los peligros y privaciones de la expedición habían merecido la pena. Por fin la habían encontrado: el Arca que iba a llevarlos a la Tierra Prometida. Mientras caminaba al lado de su maestro, el muchacho pensó en lo magnífico que sería pasear con él por las anchas avenidas de una ciudad sin peligros y respirar el aire cristalino del otoño hinchando el pecho, sin máscara de respiración. Qué lástima que sus padres no pudieran verlo.

Seguro que les habría gustado. Gleb sonrió al pensarlo.

Los otros Stalkers se encontraban bastante lejos de ellos. Se habían detenido en la orilla y permanecían en silencio frente al barco. Por el motivo que fuese, no hacían nada para llamar la atención de los tripulantes. Cóndor estaba inmóvil y tenía los prismáticos pegados a los ojos.

Cuanto más se acercaron a los otros Gleb y su maestro, más fueron los detalles que se revelaron a sus ojos. El barco estaba algo escorado..., había quedado varado sobre un banco de arena. Los costados estaban cubiertos de manchas de herrumbre, como si hubiese padecido la lepra, pero lo que más llamaba la atención era que en el costado izquierdo, que hasta entonces había quedado oculto, había un boquete muy grande. El espumeante oleaje entraba y salía del barco por el boquete con un ritmo monótono, como si se hubiera tratado de un puerto. A lo largo de todo el costado se había juntado una masa negra y ondulada de algas, vigas podridas y espuma de color anaranjado oscuro. Al parecer, alguien había abandonado el crucero muchos años antes sobre el banco de arena... como uno de tantos testimonios de una época pasada. La época en la que el ser humano había decidido transformar el mundo a su placer mediante armas de aniquilación. El mundo se había transformado. Ciertamente, no como el ser humano hubiera querido. ¿Cómo es que la codicia y la soberbia derrotan siempre al buen sentido? ¿Cómo había sido posible justificar por el «bien de la humanidad» las decisiones y actos más demenciales?

Los viajeros aún contemplaban el barco con la mirada perdida.

Por supuesto que nunca se habían creído los cuentos de hadas de Éxodo, pero, en el fondo, todos ellos habían esperado un milagro.

—Ah, hermano, ¿ésa es tu Arca? —Chamán miró de reojo al sectario.

Ishkari bajó la mirada lentamente hasta el suelo y no abrió la boca. Se reconocía en sus ojos la consternación y... no, la decepción, no, más bien la extrañeza, la incapacidad de creer en lo que había visto. Y, finalmente, el cansancio. Ishkari suspiró hasta lo más hondo.

Gleb no se sentía mucho mejor que el sectario. Una vez más, había vislumbrado un destello de esperanza, y ésta se había esfumado ante sus propios ojos. Era como si hubiera tendido la mano para agarrar algo y... se hubiese encontrado sin nada entre los dedos. La visión de la maravillosa ciudad se había desvanecido de golpe, y tan sólo le había quedado la desoladora visión del oleaje

estéril.

- —Tendríamos que registrarlo —le dijo Cóndor al guía.
- —No creo que la luz proviniera de ese barco. —Martillo le pasó el plano al luchador—. Kronstadt se hallaba en la trayectoria del rayo de luz. No sería nada probable.
  - —Tenemos que cerciorarnos. Vamos a verlo en persona.

Era evidente que Cóndor vacilaba. Cada día le quedaban menos hombres y no quería poner en peligro porque sí la vida de los luchadores que aún tenía a su cargo. Martillo se había dado cuenta del tormento que sufría el Stalker y dijo con decisión:

—Yo entraré. Esperadme aquí.

Martillo no le dio a Cóndor ninguna oportunidad de replicarle.

Dejó la mochila, el arma y el chaleco militar. Tras echar una ojeada al contador Géiger, se sacó la máscara, y también el traje aislante con todo lo que éste contenía. Gleb miraba furtivamente a su maestro. Una fea cicatriz le atravesaba la espalda en diagonal. En la pantorrilla izquierda se reconocía la marca de un mordisco. Tenía un surco cicatrizado en la piel del antebrazo, testigo de que en una de sus muchas escaramuzas le habían arrancado un jirón de músculo.

- —¿No se te habrá ocurrido meterte en el agua? Será mejor que busquemos algún medio para que llegues hasta allí.
- —Hace una eternidad que no me baño. Tal vez unos veinte años. —Martillo metió sus cosas dentro de una gruesa bolsa de plástico, se la ató al cinturón y cargó el fusil sobre el hombro—. No sé cuándo voy a tener otra oportunidad…
  - —¡Te quedará el cuerpo lleno de radiación!
  - —En tan poco tiempo, no. —Envainó el machete y se metió en el agua.
- —Esto es una locura —murmuró Cóndor, y empuñó el Pecheneg que hasta entonces había llevado al hombro.

Los Stalkers observaron en tensión mientras la silueta de Martillo se alejaba. El guía nadó con brazadas fuertes y bien calculadas. Le faltaba poco para llegar al boquete en el costado del barco. Sobre el telón de fondo del crucero se asemejaba a una diminuta pulga. Al cabo de un instante, desapareció en el interior del cuerpo del gigante.

—Parece que lo ha conseguido. ¡Ese condenado tiene suerte! —Cóndor,

aliviado, bajó el arma.

Martillo se izó con fuerza con los brazos y logró encaramarse a la rampa de hierro. Temblaba de frío. Abrió la bolsa y sacó sus cosas. Echó una rápida ojeada al contador Géiger. Todo estaba normal. Sintió como si le hubieran quitado un peso de encima. Encendió la linterna e iluminó las herrumbrosas entrañas del barco inundado. Una vez se hubo puesto de nuevo la máscara de respiración, miró a su alrededor y empezó a avanzar a lo largo de un mamparo. Las escaleras que encontró no inspiraban confianza, pero tampoco parecía que tuviese otra posibilidad. Martillo ascendió con precaución por los escalones podridos y llegó a una amplia sala: la sala de máquinas. En ella reinaba una atmósfera de desolación. Motores cubiertos de herrumbre, charcos anaranjados del agua que se había condensado sobre el suelo metálico, cables que colgaban, telarañas desgarradas... Un barco fantasma.

El Stalker no tardó en encontrar la salida a la cubierta del gigantesco barco, pero la inspección posterior de los camarotes no dio ningún resultado. Por todas partes lo mismo: objetos diversos tirados por el suelo, ropa sucia y medio podrida, marcos con fotografías amarillentas.

Incluso el breve registro del camarote del capitán terminó sin resultado alguno. Era como si alguien hubiese destruido intencionadamente toda la documentación. El Stalker subió por la escalera que conducía al puente de mando, pero la trampilla no se abría y tuvo que volver a salir a cubierta.

Un soplo de viento gélido le azotó el rostro. Martillo miró en todas direcciones y luego avanzó furtivamente por las galerías y escaleras exteriores hasta que por fin llegó al puente. ¿Adónde se habrían ido los tripulantes? ¿Cuánto tiempo llevaba el barco en aquellas aguas? ¿Era el Arca de la que hablaban constantemente los sectarios? Revolvió todos los almacenes y armarios en busca de algún indicio, pero no encontró nada que pudiese aclararle el destino que había sufrido el barco. Ni un cuaderno de bitácora, ni un registro de ninguna clase.

El Stalker sintió un cosquilleo en la nuca al percibir la mirada de un desconocido en la espalda, en la piel.

Martillo empuñó el fusil de asalto y se volvió bruscamente. En el camarote del capitán no había nadie, pero al otro lado de la ventana salpicada de espumas salobres vio una figura repugnante. Un pterodón.

El mutante se había posado sobre la borda y miraba fijamente los movimientos del hombre. Martillo se ocultó entre las sombras sin perder de vista al depredador. Nada contento con tenerlo allí, el pterodón emitió un chillido amenazador y desplegó sus alas con garras.

—Venga, venga, amiguito, tienes que buscarte otro lugar... —Martillo sostuvo en alto su Kalashnikov, abrió la ventana y disparó varias veces. Las balas hicieron saltar chispas al chocar contra la borda. El mutante se asustó y dio un brinco, abrió el pico y graznó, encolerizado—. ¡Fuera! ¡Vete de aquí!

Por fin, el monstruo se alejó, batió sus alas membranosas y se elevó con parsimonia hacia las alturas. Se despidió con un chillido penetrante y voló hacia el dique.

—Así está mejor...

Tan pronto como la criatura hubo desaparecido, Martillo dedicó su atención a la plataforma para hacer señales. Allí no había nada que tuviera interés por sí mismo, pero de todos modos había algo que no encajaba con el cuadro general. Como si faltase un detalle importante. Después de una nueva mirada por la ventana, el Stalker se dio cuenta de qué era. Había merecido la pena mirar por allí. Tomó nota mentalmente de este último descubrimiento y fue en busca de la salida.

Farid y Chamán se dedicaban a explorar una estrecha franja de vegetación que se había formado en la orilla. Inspeccionaron la maleza separándola con los cañones de los Kalashnikov. Nata anduvo también por la orilla y fue pateando mejillones. Miró al comandante y sonrió. A fin de matar el tiempo, Cóndor había sacado su preciado machete y estaba concentrado pasándole la piedra de afilar.

Gleb se había alejado un poco de las posesiones de su maestro y contemplaba el barco.

- —¿Ése no es el *Varyag*? —le preguntó a Ishkari.
- —No, muchacho. Tan sólo podrán contemplar el Arca quienes superen todas las pruebas sin temor. Hemos pasado muchas, pero no suficientes como para demostrarle a Éxodo nuestra fe y nuestro tesón por...
- —¿Qué no han sido suficientes? —lo interrumpió Nata, que se había dado la vuelta—. ¿Has dicho «no suficientes»?
- —Las pruebas y tribulaciones fortalecen el espíritu, porque los sacrificios son inevitables. Son el tributo que hay que pagar por la Redención de los que son

dignos.

—¿Tributo? —La joven estaba cada vez más sulfurada—. ¿Tú piensas que Okun, Belga, Ksiva y Humo sólo han sido un tributo? Sí, claro, y tú debes de ser el más digno...

La encolerizada Nata se encaró con el sectario. Éste retrocedió, pero no dejó de lanzar miradas desafiantes a la mujer

- —¡Cree y alcanzarás la salvación! Si no, te unirás a las filas de los mártires que tienen que caer para que los Elegidos se salven.
  - —Ah, sí, claro, los Elegidos.

Nata estaba a punto de arrojarse sobre el sectario, pero el comandante trató de tranquilizarla.

- —¡Déjalo, Nata! Como si fuese la primera vez que oyes esos disparates.
- —¡No son disparates, sino las doctrinas del Siervo de Éxodo! Hablas como un hereje. ¡Medita, si no quieres caer en la putrefacción igual que tus compañeros!

Cóndor no aguantaba más. Estaba a punto de saltar, pero la joven se le adelantó. Dio un brinco en dirección al sectario y se lanzó sobre él. Ishkari gritó, asustado, pero parecía resuelto a defender sus principios hasta el final.

Las máscaras de respiración cayeron por el suelo y los dos empezaron a pegarse. Al cabo de unos pocos puñetazos, la joven derribó al sectario sobre la arena y le dejó un ojo morado. La arrogancia había desaparecido del rostro de Ishkari, pero su boca, retorcida en una mueca, no dejaba de susurrar la letanía siempre idéntica, la letanía demencial.

—¡En comparación con ellos no vales nada! ¡Así que cierra la boca, asqueroso!

El hermano Ishkari miró, como acorralado, a la joven que se erguía frente a él.

—¡Que Éxodo esté conmigo! —gritó de pronto.

Y se arrojó con todas sus fuerzas contra ella. Ambos rodaron sobre la arena y derribaron también a Cóndor. Éste, fatigado, se levantó de nuevo y se lanzó sobre los otros dos para separarlos.

Los tres quedaron enzarzados. Al fin, el comandante logró ponerse en pie y separar a los dos gallitos de pelea. Sólo entonces se dio cuenta de que había perdido el machete durante el forcejeo. Miró en derredor. En la chaqueta de

Ishkari había aparecido una mancha roja. El sectario se puso en pie y palpó su propio cuerpo con pavor. No, la sangre no era suya. Ishkari respiró con alivio y miró a Cóndor con total perplejidad. Este último se volvió aterrorizado hacia la joven.

Nata estaba a su lado, tumbada en el suelo con el cuerpo encogido. Respiraba con dificultad y se cubría el cuello con las manos. Pero aquella herida no se podría restañar tan fácilmente. La sangre le brotaba entre los dedos y goteaba hasta el suelo.

¿De dónde?!

Un poco más arriba de la clavícula de Nata asomaba la empuñadura de un machete.

—No... —El luchador se dio cuenta de lo que había sucedido y se arrojó sobre la joven, se apoyó en el suelo con una rodilla y la tomó en brazos—. ¿Cómo es posible? Yo no quería... no podía... si antes no lo hubiera...

El cuerpo de Nata se agitaba convulsivamente. Al cabo de unos instantes dejó de moverse. Los ojos de la mujer se quedaron inmóviles, con expresión de asombro. Los Stalkers contemplaron la tragedia con absoluta estupefacción.

Cóndor aulló. El comandante profirió un grito prolongado, animal, lleno de dolor y desesperación. Entonces meció el cuerpo sin vida en sus brazos y se puso a sollozar.

Ishkari estaba tumbado en el suelo, a cierta distancia. Los labios le temblaban y de los ojos le brotaban gruesas lágrimas... Sus nervios tampoco lo habían soportado.

Poco más tarde, Cóndor se puso en pie y, dando un grito, se lanzó sobre Ishkari.

—¡Has sido tú! ¡Todo esto ha sido culpa tuya! ¡Tú eres el causante de todo!

El sectario estaba tendido en el suelo, con la cabeza entre los brazos, hecho un ovillo, y soportó humildemente los golpes del Stalker enloquecido de dolor. Era imposible saber cómo habría podido terminar aquello, pero Chamán apartó bruscamente al comandante.

—¡Ya basta! ¡Ya basta, te digo! ¡Haz el favor de dominarte!

Cóndor tenía el rostro vuelto hacia el suelo con mirada ausente. Finalmente, abrió los puños ensangrentados.

En ese instante se oyeron disparos en el barco. Gleb miró en dirección hacia

el mar, preocupado, y trató de encontrar la silueta de su maestro en el crucero. Pero fue en vano. De pronto se dio cuenta de lo débil que sería el grupo sin Martillo. Y de que siempre ocurría alguna desgracia cuando el guía se alejaba.

Desde que habían salido del metro los habían perseguido la mala suerte y el infortunio. El hombre había abandonado el mundo de la superficie y éste no quería su regreso. La misteriosa luz que los había atraído hasta allí se había extinguido, se ocultaba como un espíritu, un fuego fatuo. ¿Encontrarían el camino hacia la luz, hacia la esperanza, entre los terrores del mundo de la superficie? ¿Cuántos de los luchadores iban a regresar con vida? Quizá uno. Quizá ninguno.

—¿Por qué no habéis hecho detonar también un par de granadas? —Martillo se acercó a la hoguera que los viajeros habían encendido junto a la orilla—. Sois visibles a varios kilómetros de distancia.

Gleb corrió al encuentro de su maestro. Tan buen punto lo vio salir del agua sintió un enorme alivio. Martillo tendió ambas manos frente a la hoguera y se fijó por primera vez en el cadáver que habían cubierto con una tela. Por un momento se quedó absorto en su contemplación, y luego fue mirando uno por uno a todos los que estaban allí. De repente pareció encogerse y preguntó con la cabeza gacha:

—¿Qué ha ocurrido?

Cóndor le echó una mirada de reojo al guía, una mirada lúgubre, y pareció que quería decir algo, pero se lo pensó dos veces y volvió la cara hacia otro lado.

Finalmente se oyó la voz del mecánico:

—Ha sido un accidente. Se ha caído sobre un machete.

Martillo escuchó sus explicaciones sin pronunciar ni una sola sílaba. Durante todo el rato, Gleb buscó los ojos de su maestro bajo la capucha, pero el Stalker se la había puesto de manera que le cubriese el rostro como no había hecho nunca hasta entonces. Chamán enmudeció y el Stalker suspiró hasta lo más hondo.

Cóndor se puso en pie y se plantó frente al guía.

- —Bueno, ¿qué vas a decirme? ¡¿Qué?! ¡Sí, yo la he matado!
- —Sí, la has matado. —Martillo se puso en pie frente al comandante y le lanzó una mirada sombría directamente a los ojos—. Tú llamabas mocoso a mi muchacho, y vosotros sois como animales salvajes. Os vais a destrozar con los

dientes antes de que lleguemos a nuestro destino.

- —¿Ya está? ¿Eso ha sido todo? —Cóndor montó en cólera.
- —Mi deber consiste en llevaros hasta vuestro destino —respondió el Stalker con voz sorda—. Eso es lo que voy a hacer. Y sólo hablaré de lo que tenga que ver con ello. —Se calló y escrutó el rostro de Cóndor—. Tú mismo te vas a castigar por lo que le ha ocurrido a esa mujer.
- —Escucha, jefe —dijo entonces Chamán—. Tenemos que llevar a cabo esta misión. Y pienso que… que Martillo tendría que ponerse al frente del grupo.

El rostro de Cóndor se crispó visiblemente, pero no trató de llevarle la contraria.

Pocos días antes, al ver por primera vez al valeroso Stalker, Gleb no habría podido imaginarse que el comandante pudiese mostrar tanta indefensión y tanto abatimiento.

- —Marchaos todos al diablo —dijo por fin, sin levantar los ojos.
- —Ya sabéis cuáles son mis condiciones. —Martillo dispersó las brasas con la bota y apagó el fuego—. Si seguís todas mis órdenes, sin discutirlas, no morirá nadie más. ¿Lo habéis entendido todos? Los Stalkers asintieron con la cabeza. El guía se acercó al sectario, que se había sentado un poco más allá.
- —Y ahora te hablo a ti, zumbado. Te aconsejo que te guardes para ti tus prédicas. Como vuelvas a abrir la boca sin avisarme, te arranco la sesera, ¿ha quedado claro?

Ishkari hubiera querido replicarle, pero Martillo lo apuntó sin ambages con su fusil. Sintió tanto miedo al ver el Kalashnikov que asintió obedientemente. Martillo se metió la mano en el bolsillo, sacó un montón de fotografías y las arrojó sobre las rodillas del sectario. En torno a Ishkari quedó esparcido un montón de postales con ilustraciones de todos los barcos imaginables.

—Para tu colección. Las he encontrado en el crucero. Pero eres tú el que se entusiasma con las arcas…

Entonces Martillo se dirigió a Farid y le entregó un poquito de una sustancia gris y maloliente.

—Mastica. Mientras dure esta marcha, no quiero que nadie nos retrase. Es un musgo. Contiene sustancias estimulantes. Siempre será mejor que los productos químicos que os metéis.

El tayiko se lo metió en la boca sin chistar, hizo una mueca, y empezó a

#### masticar.

—La luz no procedía del crucero —continuó Martillo—, pero por lo menos ahora está claro lo que buscamos. Alguien se ha llevado el faro de señales del barco, y parece que no hace mucho. Alguien ha estado aquí antes que nosotros. Tened los ojos bien abiertos. ¿Alguna pregunta? —Los Stalkers permanecieron mudos—. Entonces, sigamos adelante. La siguiente parada será en Kronstadt.

El grupo se puso en marcha. Cóndor fue el único que se quedó al lado del cadáver de la joven.

- —No puedo... no puedo abandonarla de este modo.
- —Me parece que alguien tendrá que tomar la decisión por ti. —Martillo contemplaba, tenso, las nubes de tormenta que se agolpaban en lo alto—. ¡Todos a cubierto!

Los viajeros buscaron refugio bajo unos árboles no muy altos. Sus ramas, retorcidas de manera no natural, llegaban hasta el suelo. Cóndor los siguió al cabo de un instante de duda. Los luchadores se tendieron en el suelo y aguardaron sin moverse. Una gigantesca sombra descendió desde el cielo. Gleb estaba acurrucado y no se atrevía a levantar la cabeza, pero, al fin, se impuso la curiosidad. Una criatura gigantesca pasó volando sobre la orilla y levantó nubes de polvo y arena. Batía con fuerza las alas —los Stalkers se vieron atrapados en una poderosa corriente de aire— y abría surcos en la arena con sus garras gigantescas. El desconocido gigante arrastró tras de sí un verdadero torbellino de ramas, hojarasca y arena, y luego se elevó, giró majestuosamente y voló hacia el norte. El cuerpo de la joven había desaparecido. Tan sólo unos profundos surcos en la arena recordaban el lugar donde había estado.

—¡Santa Madre de Dios...! Me parece que el peligro ha pasado —susurró Chamán.

Cóndor sollozaba débilmente. Inspiraba lástima.

- —Pero cómo... Nata... Esto es inhumano.
- —Vámonos ya. —Martillo le dio una palmada en el hombro—. En este mundo no hay nada que sea humano.

Anduvieron sobre la tierra putrefacta y miraron con miedo a los cielos. La monstruosa criatura ya no era visible, pero la naturaleza les preparaba otra sorpresa.

En lo alto titiló de nuevo una luz brillante y todo el lugar quedó bañado en un

insoportable resplandor. Un trueno ensordecedor hizo que los viajeros bajasen instintivamente la cabeza. Las primeras gotas martillearon la tierra y los salpicaron. De pronto, el rumor de la lluvia se transformó en estruendo y crepitar. Su rítmico golpeteo se volvió cada vez más fuerte y silenció las bruscas llamadas que los hombres se dirigían entre sí.

Los elementos se habían desatado. Un viento racheado sopló de cara contra los luchadores en un intento vano por detener su avance. Los viajeros se obstinaron en seguirle los pasos a Martillo, con la cabeza inclinada hacia adelante. El tenaz Stalker no parecía darse cuenta del mal tiempo, sino que caminaba infatigablemente con sus botas militares sobre la mugre del camino.

Gleb se quitó el agua de los anteojos y anduvo en pos de su maestro sin pensar. Uno, dos, uno, dos. No se desvió. Un único pensamiento daba vueltas en su cabeza: que todo aquello terminase rápido. Estaba fatigado de cuerpo y de espíritu. Harto de abrigar esperanzas, de aguardar con devoción un milagro, de defraudarse, de temer. Ya no lo ayudaba pensar en la tierra de sus sueños. Lo único que aún sentía era un sordo agotamiento, apatía, y la tierra húmeda bajo sus pies.

Uno, dos... Gleb se volvió, abstraído, y vio a Farid. El luchador vacilaba, sus piernas no lo obedecían, pero seguía adelante con testarudez. Le pareció que le había guiñado un ojo, como si hubiera querido decirle: «¡Ten valor, muchacho, lo vamos a conseguir!» Gleb se avergonzó. Había vuelto a acobardarse, aunque los demás estuvieran mucho peor que él.

Farid estaba herido, Cóndor se maldecía a sí mismo por la absurda muerte de Nata, Ishkari estaba abatido porque su mito del Arca se había hecho pedazos.

De pronto, el muchacho se sorprendió a sí mismo al decir en voz alta:

- —Mi padre decía que en la tierra hay muchos otros lugares como nuestro metro. En otras ciudades, en todo el mundo. Decía que llegaría un momento en el que todos ellos contactarían, se visitarían los unos a los otros y comerciarían.
  - —¡Que tus palabras lleguen a oídos de Dios! —le respondió Chamán.
  - El tayiko se animó y declaró con satisfacción:
  - —El metro de Moscú es el más grande. Me lo explicó mi tío.
- —¿Y no te dijo nada sobre el de Londres? —replicó entonces Martillo—. El más grande es el de allí.
  - —¿Cómo que el de Londres? Mi tío hizo negocios en Moscú. Luego se

marchó a Piter.

—Sí, en su día excavaron túneles semejantes a lo largo y lo ancho de la madrecita tierra —dijo el mecánico, y se volvió hacia Ishkari—. ¿Por qué no dices nada? Antes no callabas nunca.

El tayiko sonrió.

—Martillo le ha prometido que le pegará un tiro en la cabeza si habla. Por eso está callado.

Como si alguien se lo hubiera ordenado, los Stalkers se echaron a reír. Así se rebajó un poco la tensión.

Chamán suspiró, perdido en sus ensueños.

—¡No puedo hablar por otros países, pero los nuestros han lanzado sus señales al éter! Era una señal débil. Probablemente provenía del transformador que se encuentra cerca de aquí. ¿A ti qué te parece, Martillo? ¿Vamos a encontrar una luz al final del túnel?

El guía no respondió en seguida, sino que pareció titubear y tensó la correa del fusil.

- —No me gustan las conjeturas. Si sobrevivimos, ya nos enteraremos. Y vamos a sobrevivir, ¿verdad que sí, Gleb?
  - —¡Sí, vamos a sobrevivir!

El muchacho sonrió, más animado. También los demás se dejaron contagiar por su buen humor y empezaron a andar a mayor velocidad. No en vano había dicho Ksiva que las palabras tienen una gran fuerza. Lástima que no lo tuvieran ya con ellos. Fuerza era lo que iban a necesitar. Se hallaban frente a la ciudad. Gleb presintió que encontrarían allí las respuestas, y que las respuestas no los defraudarían. Así es la naturaleza del hombre: por mal que se vea, no abandona jamás la esperanza.

#### 13

### LA NECRÓPOLIS

Tan pronto como se hubieron acercado a la terminal de contenedores, los contadores Géiger dieron de nuevo la alarma. No enmudecieron hasta que el grupo dio un rodeo en torno al área de peligro y la dejó atrás. Los prismáticos les dieron una imagen clara de los montones de cajas de hierro alargadas, así como del lugar donde los contenedores de mercancías, como dados arrojados por el suelo, en caótica confusión, yacían en desorden y bloqueaban el paso. Gleb se imaginó la fuerza que debía de haber tenido la onda de choque que había pasado por allí y arrugó la frente.

Se acercaron desde el noroeste a las grandes casas de pisos del Distrito 19. Los edificios se habían conservado bien. Tan sólo el revestimiento se había deteriorado bajo la presión del viento que había soplado a lo largo de los años. Las fuentes de hormigón de los patios interiores habían quedado cubiertas por tupidos hierbajos. Las casas parecían vacías, igual que en San Petersburgo. Martillo contempló el panorama con detenimiento y guió al grupo por la ronda que circundaba la parte nueva de la ciudad.

Poco más tarde, los edificios se volvieron más escasos. Los viajeros tenían ante sí los dos kilómetros de asfalto reventado de una calle totalmente recta. Hasta ese momento el desolador paisaje no les había dado ninguna sorpresa, aunque Chamán no perdiese ninguna oportunidad de comunicarles sus observaciones:

—Primero la plaza, luego la calle, y ahora llegamos a la carretera de Kronstadt. Una nueva señal, ¿verdad, Cóndor? Si tan sólo supiéramos si es

buena o mala...

Cóndor no le respondió. A cada paso que daba, estaba más apático. Parecía que se lamentara alternativamente por la muerte de Nata y por sí mismo. Caminaba al final de la hilera, sin prestar atención a lo que pudiera ocurrir a sus espaldas. Al darse cuenta, Martillo le ordenó a Chamán que cerrara la marcha.

La lluvia había aflojado, pero aún lloviznaba. La calle estaba enfangada, y en los incontables charcos se reflejaban las nubes cada vez más claras. Incluso el viento había perdido fuerza y poco a poco se volvía más suave, como si estuviera fatigado.

El mecánico negó con la cabeza.

—Todo está húmedo y enfangado... Kotlin no quería que viniéramos.

Gleb lo oyó, y preguntó:

- —¿Qué significa exactamente ese nombre?
- —Es por la Kotlovina.<sup>[15]</sup> ¿No habías oído nunca ese nombre? Desde tiempos inmemoriales llaman así a la bahía del Neva.
- —También hay otra leyenda —intervino Martillo—. En otro tiempo se instalaron aquí los suecos. Un destacamento de vigilancia.
  - —¿Los suecos? —preguntó el muchacho.
- —Sí, vendrían a ser como ahora los vegetarianos, sólo que... —el guía calló mientras buscaba las palabras—. Bueno, dicho brevemente: extranjeros. Cuando nuestro zar Pedro llegó a la isla con sus barcos, los suecos se habían marchado ya. Con tantas prisas que se habían dejado una hoguera sin apagar. Y sobre la hoguera había una marmita con comida. Y por eso decidieron que a la isla la llamarían Kotlin, es decir: «Isla de la Marmita».<sup>[16]</sup>
- —Pues ahora mismo esa marmita me vendría muy bien... —dijo Farid, anhelante.

Mientras conversaban, recorrieron a gran velocidad buena parte del camino. No tuvieron ningún incidente más durante la marcha, y los viajeros llegaron sin sufrir ningún daño al casco antiguo de la ciudad. Las calles vacías los recibieron con un silencio antinatural, un silencio que los obligó a aguzar el oído. No se oía ni rumor de hojas ni aullidos de animales de presa. Parecía que el tiempo se hubiera detenido, como si careciese de poder alguno sobre el sueño eterno de la ciudad abandonada.

Gleb se dio cuenta de que la fauna de la isla aún no se había dejado ver.

¿Habrían muerto todos? Tal vez los mutantes no pudieran llegar hasta allí. Al fin y al cabo, nadie sabía lo que había sucedido con el trecho septentrional del dique.

El grupo pasó de un bloque de edificios a otro y se adentró cada vez más en las ruinas invadidas por la espesura. Las casas ruinosas y lúgubres transmitían una sensación de asfixia. El vacío y el olvido se habían adueñado de todo el lugar. Daba congoja caminar por las calles mudas y abandonadas, pasar frente a los marcos de ventanas claveteados y las oscuras fauces de los accesos encharcados. ¿Qué podía haber allí, en el interior de aquellos repulsivos edificios? Mientras andaba sobre el pavimento cubierto de arena, Gleb palpaba una y otra vez el cañón de su pistola. La extraña sensación de que alguien lo miraba no lo abandonó ni un solo instante. Su maestro pareció haberse dado cuenta también; miraba intranquilo a su alrededor y no perdía de vista los tejados cubiertos de musgo.

—¡No bajéis la guardia! —Martillo aceleró el paso.

No muy lejos de allí se oyó un crujido prolongado. Los Stalkers se estremecieron. Empuñaron con fuerza las armas. El guía avanzó con suma concentración a lo largo de las paredes de los edificios, pero pronto comprobaron que su preocupación no tenía fundamento. Encontraron una puerta que se abría y cerraba sin cesar, empujada por el viento. Sus goznes herrumbrosos crujían con fuerza... Una triste serenata en honor de los huéspedes no invitados.

- —¿Echamos una ojeada dentro? —Martillo señaló una puerta con el dedo.
- —¿Por qué ahí? —El mecánico miró con desconfianza la siniestra entrada de la casa.
- —¿Y por qué no? Cualquier información que consigamos nos irá bien. Tampoco estaría nada mal que encontráramos vendajes nuevos para Farid.

El tayiko asintió con la cabeza para expresar su gratitud. Los viajeros se dirigieron al interior. Subieron varios pisos y cruzaron la primera puerta que se les ocurrió. El muchacho sentía un vivo interés por saber cómo eran las casas en las que habían vivido los humanos de antes. Un breve corredor, parqué negro enmohecido. Bajo la gruesa capa de moho se reconocían a duras penas los jirones de papel que aún aguantaban en las paredes. Lo mismo ocurría en las habitaciones. Sólo que allí había más muebles. En el dormitorio había una cama que de puro vieja apenas se aguantaba en pie y los restos de un armario ropero.

La humedad de tantos años había dejado manchas de color verde grisáceo en el techo. Las cochinillas habían prosperado en las grietas de los marcos de las mohosas ventanas.

No parecía un lugar confortable. Gleb se acordó con nostalgia de su camastro y su frazada de lana en el área común de viviendas de la Moskovskaya. Lo asaltó el recuerdo de los encuentros nocturnos en torno a una hoguera, de las veces que había jugado a los Stalkers con los niños de sus vecinos, de los escasos servicios de guardia en los puestos avanzados, de los días de mercado, cuando las caravanas de los colillas llegaban a su estación. Todas esas imágenes se habían difuminado en el recuerdo y le parecían muy lejanas. Eran muchas las cosas que habían cambiado en su vida, pero Gleb deseaba con todo su corazón poder compartir esos cambios con todos cuantos aguardaban en el subsuelo y habían depositado sus esperanzas en el éxito de la expedición. Gleb trató de imaginarse cuánto iban a alegrarse todos ellos —el tío Nikanor, Palych y los demás—cuando supieran que... En ese mismo instante, el muchacho se fijó en algo que lo hizo salir del imperio de los sueños y le recordó que se hallaba en las inhóspitas ruinas de Kronstadt.

Sobre una mesa pequeña e insegura reposaba un plato de porcelana en perfecto estado, decorado con una ilustración de una ciudad de noche. Un puerto iluminado por luces brillantes, rodeado de casas que adornaban la orilla y de cuyas ventanas surgía una luz agradable. Había barcos magníficos en la ensenada. Al pie de aquella ilustración de colores alegres había una palabra escrita con trazos sencillos, una palabra aislada, pero rotunda e inquietante: Vladivostok.

Gleb se quedó allí sin moverse, boquiabierto. Se había quedado sin aliento, pero sus labios susurraron en silencio «la Tierra Prometida».

Ishkari se puso a su lado y señaló la ilustración con mano temblorosa.

—Ah, hermanos en el espíritu, ¿habéis encontrado vuestro paraíso? — Martillo sonrió con sorna—. Ven, Chamán, vamos a explorar el piso de enfrente. Farid, ¿has cogido las vendas?

Los luchadores se dirigieron a la salida. Por un instante, el muchacho y el sectario se quedaron solos. Contemplaron en silencio la ilustración sin llegar a hartarse. Gleb no se atrevía ni siquiera a suspirar para no poner fin al silencio. Ishkari asintió con la cabeza en dirección al muchacho y le señaló el plato con

los ojos. Gleb tomó cuidadosamente en sus manos el frágil objeto, dudó por un instante, y luego se lo entregó a Ishkari. El sectario miró al muchacho con gratitud en los ojos, pero vaciló en coger el valioso hallazgo.

- —Tú has visto lo mismo que yo. Es una señal que viene de arriba. Seguimos el camino correcto.
  - —Me imagino que esto debe de pertenecer a Éxodo.
- —Quédatelo tú, muchacho. Todavía reconozco la duda en tu alma, pero este objeto te fortificará en tus creencias. Así quizá también podrás pisar la ciudad de nuestros sueños.

El muchacho asintió, estrechó el plato con prudencia contra el pecho, recogió la mochila, envolvió el hallazgo con el jersey y se lo llevó.

—¡Nos marchamos, Gleb! —Era la voz de Martillo.

Bajaron a toda prisa por la escalera y dieron alcance al Stalker. El muchacho sonrió: ante sus ojos se hallaba todavía la imagen de la lejana ciudad. Simplemente, no podía imaginar que una belleza como aquélla llegase a desaparecer. No. Aún debían de existir en algún sitio tierras intactas, como las de antes de la catástrofe. Y si de hecho existían, las encontraría. Sin lugar a dudas. Porque no estaba bien que los seres humanos languidecieran en la humedad del subsuelo, ni que lucharan hasta verter sangre por la última migaja de alimento, y que no se atreviesen ni siquiera a asomar la nariz a la superficie. Por mucho que Martillo pensase que no se había salvado nada... Gleb iba a demostrar que su maestro se equivocaba. Que todos los que habían abandonado la esperanza se equivocaban.

Creería en ello hasta su último aliento... igual que habían creído sus padres.

Los Stalkers avanzaron en fila india. Se esforzaban por no hacer ruido. El muchacho leyó Lenin-Prospekt en una placa sobre una pared deteriorada. El guía se detuvo allí y estudió el plano. Gleb se acercó y trató de echar una ojeada al papel raído que Martillo tenía en las manos.

—Ahora mismo estamos aquí, en la calle de Besymjanny —explicó el guía, y siguió con el dedo las líneas a medio borrar—. Podríamos llegar hasta el puerto, o…

El muchacho no oyó más. Un extraño reflejo en el suelo le llamó la atención. Gleb se acercó al misterioso hallazgo, lo contempló de cerca, rozó su lisa superficie con la suela del zapato y apartó a un lado un montón de hojas y de

arena húmeda. Luego se arrodilló y descubrió con sus propias manos un par de metros cuadrados de superficie. Encontró una losa de granito entre los adoquines. Sobre ella estaba dibujado lo que claramente era un plano de la isla que de mala gana les desvelaba sus secretos. Una estrella, cuyas puntas señalaban los cuatro puntos cardinales, confirmó sus suposiciones. El monumento estaba enmarcado por cuatro esferas de hierro colado y una gruesa cadena medio hundida en la tierra.

En un primer momento Gleb no descubrió lo más interesante.

Sobre uno de los segmentos del plano había un signo de un color llamativo, aunque difuminado con el paso de los años. El muchacho lo reconoció como el símbolo de la muerte: una calavera con dos huesos cruzados. Abstraído en la contemplación de su hallazgo, no se dio cuenta de que los Stalkers se le acercaban por detrás.

- —Esta noche se pone interesante —dijo Martillo al ver la losa—. Ese signo marca los astilleros de Kronstadt.
- —Parece que nos has dejado clara la próxima etapa del camino, muchacho.
  —Con aire suficiente, Chamán comparó el plano de granito con el de papel—.
  Sí, ésa es la dirección en la que íbamos.

Gleb se había animado con su descubrimiento y corrió detrás de los otros. Se acomodó la boquilla de la máscara de respiración y sonrió ante sus propios pensamientos. Se alegraba de haberse convertido en el centro de atención de los experimentados Stalkers y de haberlos ayudado, aunque sólo fuera un poco.

Dejaron atrás la calle y se encontraron con un foso largo y ancho, lleno hasta arriba de un espeso caldo de algas podridas. Bajo la superficie cubierta de verdosas lentejas de agua se apreciaba un movimiento constante. Gleb hizo una mueca. Había visto en una ocasión cómo se trataba a un enfermo con sanguijuelas. No había sido nada agradable. Aquello tenía el aspecto de estar habitado por criaturas parecidas.

—El canal de circunvalación —observó Martillo mientras pasaban a su lado.

El muchacho había imaginado que el guía iba a conducirlos hasta el puente que se divisaba a lo lejos, pero Martillo los llevó sin vacilar hasta las ruinas de un derrumbe que bloqueaban el canal. Unos montículos formados mitad por grava y mitad por cascotes de hormigón emergían de las aguas. Los demás obedecieron sin chistar las órdenes de su guía. Habían comprobado en varias

ocasiones que Martillo no se equivocaba.

Atravesar el foso no fue tan difícil como Gleb había imaginado al principio. El grupo pasó por un imponente hangar cuyo techo se había venido abajo y se quedó en el límite de las Dársenas de Pedro. Así era como el maestro había llamado a aquel lugar. El muchacho iba a preguntarle por el significado de esa palabra, pero Martillo se adelantó a explicárselo:

—Es el lugar donde reparaban los barcos. Se vaciaba el agua y el barco se posaba en el fondo por su propio peso... Se encuentran más hacia allá. Por lo demás, se trata de unas dársenas históricas. Pedro el Grande en persona colocó la piedra angular.

Gleb contempló el fondo del canal. Estaba revestido con losas cuadradas de piedra. Y no comprendió por qué su maestro, por lo general tan reservado, había hablado de pronto con tanto respeto. Lo único que había allí eran dos canales en forma de cruz con una fosa más profunda en la intersección. Habían tenido que excavar mucho más para construir el metro.

Los Stalkers descendieron con muchas precauciones hasta el fondo del canal. Los restos del recubrimiento de piedra estaban cubiertos de hierba.

En el centro de la fosa había un pozo, indudablemente para vaciar el agua. Por puro instinto, el muchacho se mantuvo lejos del pozo y dio un precavido rodeo para sortearlo.

Mientras exploraban la dársena, encontraron aquí y allá montones de raíces y heno podridos. Había excrementos secos por todas partes. Pese a las máscaras, les llegaba el olor a putrefacción.

- —¡Aquí tenían ganado, apostaría por ello! —exclamó categóricamente Chamán—. ¡Claro, les resultaba muy cómodo! No era necesario tener a alguien para guardarlo, y había hierba de sobras.
- —Ahora sólo nos faltaría encontrar a los pastores... —Martillo inspeccionó sistemáticamente la maleza que crecía en los bordes del canal—. Este sitio no es demasiado agradable. Sigamos adelante.

Descubrieron la cúpula de una catedral entre los árboles. A Gleb le hubiera gustado acercarse al grandioso edificio, pero su maestro, como para llevarle la contraria, se encaminó en otra dirección. Dejaron atrás las ruinas de varias casas y llegaron por fin a la calle Petrovskaya.

—Y ahora en línea recta. Los astilleros se encuentran a un tiro de piedra.

El muchacho forzó el cuello y trató de ver lo que había más adelante. Al cabo de un momento volvió a tener la sensación de que alguien lo miraba fijamente desde algún sitio. Al parecer, Martillo también había notado algo, porque se echó a correr sin aviso previo por la calle empedrada, cruzó hasta la otra acera y se escondió en la entrada de una casa. El resto del grupo corrió tras él. El Stalker entró en el patio, aguardó sin moverse y escuchó. Silencio. Allí había otra fuente de hormigón y más casas vacías. Martillo estaba a punto de salir de nuevo a la calle cuando se oyó un terrible grito de pánico. Los viajeros volvieron atrás y encontraron al aterrorizado sectario. El hermano Ishkari estaba sentado sobre el asfalto, señalaba con el dedo unos matorrales cercanos y murmuraba, como paralizado:

- —Allí... hay algo. Lo he visto. ¡Ha... ha aparecido de pronto y... se ha marchado corriendo!
  - —¡Quedaos ahí! —Martillo desapareció en la espesura.
- —¿Qué es lo que has visto? —le preguntó Chamán al sectario. Parecía que éste hubiera perdido el entendimiento. Estaba sentado con las piernas cruzadas y tartamudeaba para sí mismo palabras a duras penas comprensibles.
- —¡Diablo! Nos utilizas como a una bota de fieltro desparejada. No puedes atraerlo y arrojarlo, sería demasiada pérdida.

Entretanto, el guía había regresado, pero no pudo informar de nada nuevo. El grupo siguió adelante, pero en todo momento vigilaron el entorno mediante las miras de los fusiles. Se acercaron a una casa pequeña, de dos pisos, sobre cuyo tejado se leía en grandes letras: ASTILLEROS.

—La entrada…

Los Stalkers atravesaron un pequeño porche lleno de basura y cristales rotos y entraron en la zona de trabajo.

- —¿Adónde iremos ahora?
- —No tengo ni idea. —Martillo echó miradas lúgubres en todas direcciones —. Sólo he estado una vez en un astillero. Aquí encontraremos todo lo imaginable: dársenas, embarcaderos... Trataremos de pasar por los talleres. Como decía el cuento: «¡Ve! ¿Adónde? No lo sé ¡Eso es lo que me traerás! ¿El qué? ¡Ya lo verás!»<sup>[17]</sup>

Dejaron atrás varios edificios ruinosos, en algunos casos totalmente derruidos. Dondequiera que mirasen los Stalkers, encontraban siempre una

misma imagen: montones de ladrillos rotos, restos herrumbrosos de máquinas herramienta, todos ellos cubiertos por una gruesa capa de polvo. En una de las casetas de vigilancia se agitaban las últimas llamas de una hoguera reciente, aún sin extinguir. En las cenizas que habían quedado sobre la chapa metálica del suelo se reconocían las huellas de una bota. Un cazo ennegrecido por el hollín colgaba de un trípode improvisado con tres maderas.

—Parece que los señores de la casa no se preocupan mucho por agasajar a sus huéspedes. Se esconden como cucarachas de cocina.

El mecánico carraspeó con inquietud.

- —Hay cucarachas que matan en un instante.
- El grupo reanudó su camino hacia el oeste. Su tensa búsqueda se alargó durante una hora y se les hacía cada vez más difícil.
- —Ni carteles ni conductos de ventilación —murmuró el mecánico en voz baja—. El guía asintió y miró de un lado a otro.
- —En aquel plano de piedra había un signo —observó el tayiko mientras jugueteaba con su *tasbih* entre los dedos—. No tendríamos que haber venido.

Edificio tras edificio, los viajeros exploraron gran parte de los astilleros. Al fin les llamó la atención una calleja que discurría entre dos pabellones. De un extremo a otro había todo tipo de objetos abandonados en absoluto desorden: canillas vacías, taquillas medio inclinadas, piezas de metal soldadas... Gleb se imaginó un gigante que hubiera arrojado los pesados armarios unos contra otros, como un niño con sus juguetes. Tenía la sensación de que alguien había recogido trastos por todos los astilleros y los había arrastrado hasta allí, pero luego había cambiado de opinión y había abandonado su ocupación sin sentido.

Descubrieron todavía más trastos en un callejón sin salida adyacente que quedaba oculto tras una esquina. Como si se hubiese tratado de la tienda de un quincallero, las paredes quedaban ocultas tras los montones de chatarra y piezas de maquinaria.

- —¿Un vertedero de basuras? —sugirió Farid.
- —No exactamente... Creo que hemos encontrado el refugio antiaéreo. Martillo contempló unas gruesas letras escritas en la pared sobre uno de los montones de chatarra.

La inscripción era perfectamente legible y decía: ¡QUEMAOS EN EL INFIERNO, BASTARDOS! Gleb contemplaba con asombro aquella serie de

barricadas que alguien debía de haber levantado con mucho esfuerzo. Daban la impresión de llevar mucho tiempo allí: la arena se había acumulado entre las vigas herrumbrosas y había permitido que crecieran cardos de denso follaje. ¿Quién se habría atrincherado allí? ¿De quién habían querido protegerse? Y nuevamente aquella palabra: «bastardo». Aunque lo había estado pensando desde el primer día de la expedición, Gleb aún no había logrado entender su significado. Un bastardo... tenía algo que ver con la reproducción... ¿Quizá se refería a personas deformes desde su nacimiento?

- —Durante los primeros días después de la catástrofe vi cosas semejantes explicó Martillo—. Todos los desgraciados que no pudieron refugiarse en el metro acechaban a las expediciones que salían a la superficie. Primero les pedían que los llevaran abajo y luego empezaron a asaltarlos. Llegaron al extremo de tratar de bloquear la estación Park Pobedy: amontonaron todo tipo de objetos a la salida de la escalera eléctrica. Pobres diablos. Lo que se llega a hacer en momentos de desesperación…
- —Entonces, ¿piensas que aquí no vamos a encontrar nada? —Chamán le propinó una patada a un trozo de metal.
  - —Eso no lo decido yo. He cumplido mi misión: estamos en Kronstadt.

Martillo interrogó con la mirada a Cóndor.

Éste se le acercó con pasos lentos, aparentemente de mala gana.

- —La única hipótesis con la que trabaja la Alianza es la del refugio antiaéreo. Aunque no hubiese nada, tendríamos que asegurarnos. Y averiguar si allí abajo podríamos encontrar recursos de verdad.
- —Pues entonces será mejor que vayamos al grano. —El mecánico dejó su mochila en el suelo—. Farid, saca los explosivos, vamos a despejar el camino.
- —Durante la Gran Guerra Patriótica, un avión arrojó una bomba sobre el búnker —le explicó Martillo a su pupilo, sin perder de vista el entorno—. Los que en ese momento estaban metidos en trincheras y sótanos lograron sobrevivir, los demás murieron. Entonces introdujeron modificaciones en el refugio antiaéreo. Para evitar que el desastre se repitiera. No tengo ni la menor idea de lo que podemos descubrir detrás de toda esa chatarra.

Contemplaron la barricada. Chamán y Farid habían preparado la carísima dinamita. Aquella explosión iba a costarles una fortuna, de acuerdo con lo que se consideraba habitual en el metro. Casi toda la dinamita se había empleado en su

momento para abrir nuevas galerías, para ampliar el espacio habitable de las estaciones. El propio Martillo no llevaba más que unos pocos cartuchos.

—¡Ya está a punto! —El mecánico desenrolló el cable hasta la esquina de la calle adyacente—. Podemos proceder.

Los Stalkers pegaron el cuerpo a una pared de ladrillo y aguardaron sin moverse.

—Cubríos los oídos y abrid la boca.

Gleb se apresuró a seguir las indicaciones de su maestro. Al instante, se produjo una explosión ensordecedora. La tierra tembló bajo sus pies y sintieron un fuerte zumbido en los oídos. Al otro lado de la esquina se había formado una columna de polvo y de esquirlas de metal. Un humo de color anaranjado inundó la calleja.

—¡*Shaitan*! Vaya estruendo —Farid fue el primero en asomarse por la esquina y desapareció entre las nubes de humo.

Los demás lo siguieron. Poco a poco, el humo se aclaró y los Stalkers pudieron contemplar la imagen de destrucción. Por todas partes había piezas metálicas herrumbrosas. Allí donde se habían imaginado que se encontraba la entrada había quedado al descubierto un gran agujero. A cierta distancia se hallaban los fragmentos de la puerta arrancada de sus goznes.

En cuanto se hubieron acercado, los Stalkers descubrieron un pasillo alargado que descendía hacia las entrañas de la tierra. En las gruesas paredes de hormigón se veían arañazos y agujeros. Alguien había hecho intentos desesperados por salir del refugio antiaéreo... y, visiblemente, habían sido en vano. Los Stalkers bajaron por la escalera y salieron a un estrecho rellano, frente a una puerta de seguridad abierta, en la que también se reconocían arañazos y abolladuras.

—Según parece, tenías razón, Stalker. —El mecánico iluminó la puerta y examinó el metal abollado—. Algunos de los que en aquella época no lograron entrar en el metro trataron de meterse aquí por la fuerza. Y los que estaban dentro trataron de salir. En cualquier caso, se fastidiaron los unos a los otros tanto como pudieron. No sé si tiene ningún sentido ir ahí abajo…

Martillo se ciñó el chaleco blindado, empuñó el fusil de asalto, echó una mirada al grupo y dijo:

—Comprobad que las armas y las linternas funcionen. Vamos a bajar.

## EL REINO DE LAS TINIEBLAS

Intraron en la sala de descontaminación. Los rayos de luz de sus linternas se abrieron paso en la oscuridad. Las sonoras pisadas de sus botas militares fueron el primer sonido que se oía desde hacía muchos años en aquel sitio oscuro y abandonado de Dios. Los Stalkers levantaron pequeñas nubes de polvo al penetrar en el reino de las tinieblas. Al otro extremo de la sala encontraron un nuevo pasillo que también descendía. Al llegar allí, hicieron su primer hallazgo: a lo largo de las paredes húmedas reposaban esqueletos humanos, aún vestidos, en parte, con jirones podridos. Farid, involuntariamente, le dio una patada a uno de los esqueletos, y retrocedió al darse cuenta de que los huesos se habían venido abajo como un castillo de naipes.

- —Cóndor, cierra la puerta de seguridad. —Martillo habló mientras empezaba a bajar—. Así nos aseguramos de que no nos ataquen por detrás.
- —Sí, más vale prevenir que curar —asintió el luchador con la cabeza, y retrocedió hasta la sala.

La puerta se cerró entre crujidos. Los viajeros ya no tenían por qué temer a los peligros del mundo exterior. Sin embargo, Gleb no se sentía tranquilo en absoluto. Por el contrario, las bóvedas bajas y la oscuridad cerrada que reinaba en el refugio antiaéreo lo ponían nervioso y le pesaban en el ánimo.

Llegaron a la primera de las grandes salas del búnker. La basura, los desperdicios y la porquería se mezclaban de la manera más repugnante con restos humanos putrefactos. Se parecía más a una fosa común que a un refugio antiaéreo. Gleb siguió a su maestro, pasó con cuidado por encima de los huesos

blancos y brillantes y se lamentó por no haberse quedado atrás para montar guardia. Pero ya era demasiado tarde para lamentarse. Lo único que deseaba el muchacho era no ceder ante aquel miedo nauseabundo, como en otro tiempo había cedido en el subterráneo del hospital. Pero, por suerte, andaba pegado a la espalda de su maestro, y gracias a ello se fue liberando poco a poco del pánico.

Prosiguieron con la exploración. Descendieron entre paredes cubiertas de moho verde hacia lo más profundo de las oscuras catacumbas. Encontraron una nueva sala. Literas, bancos para sentarse, lavaderos... todo había quedado cubierto de moho. A medida que avanzaban encontraban cada vez más. Llegaron a un pequeño montículo de moho, de color verde oscuro, que ocultaba casi por completo los restos de una pila de cadáveres humanos. Para acabar de empeorarlo, una parte de las instalaciones se había inundado. Los Stalkers vadearon el líquido viscoso que les llegaba a los tobillos y descubrieron las ruinas de un almacén. Estantes vacíos, cajas podridas, máscaras de respiración a la deriva sobre aguas turbias.

—¿Qué hicieron aquí? —El mecánico contemplaba, extrañado, una estufa de carbón sobre la que descansaba un cazo cubierto de hollín. A su lado había, en el suelo, una hebilla de cinturón, una suela de zapato y un respaldo de sillón reventado.

A Martillo le bastó con una sola mirada.

—Hicieron caldo con el cuero. Debieron de pasar mucha hambre.

Gleb se estremeció. También en la Moskovskaya se habían vivido períodos de hambre. El muchacho prefería no acordarse. Cuando en el estómago no se siente nada, salvo dolor, y no queda otro remedio que reprimir el ardor, cuando hay que acallar las protestas del organismo engañándolo con agua, entonces la vida pierde todo su sentido.

Cuanto más descendían, más espantoso era el panorama que iban encontrando.

Vieron que el refugio antiaéreo era bastante grande. A juzgar por el número de esqueletos, los seres humanos que se habían refugiado allí habían sido muchos. Pero ¿cómo era posible que en aquel día fatídico hubiera habido tanta gente en los astilleros? A juzgar por lo que contaba Martillo, aquellas instalaciones ya debían de llevar bastante tiempo prácticamente cerradas en el momento de la catástrofe... El muchacho siguió adelante, perdido en sus

pensamientos, tropezó con algo y estuvo a punto de caerse al suelo. El rayo de luz iluminó un nuevo esqueleto, que con el choque había crujido y se había descompuesto en sus diversas partes. Bajo los jirones de ropa podridos asomaba una bolsa de plástico sucia.

El paquetito le llamó la atención. En su interior debía de haber algo valioso. Al fin y al cabo, su propietario no se había separado de él hasta el momento de morir. El muchacho lo sacó con precaución de entre los restos del cadáver. ¿Un libro? Gleb rompió la tira de nilón y le quitó el celofán húmedo. Las letras estampadas en el sobre rasgado decían: «Diario». Sus páginas amarillentas estaban cubiertas de letra pequeña manuscrita. El muchacho miró a su alrededor: los Stalkers se habían desperdigado por el búnker y tan sólo decían frases breves de vez en cuando. Los rayos de luz de sus linternas titilaban por los pasillos. Gleb aprovechó el instante, iluminó las páginas escritas a mano y siguió con el dedo los renglones:

Maldito sea el día en el que me embarqué en esta aventura. Aunque ahora mismo, al valorar los acontecimientos de los años pasados, no sé muy bien qué habría sido mejor: salir fuera y morir al instante bajo la radiación, o pasarme todos estos años a varias docenas de metros bajo tierra con un montón de desgraciados como yo, e ir pudriéndonos en vida. Día tras día mirándonos a los ojos y mintiendo.

Todo esto empezó con una atractiva oferta de Petya Savelev. Éramos amigos desde la escuela. Luego, nuestros caminos se separaron. Después de graduarse en la academia militar, Petya se fue a servir en el norte. Creo que se enfadó con su chica. No lo sé, el caso es que cortó con ella y se marchó al otro extremo del planeta.

Yo no tuve suerte con los estudios. Los dejé a la mitad. Tampoco encontré un empleo razonable, así que fui tirando; unos días trabajaba en un sitio y otros en otro. Y entonces, un bonito día, Petya regresó. Me acuerdo muy bien: pillamos una buena borrachera para celebrar el reencuentro. Hablamos de la vida con la botella de vodka en la mano. Petya me contó historias tan interesantes sobre el mar, los barcos, las grandezas del norte... Yo, por mi parte, no tenía nada que contar, y no dije más que tonterías. «Esto me va de esta manera —le decía—, y de aquella. Vivo de este modo y ya estoy bien». ¿Acaso tenía algo interesante que contarle?

Petya era un tío considerado. En ningún momento aprovechó para mortificarme. Estaba ahí sentado y no hacía nada, aparte de hurgarse los dientes con la uña. Tenía esa fea costumbre. Había llegado al extremo de dejarse crecer la uña del dedo meñique para que le resultara más fácil. Pero de todos modos me miraba como si estuviera inmerso en sus propios pensamientos. En cualquier caso, me di cuenta en seguida de que me escondía algo, de que había algo que se estaba callando. Enfín: acabó por proponerme un trabajo. Me dijo que se trataba de una cuestión muy seria y que no podía comentarla con nadie. Yo pensé: «Bueno, quiere que me meta en alguna historia sucia». Pero me tranquilizó en seguida y me dijo que se trataba de un trabajo que podíamos hacer los dos juntos para las autoridades militares. La paga no iba a ser muy generosa, pero sí habría mucho trabajo y tres comidas diarias. Pero tenía que firmar un papel. Para garantizar mi discreción.

No lo pensé durante mucho tiempo. Al fin y al cabo, no tenía nada que perder... porque no tenía nada. En resumen: acepté. Al día siguiente fuimos a Kronstadt. Al ver los astilleros me pasó por la cabeza todo tipo de suposiciones. Se me ocurrió que tal vez fuéramos a construir un submarino secreto. Pero se trataba de algo mucho más sencillo. Teníamos que construir un refugio antibombarderos. No podían contratar inmigrantes, y yo y muchos otros firmamos. Los que trabajaron en el refugio fueron sobre todo militares. También había unidades de pioneros. Los soldados iban de un lado para otro o arrastraban cajas. Se gastaron cantidades astronómicas en tecnología. El movimiento no cesaba. Comíamos en el mismo lugar donde trabajábamos. Preparábamos la comida con un hornillo.

Por otra parte, me di cuenta poco a poco que lo del refugio no estaba nada claro. Para empezar, le pusieron una puerta hermética. ¡Era muy gruesa! Pero no en la entrada, sino, por el contrario, al fondo. Nadie sabía lo que podía haber más allá. Teníamos terminantemente prohibido acercarnos a ella. Y el guardia que estaba siempre apostado frente a la puerta no era muy hablador.

Así salió adelante el trabajo. No veía a menudo a Petya, porque trabajaba junto a la puerta de seguridad, donde los mortales no podían ir. Durante los escasos minutos en los que nos veíamos, no me decía casi nada. Tan sólo de vez en cuando decía la palabra «complejo». En aquella época aún no sabía, aunque en algún momento lo habría supuesto, que los militares habían empezado a

esconderse en el subsuelo mucho antes de que todo eso sucediera... Tal vez construyeran una central de mando, u otra cosa... En cualquier caso, el refugio antibombas no era más que la punta del iceberg.

—¡Otra puerta! —se oyó la voz de Farid desde lejos—. ¡Venid aquí! Gleb cerró el diario y se apresuró a esconderlo en el bolsillo de la pechera.

El grupo entero se había reunido frente a la puerta de seguridad. Gleb hubiera querido informarlos de su descubrimiento, pero entonces se dio cuenta de que no tenía nada de qué informar: habían descubierto igualmente la entrada.

Chamán inspeccionó el nuevo obstáculo y trató de hacer girar la rueda del cierre... pero fue en vano.

- —Tendremos que volarla.
- —¿Y no se vendrá abajo todo este subterráneo?
- —Esperaremos arriba.

Empezaron de nuevo con los preparativos. En esta ocasión, el mecánico no necesitó tanto tiempo y lo logró incluso sin la ayuda de Farid. Entretanto, el tayiko se quedó a un lado, en silencio, e iba pasando entre los dedos las cuentas de su *tasbih*.

Una nueva explosión, y luego la polvareda y los cascotes de hormigón... todo lo habitual. La explosión había reventado el cerrojo, pero la puerta tan sólo se había abierto levemente. Tuvieron que dejar las mochilas para meterse por el angosto resquicio como cucarachas.

Era obvio que el grupo había entrado en el complejo del que se hablaba en el diario. Una breve exploración les bastó para cerciorarse de que se trataba de un lugar espacioso. Descubrieron una escalera que los condujo hasta varios pisos más abajo en la oscuridad. La parte inferior estaba inundada. De todos modos, los Stalkers hicieron descubrimientos interesantes en los niveles superiores. Así, llegaron a una sala amplia, llena de cuadros de mando y monitores. Encontraron una serie de pantallas de plasma en una pared semicircular.

- —Todo como en una TDC. —Chamán anduvo a lo largo de la pared donde se encontraban los aparatos y echó una ojeada a los manuales que habían quedado por el suelo.
  - —¿TDC? —preguntó el muchacho.
- —Torre de control. Pero sólo hasta cierto punto. ¿Acaso había algo que pudiese volar hasta aquí? Hay algo que sí está claro: esto era un centro de

mando. Pero si me preguntas a quién daban las órdenes, o para qué...

Con gran pesar por parte de Gleb, Chamán no logró hacer funcionar de nuevo los aparatos. Al parecer, los generadores habían quedado bajo el agua. Igual que el área de viviendas. Y no se veían cadáveres ni tampoco huesos. Estaba claro que hacía mucho tiempo que aquel búnker estaba abandonado.

Mientras los Stalkers registraban las numerosas salas del búnker, Gleb se acomodó en un sillón que se caía de puro viejo, abrió el misterioso diario y continuó leyendo:

Ese día nos habían llamado para que nos hiciéramos cargo de un nuevo cargamento. Parecía que todo el mundo se hubiera puesto histérico. Todos corrían como locos de un lado para otro y arrastraban cajas y fardos. Montamos el búnker entero. Todo lo que hacía falta: ventilación, iluminación, provisiones... instalamos la puerta hermética de la entrada, colgamos carteles, marcamos de algún modo todo lo que teníamos entre manos. Todo brillaba y centelleaba. La pintura aún no estaba seca.

«Bueno —pensé yo—, debe de ser que quieren tenerlo todo a punto para que les den el visto bueno». Todo lo que se había hecho durante los últimos minutos apuntaba en esa dirección. Aún no teníamos todas las cajas en los estantes cuando el brigadier irrumpió en la sala con la cara roja como un tomate. Cuando por fin recuperó el resuello, nos susurró al instante: «Quedaos quietos —dijo en voz baja—, y no molestéis». Había llegado la Comisión. Unos cuantos peces gordos del estado mayor. Y así fue como nos quedamos allí. Ya era demasiado tarde para hacernos salir. Incluso reconocí a los peces gordos al verlos con el rabillo del ojo. Unos tíos barrigudos que se daban aires de importancia. Y los seguía todo su séquito: la dirección de las obras y los cargos militares. Unos hombres armados con ropa de paisano... debían de ser del FSB. [18] Pasaron por el refugio antibombas sin mirar a derecha ni a izquierda y bajaron hasta el área secreta.

Mi extrañeza fue mucho más grande cuando llegaron todas las mujeres con los niños y el equipaje. ¿Eran sus esposas, o qué? ¿Qué diablos habían ido a hacer allí? Pero no tuve más tiempo para pensar en ello. La sirena aulló. La puerta secreta de seguridad quedó sellada. Entonces se oyó gente que corría por fuera... Debían de proceder de las casas de pisos cercanas a los astilleros. De pronto se dirigieron todos a la entrada; hubo un barullo terrible, todo el mundo

gritaba. A duras penas nos habíamos dado cuenta de nada cuando un sargento cerró la puerta de seguridad exterior. La gente que estaba a nuestro alrededor chillaba, todo el mundo buscaba conocidos entre la multitud...

Y de pronto apareció Petya frente a mí. Se había abierto camino entre la multitud y me llevó hasta la puerta de seguridad secreta. Pero la aporreó en vano... No abrieron. Petya gritaba y profería maldiciones. Decía que los generales estaban al corriente del ataque. Lo sabían y no habían dicho nada para poder salvarse ellos. Por eso habían hecho llevar las provisiones con tantas prisas...

Y entonces se produjo una tremenda explosión. La gente caía por el suelo y la luz se apagó. Los gritos y gemidos se volvieron aún más fuertes. Fue terrible, un horror. La tierra tembló durante unos quince minutos... Luego el trueno cesó y las luces volvieron a encenderse. No supimos por dónde, entraron soldados que restablecieron el orden. Sellaron la salida y bloquearon la rueda del mecanismo de apertura con una cadena y varios candados, para que nadie cometiese la estupidez de salir fuera. Había algunos que querían... porque habían dejado parientes en la superficie, o porque se apiadaban de los que se habían quedado en el exterior...

Durante los primeros días oímos constantemente golpes en la puerta. Era terrible. Sabíamos que fuera, al otro lado de la pared, había seres humanos que se morían poco a poco. Algunos de nosotros, los que tenían los más débiles de espíritu, sufrieron ataques de histeria y exigieron que se dejara entrar a los supervivientes. Pero los militares restablecieron en seguida el orden. Entonces entró un tío. Era bajito y de aspecto insignificante, pero tan pronto como abrió la boca todos los descontentos se callaron. No ofreció nada ni trató de convencerlos. Habló de manera muy clara: quien abriese la puerta firmaría su propia sentencia de muerte. Dijo que las provisiones almacenadas en el refugio eran limitadas. Y que le pegarían un tiro en la cabeza a quien no siguiera las órdenes. Petya le susurró algo, pero el otro respondió: «¡No se autoriza!», y se marchó. Así le quedó claro a mi colega que no podíamos entrar en la otra parte. Pero ¿qué había esperado? Petya no era ningún pez gordo.

Después, la gente se tranquilizó poco a poco y empezó a instalarse. Igual que antes, nos daban de comer tres veces al día, porque la despensa estaba llena. La gente discutía acerca de cómo había podido suceder aquello y quién habría sido

el que había empezado la guerra. Pero ¿qué sentido podían tener todas aquellas discusiones? No iban a descubrir jamás la verdad. No teníamos radio ni televisión. Los móviles se habían quedado sin cobertura desde el primer día.

También los militares callaban. Al cabo de aproximadamente una semana empezó a aparecer gente, pero tan sólo para llevarse las provisiones al búnker. Explicaron que iban a hacerse cargo de la distribución de los alimentos. Tardaron unos días en llevárselos. La gente no se lo impidió. Todo el mundo estaba de acuerdo en que los militares se encargaran de establecer un mínimo orden. Pero yo no dejaba de pensar: «¿Qué ocurrirá luego? ¿Cuánto tiempo vamos a pasar aquí dentro? ¿Qué sucede en la superficie?» Al principio, todos los días se presentaba un oficial de los que estaban abajo y nos explicaba que ocurría esto y aquello, que la situación era difícil; había incendios, radiactividad y todo lo demás... Nos decía que teníamos que tener coraje y esperar. Pero nadie sabía qué era lo que debíamos esperar, ni durante cuánto tiempo íbamos a hacerlo.

Cuanto más tiempo pasaba, más difícil se volvía la situación. El oficial venía cada vez menos. O no había ninguna novedad en especial o ya no se preocupaban por nosotros. Encima sufríamos una plaga: una invasión de hongos. No nos servía para nada limpiar con regularidad. El sistema de purificación del aire era insuficiente. Primero fueron los rincones del techo los que quedaron enmohecidos, y luego las paredes también se volvieron de color verde. No había manera de acabar con aquella porquería.

Cierta mañana, un buen número de soldados subió desde la parte de abajo. En esta ocasión llevaban uniforme aislante contra radiaciones y máscaras antigás. La gente estaba muy nerviosa, porque todo el mundo pensaba que la salida de los exploradores tan sólo podía significar que el tiempo de espera había terminado. Y anhelaban que hubiera novedades. La puerta hermética se abrió, pero la de salida no se movió ni un centímetro. Tal vez había quedado cubierta de escombros, o quizá hubiera sucedido alguna otra cosa. En cualquier caso, todos los esfuerzos fueron en vano. Cundió el pánico y todo el mundo hacía preguntas a los soldados. Su jefe nos soltó otro discurso. Dijo que teníamos que estar tranquilos, porque la otra sección tenía una salida de emergencia. Por lo menos la tenía sobre los planos. En realidad, el túnel aún no estaba terminado. Pero nos dijo que cabía la posibilidad de cavar hasta la superficie, y eso era lo que pensaban hacer los de abajo.

Me acuerdo muy bien de cuando el hombre nos soltó toda esa sarta de disparates. Daba igual: en aquel momento, la gente lo creyó. Al fin y al cabo, la situación se había puesto tensa. La mente humana funciona así. Bastó con que la multitud pensase que había alguien que tenía la situación bajo control, y se tranquilizó. Y se transformó en un rebaño apático.

Pasaron los meses. La gente se desanimaba, estaba melancólica. La inactividad le hizo perder poco a poco el juicio. Los militares habían entendido en seguida que el pueblo necesitaba distracción, y por ello subieron con juegos de ajedrez y de damas, naipes y dominó. El ambiente mejoró en seguida. Todo el mundo, jóvenes y viejos, jugaba con pasión. En algún momento empezaron las apuestas: comida, vestido. Todas las posesiones que los supervivientes habían traído hasta aquí empezaron a circular. Finalmente hubo peleas y los militares tuvieron que intervenir de nuevo. Nos quitaron las cartas y los juegos de dominó. Nos dejaron los ajedreces y las damas porque pensaron que dos personas no eran multitud y que difícilmente empezarían una pelea. Se prohibieron las apuestas. La prohibición era muy estricta. Pero había pocos aficionados al ajedrez y nos cansamos en seguida de las damas. Un anciano propuso jugar al chapayev<sup>[19]</sup> y la idea tuvo éxito. Al menos era más interesante que el ajedrez. Era un juego más dinámico. Así, los hombres aprendieron a lanzar las damas con maestría y se dedicaron a jugar sin descanso aunque los dedos les llegaran a doler. Acabaron por organizar un torneo.

A la mitad del campeonato nos quedamos sin luz. Los hombres, airados, golpeaban la puerta de seguridad y exigían que los dejaran entrar en los niveles inferiores. El generador diésel había dejado de funcionar. Se había terminado el combustible. Nos proveyeron de electricidad desde abajo. El jefe compareció de nuevo ante el pueblo. Nos hizo un nuevo discurso, en el que nos explicó que ellos también habían tenido problemas con los generadores. Y que teníamos que ahorrar recursos.

Lo que tenía que ocurrir, ocurrió. Empezamos a utilizar hornillos de petróleo. Por fortuna, la ventilación aún funcionaba. Tendríamos que contentarnos con la energía del motor diésel de abajo. La gente empezó a caer en depresiones. Los había que deambulaban en la oscuridad como almas en pena. Por supuesto que también se dieron casos de ataques de nervios. Los militares se llevaban abajo a los más perjudicados. Debían de contar con celdas de aislamiento.

Para acabar de empeorarlo, la humedad se apoderó del refugio y el moho se extendió con gran rapidez. Todo se quedó de color verde... desde las mesas hasta la ropa que llevábamos. Los más débiles se pusieron enfermos y también se los llevaron abajo. A la enfermería.

La insatisfacción era cada vez mayor. La gente murmuraba que abajo se vivía mucho mejor, que tenían luz y estaban aislados de la humedad. Algunos listos simulaban enfermedades o accidentes para que se los llevaran. Pero los militares se dieron cuenta en seguida. Siempre que descubrían a alguien, le quitaban la ración de un día, y así los intentos de engaño llegaron a su fin.

Así pasó un año, y luego otro. Creo que habríamos muerto todos hace mucho tiempo si no hubiéramos contado con las provisiones de los de abajo. Pero con ellos nos fue bien; aguantamos. El ser humano se acostumbra a todo. Y es evidente que también a esto. Sólo quedaba una única luz en el refugio antibombas: la de la puerta de seguridad secreta. Nos habíamos acostumbrado a la oscuridad y andábamos a tientas. Llegamos a sabernos el plano del refugio como si hubiera sido el Padrenuestro.

Gracias a la oscuridad, no teníamos que preocuparnos por el vestido. Nos paseábamos en ropa interior...; no había nada que ver. Nociones tales como la decencia ya no interesaban a nadie. Se hablaba cada vez menos. De vez en cuando había peleas...

Al llegar a este punto, Gleb tuvo que interrumpir la lectura, porque Farid había encontrado un plano del búnker. Se reunieron todos en torno a una mesa y se pusieron a estudiar aquellas viejas láminas que se les deshacían entre las manos. Chamán señaló un punto en el plano.

- —Aquí se encuentra la salida de emergencia en dirección a la superficie. Según parece, conduce a las dársenas. ¿A ti qué te parece, Martillo? ¿Vamos por allí?
  - —En ese nivel hay mucha agua. Sería mejor regresar por el camino de antes.
- —A mí me da miedo que una vez salgamos no podamos encontrar esa salida por fuera. Antes hemos buscado por todos los astilleros. —El mecánico se volvió hacia Cóndor—. ¿A ti qué te parece? Éste se encogió de hombros. Parecía que quisiera decir: «Decididlo vosotros».

Tras una breve discusión, se dirigieron a la escalera de bajada. Al llegar al borde del agua se detuvieron. Se encontraban frente a un líquido estancado, un líquido oscuro. Una especie de manto vegetal había cubierto la superficie.

—Venga, ¿a qué esperáis? Adelante. —Martillo fue el primero en entrar en las aguas oscuras y se hundió hasta la rodilla.

Momentos después, fue Chamán el que se metió, y los demás lo siguieron. El hermano Ishkari vaciló en entrar en aquel caldo apestoso, pero logró imponerse a su propia repugnancia y siguió a los demás. Las luces de las linternas de los cascos oscilaban nerviosamente sobre la alfombra flotante. Los Stalkers se abrieron paso sobre el lodo y dejaron atrás varias habitaciones carentes de interés. Cada pocos minutos, Chamán consultaba el plano del búnker para cerciorarse de que iban por el camino correcto. El hedor de las aguas turbias se colaba por los filtros de aire, les taponaba la nariz y la boca, les escocía en la garganta.

Al cabo de algún tiempo llegaron a la entrada de un largo pasillo. Al fondo del mismo alcanzaron a ver una reja que impedía llegar al pozo del ascensor. Los Stalkers avanzaron en fila india hacia allí. Entonces, a sus espaldas, se oyó un estruendo ensordecedor. Ishkari se estremeció. Los viajeros se volvieron y apuntaron con sus armas en la dirección por donde se había oído el ruido.

No era más que el pesado batiente de la puerta, que se había cerrado por su propio peso. Los Stalkers siguieron adelante. Chamán consultó una vez más el plano del búnker.

—Más adelante se encuentra el ascensor, y, a la izquierda, la puerta de la escalera. Si lo he entendido bien, podríamos encaminarnos hacia arriba desde allí.

Los viajeros se acercaron al pozo del ascensor. Tiraron todos a la vez de las puertas plegables, ya muy oxidadas, y éstas cedieron entre crujidos. Martillo miró al interior. La parte de abajo del pozo estaba llena de la misma agua poblada de vida vegetal. En una de las paredes había una escalerilla de peldaños adosados. Arriba, tal vez a unos quince metros, se hallaba la cabina.

- —Vamos a trepar por aquí. —Parecía que Martillo hubiese percibido con su sexto sentido que aquel camino era el menos peligroso.
- —¿Por qué tenemos que cansarnos si hay una escalera? —Chamán le señaló el plano con el dedo—. Detrás de esa puerta…
- —¡Al diablo! —Con gran sorpresa por parte de todos los demás, Ishkari entró en el pozo del ascensor y empezó a subir por los peldaños.

—¿Adónde te crees que vas? ¡Espera, idiota! ¡Eres capaz de caerte! —¡Nos hemos adentrado en el reino de los muertos! ¡La corrupción y la podredumbre reinan por doquier! Quiero subir a la luz, para que me redima…, a la luz…

El murmullo del sectario se alejó y se volvió cada vez más débil.

- El enfurecido Chamán tiraba del cerrojo de la puerta.
- —Ven a ayudarme, Farid. Esto está muy oxidado.

El tayiko se acercó de un salto desde el otro lado y empleó todas sus fuerzas contra el cerrojo de hierro. Mientras contemplaba a los dos Stalkers, Martillo comprendió de repente cuál era el motivo de su inquietud. Había manchas de herrumbre por toda la superficie de la puerta, como si...

—¡Quietos! —gritó, y en aquel mismo instante se dio cuenta de que sería inútil.

Se oyó un crujido ensordecedor y el cerrojo cedió. La puerta se abrió ante la fuerza del agua que había inundado la escalera. Un torrente helado cayó sobre los viajeros, los empujó de un lado a otro y los arrastró por el corredor. El nivel del agua subía con mucha rapidez.

—¡Subid por el pozo del ascensor! —Martillo sacó a Gleb del agua y lo ayudó a llegar a los peldaños de la pared. Los demás Stalkers caminaron con el agua hasta la cintura en la misma dirección—. ¡No os durmáis, chicos, no os durmáis!

Treparon entre maldiciones por los peldaños herrumbrosos. Más abajo, las aguas turbulentas ascendían sin cesar. El pasillo ya estaba inundado hasta el techo. Los Stalkers, uno tras otro, siguieron subiendo por el pozo, siempre con el riesgo de que uno de los peldaños, frágiles de puro oxidados, se quebrara bajo su peso. Al fin toparon con la reja que cerraba la cabina por debajo. Tenía una trampilla y estaba abierta... gracias a Dios, el sectario había tenido tiempo para encontrarla. El guía pasó por la trampilla, salió de la cabina a la plataforma y miró a su alrededor. Tenía enfrente la puerta hermética de la salida, y a la derecha un pasillo estrecho que probablemente llevaba a la sala de máquinas del ascensor. Ishkari no se encontraba en la plataforma. Martillo se volvió y ayudó a Chamán a subirse a la inestable jaula.

Gleb fue el siguiente en pasar por la trampilla. La cabina del pequeño ascensor se balanceó peligrosamente sobre aquel abismo con paredes de hormigón. El muchacho respiró con alivio cuando volvió a tener suelo firme

bajo los pies.

Farid tuvo menos suerte. A duras penas había pasado por la trampilla cuando la cabina se puso a vibrar y, con un terrible crujido, empezó a deslizarse hacia abajo. Martillo se asomó corriendo al pozo a tiempo para trabar el cañón del Kalashnikov en el resquicio cada vez más angosto entre el techo de la plataforma y la puerta del ascensor. La cabina se detuvo, pero la salida quedó bloqueada.

—¡Vuelve a salir por la trampilla! ¡Sube por los peldaños de la pared! — gritaron los luchadores, y miraron al tayiko a través de la reja que cerraba la cabina por arriba.

Pero se había acabado el tiempo. El cañón del arma se dobló y a continuación sonó un tremendo estrépito. La cabina sufrió una sacudida y se precipitó hacia el fondo. El Kalashnikov fue tras ella. El impacto hizo saltar una columna de agua. Igual que una piedra, la cabina descendió hacia las profundidades y se llevó consigo al luchador hasta el fondo del pozo.

—¡Farid! —Cóndor se asomó al pozo del ascensor y miró hacia abajo.

De pronto se dio cuenta de que Martillo estaba a su lado. El Stalker saltó de cabeza y se hundió en las aguas. Los viajeros se quedaron inmóviles en el borde del pozo y contemplaron las aguas turbias y revueltas que se hallaban a sus pies. Pasó un minuto... otro... Gleb se mordía los labios de pura tensión, y los puños se le cerraron con fuerza sin que se diera cuenta.

Al fin, la ya familiar coronilla del maestro emergió de las aguas. Martillo se agarró al peldaño más cercano y negó con la cabeza. Alguien soltó una maldición al lado de Gleb, pero éste respiró con alivio. Su maestro, al menos, seguía con vida.

—No he podido… Martillo subió torpemente por los peldaños—. No he tenido manera de acercarme al ascensor. Todos los hierros se han doblado…

El muchacho ayudó a su maestro a subir a la plataforma y se apresuró a ofrecerle la máscara de respiración. El agua goteaba de la tela empapada de su traje y formaba charcos irregulares en el suelo. Se oyó un sordo estrépito en lo más hondo. Los viajeros callaron. Gleb creía ver todavía los ojos oscuros de Farid. Sorprendentemente, en ningún momento habían expresado temor.

Encontraron a Ishkari muy cerca de allí. El sectario estaba agazapado en el interior de un nicho, se sorbía los mocos y murmuraba sin cesar palabras casi incomprensibles, sin sentido.

—Nuestro predicador está totalmente chiflado. —Chamán le dio una patada al pobre diablo para obligarlo a levantarse—. En pie, hipocondríaco. Seguimos adelante.

El grupo había sufrido muchas bajas. Subieron por el pasillo. La puerta de seguridad estaba muy oxidada y crujió al abrirse, y por el resquicio se coló la luz del día. Los Stalkers parpadearon y emegieron al aire libre. La caseta de hormigón por la que salieron parecía la garita de un guardia. No era extraño que les hubiera pasado inadvertida.

- —¿Qué vas a hacer ahora sin artillería? —le preguntó Chamán a Martillo.
- —No importa. Tengo algo en reserva. —Martillo sacó de la mochila un fusil de precisión y ensambló hábilmente sus piezas. La última encajó en su lugar con un ligero clic. El guía cargó a la espalda la peligrosa arma.
  - —¿Adónde iremos ahora?

En vez de responderle, Martillo se agachó y buscó un rastro de gasóleo sobre el asfalto.

—Me he dado cuenta mientras estábamos abajo. Alguien se llevó combustible del búnker hace poco tiempo. Probablemente en cubos.

Los Stalkers siguieron el extraño rastro. Poco más tarde, llegaron a una gran dársena de reparaciones. El agua chapaleaba contra la pared alta y gris de los muelles. Una barcaza que visiblemente había tenido una historia agitada se balanceaba sobre las aguas.

#### 15

# DECISIÓN POR MAYORÍA

cinco siluetas avanzaron encorvadas y en breves etapas por la rampa. Una y otra vez se escudaban tras los pilares de acero. El casco de la pequeña embarcación se hallaba cada vez más cerca. Gleb lanzó una rápida mirada a la barcaza. No había nadie en cubierta. Tampoco se distinguía ningún movimiento por los ojos de buey. Los Stalkers subieron por la pasarela y llegaron a bordo. El muchacho empuñó en alto la Pernatch y siguió a su maestro hasta la cabina del piloto. Chamán e Ishkari bajaron a las bodegas para registrarlas.

Las ventanas de la cabina del piloto estaban sucias y no dejaban que entrara la luz. El aire estaba viciado. En el cuadro de mandos del timón tan sólo había una botella grande abandonada. Estaba repleta de un líquido turbio que apestaba a aguardiente del malo. En un rincón había trapos empapados en combustible. No se veía a nadie. Regresaron a cubierta. Poco más tarde aparecieron también el mecánico y el sectario.

- —Ni un alma. —Chamán, decepcionado, negaba con la cabeza—. Pero hemos comprobado el combustible. Parece que alguien utiliza esta embarcación. Los depósitos están llenos.
- —¡Maldita sea! ¡Aquí hay alguien que juega al escondite con nosotros! exclamó Cóndor—. ¡Primero nos hemos puesto en ridículo con el Arca y luego con el búnker!

El luchador le arreó una patada a una lata vacía. Ésta rebotó sobre la borda y se precipitó en el agua. Cóndor subió con largas zancadas por una pasarela, se encaramó al pie de la grúa giratoria, se quitó la máscara de respiración y gritó:

—¡Ehhh! ¿Hay alguien en casa? ¡Salid de vuestros agujeros!

Las palabras de Cóndor atravesaron toda la dársena y resonaron en las paredes de hormigón. Pero no hubo respuesta desde los astilleros. Sólo el viento omnipresente aullaba con los tonos más variados.

- —¿No es posible que… que los hayamos ahogado en el búnker? —se oyó que decía la voz de Chamán.
- —No lo creo. Habíamos buscado por todas partes. —El guía desplegó el plano—. Aún podríamos intentarlo por los embarcaderos.
- —De todas maneras, no tendría mucho sentido buscar por otros lugares. Guíanos, Susanin. [20]

Salieron de la dársena y se dirigieron al puerto de la Madera. Pero no había mucha diferencia: desembarcaderos desiertos, garruchos tirados por el suelo, anclas herrumbrosas y un rollo de cordaje enmohecido. Los restos calcinados de un barco que seguían anclados en el muelle y, de nuevo, ni un alma. Desierto, podredumbre y silencio.

Los Stalkers se detuvieron y contemplaron defraudados aquel paisaje desolador. Las palabras hubieran sido superfluas. Estaban todos agotados. El propio Martillo parecía haber agotado todos sus recursos: estaba ensimismado, con los brazos pegados a los costados. El que peor se veía era Ishkari; no parecía el mismo. Tenía la mirada gacha y los hombros caídos.

- —Puede que aún la encontremos… —le dijo al sectario Gleb.
- —¿El qué?
- —El Arca.
- —¿Y dónde vamos a ir a buscarla? —La voz del sectario temblaba—. ¿Dónde?

Ishkari enmudeció y se dio la vuelta. Su cuerpo sufría sacudidas como las de un epiléptico. La máscara de respiración impedía distinguir cuáles eran los sentimientos que lo asaltaban. Entonces se oyó una débil risilla que se transformó en un relincho semihistérico. Los Stalkers miraron con asombro al sectario. Éste, en cuanto se hubo tranquilizado, se acercó lentamente al borde del embarcadero, sacó la baraja de ilustraciones de barcos y la arrojó lejos de sí. Las fotos brillaron al sol, se esparcieron sobre el agua y empezaron a mecerse sobre las olas.

—Chorradas... nada más que chorradas. ¿Me oís? —Ishkari levantó la voz

—. ¡El Arca no ha existido jamás! Cómo he podido creerme... la luz de la Redención... la salvación de los justos...

Gleb miró con ojos desorbitados al sectario. No daba crédito a sus oídos.

—¿Éxodo? —preguntó a su vez Ishkari, y se echó de nuevo a reír—. Éxodo... ¡Una cuadrilla de locos seniles que se han inventado un cuento romántico de salvación! ¡Ciegos que no ven más allá de su propia nariz! ¿Quién va a necesitarnos? ¿Quién nos va a salvar? Todo ha terminado, ¡¿me oís?! Qué ingenuo idiota he sido...

El sectario arrojó al suelo la máscara de respiración y se secó el sudor de la frente. Luego, de repente, se volvió hacia Martillo y le dijo: —Tú tenías razón, Stalker: estamos todos muertos. Lo único que nos espera es pudrirnos bajo tierra.

Parecía que los ojos del sectario fueran a salirse en cualquier momento de sus órbitas. Su rostro se había transformado en una horrible mueca en la que se pintaban tanto la locura como la desesperación.

Chamán no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Y eso quiere decir que abjuras de tu fe?

El sectario calló durante unos instantes, como si no se decidiera a pronunciar lo que para él había sido una blasfemia. Entonces bajó la cabeza.

—Sí, abjuro de mi fe...

Se hizo una larga pausa, después de la cual el primero en reaccionar fue Chamán.

—Bienvenido al mundo real, muchacho.

El sectario no le hizo ningún caso. Volvió a ponerse la máscara de respiración y contempló las aguas encrespadas.

- —Ya he tenido bastante. Regreso al metro. ¿Quién viene conmigo?
- —¿De qué estás hablando?
- —De la barcaza. Tú mismo has dicho que podía navegar.
- —No vayas tan de prisa, hermano. Todavía no hemos...
- —¿... encontrado nada? —lo interrumpió Ishkari—. ¿El origen de esa luz? —El sectario se volvió hacia el guía—. ¿Tú qué has visto en el crucero, Martillo? ¿Estás seguro de que vale la pena encontrar ese misterioso reflector? —Ishkari miró entonces a Cóndor—. ¿Estáis seguros de que alguien ha visto algo?
  - —Los Stalkers de la Primorskaya...

—¡Pero si eso lo soñaron cuando estaban borrachos! —lo interrumpió el sectario, histérico—. Si lo vieron, ¿por qué no fueron ellos los que vinieron hasta aquí? ¡Porque había que ser idiota para creérselo! ¡Pero al final encontraron a unos idiotas!

El sectario enmudeció. Luego se dio la vuelta, se alejó y se sentó sobre uno de los norays del muelle. Los restantes meditaron en silencio las palabras de Ishkari. Parecía que todos ellos se enfrentaran a la misma decisión: o seguir dando vueltas sin sentido por la isla desierta o abandonar la búsqueda y regresar al metro. A ninguno de ellos le gustaba la idea de tener que informar a la Alianza Primorski del fracaso de su misión, pero en ese momento tampoco les quedaban muchas alternativas.

- —Yo tampoco creo que tenga ya ningún sentido… —dijo Cóndor en voz baja, y apartó la mirada.
- —¿Qué te pasa, jefe? —empezó a decir el mecánico, pero Cóndor no lo dejó hablar.
- —Yo ya no soy vuestro jefe, Chamán. ¡Tú mismo has elegido a mi sucesor!
  —Cóndor señaló a Martillo—. Decidid entre vosotros lo que vais a hacer. Yo me largo.
  - —¿Y qué pasa con el equipo?

Cóndor se volvió bruscamente y se plantó frente a Chamán.

—¡¿Dónde ves tú a un equipo?! Ksiva, Okun, Belga... ¿dónde están? ¿Dónde están Humo y Farid? ¿Dónde está...? —se quedó a media frase—. ¿Dónde está Nata? —terminó con voz temblorosa.

Cóndor cargó el fusil ametrallador sobre el hombro y se volvió hacia Martillo.

—Hubiera tenido que defender a los míos, pero he fracasado... Así no puedo continuar. ¿Me comprendes, Stalker?

Martillo miró los dedos temblorosos del luchador y se volvió. Cóndor anduvo poco a poco hasta la dársena sin darse la vuelta. Ishkari se puso en pie y echó una mirada interrogativa a Chamán. El mecánico miraba nerviosamente al guía y luego a su camarada que se hallaba ya lejos. Parecía que tuviese el alma desgarrada entre el deseo de terminar la misión y la oportunidad de regresar al mundo subterráneo del metro.

—Yo me quedo. Si encuentro algo, os lo haré saber —dijo Martillo con voz

ronca—. Márchate, Chamán. No te tortures.

El mecánico se estremeció como si le hubieran dado una bofetada, pero no dijo nada. Había tomado ya una decisión. El guía no había hecho más que expresarla en voz alta.

—Gracias, Martillo. Informaré a la Alianza de que has cumplido tu misión. En cualquier caso, hemos llegado hasta Kronstadt…

Gleb observó la reacción de su maestro.

- ¿Acaso esperaba un nuevo giro de los acontecimientos? ¿Qué sucedería a continuación? ¿Cuán a menudo tendrían que desafiar al destino? Sus sueños de hallar una tierra pura se desvanecían por momentos.
- —Regresemos a casa, muchacho. —Chamán puso su pesada mano sobre el hombro de Gleb.

El muchacho se estremeció y, consternado, se volvió hacia su maestro.

- —Él se queda.
- —Ten misericordia, Martillo. Si este muchacho se queda aquí, morirá.
- —Eso no es asunto tuyo. Largaos —insistió Martillo con voz amenazante, y empuñó el fusil contra los otros Stalkers.
  - —¡Estás loco! ¡Vas a morir, y arrastrarás contigo al muchacho!

El Stalker aguardó sin moverse. De pronto, bajó el fusil, se dobló como si lo hubieran golpeado en el estómago, se agitó convulsivamente en un intento por respirar... y cayó al suelo. La máscara de respiración se salió de su lugar, tenía los ojos en blanco. Su cuerpo sufrió un violento espasmo. Martillo se debatía y gimoteaba.

El muchacho se dio cuenta de que había sufrido un ataque. Gleb corrió hacia su maestro mientras abría el bolsillo del pecho, pero Ishkari le cerró el camino.

—Ayúdame, Chamán. Salvemos por lo menos a éste.

El mecánico parecía vacilar.

- —¿Qué le sucede a Martillo?
- —¿Y qué más da? Puede que vuelva a ponerse en pie. ¡Actuemos ahora!

Gleb trató de zafarse del sectario, pero éste lo sujetaba con fuerza. Al cabo de un instante, Chamán se hallaba a su lado. Entre los dos levantaron del suelo al muchacho, que no dejaba de forcejear, y lo llevaron hasta la dársena.

—¡No seas imbécil! ¡Más adelante nos darás las gracias! —Chamán se detuvo y le ató las manos con una correa.

Lo levantaron de nuevo y subieron con él por la pasarela. Gleb volvió el rostro y vio con el rabillo del ojo la figura de su maestro, tumbado sobre una losa de hormigón.

—¡Martillo! ¡Martillo!

El muchacho vio moverse las botas de Chamán, primero sobre el asfalto y luego sobre la pasarela de madera. Entonces sintió el golpe. Le zumbaron los oídos, se le enturbió la visión y oyó una voz lejana:

- —¡Ten cuidado! ¡Le has golpeado la cabeza contra la barandilla!
- —Así se calmará un poco…

Luego fue como si le hubiesen metido algodón en los oídos. Las voces se apagaron. Gleb quedó inconsciente.

La luz penetró en él desde todos lados, como si se tratara de ondas vibrantes. Parpadeó y se tapó los ojos con ambas manos. Una niebla blanquecina lo cubrió todo, lo envolvió con un calor adormecedor. En los límites de su percepción se había tejido un velo de penumbra que parecía esperar a que el reticente huésped llegase a sus aposentos.

Estaba frente a una figura borrosa que le hacía señas y lo atraía hacia sí. El hombre aguardaba con paciencia, se detenía, se daba la vuelta y volvía a avanzar. Gleb no comprendía qué podía significar ese movimiento ininterrumpido, pero tampoco lograba escapar a la constante llamada. Le parecía como si no tuviese ninguna otra posibilidad que seguir a la espectral silueta.

El camino por el que abandonaba la luz se interrumpió súbitamente. Sintió de pronto suelo firme bajo los pies, y la enigmática silueta que tenía ante los ojos adquirió por un instante contornos más precisos, como si alguien hubiera ajustado una lente, pero luego volvió a difuminarse con igual rapidez. En aquel breve instante creyó reconocer algún rasgo familiar en la espectral figura: el paso seguro, los gestos medidos. Si se hubiera vuelto tan sólo una vez, ¡una sola!, habría sido suficiente para reconocer a...

—¿Papá?

Su voz resonó en las fronteras difuminadas de las tinieblas y desapareció en las profundidades de la nada más absoluta.

No. Por algún motivo que no conocía, creció en su interior la notable certeza de que no se trataba de él.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama usted?

El desconocido no se volvió, sino que se disolvió sin dejar rastro en la neblina blanca como la leche. Sólo oyó en algún lugar lejano una voz como en sordina, una voz familiar:

—¿Y qué importa eso? Mi nombre pertenece a mi antigua vida.

Entonces la tierra tembló y quedó cubierta por una telaraña de grietas. El agua brotó de las más profundas. Subió y subió, con un sonido cada vez más fuerte, y en pocos instantes inundó todo lo que había en derredor. De pronto hacía un frío insoportable. El suelo que tenía bajo los pies cedió bajo la poderosa presión de las aguas y se hundió. Las olas gélidas y paralizantes llegaban cada vez más alto...

Sin embargo, su consciencia se adelantó a los dolorosos acontecimientos que estaban por venir. Con un grito de protesta arrancó su cuerpo a la nada.

Gleb recobró la consciencia cuando notó que el frío suelo bajo él vibraba. Poco a poco, la visión de sus ojos se volvió más clara y reconoció el techo negro y herrumbroso de una zona de carga. Detrás de alguna de las paredes ronroneaba un motor. ¡La barcaza!, pensó con el cerebro en ebullición. El muchacho trató de levantarse, pero al instante sintió un dolor agudo que le perforaba el cerebro e hizo que se mareara. Gleb volvió a echarse y trató en vano de mover sus manos entumecidas. Aún las llevaba atadas a la espalda y habían perdido sensibilidad. El muchacho sintió pánico y se volvió hasta quedar tumbado sobre el vientre, dobló ambas piernas y, al fin, logró ponerse de rodillas. Miró a su alrededor. Descubrió un clavo herrumbroso que sobresalía de la pared. Gleb se levantó torpemente, se acercó con precaución al mamparo y trató de liberar sus manos con el clavo. Al cabo de un minuto la correa se partió y cayó al suelo. El muchacho se frotó con alivio las muñecas, fue hasta la puerta y miró por el ojo del buey.

La barcaza se acercaba lentamente a la salida de la dársena. La pared del muelle, húmeda y gris, estaba muy cerca del costado de la embarcación. El corazón le dio un salto: ¡No estaba todo perdido! Gleb recogió la máscara del suelo y abrió la puerta con decisión. Una fuerte racha de viento lo golpeó en el pecho, como si hubiera querido prevenirlo contra sus desesperadas intenciones. El muchacho retrocedió, pero tan sólo para tomar carrerilla. Sin pensarlo más, echó a correr con todas sus fuerzas y saltó desde la resbaladiza borda de la barcaza. Por unos momentos se abrió un abismo bajo él, las espumeantes olas de

proa destellaron a sus pies, y notó en las entrañas la opresión del miedo. Entonces sintió un golpe fuerte en las piernas. Las rodillas se le doblaron. Rodó sin control sobre el húmedo asfalto y se estrelló contra un montón de cajas de madera. Sintió un impacto en la espalda y se quedó sin aliento. Gleb se quedó inmóvil entre las cajas destrozadas, aspiró con el cuerpo agarrotado el aire húmedo del mar y se asomó precavidamente entre los restos que lo ocultaban. La vieja barcaza salía del puerto expulsando un humo pestilente. No se veía a nadie en cubierta. Al parecer, no se habían dado cuenta de su desaparición.

Necesitó tan sólo unos segundos para tomar consciencia del lugar donde se hallaba. El muchacho olvidó los golpes y el dolor de cabeza, se cubrió con la máscara de respiración y corrió hacia el muelle. Una curva, luego otra... Reconoció el ancla de la izquierda. Allí mismo, cerca de allí... Gleb se subió de un salto al puente de desembarco y miró a su alrededor.

«Si vuelves a verme igual, inyéctame la misma mierda. Acuérdate de que ésa es tu obligación más importante…»

No vio a Martillo por ningún lado. ¿Dónde estaría? ¡¿Dónde?! Al llegar al sitio donde había caído Martillo, el muchacho tropezó y se desplomó con todas sus fuerzas sobre una rodilla al fallarle las piernas. Sangre... manchas de sangre sobre la losa de hormigón, sobre el uniforme desgarrado de su maestro. Gleb se cubrió el rostro con las manos. Un grito de desesperación surgió espontáneamente de sus pulmones, como si hubieran tenido vida propia.

¿Qué había ocurrido? Gleb no estaba con el Stalker cuando éste necesitó su ayuda...; tenía que hacer algo en seguida. Se puso en pie, empuñó la Pernatch y le quitó el seguro. Luego corrió a lo largo del muelle. Miró por todos los rincones. Las lágrimas ardían en sus ojos, pero no era momento de rendirse. Tal vez no fuera demasiado tarde...

Las naves industriales, hangares y grandes puertas pasaron nuevamente por su lado a toda velocidad. Gleb corría sin mirar por dónde. El fango se hundía bajo sus botas, el aire frío y húmedo le ardía en la garganta.

Gleb se metió por una espesura y se encontró al borde de una dársena abandonada e invadida por la hierba. Un submarino reposaba sobre el canal sin agua como una gigantesca ballena varada. El muchacho había oído hablar de embarcaciones como ésa que viajaban a las profundidades del mar. Incluso había visto una ilustración en un libro de su amiga Nata. Pero por primera vez veía de

cerca uno de esos gigantes creados por la mano del hombre. De todas maneras, no había sido fácil reconocerlo: faltaba una parte del casco, y los boquetes que se habían abierto en el herrumbroso revestimiento exterior dejaban a la vista los mamparos... el esqueleto de un mastodonte de hierro.

¿Cuántos años debía de llevar el monstruo en aquel lugar? Podía ser que aquel submarino hubiera surcado antaño las aguas a orillas de Vladivostok... Por un instante el muchacho se imaginó cómo habría emergido a la superficie con el casco resplandeciente. Y cómo en la parte de arriba, en la cabina del piloto, habría estado él con su maestro, con los ojos puestos en tierra firme.

Un rítmico crujido que desde hacía un rato acompañaba discretamente a la melodía del viento devolvió a Gleb a la realidad. La conciencia de que se trataba del contador Géiger cayó sobre él como un rayo. Se marchó de allí a la máxima velocidad que le permitieron las piernas, sin dejar de estar atento en ningún momento al sonido del aparato. El contador enmudeció en seguida, pero el muchacho tardó mucho en tranquilizarse. ¿Habría quedado irradiado? ¿Iba a correr el mismo destino que Okun? Presa del miedo, huía alocadamente.

Al fin, cuando ya no le quedaban fuerzas, se dejó caer sobre la hierba, al lado de un cobertizo que con el paso del tiempo se había inclinado hacia uno de los lados. ¿Qué era lo que había dicho Ksiva sobre el vodka? ¿Que servía no sólo para expulsar la radiación, sino también los pensamientos tristes? Le pareció que era el momento más adecuado para preocuparse de lo uno y de lo otro. El muchacho buscó dentro de su mochila, sacó la cantimplora que le había confiado Ksiva y desenroscó el tapón. El frío líquido le ardió en la garganta y le sentó como una patada en el estómago. Gleb se obligó a sí mismo a beber otro trago y tuvo un acceso de tos. Esperó a ver qué le ocurría. Los pensamientos tristes no habían desaparecido. Lo único que había cambiado era que notaba un regusto asqueroso en la boca. El muchacho le dio un puntapié a la cantimplora y la arrojó entre unos arbustos, y luego volvió a ponerse la máscara de respiración y siguió adelante.

# TERCERA PARTE REVELACIONES

#### 16

## HACIA LA LUZ

Poco es lo que puede hacer el hombre que todavía no ha conocido la desesperación. Sólo cuando ese tormento lo ha alcanzado sabrá valorar de verdad una vida feliz. Sólo quien ha sentido en su propio cuerpo los golpes con los que el destino pone a prueba una y otra vez nuestra firmeza podrá decir sin dudarlo: «Soy fuerte. Lo voy a conseguir». A veces, la desesperación suscita en nosotros fuerzas que ni siquiera imaginábamos, y aún más a menudo nos empuja al abismo del desaliento. Porque le enseña al hombre cuáles son sus límites al enfrentarlo a una elección difícil: o resignarse y confesar su propia impotencia, o emprender, en la más desesperada de las situaciones, la atormentada búsqueda de una solución.

Los momentos de desesperación son distintos para cada uno de nosotros. Para algunos, pasan sin dejar trazas, mientras que a otros les transforman la vida desde sus mismos fundamentos. Ceder ante las emociones y hundirse en el abatimiento es la solución más fácil, pero en ocasiones merece la pena un poco de reflexión. A veces no sabemos reconocer las señales que aparecen en nuestro entorno y que apuntan a posibles soluciones.

Es duro tener que enfrentarse una y otra vez a las circunstancias exteriores cuando la posibilidad de victoria es nula. Pero es mucho más duro tener que vivir después con la derrota, con el sentimiento de haberse rendido. A veces llega a ser tan insoportable que ya no merece la pena seguir viviendo, la vida pierde su sentido.

Por ello, la desesperación es peligrosa, y, en más ocasiones todavía,

simplemente absurda. Pero es igualmente absurdo vivir sin haber conocido esa emoción. Por lo menos una vez.

Martillo no aparecía por ninguna parte. Gleb se recostó contra una pared de ladrillo y trató de tranquilizarse. No podía creer que su maestro hubiese muerto de una manera tan absurda. Podía ocurrirle a cualquiera, pero no a él. No podía quitarse de la cabeza la imagen de la gigantesca criatura alada que se había ido con el cadáver de Nata. ¿Acaso el Stalker había corrido el mismo destino? En las circunstancias en las que se hallaba, hasta el más miserable de los animales hubiera podido acabar con él.

Allí sentado, el muchacho se dio cuenta de su situación: estaba solo. Y no era lo mismo que la soledad del huérfano a la que se había acostumbrado con el paso de los años.

No. En la Moskovskaya siempre había alguien a su lado que hablaba con él, que lo abroncaba, que incluso lo insultaba...; siempre había alguien pendiente de él. Pero había llegado un momento en el que no había nadie a su lado. Absolutamente nadie.

Estaba solo.

Solo con sus miedos y sus dudas.

Solo contra los millares de peligros de la superficie.

No se le habría ocurrido nunca que al término de la emocionante expedición con todos aquellos valerosos luchadores quedaran tan sólo una serie de muertes y el fracaso final de su sueño. ¿Cómo iba a llegar a la tierra pura? Pero lo que más profundamente le dolía era la muerte de su maestro.

El cielo aún estaba cubierto de nubes bajas de tormenta. Se oyeron nuevamente truenos en la lejanía, y resplandecieron una vez más los relámpagos. Gleb apretaba el cuerpo contra el asfalto frío y agrietado, encogía los hombros, se cubría la cabeza con las manos. Trataba de derrotar su propio miedo, de pensar en cosas alegres y buenas para levantar el ánimo. Pero las imágenes que le venían a la cabeza producían el efecto contrario: en primer lugar, el rostro fatigado de Palych, tras regresar del ataque de los vegetarianos en la Sennaya. Luego, el gordinflón de Procha con su cuadrilla... Era casi como si aún viera su mueca insolente y maliciosa y los dedos rechonchos con los que le había arrebatado el mechero. Luego Nikanor, el jefe de estación de la Moskovskaya, que había vendido a Gleb a cambio de carne de cerdo. La mirada furiosa y

despreciativa de Cóndor. Chamán en el momento de atarle las manos. Todas las humillaciones, cada vez más amargas, le hacían un nudo en la garganta y lo dejaban sin aliento.

Martillo. El único que había estado a su lado tras la muerte de sus padres. ¿Cómo es que tenemos que perder a las personas para darnos cuenta de lo que valían para nosotros? Las lágrimas le afluyeron por sí solas a las mejillas. En ese instante, el muchacho deseaba tan sólo una cosa: desaparecer —no importaba cómo— para no tener que sentir nada más.

¿Qué le habría dicho Martillo si lo hubiera hallado en ese estado? Le vinieron a la cabeza las enseñanzas de su maestro: «Si te decides a hacer algo, tienes que dar el primer paso. Y no sentir ningún miedo por el segundo. El único error que podrías cometer es el de no hacer nada. Lo único importante es que tengas siempre los ojos puestos en tu meta... olvídate de todo lo demás...»

—El único error que podrías cometer es el de no hacer nada… —Gleb no se había dado cuenta de que hablaba en voz alta.

Empuñó la pistola. La lluvia caía sin cesar y se llevaba por delante la mugre que se le había pegado al traje de protección. Al mismo tiempo pareció que también se desprendiera de él la costra de miedo e indecisión. La compasión que sentía por sí mismo le causó tal acceso de cólera que no pudo reprimir una mueca. En ese instante se odiaba a sí mismo.

¿Tener siempre los ojos puestos en su meta? El muchacho se llevó el brillante cañón de la pistola a la sien y cerró los ojos. Trató de imaginarse lo que habría después. No oyó el chasquido que hizo al quitarle el seguro, porque coincidió con un trueno ensordecedor. El dedo de Gleb temblaba en el gatillo.

En ese momento, un rayo de luz se coló entre sus párpados cerrados. Gleb abrió los ojos y lo vio...

¡La luz!

Un cono de luz penetrante y cegadora brillaba frente a las ruinas del hangar y los mástiles del barco de carga maltratado por el tiempo.

Sobre el telón de fondo de un cielo cada vez más oscuro, aquel rayo cegador actuó sobre él como un imán. Irreal, como un cuerpo extraño en el crepúsculo que gradualmente descendía sobre la isla, dislocaba el espacio, expulsaba a la noche junto con todas sus hordas infernales.

—La señal... —Sus labios resecos susurraban como por sí mismos la

enigmática palabra, aunque el entendimiento del muchacho no quisiera enterarse de lo que veía—. ¡La señal!

Gleb se puso en pie, con la respiración entrecortada, y corrió de un lado para otro. De súbito, la idea misma de suicidarse le pareció una tremenda cobardía. ¿Iba a conseguir lo que los demás no habían conseguido? Tenía que intentarlo. Llevaría a buen término la misión, por sus camaradas caídos.

Cuando por fin se hubo impuesto a sus propias dudas, se puso en marcha a través de los embarcaderos y las ruinas de la terminal. Dejó atrás los restos de una gigantesca embarcación de carga carcomida por la herrumbre que estaba sola sobre un banco de arena, y también el angosto dique de cierre entre el puerto de la Madera y el del Carbón. El muchacho se hallaba aproximadamente a medio kilómetro del origen de la luz, separado de éste por un amplio muelle que se clavaba como un gigantesco puñal en las aguas del golfo.

No sentía ya ningún miedo. Éste había desaparecido, y en su lugar quedaba tan sólo una esperanza animosa y obstinada.

—Voy hacia la luz, la luz de la Redención —decía Gleb, repitiendo las palabras del sectario—. Hacia la luz…

Una sombra negra se abatió brutalmente sobre él desde el hangar. Con movimientos instintivos, Gleb empuñó la pistola. Contribuyó a ello el principio fundamental que todos los habitantes del metro seguían: todo desconocido que se te acerca en la penumbra sin anunciarse es un enemigo. Se oyó un disparo, luego otro. Una criatura informe se precipitó como un peso muerto sobre el fango. Gleb no tenía tiempo para ver más de cerca a su atacante. Por el contrario, aceleró sus pasos y se dirigió hacia el faro que le prometía la salvación.

«Esas pruebas nos fueron enviadas desde lo alto. Quien es débil de espíritu, lo es también de entendimiento...»

Otra silueta saltó desde un muro, pero al distinguir la reluciente Pernatch en la mano del muchacho, retrocedió. El fulgor de los disparos iluminó por unos instantes la forma mal definida que parecía envuelta en andrajos, o en jirones de pellejo gris. ¿O tal vez eran unas alas? ¿Los pliegues de un abrigo? La criatura se estremeció y se alejó por donde había venido. Varias figuras más aparecieron en la penumbra y lo atacaron por el flanco. Avanzaron hacia él con pasos ágiles. ¿Tenían jorobas? ¿O acaso llevaban capuchas?

Gleb estaba concentrado en disparar. No se dejó llevar por el pánico. Sabía

que estaba solo y que nadie iría a ayudarlo.

El ataque terminó súbitamente, como había empezado. El muchacho aguzó el oído y observó con desconfianza las vigas de hierro rotas y desperdigadas por allí. Todo estaba en silencio. No se veía ni un alma.

Gleb miró al frente. Sobre el telón de fondo de la luna que salía se recortó la silueta de la elevada cúpula del faro. El rayo de luz que expulsaba las brumas de la noche apuntaba hacia San Petersburgo. No le quedaba ninguna duda: ¡Había encontrado la señal!

A casa paso que daba, la orgullosa torre crecía, se volvía más alta, ganaba en porte. Se encontraba al final del muelle, en un extremo cubierto de piedras. El edificio se integraba en un conjunto armonioso con el resplandeciente oleaje, como si hubiera sido parte del paisaje de la árida isla.

El muchacho se quedó tan fascinado con la imagen que estuvo a punto de no darse cuenta del movimiento que tenía lugar en la orilla. Gleb corrió a toda prisa hasta una grúa herrumbrosa que se encontraba no muy lejos de allí y se escondió entre los pilares cubiertos por una maraña de hierbajos. Reconoció desde su guarida la barcaza que se mecía sobre las olas cerca de la orilla. Parecía la misma con la que se habían alejado los Stalkers. ¿Acaso habían cambiado de idea? El corazón le dio un vuelco de alegría, pero ésta se transformó al instante en puro horror: sobre la pasarela vacilante aparecieron unos seres muy extraños cuyos vestidos habían conocido mejores tiempos. Llevaban impermeables rasgados, andrajos atados de cualquier manera sobre el cuerpo... No había lugar a dudas: aquellas criaturas pertenecían a la misma especie que las sucias bestias que lo habían atacado momentos antes. Eran seres humanos. Al observarlas más de cerca, Gleb se fijó en un fardo que habían colocado sobre la pasarela. Las extrañas gentes —sus rostros parecían estar cubiertos por una fea costra clavaron garfios de estibador en sus presas y las arrastraron por el suelo. Al verlas mejor, estuvo a punto de gritar: ¡Eran los cadáveres de Cóndor y Chamán! Gleb no podía creer lo que estaba viendo. Sus cabezas se balanceaban de un lado para otro e iban dejando un rastro de sangre sobre la tierra.

De pronto, uno de los desconocidos se acercó al cadáver de Cóndor y sacó un cuchillo para cortar carne. Su ancha hoja centelleó... El muchacho se volvió porque no quiso ver lo que iba a ocurrir a continuación. Pero cuando por fin se atrevió a mirar, sus ojos se dirigieron por sí solos hacia la herida abierta en el

costado del Stalker.

El hombre que había acuchillado a Cóndor se estaba llevando algo a la boca y lo desgarraba con los dientes... ¡¿Carne?!

¡Eran... eran caníbales!

Gleb se mareó. Había oído hablar de cosas semejantes, pero era la primera vez que las veía. El muchacho se arrancó la máscara del rostro y trató de coger aire. La repugnante escena seguía ante sus ojos y no quería desaparecer. Su conciencia se negaba a aceptar lo que había ocurrido. En la Moskovskaya no se había recurrido nunca al canibalismo, ni siquiera en los peores tiempos de hambre. Sus habíantes habían logrado sobrevivir a base de setas cocidas. Jamás habían hecho nada parecido.

Entonces... los «contactos» a los que habían ido a buscar eran ésos.

En definitiva, todo era mucho más sencillo, pero al mismo tiempo mucho más horripilante de como se lo había imaginado Gleb. Su sueño se hizo añicos, pero el muchacho se negaba con obcecación a reconocer su derrota. El deseo de llegar hasta el origen de la luz perduró con la misma fuerza.

Gleb se quedó de piedra. Sintió que se le ponía piel de gallina. El caníbal que acababa de comerse la porción de «carne fresca» se había quedado inmóvil y miraba hacia la grúa. ¿Acaso lo había visto? Su boca manchada de sangre se abrió para enseñar unos dientes horrendos, y se le aceleró la respiración, como al animal que husmea una presa. Las convulsiones que cada cierto tiempo sacudían su cuerpo no eran humanas.

Gleb empuñó la pistola. ¿Cómo le había enseñado Martillo a utilizarla? Espirar, apuntar, aguardar un momento entre dos latidos del corazón y tirar suavemente del gatillo.

«Contempla tu propia alma, bastardo, y descubre si estás preparado para pasar el Rubicón».

La Pernatch dio una sacudida y Gleb la sintió en la mano. La cabeza del caníbal salio disparada hacia atrás, y en su frente apareció un agujero casi al mismo tiempo que el cráneo le estallaba por detrás y salpicaba sangre en todas direcciones. Por un instante, la jauría de degenerados contempló el cadáver de su congénere, luego entre aullidos corrieron hacia la espesura. El muchacho se arrastró, tembloroso, por las vigas herrumbrosas, trepó sobre un montón de planchas de hormigón armado y corrió pegado a la pared de un hangar de poca

altura. Como un rayo, le pasó por la cabeza que sus perseguidores se habían dividido en la orilla para cerrarse sobre él como tenazas.

Gleb tropezó con una raíz que sobresalía del suelo y cayó en una zanja profunda. El fango le ensució los cristales y lo dejó sin posibilidad de orientarse. Pero fue un accidente que le vino muy bien. Trató de hundirse todavía más en el caldo maloliente y se quedó inmóvil. Oía los latidos acelerados de su propio corazón. Los pulmones estaban a punto de estallarle por todo el rato que había pasado corriendo con la máscara de respiración puesta.

Lentamente para no delatarse, el muchacho levantó la mano y limpió los cristales. A la espectral luz de la luna creyó ver que la zanja estaba repleta de huesos y calaveras. Eran huesos humanos. Gleb se puso en pie, gritando, y trató de salir de allí. Como para frustrarlo en sus propósitos, los brazos se le hundieron en el fango hasta los codos, hasta tocar el fondo. Los crujidos que se oían bajo sus botas eran aterradores.

Un adoquín le pasó volando por encima de la cabeza y se estrelló contra las turbias aguas. Otra piedra le dio un doloroso golpe en la pierna e hizo que se cayera de nuevo al suelo. Aunque el uniforme de kevlar amortiguó el golpe, notó que había perdido sensibilidad en la pierna. En el borde de la zanja se distinguía la silueta de un caníbal que desenrollaba una larga cuerda. Entre tropezones y resbalones, el muchacho logró llegar a una cloaca que atravesaba un promontorio hasta el hangar más cercano, y se arrastró precipitadamente por su interior. En el interior de la conducción reinaba la oscuridad y el agua en la que chapoteaba tenía un olor espantoso. El muchacho miró a su alrededor y suspiró con alivio. Por la entrada de la cloaca se veía el cielo nocturno, pero no se distinguía ninguna silueta humana. Era evidente que sus perseguidores vacilaban en arrastrarse tras él. Quizá no lo hubieran visto meterse allí. Pero ¿cuánto tardarían en encontrarlo?

Al llegar al otro extremo se encontró con una reja. El muchacho estuvo a punto de disparar contra el inesperado obstáculo, pero luego se dio cuenta de que no era una buena idea. De modo que, con toda precaución, metió el machete en el estrecho resquicio que quedaba entre la reja y la pared. La reja cedió con un suave crujido. Al cabo de un rato de trabajo, el fugitivo salió de la conducción y se encontró en un angosto canal de hormigón, cubierto por su parte superior con rejas de hierro. Dichas rejas se hallaban a nivel del suelo, por lo que Gleb llegó a

la conclusión de que debía de hallarse en el sistema de desagüe de una nave industrial. Pero las rendijas eran estrechas y no le permitieron ver nada.

Por la parte donde debía de estar la entrada del hangar se oían palabras incomprensibles y entrecortadas. Gleb guardó silencio. Se oían pisadas cada vez más cercanas. Al cabo de un instante, había alguien encima de él. La sombra de una figura rechoncha apareció sobre la reja. Gleb agarró la empuñadura del machete con tanta fuerza que la mano le dolió. Su perseguidor olía a alcohol y a cuerpo sin lavar.

La reja crujió. El desconocido había dejado un pesado bichero sobre ella. Desde la punta afilada del instrumento cayeron gotas de sangre que le mancharon las botas. En el absoluto silencio, Gleb oyó la ronca respiración del caníbal. El machete tembló en su mano, su cuerpo se quedó rígido en su tensa espera, a punto para saltar como un resorte.

Las voces de arriba enmudecieron. El desconocido se quedó allí durante un rato, luego dio media vuelta y se marchó. Una puerta se cerró. El muchacho esperó durante un rato no muy largo, luego apartó a un lado la reja de hierro colado y salió del canal. En seguida se dio cuenta del horrible uso que se le había dado a la nave industrial: ganchos de hierro colgados en largas hileras, manchas de una sustancia de color parduzco en el suelo y calaveras humanas por todas partes. Encontró en una carretilla una pierna humana cortada en trozos.

Al contemplar el repugnante matadero, Gleb volvió a marearse.

Tenía miedo de perder la consciencia. Trató de no mirar a derecha ni a izquierda. Anduvo como pudo hasta el final de la nave industrial y salió al aire libre. No había nadie. Incluso los cadáveres de los Stalkers habían desaparecido. Al parecer, los devoradores de seres humanos se habían dado por satisfechos con el botín obtenido.

Tras observar atentamente los alrededores, Gleb se metió entre las hierbas altas y siguió adelante. No le faltaba mucho para llegar a su destino. Tal vez cincuenta metros. Se oían voces en la lejanía.

El reflejo de una hoguera titilaba sobre las ruinas de la ciudad. No cabía ninguna duda: aquellas extrañas gentes se habían reunido para una cena tardía. Al imaginarse los detalles del ágape, el muchacho sufrió un escalofrío de horror. Sus últimos y horripilantes descubrimientos le hacían temblar todo el cuerpo, e incluso los dientes le castañeteaban. Gleb hizo acopio de sus últimas fuerzas y se

arrastró hasta unos metros más allá entre las hierbas que el rocío había humedecido. Tan sólo le quedaba un trecho breve, pero desprotegido, para llegar al pie del faro.

«No temo a la oscuridad de mi propio corazón. Voy hacia la luz...»

Corrió agachado hasta el arco de piedra de la entrada y, sin que le latiese siquiera el corazón, se arrojó contra la vieja puerta. ¡Estaba abierta! El niño echó una última mirada a los edificios del puerto envueltos por la oscuridad y entró.

### 17

## LA VOZ DEL PASADO

No hay nada que transforme tanto a un ser humano como el instinto de conservación. Tan pronto como empieza a actuar, los valores morales pasan a un segundo plano. Es extremadamente difícil reprimirlo, sería imposible librarse de él por completo. Está arraigado en la naturaleza humana. Es uno de sus muchos mecanismos de defensa, junto con el sistema inmunitario, la tos, las lágrimas... En sí mismo parece algo sencillo, y, sin embargo, las escasas ocasiones en que ese instinto se despierta en nosotros no se corresponden con nuestras concepciones de valentía, fuerza de espíritu, moral y otros valores igualmente transitorios.

El ser humano tiene cierto miedo del instinto de conservación, ¿quizá porque hace aflorar las bajas necesidades y los pecados contra los que la sociedad trata de defendernos con todas sus fuerzas? El instinto obliga a los seres humanos a huir de los peligros, a no fijarse en el dolor de sus prójimos, los fuerza a cometer hurtos, a robar y a matar. Y así el ser humano huye, ignora a sus semejantes, comete hurtos, roba y asesina..., y todo ello por la criatura sin principios que mora en su interior y que le dice: ¡Vive! Sólo más tarde, cuando ya ha salvado su propia piel, siente pesar y remordimientos de conciencia. Y ni siquiera podemos decir que sea eso lo que le ocurre a todo el mundo. Para ciertas personas, los remordimientos son como el hipo después de un opíparo almuerzo.

El hipo pasa, y la conciencia también se tranquiliza con el paso del tiempo. Pero no todo el mundo es igual. Las almas de los seres humanos son demasiado variadas como para reducirlas a una regla común. Hay algo que sí podemos decir: unos aprenden a luchar contra su propia conciencia, y otros, contra su instinto de conservación.

El suelo de metal del faro resonó bajo los pies de Gleb. El muchacho miró a su alrededor. Una angosta escalera de caracol conducía hasta arriba. Sus escalones herrumbrosos no inspiraban mucha confianza, pero ¿qué más podía hacer? El muchacho sacó la pistola e inició el ascenso. Una y otra vez se detenía, tenso, en las circunvoluciones de la estrecha escalera. Tenía la sensación de que al final de cada una de ellas le aguardaría un enemigo, pero lo cierto es que no encontró ni un alma viviente en su camino. Tan sólo una rata pasó por su lado a toda velocidad y desapareció en la penumbra mientras chillaba con fuerza.

Gleb subió varios pisos. Se acercaba cada vez más al final del edificio. Poco antes de que su ascenso terminara, se encontró con un obstáculo inesperado: sobre la escalera había varias cajas de hierro conectadas a un grueso cable que subía hacia arriba siguiendo los peldaños. Al examinar de cerca las cajas, vio que se trataba de grandes acumuladores. Tenían máquinas parecidas en el área de generadores de la Moskovskaya, por si se daba el caso de que el viejo motor diésel dejara de funcionar. Sin embargo, aquellos acumuladores eran mucho más grandes.

Gleb los dejó atrás, y poco más adelante la escalera terminó y el muchacho llegó a la entrada de una sala redonda. A un lado de la misma había una pequeña escalera que conducía hasta una plataforma exterior. A la pálida luz de su linterna descubrió unos cuantos acumuladores más junto a la pared. El suelo era de piedra y halló restos de una reunión que debía de haber tenido lugar poco antes: el rastro grisáceo de una hoguera, botellas vacías, huesos... El muchacho evitó mirar los restos de comida y entró en la sala. Habían transformado en leña casi todos los muebles, con la excepción de un gran armario lleno de vasos y copas, platos y otros enseres. Estaba apoyado en la pared y aguardaba su destino con resignación.

Gleb siguió con los ojos el cable que recorría la sala, ascendía por la pequeña escalera hasta lo alto de la torre y llegaba por fin a la plataforma. El muchacho contempló desde una altura vertiginosa la visión panorámica de la inacabable superficie de agua. Se cogió a la barandilla con el cuerpo agarrotado y cerró los ojos. Un viento penetrante se coló sin piedad por los pliegues de su capucha. En ese momento tuvo la sensación de que la alta torre se tambaleaba bajo el asalto

de los elementos.

Desde aquel punto se divisaba el perfil de los grandes edificios de la Isla Vasilievsky. Allí, tras varios kilómetros de agua sin límites, aún había vida... bajo tierra, sin la luz del sol, pero igualmente era vida. Gleb sentía una nostalgia tremenda de su hogar, la Moskovskaya. O por el subterráneo de Martillo, aunque, tras la desaparición del Stalker, aquel lugar no volvería a ser tan confortable como antes. El muchacho suspiró. Qué maravilloso habría sido poder empezar de nuevo con la búsqueda. ¡En aquel mismo lugar! Y sin saber nada sobre el metro. Simplemente ponerse en marcha con Martillo y los Stalkers de Cóndor, con la esperanza de encontrar un nuevo hogar y, al final... ¡descubrir el mundo subterráneo de Petersburgo con sus estaciones! Y entonces llegar a la Moskovskaya...

¡En comparación con la superficie, la red de metro era el más puro de los paraísos! Allí se podía ir sin máscara de respiración, sin temer los ataques de depredadores hambrientos, y beber agua, que no estaba limpia pero tampoco era peligrosa... ¿No sería ésa la Tierra Prometida? ¿Merecía la pena buscar algo más?

Gleb contempló el horizonte con el ánimo abatido. Sobre el telón de fondo del cielo azulado y oscuro que precede al alba presentía los perfiles de los edificios más pequeños de la ciudad. Suspiró hasta lo más hondo y contempló la punta de la torre. A juzgar por los reflectores destrozados, el de la torre debía de llevar mucho tiempo sin funcionar, y difícilmente volvería a encenderse jamás. Sin embargo, un trípode de grandes dimensiones instalado también en la plataforma emitía un refulgente chorro de luz. Debía de ser el faro de señales al que se había referido Martillo. El mensaje había llegado a su destinatario. El destinatario había ido hasta allí. Pero la persona que envió el mensaje había desaparecido. Todo aquello no encajaba: los caníbales medio salvajes y el faro de señales de la torre. No, por muy buena voluntad que le pusiera, no encajaba en abosluto.

El enigma tuvo como efecto que le diera vueltas la cabeza. El muchacho volvió a entrar en la sala donde se hallaban los acumuladores, miró a su alrededor, y, sin pensarlo mucho, tiró del cable con todas sus fuerzas. La corriente se interrumpió, la luz se apagó. De este modo lograría que el enigmático «contacto», quienquiera que fuese, se presentara allí.

El muchacho cargó la Pernatch, se recostó en la pared, dejó la pistola a su lado, sobre el hormigón cubierto por el polvo, y se dispuso a esperar un buen rato. En su cabeza no había ya pensamientos, tan sólo indiferencia y una especie de distanciamiento insolente. Que ocurriera lo que tuviese que ocurrir. Aunque hubiera querido regresar a su hogar, no tenía fuerzas, ni experiencia, ni recursos suficientes. ¿Para qué retrasar lo inevitable? Al cabo de poco rato, la frialdad de la pared penetró en su cuerpo. Al inclinarse hacia adelante, Gleb se dio cuenta de que algo duro se le clavaba en la barriga. El diario.

Con movimientos ceremoniosos, abrió el bolsillo del traje de protección, sacó el diario y empezó a hojearlo con manos agarrotadas y temblorosas. Con tanta agitación, se había olvidado totalmente de su hallazgo, y por ello no sabía cómo continuaba la historia de las gentes atrapadas en el refugio antiatómico. Pero en aquel momento tenía tiempo de sobras. Leyó las páginas amarillentas a la escasa luz de su linterna.

Pasó el tiempo. Cierto día volvió a presentarse el oficial. Nos dijo que necesitaban gente para acelerar las obras del túnel que llevaría a la superficie. Prometieron alojamiento en la parte de abajo a todo el que se presentara voluntario. No faltó gente interesada. Petya bajó con los primeros. Trató de convencerme para que lo acompañase, pero... de repente, me entró miedo. El oficial parecía nervioso... tenía la frente perlada de sudor y los dedos le temblaban... Nos hablaba sin mirarnos. Sea como sea, no me inspiró confianza. Tuve un mal presentimiento. Así pues, no bajé con ellos. Me quedé arriba con la esperanza de que hubiera alguna novedad. Quería esperar a que el túnel estuviese terminado.

Llegado ese momento, mi reloj había dejado de funcionar. Sin reloj, el tiempo transcurre de otro modo. Mediodía, medianoche, un mes, un año... ¿qué importa la diferencia? Quien vive en una tumba no se preocupa ya por esas pequeñeces. Durante ese tiempo me orienté mediante las raciones de comida. Nos daban ya tan sólo dos: por la mañana y por la noche. El viejo que jugaba con nosotros al chapayev nos decía que estábamos a media pensión.

Habían pasado varios días desde que Petya había descendido a los niveles inferiores. Y entonces, un día, a la hora de la cena, me atraganté con una cosa rara. Estaba dura, pero no era un hueso. La acerqué a la luz: era la uña de Petya. No la habría confundido con nada en este mundo. Ahora mismo creo verlo

todavía hurgándose los dientes con aquella uña.

En ese mismo instante vomité toda la cena. ¡En eso consistían las fabulosas provisiones que tenían en el búnker! No le conté nada a nadie, sino que me quedé en un rincón y reflexioné. Si hubiese contado a los demás en qué consistía la comida de los militares, se habría producido un alzamiento y nos habrían matado a todos. No, tenía que actuar de otro modo. Me entró tanto miedo que me puse a temblar. Tuve que estrujarme los sesos para buscar una manera de no terminar bajo el cuchillo. Y entonces tuve una idea.

Cuando volvieron a pedir voluntarios para trabajar bajo tierra, me presenté junto con otros dos. Nos llevaron a los pisos de abajo. Durante el descenso, los ojos me lloraron, porque no estaban acostumbrados a aquella luz tan brillante. De hecho, había llegado a un lugar cálido, bien iluminado y seco. Nos llevaron por pasillos laterales, y en algunos puntos se oían risas de niños, e incluso música. Ésos sí que sabían ahorrar recursos. Los muy cabrones se lo habían montado bien. En un par de ocasiones nos encontramos con habitantes de aquel lugar. Era gente de aspecto normal, pero de mirada fría y despreciativa... Tuvo que pasar un rato para que lo entendiera: ¿de qué otro modo podían mirar a la carne que iban a comerse?

No me acuerdo de cuánto tiempo duró el descenso. El búnker era bastante grande. Pero sí que vi muy claro que había llegado el momento de poner en práctica mi plan, porque habíamos llegado a una zona de azulejos blancos. Debía de ser la cocina, así que le fui susurrando al soldado que me acompañaba lo que había pensado, le dije esto y lo de más allá... le dije que se trataba de un asunto de suma importancia. Por fortuna, tropecé con el hombre adecuado. O se compadeció de mí, o prefirió pasarle el problema a otra persona. En cualquier caso, al cabo de un rato de charla, me llevó ante su superior.

Me condujeron hasta una oficina. Allí encontré, sentado a una mesa, a un tío con pinta de funcionario al que había visto ya otras veces. Con un vaso de coñac y un cigarrillo entre los dientes. Como un gusano en un pedazo de tocino, el hijoputa. Me fijé en sus ojos hundidos en la carne rechoncha y me di cuenta de que las posibilidades de sobrevivir eran prácticamente nulas. Así que, reuniendo fuerzas, me puse a hablar. Le di a entender que sabía lo de la carne, pero que me callaría y que podía serle útil. Que cavaría como un loco y que más tarde hablaría a los otros sobre los progresos que hacíamos con el túnel, sobre el

apoyo que recibíamos desde San Petersburgo, lo que fuese con tal de que no me mataran...

La bola de sebo me sonrió con mala leche. Me preguntó de qué túnel le hablaba, y me explicó que la salida de emergencia estaba terminada desde antes de la explosión. Y que seguía existiendo. Y que hacía tiempo que salían a la superficie. Pero que allí abajo estaban más seguros. Y que la provisión de alimentos estaba asegurada, aunque tan sólo fuera por un tiempo determinado. ¿Qué le vamos a hacer? Los más fuertes son los que sobreviven...

Me lo contó prácticamente todo... Probablemente llevaba un par de tragos de más. Según creí entender, al principio solo alimentaron con carne humana a los habitantes del refugio antibombas. Lo hicieron para que las provisiones que tenían abajo les durasen más. Pero cuando se les acabaron las conservas de carne, la elite empezó a pasar hambre, y entonces decidieron compartir las «provisiones» de los demás. El refugio antibombas se había transformado en un redil para el «ganado». Cuando le pregunté por la salida principal, me respondió que los que no habían podido entrar a tiempo la habían cegado desde fuera. Y me dijo que así era mejor.

Acordamos que saldría para hacer correr rumores sobre el presunto túnel y sobre otras cuestiones. Que los enfermos, amotinados e insatisfechos serían los primeros en morir... Me odiaba a mí mismo, pero no podía hacer otra cosa. Cada vez que bajaba desde el mohoso refugio antibombas hasta el búnker para informar, me servían un vaso de zumo y una ración suplementaria. Y yo me la tragaba. Hasta el último trocito. Me odiaba a mí mismo, pero me tragaba igualmente la carne. Y luego regresaba, regresaba a este infierno. Mentía a mis camaradas. Cara a cara. Yo, el sin Dios.

He pecado. Pecado. Y no puedo confesárselo a nadie. Este cuaderno en el que escribo lo birlé de la mesa del asesino. Ruego que la lámpara, la última que aún da luz en el refugio, no se apague. Mientras me quede lápiz, al menos podré escribir lo que me pesa sobre el alma. No me quedan fuerzas para soportar todo esto.

Así han pasado los días. ¿O han sido semanas? ¿Meses? No lo sé. Es como si el tiempo se hubiera detenido. Me duele mirar a los demás. Están sucios, están llenos de mierda. Se pasan todo el tiempo lloriqueando en la oscuridad y vienen arrastrándose tan sólo para comer. Ahora ya sólo lo hacen una vez al día. Han

vuelto a reducir la ración.

Por supuesto que no todos están igual de desesperados. Los hay que todavía aguantan y conservan la esperanza. Pero cada día somos menos. Dentro de muy poco no va a quedar nadie que abrigue esperanzas. La última vez que estuve en el búnker oí casualmente que alguien hablaba de arenas movedizas. Vi claro que el agua se había colado también en la zona donde vivían aquellos mierdas. Durante la conversación que contaba antes, me llevé una llave que se encontraba sobre la mesa del funcionario sin que él se diera cuenta. Es la llave del cerrojo de la puerta de seguridad del búnker. En aquel momento presentí que ocurría algo malo. Entretanto, nuestros celadores se marcharon a toda prisa. Y nos abandonaron...

Llegados a ese punto, las anotaciones se interrumpían. Gleb pasó varias páginas en blanco y encontró la continuación. La caligrafía era cada vez más irregular y difícil de leer. Las letras se amontonaban unas sobre otras y costaba mucho seguir el texto.

Escribo a oscuras. La lámpara ha dejado de funcionar. Hemos pasado un día entero sin abastecimiento. Ahora veremos qué es lo que viene a continuación. No hemos podido abrir la puerta del búnker. Tengo muy claro que nos vamos a pudrir en vida. Nos vamos a morir de hambre y de miseria. He reunido a todos los que se sostenían sobre sus piernas y hemos ido hasta la salida. Hemos forzado la puerta hermética y hemos llegado hasta la puerta exterior. Todavía estaba allí la herramienta que se quedó abandonada en aquel lugar después de que se hiciera el primer intento. Mientras nos queden fuerzas, trataremos de forzarla. Nos turnamos en el trabajo. Pero presiento que no me queda mucho tiempo de vida. Tengo tanta hambre... Aún no padecemos por la sed... bebemos las aguas subterráneas que han inundado la sala...

Al tercer día de hambre ha ocurrido lo que inevitablemente ocurre cuando los instintos se imponen al entendimiento. Me he despertado al oír unos gritos muy fuertes. Y he tenido miedo. Un miedo tremendo. La gente que estaba conmigo se había vuelto loca. Habían matado para saciar el hambre. Me he puesto en pie, he ido hacia donde se oían los gritos y les he dicho: «¡Recobrad la cordura! ¡Sois personas y no animales!» Pero me han respondido: «Si quieres comer, cállate. Y si no, te devoraremos también a ti…»

El hambre es algo tremendo. Al cabo de un rato he pensado: «No soy yo

quien los ha matado, así que el pecado no será tan grave». De modo que he comido como los demás. He comido, y he pensado que ya no nos diferenciamos en nada de los antropófagos del búnker. Somos iguales a ellos. Si nos intercambiáramos con ellos, todo sería igual. Organizaríamos la misma farsa con tal de sobrevivir. Y por ello nos aguarda el mismo destino... No sé qué es lo que va a suceder ahora. No quiero esperar más ni tener miedo. Ya no puedo más. Me voy a cortar las venas para que esto se acabe...

Sólo me queda una esperanza: que esto no haya ocurrido de la misma manera en todas partes... de una manera tan inhumana. Es por eso por lo que escribo estas palabras, y abrigo la esperanza de que los que bajen aquí algún día y lean esto... me comprendan y me perdonen... Por Dios, yo no quise todo esto... prolongar mi vida a costa de la de

otros... tampoco quería mentir... ni darme muerte a mí mismo...

He pecado. Estoy arrepentido. Perdónanos a todos, Señor.

El muchacho cerró el diario e irguió la cabeza.

Se sentía mal, como si se hubiera comido una lata de conservas en mal estado. Claro que le daba lástima aquel hombre. ¿Y cómo podía culparlo por su voluntad de sobrevivir?

Al menos, ya estaba claro quiénes eran los caníbales: los bastardos del búnker, así como sus hijos.

Oyó un ruido que llegaba desde abajo: la puerta de entrada chirriaba. Poco más tarde se oyeron unos pasos sospechosos y el ruido sordo, apenas audible de las escaleras de hierro. Alguien subía poco a poco. Parecía que el misterioso amo de la torre estaba a punto de aparecer.

#### 18

## LA CONFESIÓN

Le co de los pasos era cada vez más fuerte. El ruido sordo y desagradable que hacían los escalones al vibrar volvía insoportable la espera. Gleb empuñó la Pernatch y apuntó con ella a la salida de la escalera. Todo estaba a punto de decidirse. El muchacho estaba resuelto a responder al fuego enemigo hasta el amargo final. Le quedaba un último cargador en el bolsillo, y se reservaba para sí mismo su último cartucho. Pero eso sería más tarde. Por el momento, le era necesario imponerse a su propio miedo y detener el temblor de sus rodillas. Martillo no había elegido a Gleb porque sí. Y eso significaba que tenía que hacerse valer. Lo más importante era no dejarse llevar por el pánico.

Entonces llegó desde abajo una luz pálida y vacilante. Apareció en el marco de la puerta una figura solitaria cubierta con un abrigo y con una capucha sobre la cabeza. Llevaba en la mano una vieja lámpara de petróleo. La llama era visible a través de la rejilla, pero su luz no era suficiente para verle la cara al desconocido. El muchacho se esforzó, en vano, por distinguir los rasgos faciales ocultos bajo la capucha. La pistola se le hacía cada vez más pesada y la tensión le había agarrotado el dedo con el que se disponía a tirar del gatillo.

Gleb se estremeció al ver que el hombre sin rostro levantaba la mano para tranquilizarlo y se ponía a hablar...

—Espera... No dispares... soy yo...

La voz del recién llegado le resultó dolorosamente conocida. El muchacho se dio cuenta de que había visto ya muchas veces aquel abrigo. Ishkari se bajó la capucha y le sonrió. —¡Estás vivo! ¡Estás vivo, vaya por Dios!

Gleb dejó caer la pistola al suelo y se arrojó alegremente sobre el sectario. Se abrazaron como si hubieran sido amigos de toda la vida. El muchacho se reía y lloraba al mismo tiempo. Se alegraba tanto de haber encontrado a alguien para compartir la carga y el infortunio de aquella situación que parecía no tener salida...

- —¡Me preguntaba qué habría sido de ti después de desaparecer de la barcaza!
  - —¡He saltado a tierra! ¿Y cómo has sobrevivido tú?

Gleb se había secado las lágrimas de alegría y devoraba a Ishkari con los ojos, como si tuviese miedo de que éste desapareciera de nuevo como un maravilloso sueño.

—He logrado escapar. Cuando esos locos nos han asaltado, me he arrojado al agua. ¡Tenemos que salir de aquí, ¿me oyes?! ¡Tenemos que salir de aquí!

El sectario recogió la pistola e hizo el gesto de entregársela a Gleb. El muchacho tendió la mano, pero, en el último momento, Ishkari le dio la vuelta al arma y golpeó con todas sus fuerzas a Gleb con la culata. El muchacho, abrumado por el dolor, se desplomó. Sintió la calidez de la sangre que le manaba en abundancia por el pómulo. Se le nubló la vista. La figura del sectario se difuminó y le pareció que el suelo se movía bajo su cuerpo. El muchacho trató de ponerse en pie, pero volvió a caerse. La frialdad del hormigón le hizo recobrar la consciencia. Llegaron a sus oídos palabras que apenas comprendía.

—No te muevas, mocoso, si no quieres tragar plomo. Será un placer poner el punto y final a la heroica historia de esta expedición. Tú eres el único de esa cuadrilla de ineptos que aún sigue vivo.

El sectario fue al otro extremo de la sala y dejó la lámpara sobre uno de los estantes del armario. A continuación, inspeccionó los aparatos amontonados dentro del mueble, separó un interruptor y se agachó sobre los cables arrancados. Logró conectar el que le interesaba y volvió a encender el faro. Gleb se dio la vuelta sin levantarse y vio lo que estaba haciendo Ishkari. Luego presionó con las manos contra el suelo y logró incorporarse a medias y apoyar la espalda en la pared. Ya no le dolía tanto, y la habitación había dejado de dar vueltas.

—No es extraño que no entiendas nada, pequeño. Escúchame, te lo voy a explicar. —El sectario le sonrió con un rostro malévolo—. ¿Te ha gustado mi

idea del faro? Sí, se me ocurrió a mí. No te lo habrías imaginado nunca, ¿verdad? Bueno, en el día de hoy te vas a llevar muchas otras sorpresas. Si te quedas quietecito y no haces nada raro, te voy a dar un tiempo de gracia. Para que disfrutes de tus últimos minutos. Siempre lo mismo: cuando llega el momento de la muerte ya es demasiado tarde para nada... y, sin embargo, qué estupidez: todos los que he matado hasta ahora me han suplicado que les concediera una prórroga. Aunque tan sólo fuera por unos minutos. La vida en este mundo atroz no es divertida, hermano, y, sin embargo, todos los seres humanos se aferran a ella como locos.

El sectario fue de nuevo hasta el armario, abrió la puerta agrietada y sacó una botella cubierta de polvo. Agitó su turbio contenido, tomó varios tragos con avidez e inspiró profundamente.

- —Ah... llevaba una semana sin beber nada. Estar aquí sin alcohol es deprimente. —El sectario se secó la boca con la manga—. ¿Dónde me había quedado? Ah, sí, el faro. Creo que tendría que empezar con la historia del refugio antibombas del astillero.
- —Eso ya lo sé. —Gleb le arrojó el diario a Ishkari. Éste pasó varias páginas y volvió a esbozar una sonrisa malévola.
- —Bueno, esto me lo pone más fácil. Los pobres diablos que vagan por esta isla son los antiguos habitantes del búnker. Pero no todos han degenerado de ese modo. —De repente, la sonrisa desapareció del rostro del sectario—. Yo nací en este búnker. Cuando era niño, también me alimentaba de carne humana. Para mí era lo más normal del mundo. ¿No la has probado nunca? Es una carne igual que cualquier otra. En cualquier caso, es mejor que la de rata. La carne humana es muy dulce.

El sectario tomó otro trago de aguardiente con la misma avidez.

—Cuando el búnker empezó a inundarse, nuestros mayores tomaron la decisión de instalarse en la ciudad. ¿Adónde podíamos ir, si no? Dejamos morir a los enfermos en el búnker. Nos daban asco.

Al principio nos alimentamos de animales, pero tampoco había tantos. No tardamos en acabar con todo lo que se movía por la isla y que aún nos podíamos comer. En los primeros tiempos todavía llegaban supervivientes de Lomonósov. Fuimos tirando con ellos.

»Pero aún no lo habíamos intentado todo. Hacíamos batidas por los

alrededores en busca de supervivientes. Llegó un momento en el que unos héroes hicieron saltar por los aires un trecho del dique para impedirnos que saliéramos de la isla. Pero un bonito día tuvimos suerte: un barco para turistas llegó a Kotlin. Estaba en muy malas condiciones y lleno de abolladuras, pero transportaba a mucha gente. Se hallaban en medio del océano en el momento del ataque nuclear. Iban de crucero. Por eso habían sobrevivido.

»Tratamos con mucho esmero a esos huéspedes. Teníamos armas en cantidad, y también un sano apetito. Los hicimos salir a todos a la vez y los llevamos al dique seco, donde los dejamos bajo vigilancia. Es el mismo dique al que nos condujo Martillo. Ahora está desierto y vacío, porque hace tiempo que terminamos con el último. Pero en ese tiempo nos fue muy útil... como dehesa, por así decirlo. Había mucho sitio. No sé en qué otro lugar hubiéramos podido alojarlos. Los teníamos allí como ganado. Incluso se reprodujeron. El ser humano, por naturaleza, es un oportunista. No importa dónde lo metas, sobrevive en todas partes. Incluso en sitios donde las ratas no lo logran...

Cuanto más tiempo hablaba Ishkari, más grande era el horror que sentía Gleb por la ligereza con la que el sectario decía frases tan inimaginables.

—Y así sobrevivimos sin pasar necesidad. Pero, al fin, una peste se abatió sobre la ciudad. Se llevó a buena parte de los nuestros, y también se nos murió el «ganado». Como teníamos hambre, empezamos a comernos los unos a los otros. Entonces, a los más viejos se les ocurrió lo del Éxodo. Sí, sí, muchacho, Éxodo se inventó aquí, en Kronstadt. Ese bonito cuento del Arca... En cuanto el reflector estuvo montado, varias personas acudieron en secreto a San Petersburgo. Fue así como aparecieron los predicadores en el metro. Yo también fui con la barcaza... el hambre me impulsó a hacerlo. Claro que en el metro no se pasa la misma hambre..., aunque los primeros días no paraba de encontrarme mal por culpa de vuestra carne de cerdo. —El sectario puso cara de asco—. Pero en el metro también había un buen número de palurdos ingenuos. El faro apenas había empezado a funcionar cuando se nos presentaron los primeros creyentes. Como si lo hubieran estado esperando. El primer cargamento estaba listo para partir. Sólo teníamos que hacer llegar a la costa la barcaza de la Redención...

»Pero entonces la Alianza Primorski estuvo a punto de desbaratarnos toda la operación. En ese momento me encontraba en la Technoloshka, más cerca que los demás, y tuve que ser yo quien os interceptara. En estos momentos, la

influencia de Éxodo ya es demasiado grande como para ignorarla. Tiene fieles en casi todas las estaciones. En pocas palabras: tuvieron que aceptarme como miembro de la expedición, aunque les rechinaran los dientes.

- —Pero si Éxodo es un invento vuestro, ¿cómo es posible que los diablos de los pantanos no te picaran? —le preguntó Gleb. Se agarraba al último clavo ardiendo para no tener que renunciar al último sueño que le quedaba.
- —Me había puesto repelente contra insectos. Es excelente contra las moscas. —Ishkari sacó una botella alargada del armario—. Ironías del destino: no teníamos suficiente para comer, pero, en cambio, había toneladas de bebida en el búnker. En aquella ocasión pensé que los Stalkers vendrían corriendo a salvarme y así buena parte de ellos morirían por las picaduras. Pero no funcionó…

El sectario miró de reojo al muchacho. En sus ojos ardía un fuego insano.

—Tú tenías que ser el primero en morir... en los sótanos del palacio de Constantino. ¿Pensabas que la trampilla se había cerrado sola? Tenlo en cuenta, muchacho: no hay nada que ocurra porque sí. Puedes darle gracias a Martillo de que se diera cuenta de tu ausencia nada más despertar. No tuve tiempo de abrir la puerta del subterráneo para que los demás pensaran que habías salido fuera. Y entonces te buscó por los subterráneos.

»No tuve ninguna otra oportunidad de acabar a la vez con todos vosotros. A uno de ellos lo ayudé un poquito con su arma... ¿Cómo se llamaba ése? Ah, sí, Belga. Le metí un cartucho aplastado en el cargador. Tarde o temprano tendría que atascarse. Sucedió lo mismo con el contador Géiger de Okun. En cuanto me di cuenta de que se escabullía constantemente para ir en busca de objetos de valor, tuve muy claro que trataría de incitarlo a separarse del grupo sin permiso. Hace mucho tiempo que sabemos que en el puerto de Lomonósov la radiactividad es insoportable. Nosotros mismos la habíamos sufrido en ocasiones. En fin, le susurré cuanto pude imaginar: almacenes y barcos intactos, que nadie había saqueado. Se lo creyó. Y no se le ocurrió comprobar que el contador Géiger estuviera bien. Sabes que en la caja de la batería hay un muelle pequeñito...

## —¡Cerdo asqueroso!

Temblaba de rabia. Aquel hombre había dado muerte a muchas personas inocentes y respetables, y lo explicaba como si hubiera sido lo más normal del mundo. Pero, no, no era un hombre... era... una criatura monstruosa...

El sectario levantó la pistola y jugueteó con el cañón frente a los ojos del muchacho.

—No interrumpas a tus mayores, niño. ¿Cómo es posible que en el metro, donde la gente se rige por una moral tan elevada, no te hayan enseñado buenas maneras? Tendrías que pensar en el ejemplo de Humo. Era un intelectual como ninguno. Pero tuvo un mal fin. Seguro que no llegaste a darte cuenta de que estaba loco por Nata, ¿verdad que no? Yo lo vi en seguida. Pero de todos modos no pensé que pudiera actuar de una manera tan estúpida. Cuando estábamos en el dique le susurré que la había oído chillar, y él saltó al agua como un idiota. Si no, tal vez habría sobrevivido. La psicología te da el poder, muchacho. Hay que conocer a los seres humanos para manipularlos con sus debilidades. Igual que en una pelea. —Ishkari vació la botella casi hasta la mitad. A juzgar por su mirada turbia, estaba borracho. El caníbal sonreía estúpidamente, perdido en sus ensueños—. Ksiva se perdió por culpa de su propio miedo. Era un cobarde. En su caso, no tuve que hacer prácticamente nada. En cuanto hubimos acampado en el túnel bajo el dique, le eché  $dur^{[21]}$  en el té. Es una seta que produce alucinaciones. Crece no muy lejos de aquí. Es potente. Si tomas mucho, te quedas dormido durante un día entero, como un muerto. El que toma menos se pega un buen viaje. Experimenta todas las visiones posibles. Yo pensaba que pondría fin a la expedición entera en el momento en que estuvieseis todos dormidos. Había esperado el momento adecuado desde el inicio de la expedición, y parecía que ese momento hubiera llegado...

»Pero entonces Cóndor me fastidió. "Bebe", me dijo, y tuve que tomar un trago. Tú fuiste el culpable de que Ksiva no se tomara su dosis. Volcaste su taza, ¿te acuerdas? No me quedó más remedio que improvisar. Ejercer presión contra su psique. No tardé en desquiciarlo. Mientras todos los demás dormíais, el salió fuera. Probablemente tuvo algún tipo de visión. Yo lo seguí. Me encontraba delante de él, pero creo que no me vio. Se quedó sentado con cara inexpresiva y se limitó a murmurar. Como si estuviese charlando con un amigo difunto. El subidón era fuerte. Le arreé al pobre diablo en la cabeza y le corté las venas. Para disimular. De paso cobré fuerzas yo mismo. No podía dejar pasar una ocasión tan buena.

»Pero entonces me di cuenta de que yo mismo estaba drogado. Logré llegar de algún modo a la sala, pero no me quedaban fuerzas para rajaros la garganta. Estaba a punto de caerme. En esa ocasión me frustraste tú, mocoso. Martillo sabía muy bien lo que hacía cuando te llevó con él.

»Lo más emocionante fue la historia con la señorita. Aquello sí que fue improvisación. Yo había visto que vuestro comandante se lo pasaba bien con ese cuchillito. Provocar a la chica fue muy fácil, igual que empujar a Cóndor en el momento adecuado. El resto fue cuestión de técnica. ¿Sabes, muchacho?, los cuchillos son peligrosos. No lo olvides jamás. Porque si caen en una mano experimentada... —Ishkari sonrió con sorna—. Créeme.

»El resto fue cada vez más fácil. Todo el mundo conoce bien su propia casa. Aunque no se me había ocurrido que Martillo pudiera descubrir el búnker. Pero ese diablo es testarudo. Yo estaba dispuesto a ayudarlo en la búsqueda, pero no fue necesario. Todo salió de maravilla, pero subisteis demasiado rápido por el pozo del ascensor, y por eso no llegué a tiempo a la sala de máquinas. Manipulé el seguro del ascensor mientras subíais. Así por lo menos se ahogó uno... no estuvo mal.

Gleb se acordó de los ojos de Farid en el momento de venirse abajo el ascensor y miró con odio al sectario. Éste se bebió lo que quedaba en la botella y la arrojó de una patada hacia la escalera. Como por un milagro, no se rompió, sino que rodó hasta una viga de hierro y quedó quieta en el borde del último escalón.

—Así es la vida. Nunca se detiene... a veces subimos a la montaña y a veces volvemos a bajar. A veces nos lleva hasta el borde del abismo. Y entonces cae hasta el fondo y se rompe en mil pedazos. Cuando llegamos a la barcaza, tenía muy claro que había que dividir al grupo. Hacía tiempo que Martillo me miraba mal. Creo que se había dado cuenta de la verdad. Pero no podía demostrarlo.

»En aquel momento Cóndor ya estaba acabado. Había llegado al punto en el que habría sido posible derribarlo con un solo dedo. Yo estaba totalmente seguro de que no me iba a dar más problemas. Bastó con que le insinuase la idea de regresar para que estuviera dispuesto a hacerlo. No se me había ocurrido que Chamán fuera a seguirme, pero estaba muy claro que no sabría dar ni un solo paso sin su jefe.

»El resto fue fácil. El encuentro tan esperado con los "contactos" en la costa, las encajadas de manos, los buenos deseos... Habrías tenido que ver la alegría de Chamán, el entusiasmo con el que abrazó a mis muchachos... hasta que le

clavaron el cuchillo en la barriga. Era un tío divertido. No dejaba de preguntar por las señales de radio...

Gleb había olvidado desde hacía tiempo la rudimentaria retransmisión que habían captado en el Raskat. También aquel enigma se había resuelto. Aun cuando los Stalkers no hubiesen encontrado ningún aparato de radio en buen estado dentro del búnker, la retransmisión también debía de provenir de los caníbales. Y, por otra parte, los Stalkers no habrían podido registrar la totalidad de Kronstadt. Entretanto, el sectario, bastante borracho, se había agachado al lado de una batería y contemplaba la Pernatch con interés.

- —Buena pistola. Martillo entendía de armas, de eso no cabe duda. Pero, por otra parte, era un palurdo igual que los demás. Aunque con más experiencia. Para lo que le sirvió...
- —¿Qué ha sido de él? —Gleb no podía apartar la mirada del rostro del sectario.

Éste no le respondió al instante, sino que gozó de la angustia que experimentaba su víctima. Luego enseñó los dientes y retorció sus facciones en una espantosa mueca.

—Lo han devorado. ¿Qué pensabas...?

El rostro de Gleb reflejó su espanto. Pálido, con las mejillas hundidas, miraba al vacío, con la mirada perdida... Acudieron a su cabeza con asombrosa claridad los escasos días que había pasado junto a los Stalkers. Entonces, de pronto, oyó una voz dura, ronca en su interior: «¡Acaba con él!»

Era como una orden. El muchacho se puso en pie, sacó el machete de paracaidista y miró fijamente a su enemigo.

—¿Quieres que luchemos? ¡Muy bien! —Ishkari tenía una sonrisa burlona en los labios—. Por una vez vamos a tener algo distinto. ¿Sabes?, llegué a hartarme de todos esos blandengues. No hay nada como la carne salvaje... De vez en cuando hay que comer caza, aunque sea tan sólo media ración...

El sectario se puso en pie y sacó un fino estilete de su abrigo. La aguzada hoja brilló a la luz de la lámpara. Enfundó la pistola en el cinturón, se quitó el abrigo, tomó posiciones y abrió ambos brazos, deseoso de atacar. Pero se detuvo al contemplar los ojos del niño, llenos de fría resolución. Gleb no había retrocedido ni un solo paso... parecía que sus pies hubiesen echado raíces en el suelo. Ni siquiera temblaba ya. Sostenía con fuerza el machete con la mano baja.

Tenía la mirada despierta y hostil.

Ishkari se dejó engañar por la pasividad de su contrincante y el salto del muchacho lo pilló por sorpresa. Éste, sin más preámbulos, se arrojó sobre el arma con la que el otro lo amenazaba. La hoja del estilete se estrelló contra las placas del traje de protección, pero Gleb, por su parte, apuntó mejor.

Su machete se abatió sobre el caníbal desde arriba, y, gracias al impulso de su salto, el ataque del muchacho fue eficaz y la hoja rasgó la ropa del sectario por la espalda. Ishkari se sacó de encima al atacante y se cubrió la herida del hombro con la mano. Había una mancha de color rojo oscuro en su chaqueta.

—¡Mocoso! —El sectario se miró con rabia la mano manchada de sangre—. Por ésta te voy a despedazar poco a poco, trocito a trocito…

El ataque del muchacho lo había sorprendido de tal modo que en esta ocasión se acercó con muchas precauciones a su víctima. La caza que en un primer momento lo había divertido tanto se volvía peligrosa. No tenía ni la más mínima idea de cómo podía terminar ese juego al gato y al ratón con el niño que, en un primer momento, le había parecido tan indefenso. Estaba claro que el muchacho se había decidido a pelear hasta el final...

Gleb se puso en pie de un salto y recogió del suelo el pesado abrigo del sectario. Agitó violentamente la larga prenda y con ello creó una corriente de aire en la sala. La llama de la vieja lámpara tembló y se apagó. Sólo quedó una voluta de humo blanquecino suspendida en el aire. La sala quedó sumida en la más absoluta oscuridad. El muchacho había crecido en el metro y se sentía más seguro sin luz.

Al instante, el sectario oyó un ruido a su lado y tuvo que volverse a ciegas hacia allí. Pero entonces Gleb se arrojó sobre su adversario desde el otro lado, le hizo un corte en la pierna con el machete y lanzó un nuevo ataque, esta vez a la ingle. Sin embargo, el caníbal ya se lo había imaginado; esquivó este último ataque y arremetió a continuación con todas sus fuerzas, pero la aguzada hoja del estilete resbaló sobre el blindaje sin causar el menor daño al muchacho. El sectario se dio cuenta entonces del agudo dolor que sentía en la pierna. Se apartó cojeando, tropezó y se cayó. Rodó hacia atrás y se quedó tendido en el suelo con el estilete a punto. Sólo entonces comprobó Ishkari que había perdido la pistola. En el tenso silencio, se oyó claramente un clic, y entonces la sala se iluminó varias veces seguidas, tantas como disparos hizo Gleb con la Pernatch. A la luz

de los destellos, Gleb vio que su oponente escapaba de la línea de fuego. Gleb siguió el movimiento del sectario con el cañón de la pistola. Otra serie de disparos alcanzó el armario, que estalló en una lluvia de astillas, y luego la pared. Las esquirlas de hormigón saltaron en todas las direcciones, se oyó el estrépito de cristales rotos y los jirones de tela revolotearon en el aire.

La última ráfaga había vaciado el cargador. Gleb perdió unos segundos preciosos. Al fin, el nuevo cargador estuvo en su sitio, pero en aquel momento el sectario se arrojó con todo su peso contra el muchacho. Ambos contrincantes cayeron al suelo. Como a cámara rápida, Gleb vio como el aguijón asesino del estilete se abatía sobre él desde arriba. Por puro reflejo, se cubrió con el brazo y logró desviar el golpe. La afilada hoja crujió al clavarse en la hendidura entre dos losas de hormigón. Con un vigoroso movimiento, el muchacho dio un golpe seco en el estilete con el codo. La delgada hoja se partió cerca de la empuñadura.

El caníbal arrojó a un lado el inútil mango del arma y golpeó a Gleb en la cara con todas sus fuerzas.

Miríadas de puntitos brillantes centellearon ante los ojos del muchacho. Gleb oyó un zumbido ensordecedor y la cabeza se le fue hacia atrás sin control. Se cayó de espaldas al suelo y vio, como a través de una niebla, el puño que se abatía de nuevo sobre él.

Gleb se encogió a la espera del golpe siguiente, pero éste no llegó. El sectario estaba tratando de hacerse con la pistola que había quedado bajo el cuerpo del muchacho, para lo cual tenía que moverlo. El entrenamiento y las explicaciones de Martillo no cayeron en saco roto. El cuerpo de Gleb reaccionó como por sí solo al peligro: en el momento en que Ishkari trataba de apuntar a la cabeza del muchacho, éste se volvió de pronto, agarró el brazo del caníbal y le propinó una patada en el torso. El sectario trató de obligar al muchacho a soltarlo, pero éste expulsó el aire de los pulmones, estiró el cuerpo y se agarró al brazo con todas sus fuerzas. El peso de su cuerpo contribuyó al éxito del doloroso agarre al que lo había sometido. El caníbal cayó de bruces al suelo y lanó un aullido de dolor. Una llave con el codo logró por fin que soltara la pistola.

Gleb se arrojó sobre el arma y sus dedos aferraron la culata. El sectario se arrojó sobre él entre una sarta de maldiciones y trató de arrebatársela de nuevo. Los atronadores disparos iluminaron los cuerpos que luchaban sobre el polvo.

Las balas rebotaron una tras otra en la pared y pasaron peligrosamente cerca de los contendientes. Poco después, la pistola volvió a enmudecer. El sectario había logrado arrancar la Pernatch de los dedos del niño, pero, al terminarse la munición, el arma ya era inútil. El caníbal la soltó, se sentó sobre el enemigo caído y le propinó una serie de golpes salvajes.

El muchacho se protegía la cabeza con los brazos y se esforzaba en vano por liberarse. Sufría un golpe tras otro. En ese instante, sintió algo duro debajo de la espalda. Se dio cuenta de pronto: ¡Era el machete!

Gleb ya no lograba ver bien a Ishkari a través del velo ensangrentado de sus ojos, y por ello acometió al azar. El sectario chilló...; la hoja se le había clavado hasta el fondo en el antebrazo. El caníbal rodó por el suelo para alejarse de su enemigo, oprimió el brazo herido contra el pecho y corrió de un lado a otro por la sala como un animal acorralado.

El muchacho sacó fuerzas de flaqueza, se arrastró hasta el armario que estaba a punto de caer y se acurrucó entre sus estantes. Temblaba, sentía un zumbido en la cabeza y los labios le sangraban por los golpes que habían recibido. A su espalda se oyó un grito de cólera. Ishkari se había arrancado el machete del brazo y atacaba de nuevo. El muchacho agarró instintivamente el objeto que tenía más cerca en el estante. Era la lámpara.

Todo fue muy rápido. Gleb se acordó de pronto de las lecciones de Martillo. En un primer momento aguardó sin moverse. Tan sólo cuando el caníbal estaba a punto de alcanzarlo, se lanzó hacia abajo y dejó que la hoja de metal le pasara por encima. El machete se clavó hasta la empuñadura en la madera reseca de la puerta del armario. El sectario trató simultáneamente de arrancar el arma y capturar a su contrincante, pero éste le propinó un buen golpe en la cabeza. La vieja lámpara se hizo añicos y el petróleo se derramó sobre Ishkari. El sectario empujó al muchacho lejos de sí y empezó a tantear en derredor. El olor a combustible era penetrante.

Gleb se arrojó de nuevo sobre el duro suelo y comprendió que ya no podía levantarse. Escupió un grumo de sangre y se quedó sin fuerzas, tendido sobre el sucio hormigón. Faltaba poco para que terminaran sus penas.

Su mejilla se apoyó en algo frío. Al extender la mano, el muchacho palpó un objeto metálico que le resultaba dolorosamente familiar. Debía de habérsele caído durante la lucha cuerpo a cuerpo. Con el gesto acostumbrado, levantó la

tapa con el pulgar e hizo girar la ruedecita. La llama alumbró de cuerpo entero al sectario. Con un último movimiento, Gleb arrojó su querido mechero contra el enemigo.

La ropa de Ishkari prendió como una vela. Se transformó al instante en una gigantesca antorcha viviente. El sectario gritó, corrió de un lado a otro por la sala, se arrojó a ciegas contra las paredes. Enloquecido por el dolor, salió a la plataforma, corrió a lo largo de la barandilla y se arrojó, ya agonizante, contra la pared. Rebotó hacia atrás, cayó al vacío y descendió envuelto en llamas hasta el suelo.

Pero el muchacho ya no miraba. Casi inconsciente, se había derrumbado. Más tarde, al recobrar parcialmente la consciencia, sntió todo el cuerpo como si se tratara de un gigantesco nervio dolorido.

Le pareció que pasaba mucho tiempo hasta que por fin logró ponerse en pie. Gleb subió por la escalera y, exhausto, logró salir a la plataforma. Abajo, sobre el asfalto agrietado, en el lugar donde había caído el cadáver de Ishkari, se divisaba el último y mortecino fulgor de la combustión. Gleb se estremeció. Había llevado a cabo su venganza. Había triunfado sobre un mortífero enemigo. Pero, por el motivo que fuera, no sentía ninguna alegría. Incluso la rabia había desaparecido. Sin embargo, todavía le quedaba algo por hacer...

Cojeando, tambaleándose, el muchacho logró llegar al reflector. Recorrió la plataforma con la mirada en busca de un objeto pesado. Quería destruir aquella cosa, mandarla al diablo y así poner fin a la historia de aquella luz... una luz que había atraído a los seres humanos como si se trataba de polillas, que, en vez de la Redención los había arrastrado a la muerte. Una falsa luz.

Pero estaba claro que no tenía a mano ningún objeto con qué hacerlo. Con sus últimas fuerzas, el muchacho derribó el pesado trípode. El reflector cayó de lado, pero no se rompió. Como para burlarse de él, la terca máquina aún funcionaba y proyectaba su rayo de luz a los cielos. Pero ahora en la dirección opuesta. Parecía que el haz luminoso se dirigiera hacia algún punto en el Báltico. El fatigado Gleb contempló el reflector. ¿Acaso tendría que...?

Abajo se oyó un disparo atronador. El muchacho miró por la barandilla con apatía, porque ya sabía exactamente lo que iba a ver... Tal como había supuesto, varios caníbales, apenas distinguibles en medio de la oscuridad, venían desde el muelle. Otro disparo... y uno de ellos cayó muerto al suelo. Gleb, sorprendido,

volvió los ojos en la dirección opuesta, hacia el lugar donde se había oído el arma. La frágil barcaza se balanceaba todavía en el muelle, sobre las olas, y en la cubierta el muchacho vio la silueta de un hombre, y no quiso creer en sus propios ojos. El hombre le hacía señas con los brazos, desesperado, y se esforzaba por llamar la atención de Gleb. Luego se volvió de nuevo hacia el muelle, empuñó su voluminoso fusil de precisión y se preparó para disparar.

El corazón de Gleb se detuvo por un instante y luego se puso a brincarle en el pecho. Los labios del muchacho susurraron, como por sí solos, el único nombre posible, el nombre que tanto había llegado a amar:

—Martillo...

#### 19

# LA CACERÍA

artillo!! El muchacho se asomó por la barandilla y estuvo a punto de caerse. No cabía ninguna duda: ¡era él! El Stalker le gritó algo, pero por mucho que se esforzara Gleb no comprendía nada. Aún sentía un zumbido en la cabeza después de la enconada pelea y sus pensamientos no estaban totalmente en orden. ¿Qué tenía que hacer? ¿Correr hacia su maestro? Los caníbales se habían distribuido en una irregular cadena y se le acercaban cada vez más. Tal vez fuera demasiado tarde.

«El único error que podrías cometer es el de no hacer nada. Lo único importante es que tengas siempre los ojos puestos en tu meta... olvídate de todo lo demás...»

Gleb abandonó todas sus dudas y volvió a entrar en la torre. A la media luz de la sala buscó la Pernatch y el mechero por el suelo. Poco antes de llegar a la escalera, el muchacho tropezó con algo y estuvo a punto de caerse. A sus pies se hallaban el abrigo del sectario y su libro de oraciones. Siguiendo un repentino impulso, Gleb recogió ambas cosas, las guardó junto con otras pertenencias y bajó por la escalera. Una circunvolución seguía a otra, las paredes pasaban por su lado a una velocidad vertiginosa. Con grave peligro de romperse el cuello, bajaba varios escalones con cada zancada y no se detenía por nada. Por fin vio la salida. Gleb abrió bruscamente la puerta, saltó afuera y trató de orientarse. Corrió por el muelle, resbalando una y otra vez sobre la piedra húmeda. El Stalker disparaba sin cesar, pero Gleb creyó sentir en la espalda, ya muy cerca, el aliento áspero de sus perseguidores y sus gritos de impaciencia. Su cuerpo se

puso a temblar sin control. Con sus últimas fuerzas, el muchacho dejó atrás los guijarros de la orilla y se arrojó al agua con gran estrépito. La barcaza no estaba lejos.

Los últimos metros que le faltaban para llegar a la borda los tuvo que hacer a nado. Gleb no sintió miedo. Agitó con desesperación los brazos y las piernas en el agua y trató de llegar a la escalerilla de cuerda. En el momento preciso, cuando su entendimiento claudicaba y estaba a punto de caer en el pánico, una mano fuerte lo sacó del agua. Una vez arriba, el muchacho quiso arrojarse al cuello del Stalker, pero éste le había sujetado con el brazo y subía con él por otra escalera de cuerda hacia la cabina del piloto.

—¡Al timón! ¡Rápido!

Sólo entonces Gleb se fijó en que su maestro llevaba en el pecho un vendaje teñido de color rojo oscuro. El Stalker se inclinó torpemente y levantó el arma.

—¡No te quedes quieto, maldita sea! ¡Lleva la barcaza hasta mar abierto!

El muchacho entró en la cabina. El casco de la embarcación vibró ligeramente. El viejo motor arrancó. Gleb se agarró al timón y observó el cuadro de mandos como atontado. Palanca, botones, interruptor... Sin saber qué hacer, pasaba la mirada de un control a otro...

—¡La palanca negra! ¡Empújala hacia adelante!

El muchacho agarró la empuñadura y empujó la palanca. El motor rugió, el barco dio una sacudida y se puso en marcha. Gleb se aferró al timón y respiró con alivio. ¡Habían escapado! ¡Con vida! Ya no se oían disparos. El muchacho miró inquieto por la ventana de la cabina: su maestro corría de un lado a otro por la cubierta y luchaba con varios caníbales que habían logrado saltar a la barcaza antes de que zarpara. Los bastardos atacaban con machetes largos y cadenas al Stalker herido, quien, a su vez, se defendía con un machete de paracaidista.

El tembloroso Gleb sacó la Pernatch y le puso el último cargador, el que había reservado para sí mismo. Al cabo de un instante ya estaba fuera. Se oyó el rítmico sonido de los disparos. Cayeron tres. Martillo, con un rápido movimiento, le hundió el machete en el vientre a un cuarto. El último de los perseguidores corrió hasta la borda y se arrojó al agua con un grito de desesperación.

Gleb corrió hacia el Stalker, le ofreció el hombro para que se apoyara y lo ayudó a ir cojeando hasta un banco. Una y otra vez, el muchacho, fascinado,

miraba de reojo a Martillo, como si aún no se hubiese creído del todo su inesperado regreso desde el mundo de los muertos.

En ese momento, el casco de la embarcación dejó de temblar y el motor se paró.

—No importa. Estamos a suficiente distancia de la orilla. No vendrán hasta aquí —dijo Martillo para tranquilizarlo—. Ahora vamos a descansar un poco, y luego veremos qué podemos hacer con esta chalupa.

Gleb no habría podido imaginarse nada más hermoso que reparar la vieja máquina en el herrumbroso interior de la barcaza. Volvía a estar con su maestro. Le explicó brevemente los últimos acontecimientos y le mostró con orgullo su más importante trofeo: el libro de oraciones. Sin embargo, Martillo no parecía muy entusiasmado, y miró con repugnancia el librito cubierto de manchas. El muchacho se encogió de hombros y decidió mirar él solo la biblia del sectario. Llevaba el orgulloso título *El camino de Éxodo*, pero, al quitarle la sobrecubierta, leyó con estupor *Manual del mar Báltico*. A continuación encontró varios mapas con símbolos incomprensibles y un texto en el que abundaban los conceptos náuticos, pero que no respondía de ningún modo a las doctrinas de Éxodo.

Así pues, aquello también había sido una mentira. La historia de Éxodo había sido una gigantesca invención. A Gleb le habría gustado hablarlo con Martillo, pero se dio cuenta de que el Stalker no estaba para esas cuestiones. Con el dolor en el rostro, se afanaba con las máquinas. El vendaje se había empapado tanto que se salió de su lugar y dejó a la vista una herida sangrante en su pecho.

—Ven, voy a ponerte otra venda. —El muchacho abrió un paquete de vendajes que el paso del tiempo había oscurecido.

Sin gran habilidad, pero con mucho celo, limpió la herida y le puso un nuevo vendaje.

- —¿Quién te ha hecho esto? ¿Qué te ha sucedido?
- —¿Qué quieres que te cuente? —murmuró Martillo, de mala gana, mientras proseguía con sus reparaciones—. El ataque había sido bastante fuerte. Recobré la consciencia mientras uno de esos cabrones me pinchaba con un cuchillo. Quería estar seguro de si seguía vivo o había muerto. Le di la respuesta adecuada. Entonces vinieron otros y tuve que retirarme hacia la ciudad. Durante el tiroteo me di cuenta de que sus compañeros lo habían desollado allí mismo y

le arrancaban trozos de carne... No son seres humanos... pero han sabido instalarse bastante bien en Kronstadt. No dejo de preguntarme cómo es posible que no los hubiéramos visto cuando pasábamos con todo el grupo...

—¿Y has encontrado el transmisor de radio? —le preguntó Gleb con impaciencia.

Martillo hizo memoria un instante y luego negó con la cabeza.

- —No vi ninguno. Aunque sí encontré un generador diésel. A su alrededor había unos viejos con ojos codiciosos y malvados... Si no me equivoco, cargaban desde allí los acumuladores para el faro, eso está claro. Esos hijos de la gran puta...
  - —¡Debían de ser los más viejos! —adivinó el muchacho.
- —Eso da igual. Aquí termina la parte divertida. Maté a los viejos. Y también destruí el generador diésel. Por supuesto que a ellos no les gustó. Me persiguieron por media ciudad. Tuve delante a esos bastardos durante el tiempo suficiente para que me entraran náuseas. Todos ellos iban sucios y tenían rostros abominables. Mostraban hinchazones por todo el cuerpo... No es extraño, la vida en la superficie, expuestos a la radiactividad, no es ninguna bicoca. Con la radiación no se puede bromear.

»Entonces he visto la barcaza en el puerto. Mientras iba hacia ella y mataba a los guardias que la vigilaban, he visto el fuego en el faro. ¡El vuelo de ese mierda no ha estado nada mal! ¿Cómo iba a imaginarme que eras tú quien había provocado todo el barullo? Al verte, en un primer momento he pensado que soñaba. Pero ya ves cómo ha terminado todo... Lo has hecho bien, Gleb. ¡Puede que no mueras!

Martillo le sonrió y le revolvió el pelo con una mano.

El muchacho respondió a su sonrisa. Se regocijó por la torpe alabanza de su maestro. A partir de aquel momento todo iría bien. Gleb no dudaba de que ambos regresarían a su hogar. Si eran dos, podrían mover montañas... ¡Con un medio de transporte como ése llegarían fácilmente hasta el metro! Si lograban que la bestia herrumbrosa volviera a navegar...

Como si hubiera oído su silenciosa plegaria, la «bestia herrumbrosa» vibró, carraspeó y rugió con fatiga. Los viajeros se dieron cuenta de que la pequeña embarcación cabeceaba y, poco a poco, se ponía en marcha.

—¡Sí! —El muchacho levantó ambos brazos en un gesto triunfal—.

#### ¡Volvemos a casa!

Entonces se oyó un trueno ensordecedor y empezaron a sentirse impactos metálicos en el costado de la barcaza. El casco de la embarcación retemblaba. En el mamparo de la sala de máquinas aparecieron agujeros de bala.

Martillo arrojó al suelo a su pupilo y lo cubrió con su propio cuerpo. Apenas hubieron terminado los disparos, agarró a Gleb y subió hacia arriba con él. Se oía un motor en el puerto del Carbón. Detrás del muelle apareció la silueta de un remolcador. La embarcación vomitaba humo de color azul grisáceo y parecía decidida a cortarles el camino. La silueta de una pieza de artillería de cañón largo se recortaba con mucha nitidez en la proa.

—Maldita sea, llevan una MTPU a bordo. ¡Tenemos que largarnos!

Martillo corrió por la cubierta, agarró el fusil de precisión y se tendió boca abajo en la cubierta de popa. El muchacho corrió hacia la cabina del piloto, aceleró a toda velocidad e hizo girar el timón. La barcaza se inclinó ligeramente, tomó impulso y trazó un arco. A muy poca distancia del casco, una ráfaga de proyectiles de gran calibre taladró las aguas. Una nueva ráfaga resiguió la estela que la barcaza dejaba tras de sí. Martillo disparaba su arma de precisión contra los caníbales que manejaban la ametralladora enemiga. Gleb luchó desesperadamente con el timón y trató de arrancarle a la barcaza todas las energías que aún pudieran quedar en la pequeña y frágil embarcación.

Con tal de escapar de la línea de fuego, tuvo que virar bruscamente hacia estribor. Los caníbales no se rindieron. Por el momento habían logrado desviarlos del camino hacia San Petersburgo. El contorno ya familiar de los astilleros aún se divisaba en la lejanía. Luego pasaron el puerto Intermedio y se alejaron cada vez más. Dejaron atrás el puerto de los Comerciantes y el de las embarcaciones de cabotaje, pero aún no se habían librado de sus perseguidores.

Por el momento habían tenido suerte. En un par de ocasiones, las balas blindadas habían atravesado el blando metal de la proa, pero sin alcanzar partes vitales. El remolcador de sus perseguidores tampoco se hallaba en muy buen estado. Aunque echara humo como una locomotora de vapor, avanzaba con extrema lentitud. Empezaron a verse los perfiles del paso para barcos. Gleb reconoció al instante las gigantescas puertas flotantes. Allí habían perdido a Ksiva.

Cada vez oían menos disparos a sus espaldas. A continuación, enmudecieron

del todo. Poco más tarde, Martillo apareció en la puerta de la cabina del piloto.

- —Se les están acabando los cartuchos. Esos hijos de la gran puta quieren economizarlos. Por eso están esperando.
  - —¿A qué?
  - —Pues a tenernos a tiro. ¿A ti qué te parece?
- —¿Y cuándo nos van a tener a tiro? —El muchacho miraba intranquilo a su maestro.
- —No nos dejemos llevar por el pánico. Puede que les falte combustible. Nosotros, en cambio, tenemos el depósito casi lleno.
  - —¿Y si...?
  - —Pensaremos en ello cuando suceda.

La Isla de Kotlin había quedado muy atrás. El Stalker le explicó que, de acuerdo con sus estimaciones, habían abandonado el golfo de Finlandia. Lo que tenían frente a ellos era la inmensidad liquida del mar Báltico. Los caníbales aún eran visibles desde popa. El remolcador parecía estar bastante más cerca de ellos. Martillo tenía en todo momento bajo observación los movimientos que se producían en la cubierta del barco enemigo, porque no quería que el siguiente ataque lo pillara desprevenido.

- —¿Tanto los hemos fastidiado? —preguntaba Gleb en su desesperación.
- —No es eso. Lo que sucede es que si hacemos saber lo que se esconde detrás de Éxodo estarán acabados. Nadie más irá a Kronstadt y empezarán a pasar hambre.
  - —Entonces, ¿qué vamos a hacer?
- —Seguiremos adelante. Trataremos de desviarnos hacia babor, hacia la bahía de Koporye. Si logramos despistarlos, marcharemos a pie desde Sosnovy Bor.

Por un instante, Gleb se llevó la impresión de que habían dejado atrás a sus perseguidores. Pero entonces el barco enemigo echó todavía más humo que antes y aceleró. Se oyeron gritos triunfales en el remolcador.

- —Por lo que se ve, han logrado desencallar una de las hélices. —Martillo reflexionó durante unos instantes y luego se volvió hacia el muchacho—. Dame la pistola. Y prepárate: esto se va a poner muy difícil.
  - —¿Por qué no les disparas? ¿Verdad que tienes un arma?
- —Me queda muy poca munición. Un poco más y harán carne picada con nosotros. Tendremos que improvisar. —Martillo saltó de nuevo a cubierta.

Gleb sujetaba el timón con el cuerpo agarrotado y trataba de concentrarse. El fusil del Stalker empezó a disparar. Los caníbales habían vuelto a subirse al puesto de la ametralladora. Martillo mató a dos, pero el tercero logró llegar hasta el arma y disparó contra la barcaza. Martillo se arrojó sobre cubierta y se protegió la cabeza. El muchacho se dejó caer al fondo de la cabina del piloto. Aquello era el más puro infierno. Las balas blindadas perforaban el hierro de mala calidad de la barcaza como si hubiera sido papel. Las esquirlas de metal volaban en todas las direcciones. En pocos segundos, la proa quedó hecha pedazos. Pero el Stalker, como por un milagro, se había arrastrado hasta la proa y había escapado con ello a una muerte segura. El agua inundó la sala de máquinas. La barcaza empezaba a escorar.

—¡Marcha atrás! —gritó Martillo.

Gleb se puso en pie y empujó la palanca. La barcaza rugió y se detuvo de manera tan brusca que el muchacho perdió el equilibrio y dio con los dientes contra la rueda. Entretanto, el Stalker se puso en pie, empuñó el fusil de precisión, apuntó y disparó. El retroceso de la mortífera arma le golpeó el hombro, y el caníbal que se hallaba al timón del remolcador cayó de espaldas con un agujero en el pecho.

Los perseguidores que seguían con vida habían gritado para avisar al timonel, pero éste no los había oído. El remolcador siguió adelante a todo vapor en dirección a la embarcación de los fugitivos. Martillo arrojó el fusil al suelo, empuñó la Pernatch y corrió de un extremo a otro de cubierta. Al mismo tiempo levantó la pistola y disparó, casi sin detenerse para apuntar. El caníbal de la ametralladora se derrumbó con la cabeza perforada. Entonces, el remolcador chocó con ensordecedor estrépito contra la destrozada proa de la barcaza. Martillo había tomado carrerilla y, en el mismo momento del impacto, saltó hasta el barco de sus perseguidores. Rodó sobre cubierta, se deslizó sobre la espalda y acabó con los caníbales más cercanos.

A su alrededor se oía el crujido de los mamparos que se partían.

Ambas embarcaciones temblaron en una especie de agonía, grandes cantidades de agua se colaron por los feos orificios en la popa de la barcaza. Martillo se deslizó sobre el hierro húmedo y vació el resto del cargador contra los caníbales que salían de la bodega.

Arrojó el machete contra el último de ellos, pero éste, a despecho de su

impresionante corpulencia, logró esquivarlo. La hoja de metal rebotó en la borda y fue a caer al agua. El caníbal se arrojó gritando contra su enemigo con un gigantesco arpón en la mano.

Martillo saltó a un lado. El impulso que había tomado el caníbal era tan fuerte que su aguzada arma se clavó en la cubierta de hierro, peligrosamente cerca de la cabeza de Martillo. En el mismo instante, las piernas de Martillo se dispararon como un muelle y golpearon las de su enemigo. Éste dobló el cuerpo y cayó sobre la húmeda cubierta. Los dos contrincantes se levantaron casi al mismo tiempo y se enzarzaron de nuevo en la lucha. Martillo logró colarse entre las piernas de su oponente y lo agarró del cuello por detrás. El caníbal forcejeó, se debatió sobre cubierta, pero el Stalker lo estaba estrangulando y no aflojaba. Al cabo de un rato, su cuerpo quedó inerte. El Stalker arrojó lejos de sí al caníbal muerto, se incorporó lentamente y contempló la cubierta llena de cadáveres.

El muchacho respiró hondo. Durante todo el tiempo había estado allí, había presenciado el terrible combate que había librado su maestro y no se había atrevió a abandonar el timón de la barcaza. Pero la embarcación había empezado a hundirse, y Gleb abrió la puerta y salió a toda prisa. Eran los últimos minutos de la barcaza. Buena parte de la popa se encontraba bajo el agua. El muchacho saltó a la borda del remolcador enemigo y trepó hasta cubierta.

A pesar de la colisión, éste aún se mantenía a flote. Sólo se le había parado el motor y se le habían abierto grietas largas e irregulares en los costados. Una ensambladura lateral se había partido.

—Esto no va a aguantar mucho tiempo —concluyó Martillo, mientras arrojaba los cadáveres al agua—. La corriente es fuerte.

Busca los chalecos salvavidas... ¡o cualquier cosa que pueda flotar! El muchacho bajó a la bodega y buscó nerviosamente entre trapos, cabos empapados y otros trastos. Pero aquél no era su día de suerte: no encontró nada que le fuera útil. El fondo de la bodega había quedado cubierto de agua, que se colaba por la quilla como un surtidor. Gleb echó una última ojeada y luego, desesperado, trepó de nuevo hasta cubierta.

—¡No hay nada!

Martillo soltó una maldición.

—Esta bañera no va a ir a ninguna marte. El motor ya no funciona.

Se hizo una pausa. Permanecieron en silencio y contemplaron cómo la

barcaza se hundía en el agua. Ambos tenían muy claro que el segundo barco iba a correr poco más tarde el mismo destino.

- —¿Vamos a morir? —le preguntó Gleb por fin. No contaba con una respuesta consoladora, aunque lo hubiera dado todo por oírla.
- —Claro que vamos a morir. —Martillo empezó a despojarse del chaleco militar—. Algún día, pero no ahora. Quítate las botas y todo el equipo.

A Gleb le habría gustado creer en las palabras de su maestro, pero la situación era desesperada. No podían hacer nada y ya no tenían tiempo para buscar una solución. El muchacho se quitó el traje de protección y las botas, y se guardó bajo la camisa un fardo en el que llevaba todo lo indispensable. Se había guardado también la pegatina de Vladivostok que había logrado arrancar del plato. El contacto del metal con las plantas de los pies desnudas le resultó desagradablemente frío. Martillo dejó la inútil pistola en cubierta...; había agotado los cartuchos.

El muchacho contempló con lástima la Pernatch. Le dolía separarse de ella, pero tampoco le iba a servir para nada en el lugar adonde irían al cabo de poco tiempo.

- —Ponte estas cosas. —El Stalker le arrojó a su pupilo unos flotadores que había encontrado en cubierta.
  - —¿Para qué sirven?
  - —Para que no te hundas en el agua.

Subieron al techo de la cabina del piloto, se sentaron en el borde y dejaron que los pies les colgaran. Un rayo de luz pálido y lejano se abría paso entre la neblina.

El muchacho hizo un gesto con la cabeza para señalar al faro.

- —¿Qué va a ser de ellos?
- —Se devorarán unos a otros y todo terminará en seguida. Si es que la radiación no los liquida antes…

Gleb contemplaba la línea perfectamente recta del horizonte. Así habría querido imaginarse el mundo exterior: sereno, sombrío y mayestático. La niebla era cada vez más densa. Apenas alcanzaban a distinguir la cubierta que se hundía en el agua. Un velo lechoso lo ocultaba todo. Si el fragor de las aguas no les hubiera recordado que lo que estaban viviendo era real, Gleb habría podido llegar a pensar que se trataba de un sueño. Pero todo aquello sucedía de verdad.

Y el rumor de las olas que los aguardaban se oía muy cerca.

La pregunta que en todo momento había atormentado a Gleb afloró como por sí sola a los labios del muchacho:

—¿Por qué me elegiste a mí?

Su maestro suspiró, le revolvió los cabellos y habló pausadamente, como si sopesara cada una de las palabras:

—Porque eres igual que yo... Pero, a diferencia de mí, aún no has perdido la esperanza... y hoy en día ésa es una propiedad de la que pocos pueden alardear.

El muchacho miró a los ojos a su maestro.

—Dime, ¿cuál es tu verdadero nombre?

Un estremecimiento casi imperceptible sacudió el cuerpo del Stalker. Éste se quedó inmóvil un instante y luego apartó la mirada.

—Gleb Taranov.<sup>[22]</sup>

El muchacho contempló, como petrificado, el sudario blanco que envolvía los costados del barco y trató de poner orden en sus pensamientos... Permanecieron ambos allí sentados, en aquel mundo irreal en el que reinaban el silencio y la paz, hasta que el agua llegó al techo de la cabina.

Se pusieron en pie y Gleb se agarró instintivamente a su maestro. La brisa marina los salpicaba con agua salada, las olas se arrojaban impacientes contra el remolcador, como si compitieran por ver cuál sería la primera en alcanzar a las dos menudas figuras humanas que, por un capricho del destino, habían llegado a la inmensidad infinita del mar.

No pasó mucho tiempo hasta que una ola sobrepasó la tambaleante construcción. Al ladearse la cabina, las piernas de ambos resbalaron, y, al instante, el Stalker y el muchacho se hundieron en las frías aguas que los sacaron de su ensimismamiento. El remolcador se hundió en las profundidades, y al cabo de poco no quedó ningún indicio del naufragio, salvo unas cuantas burbujas que aún ascendían hasta la superficie.

El mundo entero quedó patas arriba. Ante los ojos del muchacho pasaban, alternativamente, dos elementos: el agua y el aire. La niebla y las aguas oscuras. El blanco y el negro. Gleb estaba desconcertado y durante los primeros segundos tragó agua.

—¡No tengas tanta prisa! ¡Agita las piernas! —El maestro sostenía al muchacho, que no paraba de toser—. ¡Muévete, muévete! Aunque agarrotado, el

muchacho empezó a sacudir el agua con brazos y piernas, pero no tardó en darse cuenta de que estaba cansado.

—¡No tengas tanta prisa! ¡Te digo que vayas más despacio! Sí, así...

Poco a poco, Gleb se acostumbró a nadar con el flotador. Movía nerviosamente la cabeza hacia uno y otro lado. Dondequiera que mirase, sus ojos encontraban lo mismo: olas y una niebla blanquecina. Lo único que reconocía era la cabeza de su maestro, que seguía a su lado. En sus ojos se reflejaba una sorprendente serenidad. Una serenidad excesiva... casi como si se hubiera rendido a su destino. Gleb empezó a moverse con energías redobladas sobre el agua.

El frío iba penetrando en su cuerpo. Le castañeteaban los dientes. Los brazos y las piernas le pesaban como el plomo. Por mucho que lo ayudara el Stalker, le resultaba cada vez más difícil sostenerse sobre el agua. No tenían ninguna salvación.

—¡No quiero…! —El pánico se adueñó de Gleb. Las lágrimas afloraron a su rostro como por voluntad propia.

El Stalker cargó con el muchacho sobre su propia espalda y lo guió para que se le agarrara al cuello.

—Dentro de poco empezará el enfriamiento del cuerpo, y entonces ya no te podré ayudar… pero, antes de que eso ocurra, te prometo que morirás sin dolor.

El muchacho se echó a llorar en silencio y hundió el rostro en la nuca del Stalker. No dudaba de que su maestro conociese mil maneras distintas para dar muerte con rapidez. Y, por absurdo que pudiera parecer, le estaba profundamente agradecido por ello.

Pasó el tiempo. ¿Cinco minutos? ¿Diez? Gleb no lo sabía. Su sentido del tiempo había desaparecido. Como si se hubiera detenido de pronto. Pero entonces el muchacho sintió que el cuerpo de Martillo se estremecía y se hundía con rapidez. Gleb logró cogerlo del cabello y el Stalker empezó a mover violentamente los pies para emerger de nuevo a la superficie. Su maestro tenía los ojos entornados y su rostro se había transformado en una mueca de dolor. Un ataque...

El muchacho no recordaba cómo había podido encontrar la cremallera del bolsillo, administrarle el suero al Stalker y, con sus últimas fuerzas, mantenerlo a flote. La desesperación había cubierto su entendimiento como un velo, y, en su lugar, una obcecación que no tenía nada de infantil lo hacía avanzar más y más. No podía perder una vez más a Martillo. ¡Eso no!

—¡Aguanta! ¡Aguanta, papá! ¡Por favor!

#### 20

# MÁS ALLÁ DE LA LUZ

abía agua por todas partes. Dondequiera que mirase... a su alrededor tan sólo había agua. Las olas gélidas y paralizadoras se sucedían y se estrellaban contra su rostro. Gleb ya no sentía las piernas. Su cuerpo estaba como encadenado por una tremenda fatiga, su boca se abría y cerraba en silencio, como la de un pez, pero en vez del aire que lo habría salvado tragaba tan sólo agua y más agua. Sus brazos exhaustos empujaron una vez más su cuerpo para mantenerlo en la superficie, pero una ola especialmente celosa en su oficio lo golpeó alevosamente por la espalda, y la luz que se había abierto camino entre las masas de agua empezó a palidecer.

¿Luz? Un haz de luz resplandeciente. ¿Un faro? No. Otra cosa. Y después, a un lado, otra fuente de luz. Y otra. Los rayos de luz se desbordaban por toda la superficie.

«Voy hacia la luz...»

Gleb se irguió, manoteó como un animal herido, abrió la boca para lanzar un grito mudo y, en su desesperación, dejó que sus brazos flotaran sobre la superficie de las aguas. Algo oscuro se movió a su lado, lo agarró con fuerza por la mano y tiró de su cuerpo hacia la superficie, hacia el aire que le daba vida. El muchacho tosió, con el cuerpo agarrotado, y escupió agua salada. Tosía sin cesar y jadeaba, incapaz de respirar. Poco a poco, el pinchazo que sentía en el pecho se aligeró. Con la mirada turbia, Gleb reconoció el pálido rostro de Martillo. El Stalker se reía. El muchacho no recordaba haberlo visto reír en ninguna otra ocasión. A sus espaldas, entre la niebla, apareció una construcción muy grande

rodeada de grandes hogueras.

Potentes reflectores iluminaban las aguas. Había muchos seres humanos distribuidos por varias cubiertas. Muchos seres humanos. Parecía que ocuparan la totalidad del gigantesco barco.

- —¿Qué es eso? ¿El Arca? —farfulló el muchacho.
- —A mí más bien me parece una plataforma flotante para la prospección petrolífera —le respondió Martillo, y escupió agua—.

¡Pero si quieres podemos llamarla Arca! ¡No tengo nada en contra! El resto apenas si dejó huella en la memoria de Gleb. Ante sus ojos desfilaron tan sólo fragmentos sueltos, como ilustraciones aisladas en un reportaje fotográfico. Su maestro se agarraba a un flotador atado a una cuerda y sujetaba al muchacho cerca de su cuerpo.

Las manos de alguien lo izaban por una escalerilla resbaladiza, lo envolvían en una frazada de lana y lo llevaban por un largo pasillo iluminado con lámparas que daban una luz muy agradable. Lo metían en una habitación bien iluminada que olía a medicamentos.

Finalmente le fallaban las fuerzas, lo veía todo de color negro, y su cerebro, agotado, se desconectaba.

Sus padres estaban cerca de él. Tenía la sensación de que le habría bastado con tender el brazo para tocarlos. Ambos le sonreían, cogidos de la mano, y lo miraban sin moverse. De los ojos resplandecientes de su madre brotaban gruesas lágrimas. Lágrimas de alegría. Gleb trató de hablar, pero las palabras se le atascaban en la garganta. Las palabras eran superfluas. Lo que veía en los ojos amorosos de sus padres no necesitaba ninguna explicación. De pronto sintió el corazón aligerado y sereno. Igual que en otro tiempo, cuando todos se reunían en torno a la hoguera de la Moskovskaya y contemplaban las llamas. Esos momentos le resultaban especialmente queridos y le habría gustado vivirlos una y otra vez. Pero no hay nada que dure para siempre. Sus padres levantaron poco a poco los brazos para despedirse de él y la silueta de sus seres queridos empezó a difuminarse. El muchacho les respondió con otro gesto. Tenía la dolorosa sensación de que no volvería a verlos jamás...

—¡Que alguien me traiga más alcohol! ¡Hacedle friegas más fuertes, Roine! ¡¿Dónde está la botella de agua caliente?!

Alguien soltó un juramento en voz baja. Sintió una aguja en la piel y una

calidez agradable y arrulladora por todo el cuerpo. Un estremecimiento le agitó los párpados, hasta entonces cerrados, y abrió los ojos.

—Ya vuelve en sí...

Vio frente a su rostro la silueta borrosa de un hombre con gorra de punto y una barba pelirroja y recortada. No logró ver bien al desconocido porque una mano lo apartó sin muchas contemplaciones. Gleb tenía la visión cada vez más clara. El muchacho miró a su alrededor. Estaba tendido en una cama confortable, dentro de una sala amplia con las paredes recubiertas de azulejos blancos. Gleb bajó la mirada y miró con inquietud la cánula que le sobresalía del brazo. Un tubito delgado serpenteaba desde allí hasta un soporte del que colgaba un gotero intravenoso. Pero lo que llamó la atención del muchacho fue otra cosa. Fueron las... sábanas. Eran viejas, pero estaban recién lavadas y planchadas. Casi blancas. ¡Un campamento digno de un rey! Sólo tenía noticias de tales cosas por lo que le habían contado. No tenía nada que ver con el colchón hundido y la frazada agujereada de la Moskovskaya.

Alguien tosió ligeramente a su lado. El muchacho volvió la cabeza y vio a un hombre mayor, un hombre extraño, con bata de médico. Su rostro apergaminado recordaba al de Palych, pero parecía más enérgico y vigoroso. Como era de esperar, llevaba puestas unas gafas con montura de metal. Un cigarrillo hecho a mano se consumía entre sus dientes.

—¡Oiga, joven, bañarse con este frío no ha sido una buena idea!

La frase del viejo fue tan inesperada que Gleb se quedó con la boca abierta y no supo qué contestarle. Pero el anciano acudió en su ayuda. Le tendió una mano sarmentosa y le dijo:

- —Me llamo Pavel Vsevolodovich.
- —¿Palych? —exclamó el muchacho.
- —¡Exacto! ¿Cómo lo ha adivinado? —El doctor se calló. Aún le ofrecía la mano tendida.
- —Ah... disculpe, lo he dicho sin pensar. —El muchacho estrechó la mano del hombre—. Me llamo Gleb.
- —¡Me alegro mucho de conocerle! Comprenderá usted que mi nombre de pila es muy largo y por eso me llaman Palych. ¡No se puede imaginar cuánto me alegro de conocer a alguien del metro! ¡Es increíble que hayan pasado tanto tiempo bajo tierra! ¿Sabe usted?, querría hacerle un montón de preguntas sobre

la fisiología de los habitantes del subsuelo, pero antes tendría que hacerle unas prueb...

- —¿Dónde está Martillo? —lo interrumpió el muchacho.
- El viejo miró complacido a su paciente por encima de las gafas.
- —¡Ahora no se ponga nervioso, amigo mío! Si pregunta usted por su padre, le informo de que se ha reunido con nuestras autoridades.
  - —El anciano agitaba el dedo índice para dar énfasis a sus palabras.
  - —¿Mi padre? —preguntó el muchacho.
- —Sí, claro... —El anciano miró a su paciente sin entender nada—. Es verdad que estoy un poco sordo, pero no tanto como para entender mal una frase como «cuiden ustedes de mi hijo».
- —Tengo que verlo. ¡Ahora mismo! —Gleb se levantó de golpe y las piernas se le enredaron en los pliegues de las sábanas. Sintió un zumbido en la cabeza. La cánula se le salió del brazo.

El viejo se esforzó por que su intranquilo paciente volviera a tenderse en la cama. Un forzudo pelirrojo salió de detrás de un biombo para ayudarlo. Presa del pánico, Gleb saltó de la cama, rodó por el suelo, derribó una pequeña mesa y se quedó inmóvil en un rincón. Varios instrumentos quirúrgicos cayeron ruidosamente al suelo y contribuyeron al barullo.

—¡Sujétalo con fuerza, Roine!

El doctor y su asistente se le acercaron con una sonrisa forzada, pero, de pronto, la hoja de un escalpelo brilló amenazadoramente en las manos del muchacho, y ambos se quedaron a medio camino.

Gleb les enseñó los dientes y levantó la mano que sostenía el escalpelo.

—¡Apartaos! ¡Apartaos, os digo!

Los desconcertados médicos retrocedieron hacia la pared, y entonces, de pronto, se abrió la puerta de la habitación. Martillo se encontraba en el umbral. En cuanto se dio cuenta de la situación, sonrió y le hizo una señal a Gleb. Éste soltó el escalpelo y corrió descalzo hacia el Stalker. Cuando lo tuvo delante, lo abrazó con torpeza y cerró los ojos.

—Bueno, ya basta. —El maestro le dio una palmada en el hombro al muchacho—. No me gustan estos sollozos tan sentimentales.

El muchacho retrocedió con cierto sentimiento de culpa, pero en sus ojos brillaba la alegría.

- —Yo... —Los pensamientos daban vueltas dentro de su cabeza. Habría querido decir tantas cosas, dar expresión a sus sentimientos, explicar lo que había vivido junto al Stalker, compartir con él su entusiasmo por haber nacido de nuevo... pero ¿por dónde podía empezar...?
- —¡Vamos! —Martillo le arrojó las botas a Gleb y se volvió hacia Pavel Vsevolodovich—. En realidad es muy pacífico, siempre que nadie lo provoque... No se lo tome usted mal.

Pasaron por un laberinto de pasillos y escaleras y llegaron a una galería, o, mejor dicho, a un puente largo que unía tres torres gigantescas construidas con travesaños de metal. Cada una de ellas era tan alta como una casa. Mucho más abajo, en una superficie inferior que quedaba entre las paredes de numerosas edificaciones y viviendas, había una pequeña plaza en la que había gente moviéndose sin cesar de aquí para allá. Gleb se sorprendió de lo variados que eran los habitantes de aquella isla flotante construida por la mano del hombre. Los había altos y bajos, con los ojos rasgados, morenos, rubias de cabellos largos, je incluso unos tipos raros de piel negra!

Se presentó a su lado el asistente de la barba pelirroja.

- —¿Os gusta nuestra torre de Babel?
- —¿Qué clase de torre? —preguntó prudentemente el muchacho.

Martillo intervino.

- —Es una historia de la Biblia. Babel es el lugar donde las gentes empezaron a hablar idiomas distintos. Dios los castigó porque quisieron edificar una torre que llegase hasta el cielo.
  - —¿Y a ésos por qué los han castigado?

El barbudo se rió estentóreamente.

- —¡No se trata de eso! Le pusimos ese nombre porque aquí se hablan muchas lenguas distintas. Aquí hay de todo: rusos, noruegos, suecos, estonios... Yo, por ejemplo, soy finlandés. A propósito, me llamo Roine.
  - —Ya lo sabía —respondieron al unísono Gleb y Martillo.
  - —Esta plataforma es lo más valioso que hay en Moshchny, la poderosa.
- —¿La poderosa? —El muchacho cobró interés e iba mirando, a veces a su maestro, a veces al finlandés.
- —¡Sí, claro, tú no lo sabes! La isla de Moshchny se encuentra en el mar Báltico. Puede que la hayas visto alguna vez en un mapa.

El muchacho se volvió hacia Martillo. Éste asintió con la cabeza.

—Pues ahora escúchame bien. Ya te he contado una parte, pero lo que viene a continuación te va a sorprender.

»Antes de la catástrofe, los rusos habían instalado allí un puesto de guardia fronteriza, y también una unidad de combate aéreo. —Era evidente que a Roine le gustaba charlar y que disfrutaba mucho contándoles detalles a los huéspedes —. La isla no sufrió daños durante el ataque. La guarnición sobrevivió en su integridad. Algo más tarde contactaron con Kaliningrado. Esto es una plataforma flotante para prospecciones petrolíferas, y antes de la guerra la habían llevado allí para repararla. La habían trasladado desde el mar del Norte. Todos los que habían sobrevivido en ella se dirigieron también hacia la isla. Durante los primeros tiempos se mandaron muchas señales. Vino gente de todas partes. Pero con el tiempo fueron cada vez menos...

Hasta ese momento, Gleb lo había escuchado con fascinación. Pero en ese instante cobró valor e interrumpió al finlandés:

- —¿Eso significa que en esa isla no hay radiación y que el agua está limpia?
- —¡Por supuesto! ¡Es nuestra Tierra Prometida!

Gleb saltó de alegría y se abrazó con tal fuerza a la barandilla que las manos le dolieron. Parecía como si su sueño más querido se hubiera hecho realidad.

- —Para ser finlandés, hablas bastante bien el ruso —observó Martillo.
- —¡He vivido en la isla desde mi infancia! El ruso es mi segunda lengua.
- —Entonces, trabajas en la plataforma...
- —¡Exacto! —asintió Roine con entusiasmo—. Esta plataforma aprovisiona la isla de alimentos, así como de madera y combustible. A veces extraemos petróleo, en ocasiones vamos a tierra firme para conseguir madera. La consumimos en cantidades considerables. Ayer mismo íbamos de camino y descubrimos el reflector en Kronstadt. Entonces nos acercamos para ver lo que ocurría. Y ha sido cuando os hemos encontrado. Yo he sido el primero en veros. —El finlandés sonrió.
  - —No podéis ir a Kronstadt. Allí...
- —Ya lo sabemos. Martillo nos lo ha explicado muy brevemente. Pero creo que se lo habrá contado con todo detalle a las autoridades. —Roine miró al Stalker.
  - —¿Cómo es que en todo este tiempo no os habéis acercado ni una sola vez a

#### San Petersburgo?

El rostro de Roine se ensombreció.

—No nos llegaban señales desde allí. Ni una sola vez durante todo este tiempo. No queríamos correr riesgos. Entrar en el golfo de Finlandia sin un manual de navegación... habría sido un suicidio. Por lo menos para una plataforma de estas dimensiones. Y no hablemos de la bahía del Neva. Allí hay bancos de arena y...

Gleb había dejado de escucharlo. Era como si alguien hubiera pulsado un interruptor en su cerebro. Le sonaba de alguna parte aquella palabra...

- —¿Dónde están las cosas que llevaba yo? —le preguntó a Martillo.
- —Aquí, en la mochila. —El Stalker le entregó al muchacho la mochila que contenía sus pertenencias.

Gleb se puso a buscar en su interior y, al fin, sacó el falso libro de Éxodo. Lo abrió con impaciencia.

El finlandés le echó una mirada de curiosidad y se quedó como petrificado. Tan sólo al cabo de unos segundos pudo exclamar, estupefacto:

- —¡No puede ser! ¿Lo es de verdad? ¿El manual del mar Báltico? Pero ¿de dónde lo has sacado?
  - —Es una larga historia...

Gleb le entregó el libro con fingido desenfado. Pero Roine se puso al lado del muchacho y miró hacia uno y otro lado.

- —¡Escóndelo! ¡Que nadie lo vea!
- —¿Qué sucede? —Gleb volvió a meter el libro en la mochila.
- —¡No tenéis idea de lo que vale este tesoro! —susurró Roine con gran excitación—. Sería mejor que hablarais de este librito con el capitán. Contiene información de un valor incalculable.

El finlandés miró de nuevo a su alrededor y los guió hasta el camarote del capitán. Por el camino, Gleb iba mirando en todas direcciones con la boca abierta. La plataforma estaba llena de gente, como si se tratara de un hormiguero gigantesco. Pero, al observarlos más de cerca, se notaba que todas sus ocupaciones estaban predeterminadas y organizadas con rigidez. Las personas que vivían allí estaban tan concentradas en sus tareas que no parecían darse cuenta de la presencia de los huéspedes. Algunos hombres de constitución fuerte arrojaban pescado recientemente capturado por una abertura de la bodega. Se les

oía gritarse insultos con indolencia. Unas pocas mujeres con chaquetas acolchadas ya raídas reparaban unas redes al mismo tiempo que charlaban. Algo más allá, un hombre grande y corpulento, tocado con una gorra blanca, revolvía con un cucharón el contenido de un gigantesco caldero... Probablemente se trataba del cocinero de la plataforma. En lo alto se oían los golpes rítmicos de... unos obreros que instalaban los aparejos de un ascensor.

Un hombre de aspecto severo con fusil de francotirador montaba guardia a la puerta del camarote. El centinela intercambió unas palabras con el finlandés, les indicó que esperaran y entró en el camarote.

- —No lo vendáis demasiado barato —les susurró Roine—. Tratad de regatear. ¡La posibilidad de navegar hasta San Petersburgo es algo muy caro!
- —Nosotros no vamos a regatear —le respondió bruscamente Martillo—. La gente que vive en el metro muere como moscas. El hambre, la radiactividad, los mutantes… hay que salvarlos.

En ese instante, la puerta se abrió y los viajeros entraron en el camarote. Parecía un lugar muy confortable: un sofá —que, de todos modos, había conocido tiempos mejores—, estantes con mapas de los mares y de la Tierra y un voluminoso cronómetro colgado de la pared. Tras una impresionante mesa se sentaba un hombre bien vestido, de unos sesenta años. Parecía concentrado en hacer anotaciones en un libro. La gorra de servicio y la chaqueta de uniforme lo identificaban como capitán de la plataforma flotante. El capitán levantó los ojos por unos instantes, echó una rápida mirada a sus huéspedes y les indicó unos sillones con la cabeza. Los viajeros se sentaron. Reinaba el silencio.

—Bueno, ¿qué es lo que tienen que enseñarme? —dijo por fin.

Gleb sacó su Manual del mar Báltico y lo dejó sobre la mesa del capitán. Éste, en un primer momento, contempló la cubierta sin entender, y luego hojeó varias páginas. El muchacho se percató del interés con que el hombre vestido con chaqueta de uniforme examinaba los mapas cubiertos de anotaciones. El capitán sacó un cigarrillo hecho a mano de una pitillera, lo encendió y miró a sus huéspedes.

## —¿Qué quieren a cambio?

Gleb miraba de reojo a Martillo, lleno de esperanza, pero era evidente que su maestro no tenía ninguna prisa en responder, sino que miraba fijamente a su interlocutor. —La evacuación de los seres humanos que viven en la red de metro.

El capitán no dijo nada. Dio una calada al cigarrillo, lo sacudió para que se desprendiera la ceniza y miró por la ventana. Luego expulsó una nube de humo de un color azulado grisáceo.

- —Mire, no todo el mundo puede ir a Moshchny. No hay sitio suficiente para todo el mundo. Y, por otra parte, no podemos permitir que entre cualquiera. Ya tenemos enfermos y viejos más que suficientes. En cambio, dejamos entrar a los fuertes y sanos. Sobre todo ahora, porque con esto —señaló el libro con un gesto de la cabeza— el viaje hasta San Petersburgo es una posibilidad realista.
- —¿Y cómo piensan elegir a los que entran y a los que no? —preguntó con énfasis Martillo.
- —Imagíneselo usted mismo. La isla ha sobrevivido todos estos años porque ha obligado a todos sus habitantes a someterse a la disciplina más estricta y a trabajar duro. Entiéndalo bien... todos. Entre nosotros, todo el mundo tiene una tarea asignada... jóvenes y viejos. No queremos gorrones ni inválidos.

Gleb se acordó de Nata, la cojita... ¿quería eso decir que a ella no la aceptarían?

- —Tengo una conocida en el mundo subterráneo. Es buena chica, pero está un poco coja... —expuso.
  - —Eso no es grave —le aseguró el capitán—. Podemos hacer una excepción.
- El muchacho se tranquilizó un poco. Pensó en sus conocidos y trató de adivinar cuáles de ellos no podrían entrar en la isla.
- —Tú también padeces una enfermedad, ¿verdad, Martillo? —preguntó entonces el hombre con la chaqueta de uniforme, pasando a tutearlos.

El muchacho empezaba a preocuparse por la suerte de su maestro, pero el capitán confirmó:

- —Si no es contagiosa, no pondrán ninguna objeción a tu entrada. Nuestra comunidad necesita Stalkers experimentados, y, por lo que me han contado, tú tienes mucha experiencia...
- —Pero no pienso formar parte de una comunidad que selecciona a los seres humanos. Por supuesto, os doy las gracias por los que vayáis a admitir. Pero yo no voy a quedarme con vosotros.
  - —¿Estás seguro?
  - —Cuando naveguéis hasta San Petersburgo, voy a quedarme allí. Luego,

nuestros caminos se separarán. ¿Cuándo queréis partir?

—Ahora mismo no puedo responderte. Entenderás que no podemos arriesgar así como así nuestro único medio de transporte capaz de circular por los mares. En cierta ocasión nos metimos en un banco de arena y necesitamos varios meses para reparar la plataforma. No es una decisión que se pueda tomar a la ligera, Stalker. Y no la voy a tomar yo. Esta noche llegaremos a la isla. Una vez allí, podrás llegar a acuerdos con nuestros superiores... —El capitán echó una ojeada al cronómetro—. Bueno, debo atender otros asuntos. Roine, muestra el camino a nuestros huéspedes.

El locuaz finlandés empleó otra hora y media para enseñarles las maravillas de Babel. Vieron que el nombre no era simplemente una metáfora que utilizaba su guía, sino que había echado raíces. En cualquier caso, sonaba mucho mejor que el de «plataforma flotante de prospección».

Cuando Roine estaba a punto de entrar con ellos en el gigantesco centro de pilotaje, se oyó por el altavoz de un antiguo receptor de radio una voz gangosa que leía la previsión meteorológica con monotonía. Entonces se oyó un ruido y, a continuación, una voz distinta. Un gracioso cantó una canción obscena que irritó al locutor.

—¡Isla de Maly, siempre con vuestras bromitas! ¡Salid inmediatamente de esta frecuencia!

Martillo le dio un ligero codazo a Gleb, como para decirle que de ahí provenía la señal que captaron en el Raskat.

Gleb quiso enterarse bien.

- —¿Eso significa que tenéis varias islas?
- —No muy lejos de Moshchny hay otras. Son más pequeñas, por supuesto. Roine lo miró con ojos de pícaro—. En la de Maly hay niñas. ¡Te quedarías con la boca abierta!

En ese momento, una sirena empezó a aullar en lo alto de la plataforma. Un grito estridente y entrecortado hizo que los que se hallaban en cubierta corrieran en todas direcciones. El muchacho y el Stalker salieron afuera. Alguien gritaba con todas sus fuerzas por un megáfono:

—¡Ataque aéreo! ¡Ataque aéreo!

Por sorprendente que pudiera parecer, no estalló el pánico. Las mujeres se escondieron en las bodegas y los hombres se distribuyeron por varias posiciones de tiro en las que se habían instalado ametralladoras. Gleb miró hacia arriba y vio una sombra gigantesca que descendía. Una sola mirada le bastó para darse cuenta de que el gigante que ocultaba con sus grandes alas la luz del sol que lograba colarse entre las nubes era un viejo conocido.

Como si les hubieran dado una señal, las numerosas ametralladoras dobles empezaron a disparar. La sombra que volaba por los cielos se estremeció, cambió de trayectoria e hizo una pasada tan cerca de la plataforma que los hombres sintieron el desplazamiento de aire y estuvo a punto de rozar la punta de la torre de perforación. Con ensordecedor estruendo, un gigantesco ballenero le disparó a la bestia un largo arpón con una hilera de garfios afilados. El chirriante tambor empezó a enrollar el cable de acero. El gigante daba bandazos y retorcía su largo cuello en un intento por arrancarse en pleno vuelo los garfios del arpón que se le habían clavado en la piel del vientre.

—¡Ponlo en marcha! —gritó alguien desde arriba con todas sus fuerzas.

Gleb miró con curiosidad. Un hombrecito con una chaqueta acolchada corrió con diligencia hasta la caja del transformador y tiró de una palanca. El propio aire zumbó y gimoteó bajo la presión de la descarga eléctrica que ascendió por el cable. El cuerpo gigantesco del mutante se estremeció y las alas le quedaron agarrotadas.

El electricista cortó la corriente. La criatura se precipitó en el mar como una muñeca de trapo. Las alas acribilladas a balazos se agitaban con violencia y salpicaban de agua marina a los humanos.

Las ametralladoras dispararon nuevas ráfagas contra el gigantesco cuerpo, ya agonizante. El agua que se estrellaba contra el costado espumeó y se tiñó en seguida de rojo. Los cazadores se reunieron en el borde de la cubierta inferior. Se repartieron bicheros, redes y garfios de pesca.

—¡Subidlo por la borda, subidlo por la borda! ¡Capturadlo! ¡Subidlo!

La repugnante cabeza del gigante apareció por el borde de la plataforma. Se oyeron las exclamaciones de asombro de la multitud que había corrido a verlo. Las ametralladoras dobles dispararon de nuevo y destrozaron con largas ráfagas las fauces abiertas del monstruo. El mutante chilló una última vez, se debatió en su agonía y, por fin, quedó inerte. La negra cabeza del monstruo quedó tendida sobre cubierta e hizo rechinar por última vez sus fauces ensangrentadas.

Los cazadores lanzaron al unísono un grito de alegría, se abrazaron y se

dieron palmadas en los hombros. Como hormigas, la gente salió de sus escondrijos y se reunieron en la plataforma lateral. Todos ellos querían ver al depredador abatido. Pero al cabo de poco rato regresaron a su ajetreo y volvieron a sus ocupaciones habituales.

La gente se distribuyó por las cubiertas, reanudó las labores que habían abandonado, y tan sólo unos pocos hombres se quedaron en aquella plataforma para atar el cadáver del gigante caído.

- —¿Sucede muy a menudo? —preguntó Martillo.
- —De vez en cuando... —le respondió el finlandés con poca convicción—. Pero cada vez menos. Esos bichos han comprendido qué es lo que les conviene... Tampoco se acercan a la isla. Moshchny está cubierta de torres de vigilancia, y no los dejamos pasar. Ametralladoras, lanzallamas... disponemos de un arsenal digno de todo respeto.

Gleb trató de imaginarse todo aquel poder y, sin quererlo, se estremeció.

Roine observó las tareas que se realizaban en la plataforma lateral. Sus ojos se iluminaron.

—¡Hoy hemos capturado una buena presa! ¡El hombre sigue siendo el señor del mundo! ¡Su destino es trocear, triturar, consumir... Nadie se puede comparar con él en ese sentido!

Gleb lo miró de reojo.

- —¿Y si alguien pudiera?
- —¿Qué? ¿Quién podría? —Roine hizo un gesto de rechazo—. Vaya estupidez. Este mundo es nuestro. Y si existe alguna criatura que aún no lo haya entendido… nuestras armas lo convencerán de lo contrario. Es el derecho del más fuerte, muchacho, y no es necesario decir nada más.

El Stalker suspiró.

—Ya recurrimos una vez al derecho del más fuerte. Quizá no tendríamos que repetir ese error.

El finlandés iba a contradecirlo, pero entonces lo llamaron para una tarea urgente. El barbudo hizo un gesto de despedida y se alejó.

—¡Qué fantasmón…! Habría querido verlo frente al mutante del subterráneo. De hombre a hombre. —El muchacho irguió los hombros. Tenía mucho frío—. Ésos han tenido la suerte de sobrevivir a la catástrofe sin sufrir daños y encontrar un trocito de tierra que sigue intacto. Me parece muy poco como para querer

llamarse «señores de la Tierra...»

—No te lo tomes a mal. Es un rasgo natural en el ser humano: considerarse fuerte. Ésa es su debilidad.

Martillo y Gleb fueron hasta la cubierta superior y buscaron un sitio en el lateral. La surcaba majestuosamente las aguas en dirección a la isla. Los irregulares contornos de la tierra todavía lejana empezaban a perfilarse en el horizonte. El muchacho miraba con el corazón en suspenso hacia allí, donde, en la inacabable inmensidad de los mares, se había conservado una mota de tierra que ofrecía redención y esperanza a los seres humanos, comida y techo, una vida nueva y fe en el futuro.

Cuanto más se acercaba la *Babel* a Moshchny, mayor era la nitidez con la que se veían las hileras de casas de dos y tres pisos en cuyas ventanas se distinguía una agradable luz. Qué maravilloso sería pasear los dos por la isla, como había imaginado en sueños. Pero, por algún motivo, las fantasías de Gleb acababan siempre en ese punto. Gleb no había pensado nunca en lo que pudiera suceder después.

El rumor del oleaje le acariciaba los oídos. Las olas se precipitaban con rítmica cadencia contra la costa escarpada, cubierta de guijarros, y retrocedían con la misma dignidad, dejando tras de sí un rastro de espumas densas, blancas como la nieve.

Dos figuras solitarias y silenciosas estaban sentadas frente al oleaje. El cielo se teñía de rosa a la espera del alba. El viento matutino desplazaba levemente las masas de aire sobre la inabarcable superficie del mar. Gleb había quedado totalmente hechizado ante la majestuosa visión. Desde hacía varios días, acudía con Martillo todas las mañanas a la orilla para no perderse la salida del sol.

La semana que llevaban en la isla transcurrió de manera imperceptible. Todo lo que había allí era extraño y distinto: las risas de los niños que corrían de un lado para otro, los patios limpios y confortables, las calles empedradas, los macizos de flores, los numerosos puestos de comida con olores agradables, los paseos vespertinos por la plaza principal, siempre iluminada, siempre bonita y acogedora...

El muchacho suspiró. Martillo y él habían pasado ratos maravillosos y días felices mientras deambulaban por la isla. Pero al cabo de ese tiempo de euforia llegó el momento en el que Gleb se dio cuenta de que añoraba la Moskovskaya.

- —Papá, si regresamos a Piter vamos a vivir juntos, ¿verdad que sí? El Stalker esbozó una sonrisa apenas perceptible y miró a la lejanía.
  - —¿Y qué será de la Tierra Prometida? ¿Acaso no soñabas con encontrarla?
- —Ya la he encontrado. ¡Pero pasarse el día en esta isla... es aburrido! Tú lo dices siempre: lo más terrible es no hacer nada. —Gleb buscó en el bolsillo de la cazadora y sacó la pegatina con la ilustración de la lejana Vladivostok. Cerró los ojos y comparó la ilustración con el paisaje de la isla—. Además... seguro que quedan otros lugares sin contaminar donde podríamos llevar a los enfermos del metro. O a los viejos.

El Stalker se tomó su tiempo para responder. Era triste tener que destruir las ilusiones de aquel niño que había tenido que crecer demasiado pronto. ¿Cómo podía explicarle que el mundo se había transformado y que esa transformación era irreversible? ¿Que, en esta nueva realidad, la esperanza no sólo era estúpida, sino también peligrosa? ¿Que la humanidad no podía aspirar ya a los rincones no contaminados que quedaran en el mundo? Porque, en definitiva, la humanidad había destruido todo lo que había llegado a tener entre sus manos...

—¿Sabes una cosa, Gleb? Este mundo contaminado no es tan malo. Las almas contaminadas son mucho peores. Así pues, no empecemos con la búsqueda de lugares sin contaminar. Mejor que busquemos hombres de alma pura. Como tú.

#### 21

## EPÍLOGO

Una extraña procesión avanzaba por el túnel. Hombres y mujeres demacrados y mal vestidos cargaban con fardos en los que llevaban sus escasas pertenencias. Marchaban sin decir palabra, y tan sólo el roce de sus pies en el suelo rompía el opresivo silencio. Los guiaba un hombre envuelto en una túnica que le llegaba hasta los pies. En una mano llevaba una antorcha que sostenía en alto. Con la otra sujetaba un pesado libro de oraciones con la sobrecubierta raída. Una luz titilaba más adelante. El túnel se bifurcaba tomando caminos separados. En la bifurcación había un hombre vestido con un traje aislante muy gastado, sentado junto a una hoguera. Tenía un fusil de asalto apoyado contra la pared. Al oír pasos, se levanto poco a poco y se volvió hacia los viajeros.

- —¿Para qué este viaje, si aquí no hay ningún misterio?
- La procesión se detuvo. El hombre de la túnica irguió la cabeza.
- —Los humildes seguidores de Éxodo tienen un único camino. El que lleva al Arca. —El sectario trato de seguir adelante.
- —¡Espera, servidorcillo! Para llegar al Arca hay que ir por el otro túnel. —El hombre había hablado en un tono distinto. Su voz tenía un trasfondo amenazador.

El sectario se volvió y se encontró con la boca del fusil. Sus seguidores se habían apartado y esperaban a ver cómo terminaría la conversación.

- —Guío a estos infortunados a la Tierra Prometida y ...
- —A Kronstadt, ¿eh? —lo interrumpió el hombre—. Llegas tarde. Ya hemos matado a tus hermanos. Resulta que eran unos caníbales. ¿Y tú pretendías llevar

allí a estos corderos para alimentar a tus hermanos de raza?

El sectario palideció y miro precipitadamente a su alrededor. Las gentes que iban en la columna, intranquilas, empezaban a murmurar.

De pronto, el mesías arrojo su antorcha al suelo y echó a correr por la ramificación, pero un gigante de dos metros con un fusil de asalto le salió al paso en silencio y lo obligó a regresar con sus correligionarios. El hombre de la túnica dejo caer el libro de plegarias. Entonces un niño se abrió camino entre la multitud y se acerco al sectario. El muchacho se acerco al caníbal y le apunto con una escopeta de cañones recortados.

- —Reza, engendro. A tu Éxodo, o a quien quieras. Tus días han terminado.
- —Espera...

La mano de un hombre de cabellos canos y rostro pálido y arrugado se posó en el hombro del muchacho.

—Antes quiero averiguar algo —dijo—. No sé qué enemistad existirá entre vosotros, pero el niño de esta mujer desapareció mientras veníamos hacia aquí...

El hombre señaló a una figura encorvada que se hallaba entre la multitud. Los miembros de la comunidad la llevaban del brazo.

- —Todavía era muy pequeño. Tendría unos cuatro años. Pensamos que algún animal salvaje se lo habría llevado durante uno de los descansos. Pero ahora...
  - —Díselo. —El muchacho de la escopeta miraba al sectario.

Había tanta gente esperando su respuesta que el caníbal se amilano y todo su cuerpo se echo a temblar.

Entonces se dio cuenta de que no tendría manera de escapar y estalló en una risa histérica.

—¿Qué miras de ese modo, viejo? Yo me lo comí, ¡¿lo entiendes?! ¡¡Me lo comí!!

Los gritos de cólera de la muchedumbre acabaron por cubrir sus carcajadas de loco y sus gritos. Los miembros de la comunidad apartaron a un lado al muchacho y se arrojaron sobre el sectario todos a la vez.

Al cabo de un rato, todo terminó. La oleada humana refluyó y dejó tras de sí el cadáver descuartizado del caníbal en el suelo.

—¡Has corrompido a ese muchacho, Taranov! Se ha vuelto tan obtuso como

- tú... —El gigante se acercó y sonrió de buena gana.
  - —Habría tenido que preguntarte a ti...
  - —¿Disculpa? ¡Ya te he advertido que tienes que hablarme más alto!
- —¡Te he dicho que tendrías que tratarte esa contusión craneal, Gena! En la *Babel* tienen un buen médico. Se llama Palych.
- —Yo no necesito médicos. Y tampoco quiero saber nada de vuestra *Babel*. Tras aquel memorable incidente, he tenido una relación complicada con los medios de trasporte acuático. Estuve a punto de ahogarme con los diablos esos bajo el dique. Y le doy las gracias a Ksiva, que en paz descanse, por haber arrojado la granada y exterminado a aquellos cabrones. Ni yo mismo sé como logre regresar al metro.
- —Ya nos lo habías contado —lo interrumpió Martillo—. Bueno, ¿has tomado alguna decisión?
  - —¿Una decisión sobre qué?
  - —Sobre la isla.

Humo hizo una mueca.

- —Eso no sería vida para mí. Sería demasiado aburrido.
- —Gleb dice exactamente lo mismo.
- —¿Pues a dónde iremos ahora?
- —¿A dónde? Hemos tenido una idea. —El Stalker abrió el bolsillo y señaló un mapa con el dedo—. Lo más bonito es que no podemos equivocarnos; sólo tenemos que mirar por dónde sale el sol e ir hacia allí.
  - —Entonces quieres ir hacia el este...
  - —Hacia el este. Hacia la luz.

## DMITRY GLUKHOVSKY

## EL UNIVERSO DE METRO 2033

Para mí, Metro 2033 ha dejado de ser una simple novela. Es todo un universo, y en mi libro describí tan sólo una pequeña parte de él. Metro 2033 explicaba cómo podría ser nuestro mundo en el año 2033, dos décadas después de una espantosa guerra atómica que estuvo a punto de exterminar a la humanidad entera y tuvo como consecuencia la aparición de un gran número de bestias mutantes.

En Rusia y en muchos otros países, un gran número de lectores, pero también de autores, se entusiasmó con el mundo descrito en Metro 2033. Poco después de la aparición de la novela recibí incontables ofertas de personas que querían escribir historias sobre sus propios países, ciudades y regiones ambientadas en el mismo universo. Al mismo tiempo, los lectores me pedían una continuación de la novela.

Entretanto, Metro 2033 se transformó en un proyecto interactivo alojado en Internet. Ya mientras escribía la novela, publicaba los nuevos capítulos en una página web, creada a ese efecto, accesible al público. La reacción de los lectores fue abrumadora: discutían mi trabajo con pasión, lo criticaban y lo corregían, formulaban hipótesis sobre el desarrollo posterior del relato... y así, en cierta medida, adquirieron el rango de coautores.

Y entonces pensé: ¿Cómo sería si creara un mundo entero en cooperación con mis lectores y con otros escritores? ¿Si describiéramos otras ciudades y otros países en el año 2033? ¿Si pobláramos el metro con protagonistas nuevos y creáramos una magna saga postapocalíptica?

En mi adolescencia, cuando leía novelas de fantasía y ciencia ficción,

deseaba a menudo que las aventuras de mis héroes y la magia del relato no terminaran jamás. En aquellos tiempos pensaba ya lo maravilloso que sería que varios escritores cooperasen en la descripción de un mismo mundo ficticio. De este modo emergería una nueva «realidad» que podríamos visitar una y otra vez.

Muchos años más tarde, después del éxito de Metro 2033, me di cuenta de que podía ser yo mismo quien llevara a su cumplimiento el sueño de mi adolescencia. Bastaría con que invitase a otros autores a explorar conmigo el misterioso mundo del metro sobre las bases establecidas por mi primera novela.

Así, por fin, apareció el proyecto UNIVERSO METRO 2033, que en Rusia ha dado pie a la publicación de doce novelas. La acción tiene lugar en ciudades y regiones tan variadas como Moscú, San Petersburgo y Kiev, pero también Novosibirsk y las tierras del norte, y otras.

Durante estos próximos meses, si todo marcha bien, nuestro universo se extenderá a otros países. Un autor inglés y otro italiano trabajan en sus propias versiones del mundo del metro, y también colegas de otros países se disponen a tratar nuestro cosmos postapocalíptico. Que yo sepa, nuestro experimento literario no tiene precedentes.

Poco a poco, el UNIVERSO METRO 2033 se transforma en un cosmos vivo, poblado por seres humanos de nacionalidades diversas, que hablan también idiomas diversos. ¿Quién sabe? Quizá llegue el día en el que tú mismo colabores en esta saga.

Andrej Djakow nació en 1978 y vive en San Petersburgo. Trabaja como auditor de control de calidad. Es aficionado a la literatura fantástica desde la infancia y ésta es su primera novela.



San Petersburgo, 1978. Escritor ruso, Andrej Djakow trabaja en el campo de la auditoría de calidad, labor que combina con su pasión por la literatura fantástica y de ciencia ficción.

En 2011 publicó Hacia la luz, su primera novela, enmarcada en el universo de Metro 2033.

# Notas

 $^{[1]}$  Nombre que se suele dar coloquialmente a la ciudad de San Petersburgo en toda Rusia. <<

[2] Denominación coloquial de la estación de metro Technologicheski Institut. <<

[3] Ciudad portuaria de la Isla de Kotlin, al oeste de San Petersburgo. <<

[4] Se refiere a los moscovitas que en la guerra nuclear se refugiaron en la red de metro y se congregaron en la doble estación Mayakovskaya/Ploshchad Vosstanya. <<

[5] Literalmente, «Energía Eléctrica». Es una de las estaciones de la línea azul. Se llama así por la fábrica de generadores y motores del mismo nombre. <<

 $^{[6]}$  Protagonista de una célebre película soviética de animación basada en un libro titulado El cocodrilo Gena y sus amigos. <<

[7] Nombre coloquial de la Universidad Naval de San Petersburgo. <<

[8] Complejo palaciego edificado en el siglo XVIII. <<

 $^{[9]}$  Palabra árabe. Shaitan e Iblis son los nombres que recibe el Diablo en el Islam. <<

 $^{[10]}$  Nombre que se suele dar en Rusia al conflicto germano-soviético de 1941-1945. <<

<sup>[11]</sup> Apocalipsis 6, 12-15. <<

[12] Torre desde la que se dirige el tráfico marítimo en la bahía del Neva. <<

[13] Referencia al mecánico e inventor Iván Petrovich Kulibin (1735-1818), autor de un sinfín de proyectos para máquinas, aparatos, puentes, etc. <<

 $^{[14]}$  Dique de veinticinco kilómetros. En castellano se suele llamar «presa de San Petersburgo». <<

[15] Palabra rusa que significa «hondonada», «valle encajonado». <<

 $^{[16]}$  Kotlin también puede significar «marmita», «caldero». <<

 $^{[17]}$  Popular cuento de Afanasiev. <<

 $^{[18]}$  Servicio Federal de Seguridad. Servicios secretos rusos, sucesores del antiguo KGB. <<

 $^{[19]}$  Juego de habilidad muy popular en los países de la antigua Unión Soviética. <<

 $^{[20]}$  El héroe nacional ruso Iván Osipovich Susanin vivió a finales del siglo XVI y principios del XVII. <<

 $^{[21]}$  Droga que ha aparecido en otros libros de la misma serie. <<

<sup>[22]</sup> «Martillo», en lengua rusa, es Taran, y ésa es la forma que tiene el apodo del personaje en el texto original. <<